

▶ MARTA BARROSO ◀

A LA MADURA
DIOS NO LA AYUDA



Índice

[Dedicatoria](#)

[Introducción](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Agradecimientos](#)

Créditos

*Para Álvaro, Alvarete y María,
¿a quién si no?*

A alguien más. A mi madre. Siempre.

*Y al recuerdo del «disparate» de mi
padre.*

Y a mi perro, Bruce, por acompañarme.

Todavía no me creo lo que he hecho. Me he ido. Sí, me he ido de casa. Después de amenazar a mi familia cientos de miles de veces, hoy, por fin, les he abandonado. Tiemblo. No sé si de emoción, de alegría, de tristeza o de miedo. Yo creo que de todo menos de alegría, aunque no sería sincera si no reconociera que me siento un poco feliz. Es la primera vez que no voy a hacer el ridículo volviendo al cabo de una hora. Máximo. Me acuerdo y pienso lo estúpida que era. «Me voy, esta vez sí que me voy», amenazaba. Y salía de casa, con el portazo auestas, convencida de que alguno de los integrantes de ese conjunto llamado familia saldría corriendo a pedirme que

volviera. Nunca lo hicieron. Ni hoy tampoco. Pero entonces no fui capaz de hacerlo definitivamente. Como ahora. Miro hacia atrás y me río. Por no llorar. Hay que estar loca. Cogía el coche y en un gemido constante —a lo mejor así me oían desde arriba— que subía de tono sin querer, empezaba a rodar. Eso sí, con el teléfono desconectado para que, en el caso de que me llamaran —nunca lo hicieron, para qué engañarnos—, comprobaran que no me importaban nada. Golpe a golpe. Kilómetro a kilómetro. Lágrima a lágrima. Hasta que el tiempo pasaba y la curiosidad me vencía. Apretaba con una presión absurda el botón del móvil y esperaba impaciente a ver «cuántas» llamadas

marcaba la pantalla del teléfono. Nada. Nada de nada. Ni perdidas ni mensajes de notificación. Hasta cierto punto normal.

Pero pasaban de mí de tal manera que mi yo del enfado pasaba a la rabia, de la rabia a la desesperación y de la desesperación a la realidad. Nada. «Otro ataque de locura más, ya volverá», seguro que pensaban. Y así era. ¿Lo peor? La vuelta. Qué desazón, qué ridículo, qué humillación, qué malestar. Por mucho que intentara abrir la puerta con la cabeza bien alta, era meter la llave y sentir como si una fuerza superior me obligara a bajarla. Como la mirada. Todo menos cruzarla con nadie. Si es que había alguien.

Porque, desde luego, a darme la bienvenida no venía ninguno. Incapaz de adivinar lo que ocurría a mi alrededor, corría rauda al cuarto de baño para romper a llorar. Mejor a berrear. Con hipido incluido. Y cuanto más alto —el lloro y el gemido—, mejor. Así, a lo mejor me oye. «Él». Que a partir de ahora hablaremos de «Él» como representante del sexo masculino. Ese sexo con el que normalmente hemos de emparejar. Que hay que ver lo tontas que somos las mujeres en muchas ocasiones. Como en esos momentos, que lloras a escondidas con el único propósito de que te oiga y no te hace ni caso. Hay situaciones realmente cómicas. Yo conozco a alguna cuyos lamentos se han

pasado las noches luchando con el enemigo, el ronquido, convencida de que aún así la oiría, y ha amanecido con la toalla de almohada. Pues esta vez no. Nunca más. Convencida o no, no pienso volver a ese hogar en el que he pasado más de veinte años de mi vida. Sí, soy una mujer de alta mediana edad, casada y con hijos. Típica entre las típicas y harta entre las hartas. De todo. Ahora mismo de todo. Aunque sienta el corazón encogido y el estómago como un puño. ¿O es al revés? El desvarío no me abandona. No, no, eso sí que no. Como cantaba ahora no me acuerdo quién.

¿Y adónde me voy? ¿Y si me voy a un hotel? ¿Y si me ve alguien? ¿Y si se creen que voy a estar con un amante? ¿O

eso no se lo creen ni locos? ¿Y qué es peor? ¿Que se lo crean o no? ¿Y si, y si, y si? La duda amenaza y por un momento veo temblar los cimientos de mi decisión. Pero antes muerta que volver otra vez. A un hotel, sí, de momento a un hotel. A ese en el que nunca me puedan encontrar en el caso de que tuvieran alguna intención de hacerlo. Sonríó ampliamente y me dispongo a vivir por fin mi vida. Vuelvo a ser yo. Al carácter me remito. De la tristeza a la alegría en tan solo un segundo. De la incertidumbre a la certidumbre en el segundo siguiente. Lo tengo clarísimo. Me emociono. Me meto en Internet, descubro que casi no me quedan gigas y a punto estoy de sufrir un infarto. Por los gigas, claro,

que hay que ver lo poco que duran. Entre ellos y la batería del móvil es un sinvivir. Antes de que se me gaste todo lo que en estos momentos realmente me importa, decido y pongo rumbo a mi nuevo hogar. La elección ha sido fácil. El nombre lo dice todo. Only You. El hotel que ha llamado a mi puerta para que yo cruce la suya. Only You. Solo tú. O sola tú, que es realmente mi caso.

Para dirigirme hasta allí cruzo mi ciudad, Madrid, por la larga avenida de la Castellana, uno de sus ejes principales. Lo hago de norte a sur. Lentamente, con la mirada perdida, repaso cada metro por el que paso y descubro de nuevo cómo me gusta rodar por este gran paseo. Me encanta. Me

apasiona. Y más por la noche, con la ausencia de coches e iluminada de principio a fin con esa luz amarillenta que nace desde lo alto de las columnas negras, tan míticas de este paseo de la Castellana. Los grandes árboles, que viven entre el asfalto, aparecen majestuosos manteniendo el porte que debían de tener cuando daban cobijo a esos palacetes alzados por los nobles que, a finales del siglo XIX y principios del XX, escogieron esta zona de Madrid para hacer en ella sus fabulosas viviendas. Qué pena que ya queden tan pocos. Qué pena, una vez más, que el ansia de la construcción despreciara de pleno la maravillosa arquitectura de estos palacios que rivalizaban entre

ellos para ser los más bellos. Cuántas fiestas imponentes se celebraron detrás de sus muros. Cuántas personalidades dejaron allí sus huellas. Cuántos secretos, amores, acuerdos, planes o estrategias quedaron sellados entre sus paredes.

La melancolía me envuelve. Me persigue. Como me sucede cada vez que viajo al atardecer. En tren o en coche. Mi mirada se pierde a través del cristal de la ventanilla y, a medida que los kilómetros pasan, mi vida se sucede en mil imágenes y se para en los recuerdos más tristes. O más hermosos. Porque en el fondo no hay nada más triste que un recuerdo feliz. Esa tarde con tu padre, esas risas con tu abuela, ese concierto

con Sandra. Tantos seres queridos. Los que se fueron y ya no están, físicamente, contigo. O los que están, gracias a Dios, pero te abandonan en el camino. Lo que duele. Melancolía. O tristeza. Aunque no viajes. Porque un día te levantas y sin querer todo se presenta más oscuro. Ley de vida. Inevitable. Aunque ayer fueras la persona más optimista del mundo. ¿Será la edad?

Vuelvo al presente al encontrarme de lleno con la plaza de Colón —no sé por qué pero nunca me ha gustado, me produce desolación—, donde durante el día un grupo de agentes de inmovilidad (¿o se dice movilidad?) no son capaces de hacer fluir el tráfico. Sonríó ante mi propia estupidez y cojo el lateral

dejando a mi derecha, no sin cierta nostalgia, el Museo de Cera. Qué miedo me daban de niña esas figuras tan feas y reales que parecían muertos vivientes rígidos y capaces de sostenerse en pie día tras día. Qué cansancio. Toda la vida igual. No sé las veces que acudí allí de niña. Pero me centro en el ahora para no saltarme la calle Prim que me lleva directa a Barquillo, y me dirijo hacia ella en estado sonámbulo. El destino me ha puesto una señal, sufro un proceso de alucinación y juro ver una flecha pintada en cada esquina con esas dos palabras que ya han sido grabadas en mi corazón: *only you*.

Papá. Pienso en ti. Me vienes a la cabeza de pronto, con el circo Price

situado entonces en esta calle en la que ya estoy, Barquillo, convertida ahora en una de las más vanguardistas y de moda de mi amada ciudad. Qué recuerdos me trae. Siempre asociaré el espectáculo más grande del mundo con mi progenitor, más niño que nosotros cuando nos llevaba al circo más mítico de España el día de Navidad. Me impresiona contar los años desde que él ya no está a nuestro lado. Me siento mayor. Sé que mi sonrisa es triste, pero ahora es por su recuerdo. La añoranza me invade. Pienso en él. Qué disgusto se estará llevando, allá donde esté, en estos momentos. Los ojos se me llenan de lágrimas. Miro hacia arriba y le pido que me ayude. Pero que lo haga de

verdad, que conociéndole es capaz de hacerme una de las suyas y convencerme de que vuelva a casa. Y eso, lo último. Antes muerta que volver a pasar por esta situación. Rompo momentáneamente mi vinculación espiritual con él, respiro profundamente —¿por qué no puse en práctica ese curso de meditación que con tanto cariño me regalaron?— e intento llenarme de serenidad. La voy a necesitar. A medida que me acerco a mi destino la vergüenza se apodera de mi rostro y la palidez se transforma en un tono cada vez más rosáceo. El enrojecimiento de la piel solo tiene un origen. Rubor.

Me encuentro ante lo que fue un edificio histórico del siglo XIX. Su

fachada me impacta. Intuyo que lo que probablemente se va a convertir en mi morada me va a gustar. Estoy tan nerviosa que no sé qué hacer con el coche. Espero que venga alguien a ayudarme, pero en la oscuridad de la noche la única sombra que encuentro es la mía propia. Me bajo, miro con impaciencia y me encuentro a un joven alto, muy alto, que me mira con complacencia. Escucho la primera voz humana desde que salí de casa. ¿Hace cuánto?

—Por favor, ¿dónde está el *parking*? ¿Podría alguien aparcar mi coche? Es de urgente necesidad.

—Lo siento, señora —odio que se vea tan claro mi estado—, no tenemos

servicio de aparcacoches pero sí un convenio con el *parking* de aquí...

—¡No, no! —grito despavorida—. Necesito que me lo aparquen, me acabo de ir de mi casa, creo que he abandonado a mi familia, soy una mujer separada y no sé qué hago aquí a estas horas. Ayúdeme, por favor. Si no, firmará mi certificado de defunción.

Y me echo a llorar. Desconsoladamente. Llora tanto que me olvido de mí misma, de quién soy, de lo que hago allí, y me lanzo a los brazos de ese hombre grande y desconcertado como si fuera mi única tabla de salvación en este mundo tan cruel. Le abrazo tan fuerte que nos convertimos en un solo cuerpo. Le inmovilizo. Olvido el

coche. Olvido que lo he dejado tirado en mitad de la calle Barquillo. Una calle estrecha de un solo carril. En el número 21, justo enfrente del teatro Infanta Isabel. En el que, casualmente, lo juro, se interpreta la obra *La novia de papá*. Entonces mis lágrimas se convierten en torrenciales manantiales y visualizo una escena futura. Mis hijos, su padre, la novia de este. La libertad. La liberación. La juventud. Lo de siempre. La pesadilla me atenaza hasta que el ruido de una interminable fila de cláxones me devuelve a la realidad. En ese instante de debilidad, el portero del hotel (me enteré más tarde de que este era su cargo) se deshace de mí y me pide que coja el coche. Me indica el *parking* más

cercano y con una amabilidad exquisita promete esperarme a la puerta del edificio. Todo me parece irreal. Intento acordarme de por qué me he ido de casa, el porqué de mi decisión, cuál ha sido la causa, y no consigo hacerlo. Entre lágrima y lágrima, todavía no sé ni cómo, dejo el coche en el lugar adecuado y regreso al hotel. *Only you*. Sola yo. Me tambaleo, dudo, cruzo el umbral, salgo. Hasta que una fuerza superior me empuja. Miro hacia el cielo. Y bajo a la tierra. Con paso firme entro. Ya no hay marcha atrás. Sin mirar siquiera donde me adentro, la vergüenza se apodera de mí, suplico a mi nuevo mejor amigo que me lleve a recepción y allí me encuentro con dos señoritas que

con una gran sonrisa me dan la bienvenida. Bajo la mirada.

—Buenas noches, ¿qué desea?

—¿Que qué deseo? Una habitación... Para dormir yo sola — específico, por si acaso.

—¿Para cuántos días? —dicen sin inmutarse.

—Uno, dos, tres, cuatro, toda una vida, no lo sé. —Y empiezo a sollozar de nuevo.

—Señora, ¿la podemos ayudar en algo?

Pero yo ya no estoy allí. Me he ido. Mi mirada se ha quedado clavada en la pared de enfrente, la que cubre las espaldas de las señoritas que intentan hacer con diligencia mi *check-in* a pesar

de mi propia ausencia, y mi mente ha comenzado un viaje infinito hacia el pasado. Hacia los tiempos en los que se inició mi matrimonio. La culpa la tienen las maletas. Las que forman esa falsa e impresionante pared en la que un número indescifrable de las mismas, encajadas a la perfección, se presentan ante mis ojos en ese tono blanco roto que tanto nos gusta mentar a las mujeres. De aspecto *vintage*, imagino que bastante parecido al mío pero con la piel más reluciente, se unen unas con otras mientras en algún lugar se deja ver un baúl de antaño para dejar claro que Él también existe. Asas de cuero, cierres antiguos, maravillosas cinchas que se encargaban de fijar bien los equipajes

del pasado para que la rigidez del material no fuera la única coraza encargada de proteger la intimidad de sus dueños. Me encuentro con este paisaje y creo sufrir un estado de enajenación mental transitorio. Ha sido mala suerte, muy mala suerte. Focalizar mi mente y encontrarme con el enemigo. Ese enemigo que, sí o sí, siempre se interpone entre las parejas. Las maletas, desde los principios, uno de los grandes adversarios del matrimonio.

Todo se inició en el viaje de novios. Cuando Él visualizó lo que sería en un futuro el resto de sus viajes junto a mí. La acumulación de bultos fue superior a sí mismo y lo dijo de forma natural. «Pero bueno, ¿adónde te crees

que vas?». Fue la primera vez que de su boca salieron estas palabras. La primera de un número indefinido de veces que, a pesar de sus fatales consecuencias, ha sido incapaz de no repetir a lo largo de ese número indefinido de años que hemos pasado juntos. Regreso al viaje de novios. El día que acababa la «luna de miel», expresión que por mucho que lo intento no entiendo. Es más, me repele. La habitación del hotel, del de entonces, era una maleta en sí misma.

A pesar del distanciamiento que había producido su pregunta en nosotros antes de iniciar el viaje, fue incapaz de reprimirse, lo dijo. También por primera vez: «¿Te das cuenta? No has utilizado ni un tercio de la ropa que

trajiste». ¿Por qué? ¿Por qué lo dijo? ¿Para qué? Si yo ya lo sabía. Se lo pregunté. Y la tuvimos. Fue tal el enfado que en un alarde de estupidez le dije que no me ayudara a trasladar mi equipaje, que ya lo hacía yo sola. Sonrió con cara de incredulidad mientras yo hacía auténticos malabarismos para no tener que contar con su ayuda. Colgué un par de bolsos en mi cuello y usé los hombros para todo lo que no tenía ruedas. Que era mucho. Llegó la hora de coger la gran maleta y al hacerlo tropecé, caí y la estampé contra el vidrio de la puerta. En realidad, nos estampamos. Ella, los bultos y yo. Se rompió en mil pedazos. Como es natural, íbamos con el tiempo injusto para llegar

al aeropuerto. Soy incapaz de describir lo que vino después. Lo enterré en mi baúl de los malos recuerdos y hasta hoy no lo he vuelto a desenterrar. Prefiero obviarlo. Pero fue la primera señal. La primera señal de que las maletas, en un matrimonio, son un tema escabroso.

Continúo paralizada. Aislada de ese entorno protagonizado por un sinfín de maletas blancas que, sin quererlo, me han trasladado al pasado. Incapaz de emitir una sola palabra trasciendo al más allá y en pleno proceso de meditación trascendental la palabra maleta actúa de mantra. Maleta, maleta, maleta, maleta. Retomo de nuevo mi infancia. Y vuelvo a encontrarme con ellas. Las maletas. Mi padre, con una

cara en la que el miedo y la guasa se reflejaba a partes iguales, avisaba: «Niños, no os acerquéis a vuestra madre, que está haciendo las maletas». Huíamos a nuestros cuartos implorando para que tal acontecimiento sucediera con la mayor brevedad posible. Equipaje era sinónimo de nervios y nervios podía ser sinónimo de otras muchas cosas que obvio describir. Porque mi madre, que siempre ha hecho maletas *cum laude*, mutaba de carácter cada vez que se disponía a hacerlas.

Y yo he heredado ese mal carácter que envuelve el equipaje y, sin embargo, no su habilidad para hacerlo. Por eso hago la maleta a fuego lento. Con una calma histérica. Solo con pensar que he

de comenzar tan ardua tarea, mis nervios se tensan y el carácter se me agría. Sobre todo si Él no ha tenido a bien — como hacía mi añorado padre— largarse y llevarse a los niños consigo. Porque si está, el tema se agrava. Él, a tu alrededor. Merodea —un verbo de fuerte carácter masculino—, mira, se va, vuelve, interfiere, molesta, amenaza, te regaña. Le basta con la mirada. Esa mirada que solo un hombre es capaz de poner. Escruta. En silencio. Para decirte todo lo que piensa. Tú ni caso, pero... incómoda. Sigues. Amontonas. A veces hasta para fastidiar. Siempre «por si acaso». Con calma. Pensando. Eligiendo. Con atención. Sin saber si empezaste ayer o antes de ayer a

depositar los montones de ropa sobre la cama. ¿Y si hace frío? ¿Y si tengo una fiesta? ¿He metido la ropa de playa? ¿Y la de deporte? ¿Y los cinturones? ¿Y la ropa interior? ¿Y los sujetadores sin tiras? ¿Y los trajes de baño? ¿Y los bikinis? ¿Y los calcetines? ¿Y los zapatos? ¡¡Los zapatos!! Horror, necesito otra bolsa para los zapatos. Los de vestir, las sandalias de playa, las de salir a cenar, las zapatillas de correr, las de jugar al pádel y las de yo qué sé. Y cuando ya crees que has terminado, aparece Pepito Grillo, para fastidiar, y te dice al oído: «¿Y el neceser?». Con la angustia a cuestas y el terror de aliado, comienzas lo que parece que no tiene fin. La bolsa de las cremas solares, el

neceser —como era en sus orígenes más lo que hemos añadido con el paso del tiempo—, las medicinas (como si no hubiera farmacias en el lugar al que te diriges), la súper megabolsa de maquillaje con productos de todo tipo, desmaquillantes incluidos, la bolsa de los cargadores (hay que ver, que con tanto avance no haya nadie que haya inventado el cargador universal), los libros. En fin, la casa a cuestas, tú histérica —reconozcamos que nos ponemos histéricas— y exhausta caes sobre la cama y aparece Él. Año tras año. Como decía antes. Para decirlo. De nuevo. Sin valorar el terrible resultado. «Pero bueno, ¿adónde te crees que vas?». O te controlas o lo asesinas.

Sigo hipnotizada. Pienso que esto era solo la ida. ¿Y a la vuelta? De momento no hay. No existe. *No way*. Sin salida.

—Señora, señora, ¿está usted bien?
—me pregunta alguien, dándome un suave golpe en la espalda para devolverme en mí. Me encuentro a una de las chicas de recepción que, sin inmutarse pero con cariño, me invita a acompañarme a mi habitación. Asiento. Vuelvo a la realidad. Como si fuera una sonámbula la sigo y, al traspasar el umbral, me tiro en la cama y, tal cual estoy, me duermo. El cansancio y el llanto han hecho mella en mí.

Comienzo un nuevo presente. Al despertar, por la mañana, después de un sueño mucho más profundo del que jamás pude llegar a imaginar, abro los ojos y desorientada miro a mi alrededor. La habitación número 412 se presenta ante mí completamente distinta. En realidad, se presenta nueva. La luz artificial que envolvía el ambiente nocturno, el cansancio de tantos sentimientos y la humedad de mis ojos —¿lloré?— me hicieron percibirla anoche de una forma bien distinta. Recuerdo el olor. Tan diferente al de mi casa. De todos los sentidos, si es que

puedo alardear de alguno, el olfato es el que tengo más desarrollado. Y a veces siento a través de él, de forma intensa, de la misma manera que sentí ayer al llegar aquí. Ahora recuerdo. El sentimiento de soledad. El que nunca me ataca en mi hogar aunque a veces asome. Lleno de voces, ruidos, gritos, pasos, preguntas, comentarios, confidencias, sentimientos compartidos. Y el perro. Ese olor combinado de unos y otros, tan diferentes, impregnado en mí desde hace tantos años. El olor de mi vida. Que evoco para desestabilizarme más todavía. Tan opuesto al de ahora. En el que la soledad se combina con una extraña paz que recorre mi alma. Que esconde tras de sí el olfato, siempre

acompañado de tanto sentimiento. Otro olor más a evocar. Caprichos de este sentido tan importante que dice tanto en su propio silencio. Por fin lo he hecho, me repito una y otra vez. Esta vez sí.

Abro del todo los ojos, pego un salto y abro las cortinas que se encuentran frente a mí. Del *shock* casi me desmayo. Tras unos magníficos ventanales que simulan los balcones antiguos tan típicos de las casas más bonitas de Madrid, descubro una terraza impresionante que, al menos en estos momentos, me pertenece. No doy crédito. Cuadrada y bordeada de macetas de diferentes tamaños y colores (exactamente como yo las pondría) en las que plantas crecen apuntando hacia

el cielo de la capital. El sol deslumbra de una manera espléndida y la increíble luz que traspasa los cristales me invita a salir con una fuerza que llena mi alma y mi cuerpo. Abro de par en par y piso feliz un suelo hidráulico maravilloso, con baldosas de color azul y blanco, sobre el que una mesa ideal, de madera y hierro, es rodeada por un sofá y dos butacas que combinan los tonos añil y blanco, que poco más tarde descubriré que son los que mandan en la decoración de este hotel. «¡Dios mío! —exclamo—. Esto no me puede estar sucediendo a mí!».

Salto, canto, grito, me lleno de vigor con esa nítida luz solar, regreso a la habitación, me tumbo en la cama y me río. «¡¡¡Sola, solaaaa, solaaaaaa!!!».

grito sin pudor. No sé si es un ataque de histeria o que la conciencia me está jugando una mala pasada. Pero estoy feliz. Creo. Y me dispongo a disfrutar de mi nueva vida.

Para empezar, una buena ducha sin tener que compartir el cuarto de baño. Extraño pero alentador. Busco la puerta que me lleve al umbral de la higiene y me encuentro con un cristal serigrafiado con un mapa antiguo de mi ciudad. Me parece que fue ayer cuando visualicé uno parecido. Claro. Ayer mismo. Al dejar atrás la Castellana para recordar el pasado y ver de frente un nuevo futuro. Observo, cotilleo y descubro que es perfecto. No, tanta suerte no puede ser real. Las paredes cubiertas con

azulejos que imitan ladrillos pintados de blanco. Limpio, muy limpio. Todo en su sitio. Minuciosamente colocado. Las toallas, la alfombra del suelo, enrollada en espera de que yo decida ponerla bajo mis santos pies, un espejo gigante en el que de momento decido no mirarme. Pego un grito involuntario. Junto al secador una plancha de pelo. Lo nunca visto en un hotel. Qué inteligencia. A la que se le haya ocurrido. Mujer sin duda. Sabedora de lo que este aparato ha cambiado la vida en el universo femenino. El arma nacida para evitar las visitas continuas a la peluquería.

Empiezo a amar este espacio y me meto en la ducha con cuidado. Hay una alcachofa que nace del techo y una

ducha manual. Evito mojarme el pelo y compruebo que es sencillo elegir por donde quiero que salga el agua. Menos mal. Hay cuartos de baño en algunos hoteles que se merecen un manual de instrucciones aparte. Más de una vez mi melena ha sido demolida por la fuerza del agua que saltaba por el sitio menos pensado. Tú intentando razonar para descubrir cómo sale el agua de la bañera y un torrente del líquido elemento te deja con cara de mopa. ¿Y la temperatura del agua? Hay que ser ingeniero para regular el termostato y no abrasarte con el agua hirviendo o congelarte con el agua gélida que fluye de esa ducha. ¡Pero, por favor! Que el buen gusto no está peleado con el

sentido común. Tanto avance tecnológico y los diseñadores de grifos no entienden lo que necesita un cliente. En fin. En Only You el cuarto de baño es un aliado. No un adversario. Continúo.

Un chute de energía recorre mi cuerpo hasta que el primer síntoma de mi edad se anuncia sin tregua para estropear mi momento. Lo que hasta ayer eran mis grandes botes de champú, crema suavizante y gel se ha visto reducido ahora a la mínima expresión y mientras el agua empapa lo que antaño era lozano intento descubrir cuál es cuál. La escena digna de la mejor tragicomedia. Los ojos entrecerrados, la mirada borrosa por las gotas, el pelo pegado al cráneo y las manos temblando

en una mezcla de ira y desesperación. ¿Es que en los hoteles no piensan en la presbicia? ¿Es que entre sus clientes no hay personas de edad que sufren las consecuencias de la misma y son incapaces de enfocar bien de cerca? ¿Es que no se les ocurre que a la ducha no te llevas las gafas? ¿Es mala idea o sencillamente falta de información? El detalle de ponerlos, bien; la manera, fatal. Por lo menos que pongan carteles indicativos en un cuerpo de letra grande. Muy grande. Sufro un ataque de debilidad tan fuerte que comienzo a llorar. Los echo de menos. Sí, los echo muchísimo de menos. A todos. Lloro. Y los imagino allí, solos, sin vida, arrinconados, mientras Él, feliz, los mira

con indiferencia y utiliza los suyos. Mis botes. Compañeros inseparables de mi día a día. Mi primera toma de contacto ante la jornada que se anuncia. ¡Qué tonta soy! Por no llamarme estúpida. Ya habrá aprovechado cualquiera de mis hijos —¿o debería decir mis «exhijos»? — para llevárselos, a sabiendas de que nadie les gritará por hacerlo. Tan contentos. Y a punto estoy de cometer mi primer error. Es la inercia. En un ataque de ira salgo de la ducha, me pongo la toalla y me lanzo al móvil para llamarles. «¿Quién ha cogido mi champúúúú?», estoy a punto de gritar. Pero una fuerza inhumana me detiene y el instinto desaparece. «¿Pero tú estás mal? —creo oír—. ¿No te has ido de

casa para comenzar una nueva vida? Olvídate de ellos».

En ese momento, mi llanto se convierte en pataleta. Una idea terrible atenaza mi mente. El cuarto de baño solo para Él. El sueño de cualquier miembro que forme una pareja. Cuántas veces lo hemos oído, dicho y soñado. ¡Cómo me gustaría poder tener en casa un cuarto de baño para cada uno! ¿Cuántos fracasos se evitarían? (interpreténelo como quieran). ¿Cuánto tiempo se ganaría? (libre interpretación de nuevo). ¿Cuántos olores se quedarían en el olvido? (No hay nada peor que una mezcla de perfumes, el de Él y el de Ella, en un recinto tan pequeño). ¿Cuántas citas puntuales se

conseguirían? Tú en el tuyo y yo en el mío. Libre. Para tardar, pintarme, vestirme y mirarme. O para despintarme, cambiarme y volver a mirarme. Porque no me gustaba como estaba. Las veces que haga falta. Porque el cuarto de baño es mío. Y punto. Y sin tener que oír, una y otra vez, ¿has acabado ya?, ¿puedo entrar? No, no puedes. Porque el cuarto de baño se transforma en un baño turco y el vaho me descompone. De arriba abajo. Y me miras con cara de pocos amigos mientras diriges tus ojos al reloj una y otra vez para decírmelo sin palabras: «Vamos a llegar tarde. Y lo sabes». Momento en el cual el rímel se convierte en masa y la raya del ojo, de los nervios, en borrón y cuenta nueva.

Por su culpa, por su culpa y por su grandísima culpa. Y vuelta a empezar. Y no sigo porque me aburro. Pero me pregunto, ¿cuántos divorcios se evitarían si cada uno de los miembros de una pareja disfrutara de su propio espacio para el aseo? *The answer, my friend, is blowing in the wind*, como diría Dylan.

Me dejo caer. El día se presenta mal. Me tumbo en la cama y miro al techo. Una postura que siempre invita a pensar. Incluso en determinadas situaciones relacionadas con el sexo. Por el color de la pintura. Qué típico. Pero de eso es de lo que menos me apetece hablar ahora. Lo que son las cosas. Además mi techo, el que desde aquí vislumbro, es maravilloso. Alto,

muy alto, está cubierto de delgadas tablas de madera blanca que rompen su figura con grandes vigas marrones. Dos focos mínimos cuelgan desde allí, para iluminar sin molestar los días o las noches más oscuras. Me escucho a mí misma contármelo en voz alta. Desvarío. Desde que hablé con el portero —¿qué le dije?— y me comuniqué con las amables chicas de la recepción —¿qué pensarían de mí?— no he vuelto a cruzar una palabra con nadie. Creo que he batido mi propio récord. Más de diez horas muda. Por algo se empieza. Cambio radical.

Pero, ¿quién soy? ¿O quién era hasta hoy?

Me llamo Marta. Primer revés del

destino. A su significado me remito. Marta, señora, reina del hogar. Lo que no he sido nunca ni seré jamás. En este caso, a mi estado me remito. Pero así lo exige el guion. Marta. Una más de las millones de Martas que seguro que hay a lo largo y ancho de este mundo. Me podría llamar de cualquier otra manera, pero no. Quizás Martha. Por poner un nombre más internacional. Como mi personaje. Globalizado en sí mismo. Por imposición natural. Que rima con hormonal. Me da igual que me da lo mismo. El caso es que ella, siempre ella, viva donde viva, tiene el mismo estatus. No entiende de fronteras, de banderas, de razas, ni de patrias. Es ella. Marta, nombre que elijo con sumo

cuidado. Aquí nada se deja al azar. Marta. Señora, reina del hogar. A lo que en realidad aspiramos un número ilimitado, indefinido, de millones y millones de mujeres que habitan en este mundo. Lo imposible en su estado más puro. Pero como las aspiraciones son gratis, al manto de su santa me acojo, santa Marta, por ser la patrona, entre otras cosas, de las amas de casa, con el deseo de que algún día nos otorgue el título que de verdad nos merecemos. Reinas. Señoras. Del hogar. Ja. Jajajaja. Que se estila mucho. Lo de jajajajaja. Y porque no tengo emoticonos. Que si no, pondría esos *smiles* llorando de la risa. Paro.

Y sin más preámbulos, y con más

miedo que vergüenza, me presento como lo que soy. A mí misma. Una mujer de mediana (?) edad, trabajadora por partida doble (¿o se dice infinita?) al desempeñar —hasta hace dos días— mi labor laboral en casa y fuera de ella. Lo que viene siendo una multiusos. Yo sí que no tengo fronteras. Ni límites. Casada, con dos hijos «adorablemente» postadolescentes, madre, hermanos y un largo etcétera de amigos. O sea, una mujer de esas que a la gente le encanta definir como actual, moderna, acorde a la época que le ha tocado vivir. Y que yo defino como la típica, tipiquísima mujer, permanentemente al borde del ataque de nervios. Vamos, que mi sola presencia estresa. Pero es que esto no es

fácil. No, no, no. Lo sabemos todas. Eso de conciliar vida familiar y trabajo es pura utopía. Máxime cuando una se encuentra metida de lleno en esa década de los cincuenta, que tantos insisten en llamar «los nuevos cuarenta». Y de eso nada. Monada. Ya me gustaría a mí encontrarme como me encontraba entonces. Por dentro y por fuera. Que esto tiene mucho juego. La mediana edad. ¿Qué es eso de mediana edad? ¿Por qué tanto empeño en calificarla de esta manera? Ni lo entiendo ahora ni creo que logre entenderlo nunca.

Según Wikipedia (siempre con la verdad por delante, soy súper «wikiculta»), «ese término se usa para describir un periodo de dramáticos

cuestionamientos sobre sí mismo». Desde mi punto de vista sería más acertado decir de «dramáticos cambios», origen sin duda de todo lo que te cuestionas después. Y a esta dramática edad —que unos dicen que se inicia en los cuarenta, otros en los cincuenta y los más avezados en los cincuenta y cinco—, en la que nunca me acuerdo si me encuentro o ya la he pasado, yo como la calificaría, con permiso de los sociólogos, es la edad de la inconsciencia. ¿Cómo si no he llegado hasta aquí?

Me dejo llevar por la tristeza y las horas pasan hasta que anochece. Todo me da igual. No tengo hambre y me basta con beber agua para sobrevivir. Quizás,

de esta manera, algún día vislumbre lo que antaño se llamaban caderas. La oscuridad se alía con mis pensamientos y el miedo a lo desconocido se hace mayor. En algún momento dormito. La noche se hace larga. Muy larga. Como tantas noches en las que el insomnio, cruel, no te deja descansar. Maldito enemigo.

«¿Y mi madre? ¿Qué pensará mi madre?». Me despierto agobiada. Esta vez el desconcierto se convierte en cierto. Sé donde estoy, y aunque un profundo dolor atenaza mi alma, no lloro. De momento. Me lo vuelvo a preguntar. «¿Y mi madre? ¿Qué pensará mi madre?». Que Dios me perdone, pero no tengo ninguna intención de llamarla. La quiero, sí, con todas mis fuerzas, pero no va a saber absolutamente nada de mí. Muere por Él, le adora, es perfecto, el mejor. Cada vez que discutimos cuando está ella delante, siempre le da la razón. No lo puedo

soportar. Qué engañada está. Aun así, la sigo invitando los domingos a comer a casa. Soy masoquista, sin duda. Porque adorarla, la adoro, pero en la relación con su yerno —¿o debería de poner ya su «exyerno»?— me supera.

Mi madre. Una mujer estupenda de la que juré y perjuré no imitar nada en mi vida. «Jamás haré con mis hijos lo que tú haces conmigo», le decía acusadora ante lo que, en aquel entonces, me parecía absolutamente injusto. Era adolescente, compartía con mis amigas que nunca sería como ella. Ellas asentían, pensando exactamente lo mismo. Pero sabías, y sé, que sin ella no podría vivir. Mamá. La primera vez que oí a mis hijos decir mamá, comprendí la

grandeza que encerraba esta palabra tan corta. Exactamente lo contrario a lo que imagino que piensan ellos ahora. Si es que piensan. Porque hay que ver cómo son los adolescentes. Aunque no repetiré esto en alto en mi vida. Es decirlo y ponerle en bandeja a las madres perfectas que sus hijos no son así, son perfectos. Como ellas. Me atacan. Los nervios. No soporto a ese tipo de mujeres a las que, aparentemente, todo les va bien. Anda ya. Si eso es imposible. Pero vuelvo a mi madre y me veo reflejada en ella. Con el paso de los años he acabado diciendo y haciendo las mismas cosas que ella decía y hacía. Hasta he torturado a mis hijos cuando eran pequeños obligándoles a ir a las

fiestas de los hijos de mis amigas a los que ellos no conocían de nada. Como hacía mi madre. Y les torturo con las mismas preguntas o expresiones que nos decía ella, a mí y a mis hermanos, y que me prometí no decirles a mis hijos bajo ningún concepto. ¿Has cogido las llaves? ¿Has dado las gracias? ¿Has cerrado la puerta al salir? Has, has, has. Y eso, a los diecinueve y a los veintiún años, escucharlo de forma constante debe de ser una pesadilla. Lo sé, pero lo digo. Porque, la mayoría de las veces, lo hago con razón. Como lo hacía ella.

Mi madre. ¿Se habrá enterado ya de que me he ido? ¿Pensó ella alguna vez en abandonar a mi padre? Me encantaría preguntárselo ahora, pero

antes muerta que descubrir mi destino. Sigo mirando al techo. E, increíblemente, soy capaz de continuar con el hilo de mi conversación. Claro, nadie me interrumpe. A decir verdad, es un monólogo. En el que la mujer que me dio la vida se convierte en la protagonista absoluta. Pienso en ella y tiro del hilo. De las relaciones matrimoniales. Viuda desde hace tanto, nunca ha vuelto a rehacer su vida. En lo que al amor se refiere. Porque pasárselo se lo pasa bomba. Como tiene que ser. ¿Por qué será que las mujeres que se separan o se quedan viudas normalmente no vuelven ni a plantearse siquiera emparejarse? Por lo menos un amante, ¿no? Yo, desde luego, no me volvería a

casar. Pero de ahí a no poder compartir momentos con otro, hay un abismo. Eso sí, él en su casa y yo en la mía. Que ahora que he decidido estar sola no puedo ni imaginar estar con otro. Para eso vuelvo con mi Él. ¿O debería decir mi «exÉl»? Lo típico. Más vale malo conocido que bueno por conocer. Si al final son todos iguales.

O mejor. Más vale sola que mal acompañada. La madre de una íntima amiga mía (íntima de verdad, no de las que van de) dice siempre que Dios le otorgó el don de la viudedad. Y es una mujer muy sabia. Su marido se murió muy joven y la dejó con una prole de hijos pequeños. Lo pasó muy mal. Por el dolor y por tener que sacar a los hijos

adelante. Pero una vez pasado el duelo y cumplido su cometido, reconoció tener lo mejor de la vida: ser madre y ser libre. Libre, como el sol cuando amanece, ella es libre. Libre, como el ave que escapó de su prisión. Como la canción. Desde tiempo ha. Y con una sonrisa que no le cabe en su rostro, repite una y otra vez: «Sí, Dios me dio el don de la viudedad». Don, por cierto, que parece ser aprovechado solo por el sexo femenino. A los datos me remito. Es curioso. En España por cada viudo hay cinco viudas. Qué súper dato. Ahora lo entiendo. Lo de mi madre y sus amigas. Viudas, separadas o divorciadas, siempre juntas. Menos alguna oveja negra que se salió de la

manada para buscar una nueva media naranja (que expresión tan cursi), el resto viven solas y felices. Que si un día se van al teatro, que si otro juegan a las cartas, que si hoy me quedo en casa porque me da la gana, que si mañana me voy al cine que encima me cuesta más barato por eso de la tercera edad. Tercera edad. El periodo de la vida al que pertenecen las personas que ya han cumplido sesenta y cinco años. En teoría, porque van envejeciendo. En la práctica, todo depende. Porque ya me gustaría a mí tener la cabeza que tiene mi madre, a punto de llegar a los ochenta. Qué barbaridad. Me estoy poniendo tierna. ¿Estará angustiada? ¿O pensará como Él que es uno de mis

ataquitos? ¿Y si la llamo? ¿Y si le explico? ¿Y si le pido ese consejo que tanto necesito? Porque ella, solo ella, es mi ejemplo a seguir.

Mamá. La fuerza, el valor, la sabiduría, la entrega, la generosidad, el perdón, los valores, la educación. El desinterés en estado puro. El AMOR, en mayúsculas. A cada minuto que pasa me pongo más tontorrón. El techo, cada vez más borroso, y el alma, cada vez más arrepentida. Porque, a pesar de todo lo que pienso, cuántas veces la he fallado en el camino. Me olvido de tantas cosas, tantas pequeñas cosas que le hacen feliz. Un gesto, una comida, una llamada, un paseo. Un te quiero, un perdón, unas gracias, un minuto. El

tiempo suficiente para decírselo. No me aguanto y busco el móvil. Ahora, sí, la voy a llamar. Ahora, para decírselo, que la quiero. Ahora, en el momento más inoportuno. Justo tiene que ser ahora. «Pero serás idiota», me dice de nuevo esa extraña voz que oigo pero no oigo. «Ahora NO, que te vas a delatar». No la escucho y sigo buscando el móvil. Mi madre está por encima de todo.

Comienza la búsqueda. La misma búsqueda desesperada que se repite día a día, hora a hora, minuto a minuto. La que nunca te abandona para poner a prueba tu delirio. Mi teléfono, ¿dónde está mi teléfono? Estoy segura de que el inventor de este aparato era hombre y misógino. No puede ser de otra manera.

Si nos quisiera, a las mujeres, lo hubiera hecho con un busca permanente. Busco y rebusco en mi habitación, esa a la que me debo de acostumbrar, y nada. «¡Niños, llamadme que he perdido el móvil!», grito sin pensar. No saben, no contestan. Como si estuviera en casa. Hasta que vuelvo a la realidad. Sigo sola. Entonces decido llamarme. A mí misma. Desde el teléfono fijo, hasta hace poco olvidado, y que recupera protagonismo en este momento para convertirse en el único aliado capaz de encontrar a su rival, el móvil. Tardo muy poco en averiguar cómo llamarme y me sorprendo. Por mi trabajo he viajado mucho y he llegado a entender el significado de la palabra eternidad

gracias a los siglos y los siglos —amén— que he tardado en descubrir el funcionamiento de algunos de los teléfonos que dormitan en las mesillas de noche de las habitaciones. Comienzo a llamarme desesperadamente. «El teléfono que usted marca está apagado o fuera de cobertura», me indica esa estúpida voz sin asomo de humanidad que tanto odio. Da igual. Insisto. Una y otra vez. La desesperación se apodera de mí, de manera idéntica a como lo hace con cualquier mujer en las mismas condiciones a las mías. «Llámame, llámame, que he perdido el móvil», repiten una y otra vez las voces femeninas a lo largo del día. Normalmente, está en el bolso.

Normalmente. Pero, ¿cómo encontrar algo en ese objeto inundado de cosas? Otras veces está encima de la lavadora, entre la ropa o en la nevera, donde lo metiste a la vez que metías la compra. Incluso puede estar pegado a tu oreja cumpliendo su función. Ser el receptor que te permite hablar por teléfono. Sí, más de una vez me ha pasado. Más de una vez lo he dicho: «Te dejo porque me estoy poniendo histérica, que no encuentro mi teléfono», y oyes una voz que dice: «¡Pero si estás hablando conmigo!». Sin comentarios. Es un aparato que te juega muy malas pasadas. Y te hace pasar muchos sofocos. Más de los impuestos por la ley de la naturaleza. Llámese menopausia. O «mens» +

«pausi», que queda como más fino. Como cuando marcas un teléfono, tu mente se aleja y preguntas: «Perdón, ¿a quién estaba llamando?». La cara de lerda que se te queda es difícil de describir. Lo peor es que es un acto involuntario y difícil de controlar.

Bueno, pues no lo encuentro. Casi mejor. Así evito tentaciones. Miro a mi alrededor y veo el desastre en el que se ha convertido el habitáculo en el que llevo apenas un día viviendo. Mi mirada se queda fija, penetrante, admirada, incrédula, ante lo que se desparrama en el suelo tras el vaciado del bolso. La extensión de la mujer. El miembro que, sin ser estudiado en ninguna clase de anatomía, existe para dar la vida a

diario a las integrantes del sexo femenino. Una vez lo escribí, porque yo trabajo, sí, soy periodista. Y escribí sobre la anatomía de un bolso. El mío es de psicoanalista. Chicles, papeles, caramelos, bolígrafos, rastros de bolígrafos explotados, pilas, mandos, algún que otro CD, un pequeño cepillo de pelo, pinturas a extinguir, carteras varias (la que de verdad hace la función de cartera, la que reservo para las monedas que habitualmente se encuentran en el fondo del bolso, en la que guardo gomas y horquillas que — ¡oh, casualidad!— siempre aparecen también en el mismo fondo del bolso), resguardos del banco en los que resaltan los números impresos en rojo, cientos

de miles de tickets de aparcamiento que nunca encontré en su momento y ahora los debo guardar por si acaso, gafas, fundas de gafas vacías, gafas rayadas, gotas para los ojos, llaves servibles e inservibles, medicinas —Dios mío, qué cantidad de medicinas—, pañuelos de papel —los Kleenex de toda la vida—, el abanico. Roto, pero abanico. El que te salva y te delata. Te ayuda en esos momentos que nunca desea vivir una mujer. ¡Qué sofoco! El que estoy viviendo al observar y comprobar que soy un caos. ¿No dicen que el bolso es el reflejo de la personalidad de quien lo lleva? A lo mejor no, me lo he inventado, pero estoy segura de que es así. Al ver lo que hasta ahora se

encontraba en el interior del mío, descubro lo que ya sabía.

Soy caótica, desordenada, disparatada. Sería incapaz de hacer un inventario de este explosivo contenido. Qué desastre. Me deprimó. En su versión más suave.

Las horas pasan y continúo en la cama. Madrid dice adiós a este extraño día y desde mi ventana veo uno de los atardeceres más maravillosos que me regala mi ciudad. Hago un esfuerzo y salgo a la terraza. Me quedo hipnotizada con el paisaje. Los tejados y las torres del centro se muestran ante mí como nunca antes lo habían hecho. Justo en el centro de mi mirada, como si de un dibujo se tratara, la pared del edificio

de la izquierda parece proteger al resto de las paredes que, más bajas que ella, dan cobijo a muchos madrileños. O extranjeros. Ciudadanos del mundo que se han sentido atraídos por esta ciudad que abraza con fuerza a cualquiera que a ella llegue. Un poco más lejos, dos edificios separados entre sí han dejado crecer entre ellos dos altos pinos que se muestran orgullosos de haber visto la luz en mitad del enlosado. Su presencia aporta ese verde de la naturaleza que tanto gusta contemplar. ¿Cómo habrán sido capaces de crecer allí? Un rosa pálido se mezcla con el azul intenso del cielo mientras las nubes, casi rojas, me indican que el sol ya está bajo. El día se acaba.

Me quedo absorta observando los diferentes matices de cada color y el silencio se hace inmenso. De pronto llega la oscuridad. Las casas que me rodean, hasta ahora pintadas a merced de los rayos del sol, dejan su vida de día y dan la bienvenida a la noche mientras, poco a poco, la luz artificial se apodera de ellas. Muy cerca de mí —no mío, por favor, que cada día cuidamos menos el idioma—, veo cómo se despierta un acogedor salón. Una luz tenue envuelve sus muebles, esos que esconderán tantos secretos, y les aporta un brillo especial. Cobran vida. Intento descubrir de quién es la mano que ha encendido el interruptor. El día se acaba y la noche se enciende. Hierve. No me

muevo. No quiero pensar. No pongo la televisión. No busco el móvil. No abro la maleta. No me importa nada. Pero ya son dos días. Y mi mirada se vuelve nostálgica, fija en el salón ajeno, y confunde la realidad presente con la realidad pasada. De pronto aparecemos. Dos jóvenes recién casados. Veo perfectamente la imagen. Acurrucados en un sofá. El que ocupaba nuestro primer salón. Bueno, el suyo. Porque era suyo. Hasta que lo compartimos. Sonrío y comprendo lo difícil que debió de ser para Él. Tantos años viviendo solo, independiente, en su casa y a su manera. Y llega una intrusa a la que le tiene que ceder la mitad de su cama, la mitad de su cuarto de baño, la mitad de su

armario, la mitad de su casa. Hasta ahora suya, desde ahora compartida. ¿Se imaginan? Me pongo en modo hombre y se me abren las carnes. De pronto su intimidad invadida, por su mujer, sí, pero su intimidad. La suya propia. Única y exclusiva. Y llega una Ella, con las mismas maletas del viaje de novios, más las que ya trajo de casa de sus padres y lo que todavía falta por llegar. Y todo eso en su armario. Un armario de un hombre que vive solo. Perfecto. Ordenado. Sin nada fuera de su sitio. Incluso con espacio. Porque ellos tienen mucha suerte. No necesitan, ni eso, ni bolsos, ni chales, ni pañuelos, ni sujetadores (que hay que ver lo que ocupan), ni fajas (que algunas las usan,

que lo sé), ni ropa interior ideal de la muerte, ni bikinis y trajes de baño, ni maquillajes, ni planchas para el pelo, ni rulos, ni cepillos para limpiarse la cara, ni el set de la manicura, casi nada. Su armario tan sencillo como ellos. Que no he dicho simple.

Pues de esta guisa llegué a su casa, y Él, adorable pero intuyo que tenso, descubrió que nada de lo que era volvería a ser. Fue un momento complicado. El segundo más complicado detrás del vivido con la rotura del cristal y las maletas. Y eso que solo llevábamos quince días casados. Él explicándome y yo como si fuera una invitada. Así me debió de ver en el primer momento. Le traicionó el

subconsciente. «Y este es tu cuarto», me dijo, señalándome el cuarto que tenía, mitad de invitados, mitad de despacho. Le salió del alma. La okupa a su sitio. Al cuarto vacío. «El bicho». Cada vez me hacía más pequeña. Le perdoné el lapsus. Estaba a punto de descubrirme. Y así fue. Con los ojos abiertos de par en par y la cara descompuesta, lo dijo: «Mis máscaras, ¿dónde está mi colección de máscaras que estaban en esa pared?». Empezó a mirar, de un lado para otro, incrédulo. Hasta que, sin todavía creérselo, supo que su casa ya no tenía nada que ver con su casa. Ante Él un nuevo hogar. Ya me había ocupado yo de encargarme que hicieran esos pequeños cambios sin importancia

durante el viaje de novios. «¿Las máscaras? —contesté resuelta—. En esa caja. Me daba pánico verlas». «Pues te gustaban cuando éramos novios», escupió. Fue su primera vez. La primera vez que lo dijo. Y no le faltó razón. Cómo nos gustaba todo cuando éramos novios.

Vuelvo en mí y sonrío. ¡Qué difícil debió de ser para Él! Y pienso en ese primer año. Tan idílico para algunos y tan tortuoso para otros. La convivencia. Tu espacio. El acoplamiento. Las manías. La luz. ¿Por qué siempre a uno le gusta dormir con la ventana abierta y al otro con todo cerrado? ¿Por qué si uno lee, el otro no se puede dormir? ¿Por qué si a uno le gusta estar en casa

al otro le gusta salir? Será por eso. Los polos opuestos se atraen. Eso dicen. Mi segunda noche y ya le echo de menos. Que oscurezca del todo. Así habré alcanzado una nueva meta de esta carrera que me lleva a un destino desconocido. Mañana será otro día.

Me despierto sobresaltada. Son las cinco de la mañana. Soñaba que me iba de casa y que todos los miembros de mi familia al unísono me rogaban que volviera. Del susto he abierto los ojos y, al hacerlo, como es habitual en una mujer de alta mediana edad, me he ido directa al cuarto de baño. Pero la inconsciencia de la noche me lleva en una dirección totalmente opuesta a la correcta. La costumbre me dirige al

cuarto de baño de mi casa, lo que golpea mi alma y me devuelve a la realidad. Tomo el rumbo de mi nuevo cuarto y me dirijo al que desde ayer es mío. Me siento y me extraño. Está más alto de lo habitual. ¿Estaré en el lugar correcto? La pereza me atenaza, pero la curiosidad me obliga. Con estas ganas de nada enciendo la luz y observo que estaba en el sitio que me correspondía. ¿Qué extraña sensación me hizo pensar de manera equívoca? Una carcajada sale de mi garganta y al minuto nacen cientos de lágrimas provocadas por una risa incontrolable. Literal. Como dicen mis hijos. ¡Claro! ¡El retrete está en su estado óptimo! Nadie ha dejado levantada la tapa intermedia. Nadie. Si

no hay hombre alguno que comparta mi vida, ¿cómo hundirme a la hora de hacerlo que la naturaleza tantas veces me obliga? Solo ellos son responsables de nuestros bruscos choques con las partes bajas del inodoro. Por mucho que se lo expliques, no lo entienden. O no lo retienen. Pobres. Un día se llevarán un buen susto cuando vean colarse por el mismísimo a su Ella hecha un bucle entre un pequeño huracán de agua. Esto me empieza a gustar. Regreso al lecho y me duermo profundamente.

Amanezco a las once de la mañana. Algo increíble en mí. Con la conciencia en estado plano, me doy cuenta de que sigo con la toalla enrollada —miento, estoy prácticamente desnuda— y me pierdo en mi habitación, sin saber qué hacer, se me pasa el tiempo. Como a Mecano. Repito el acto del día anterior, abro las cortinas y compruebo que la jornada de hoy se presenta de la manera más inapropiada que podía hacerlo. Llueve. A cántaros (¿por qué se dirá así?). Y descubro que todos los astros se ponen en mi contra para inundar mi vida de un universo de esas pequeñas

partículas aparentemente redondeadas. Las que brotan del cielo gris, el que me anuncia que la tormenta está a punto de estallar, allí y aquí, y nacen de la tensión de dos fuerzas: la superficial del agua y la presión del aire que empuja la base de la gota a medida que esta cae. Son esféricas. Aunque se dibujen en forma de lágrimas. Y las que brotan y ruedan sin control sobre la superficie de mi rostro, imagino también que debido a la tensión de dos fuerzas. Las que luchan en mi interior entre el deber y el querer. Las que nacen de dos estados de ánimo encontrados. De la alegría (viva y animada) y de la tristeza (desesperanza y desamparo), que hacen que me encuentre en un sinvivir constante. Una

mujer al borde del ataque de nervios sin nadie a quien transmitirle este estado. Ese es su lado bueno. ¿El malo? Que me estoy volviendo loca. Paso de la euforia a la apatía con tal facilidad que no sé ni qué origen tienen mis propias lágrimas. A lo mejor me dedico al estudio de las mismas y preparo una tesis sobre la topografía de las lágrimas. Sola y erudita. Porque la vida te enseña a llorar. Y a medida que pasa el tiempo aprendes sin querer. Y desguazas cada tipo de lágrimas.

Un día ríes, otro lloras. Lágrimas de alegría o lágrimas de tristeza. La vida juega con tus sentimientos y a veces te hace sentir como una marioneta a merced de sus caprichos. Los años

pasan, te haces mayor y la sensibilidad, tan a flor de piel, te juega malas pasadas. Cuando menos te lo esperas tu mirada se transforma por la fuerza de esas pequeñas gotas que nacen sin querer desde el fondo de tu alma. No tienen ni nombre ni apellido. O sí. Quizás se llamen ternura. O dolor. O esperanza. O alegría. O traición. O desconcierto. No lo sé. Sea como sea, como dijo Platón, cada lágrima enseña a los mortales una verdad. Aunque esta se repita. Porque siempre es diferente. Siempre. Incluso cuando más te lo esperas. Las que rodean la inminente desaparición de un ser querido. Algo cada vez más frecuente a medida que la vida te pasa. Lo normal. Es cuando las

lágrimas, sí, las que rodean la muerte, nacen con identidad propia. Y duelen en el alma. Con ese nombre y apellido, que aunque ya no esté, siempre estará en esa lista de favoritos que jamás vas a borrar.

Lágrimas con sabor amargo. El del dolor, el de la tristeza. Nacen a borbotones y nublan la mirada hasta que esta se vuelve a aclarar. Entonces llegan otras. Las que brotan de repente. Lágrimas desordenadas. Un recuerdo, un lugar, una fotografía —de papel, siempre de papel—, una canción, una sonrisa. Unos grandes ojos azules. Por ejemplo. O un niño que crece, una mujer ejemplar, la entrega de una hermana, la entereza de una madre, las lágrimas de

un hermano. O de un cuñado. O de un sobrino. Porque cuando nacen de un hombre impresionan más. Ellos lloran menos. O lo hacen de otra manera. Para dentro. Lágrimas invisibles. Las que nadie ve, las que apuñalan por dentro y no permiten descansar en paz. Hay que dejarlas fluir. Para que el alma descansa. Hasta dejar los ojos secos de tanto llorar. Lágrimas encadenadas. Las que nacen de un recuerdo y se enlazan con otro, las que entremezclan dolores, las que te arrastran de la melancolía al desconsuelo, del desconsuelo a la esperanza, de la esperanza al optimismo. Escribió Lope de Vega: «No sé que haya en el mundo palabras tan eficaces ni oradores tan elocuentes como las

lágrimas». Quizás, por eso, ahora me sobren las palabras. Pero corto y cambio.

Corto y cambio. A la ducha. A vivir entre más gotas. Esta vez con la lección aprendida. El que algo quiere algo le cuesta. Con qué facilidad llegan a mí los dichos populares tantas veces repetidos. Me pongo las gafas y me ducho con ellas. Soy una persona renovada. Acabo con agua helada. Así tonifico la piel, la terso (mentira), la dejo libre de toxinas, me desinflo, subo mi tensión arterial (¿más?), etcétera, etcétera. Según dicen, algunos de los beneficios que el agua fría tiene sobre el cuerpo. Ah, además de que baja la testosterona. No sé. Se me ha ocurrido de repente.

Sin mirarme al espejo, debo de ser una nueva variante de monstruo, decido, por fin, vestirme. La maleta se presenta ante mí impertérrita, insolente, desafiante. La prueba del delito. Su tamaño me inquieta. Es pequeña, de las más pequeñas. Temo no haber introducido en ella todos los «por si acaso» que me pueda deparar mi incierto destino. Obvio volver a tratar el tema. Incapaz de acordarme de lo que metí en ese ataque de locura transitoria que sufrí antes de salir de mi hogar con el portazo auestas, la abro para descubrir cómo voy a lucir en mi nueva existencia. Al hacerlo, algo deslumbra mis ojos. Veo o intuyo ver una masa de pequeñas lentejuelas que cubren un trozo

de tela. Me acerco, y con más miedo que vergüenza, veo aparecer una minifalda de *paillettes*. Me ruborizo. ¿En qué estaría yo pensando al hacer este amago de equipaje? Fue mi subconsciente, seguro, que me jugó una mala pasada haciéndome creer que mi futuro se parecería algo a mi pasado más lejano. El de la juventud. En esa situación de pérdida de razón, debí de verme soltera, dispuesta y decidida a encontrar al hombre de mi vida. Porque al otro ya lo daba por perdido. ¿Qué extraños pensamientos pueden cruzar la mente de una mujer en momentos tan determinantes como este? Nada más ajeno a mi voluntad que convertirme en la típica separada dispuesta a todo y, sin

embargo, qué hace una falda como esta en un lugar como este. Habrá que analizarlo. Pero ahora no, no más pensamientos inútiles. Alejo la sinrazón de mi mirada y compruebo que el resto de las prendas, aunque escasas, son prácticas. Hace calor, mucho calor, y aunque septiembre está a punto de dar la bienvenida al otoño, podré arreglármelas. Total, para lo que voy a hacer.

Un golpe de mala suerte me hace enfrentarme al espejo que aún no había descubierto, a ese que por no conocer todavía no controlo. Se encuentra detrás de la puerta de entrada y ocupa toda la parte posterior de la misma.

En casa, los que hay, se

convirtieron en invisibles cuando mi físico así lo impuso. El físico. Al que queremos quitar importancia pero la tiene. Porque cómo duele hacerte mayor por mucho que des gracias a Dios por conseguir cumplir años. Sobre todo a las mujeres, porque ellos tienen suerte hasta en eso. Cada día más atractivos. Por eso en casa ya no me miro. A no ser que esté vestida de arriba abajo. Por la cuenta que me trae. No obstante, aquí me ha cogido por sorpresa y, al contemplarme, me llevo un susto de muerte. Qué invento tan estúpido. A partir de una edad solo sirve para fastidiarte. Como ahora, en mis horas más bajas, en las que la sensibilidad está a flor de piel y un disgusto puede convertirse en un

drama. El que me hace vivir esta superficie pulida al devolverme lo que al parecer es mi propia imagen. Dos días de dejadez absoluta han hecho mella en mi ya de de por sí deteriorado cuerpo, lo que da pie a que el abandono familiar deje de ser el máximo problema en estos momentos para dar protagonismo al que realmente lo merece: el terrible aspecto de mi masa corporal.

¿Qué he hecho yo para merecer esto? Me analizo. A la madura Dios no la ayuda. Es el primer pensamiento que me viene a la cabeza. Ni en lo psíquico ni en lo físico. Incapaz de ponerme profunda, me detengo en lo superficial. En la estructura física. En la que

sostiene a este cuerpo que ronda los cincuenta. A pesar de lo cual, intento aferrarme a las palabras dichas por Víctor Hugo: «Los cuarenta son la edad madura de la juventud y los cincuenta, la juventud de la edad madura». Me las aprendí de memoria y en situaciones como esta me vienen a la testa para intentar reanimarme con un subidón de moral. El mismo que desaparece al contemplar mi cuerpo. El cuerpo humano. Mentira. El cuerpo inhumano. Como lo denomino desde hace años. La flacidez cumple su objetivo y le otorgo un sobresaliente *cum laude*. Imposible desfigurar la piel de una manera más impecable. Curioso. Examinó para ver si he sido justa con la calificación. Soy

una nueva variante de monstruo. Entre tanto sollozo y las consecuencias de la edad, dos globos oculares hinchados y protegidos por una persiana, anteriormente llamada párpado, causan un efecto terrorífico en mi mirada. El descolgamiento de la piel del rostro lo omito. Por propio interés. Ni con ayuda de los dedos soy capaz de retomar el óvalo facial. Lo intento, soy masoquista, y al hacerlo, abro las persianas que impiden el paso de mi mirada, con la mala suerte de que lo primero que aparece en el maldito espejo es la parte inferior del brazo. Esa que ya me anunciaban mis hijos que empezaba a caer. Recuerdo. Las tardes felices en las que iba a recogerles al colegio y en su

inocencia preguntaban por todo aquello que les producía interés. «Mamá, ¿por qué te cuelga esto?». Y lo tocaban para hacer de mi sufrimiento un perverso juego infantil. Y esa parte de la piel, modelo murciélago, en un proceso de incipiente pérdida de tonificación, se balanceaba como el elefante sobre la tela de una araña. Nunca recuperó su contorno.

Me miro las rodillas y me entra un ataque de risa histérica. Veo la minifalda y emito pequeños chillidos. No sé si de alegría o de tristeza, que parece ser el gran enigma de mi vida en el momento que vivo. Observo ese plieguecillo que se empeña en sobresalir como un pequeño montículo

—llámese grasa— que sirve de frontera entre los muslos y las rodillas y vuelvo a hacer ese gesto, un tic ya en la mayoría de las mujeres que están en estos falsos nuevos cuarenta, y estiro la piel hacia arriba. Me cuesta. Cada vez más. Estiro y estiro hasta hacerme daño y desisto. Al hacerlo, la piel cae sin compasión y esos pequeños socavones —si es que un socavón puede ser pequeño—, vuelven a su lugar de origen. Entre las montañas y los hundimientos, parezco un mapa topográfico. Con curvas de nivel incluidas. Como la que da los máximos. La de la tripa. Antaño lisa como una tabla. Lo juro. Que todavía guardo las imágenes del mapa de entonces, en el que sobresalían hasta las caderas como

partes salientes situadas a cada lado del tronco como dos rocas duras y afiladas que protegían a ese terso abdomen en el que ni una sola línea estropeaba su estética. Era una pasada. Un sueño. Un alborozo. Una satisfacción. Y, sin embargo, ahora... No están, no existen, han desaparecido, no se ven. Para mi desgracia. Pero volverán, juro que volverán. Todo menos vivir con esta nueva zona abdominal en la que esta línea curva de dimensiones indefinidas se mueve a su antojo según las condiciones. Por supuesto, siempre con inclinación hacia abajo debido al peso. Blandita y con dos líneas transversales que aportan esa forma de doble rollete redondeado. Y con las tres dimensiones

posibles de un volumen: largo, ancho, alto. Como en la geometría euclidiana. Que de esta rama de las matemáticas tengo un conocimiento profundo. Es lo que llamo la curva de la infelicidad. Que cae como una losa. En el cuerpo y en la mente.

Aprovecho para meditar. Profundamente. Hasta llegar a la conclusión de que mi cuerpo ya no me obedece. Un indicio más a analizar en este complejo tránsito de la llamada mediana edad, en el que todo lo que nos sucede es surrealista, incierto, ajeno. Como tu propio cuerpo. Insisto. Que un día se manifiesta y deja de estar bajo tu control. Ingobernable, desobediente, rebelde, borde, antipático, malvado. Lo

que hasta ahora tú dominabas empieza a dominarte a ti. Hagas lo que hagas. Porque si entonces un poco de dieta y algo de ejercicio se reflejaban de inmediato, ahora ni de inmediato, ni ralentizado, ni con posibilidad de futuro. «No lo entiendo», te dices y oyes decir, una y otra vez, a las mujeres de tu misma quinta que tienen la grandeza (porque hay que ser grande para confesarlo) de contarlo: «Me paso el día a régimen y machacada en el gimnasio y no consigo quitarme la tripa». La excepción (a la que siempre odiarás, por supuesto) confirma la regla, pero, en general, hay que asumirlo: tu cuerpo ya no es tuyo, ya no te pertenece. Ha dejado de obedecerte. Pasa olímpicamente de ti.

Sé realista. Es una cuestión de hormonas. Está escrito. Cuando una mujer sufre los cambios hormonales impuestos por la naturaleza (sí, menopausia, ¿qué pasa?), pierde el dominio absoluto de su masa corporal para ceder el control (o mejor el descontrol) de la misma al capricho de las hormonas. Y punto. Entonces, si te cuidas puedes estar mejor, sí, no hace falta estar como una boya. Pero nunca recuperas el contorno perdido. O lo asumes, o lo asumes. No hay más. Y flácida y contenta de poder contarlo. ¿Flácida? Moriré flácida.

Me estoy deprimiendo. Más todavía. Me autoazoto en plan cariñoso en el culete para darme ánimo, y aquello

tambalea de tal manera que produce el efecto contrario. Eso sí, incluyo el terremoto en la parte del mapa donde sitúo a ese lugar donde la espalda pierde su casto nombre. El trasero. Que no decaiga. Ni él ni mi ánimo. Es hora de vestirse. Las apariencias engañan y yo con ropaje parezco otra. Tengo hambre. Miro el reloj y me lanzo al teléfono de la mesilla.

—Buenas días, le atiende Alejandro, ¿qué desea?

—Buenos días, Alejandro (me encanta poder llamar a la gente por su nombre). ¿Hasta qué hora es el desayuno? —pregunto por preguntar. A estas alturas imagino la respuesta.

—Hasta la que usted desee señora.

Aquí no hay horarios para desayunar.

—Alejandro, yo solo quiero vivir aquí —me sale del alma—. Me voy a quedar para siempre —le digo eufórica ante la magnífica sorpresa que acabo de recibir.

—No se preocupe, que yo lo comunico a la dirección.

«Te quiero, Alejandro», estoy a punto de replicar. Menos mal que ya había colgado. Él, no yo.

A pesar de mi cuerpo. A pesar de lo visto. A pesar de la imagen que de mí ha dado el espejo, me doy mucha prisa y me lanzo en busca del comedor para pedir el desayuno de mis sueños. Llevo dos días sin comer. Conseguido un nuevo récord, bajo las maravillosas

escaleras que ha conservado en la parte de atrás el hotel, y lo hago de dos en dos, cual pequeña danzarina, y me encuentro con Alejandro, mi Alejandro, y Felipe, dos jóvenes apuestos, educadísimos, guapos, que me miran con una sonrisa cada vez más desconcertante y con los que me pongo a hablar como si fueran mis nuevos mejores amigos. La necesidad de comunicarme tras tantas horas empapadas de silencio y la corriente de energía positiva que recorre mi cuerpo en este espacio me provocan un estado de euforia y excitación de tal calibre que de lo más profundo de mi ser nace una torpe verborrea. Alguien me frena con sutileza. Sin decírmelo, lo sé. Estoy entorpeciendo la vida normal

de esta recepción, tan romántica como la de esos hoteles de las películas antiguas, en las que los profesionales están allí para ayudarte, para acercarse a ti y a tus necesidades en recepción, que es como un código establecido, una barrera entre el hotel y los huéspedes. Pero una barrera cargada de humanidad. Respetuosa y discreta que, lejos de hacer daño a nadie, ayuda, se convierte en cómplice del peregrino. No en vano, aquí, como en otras, dejan su huella personajes de todo tipo, importantes o no, altos ejecutivos, diseñadoras de moda, comerciales, jóvenes turistas, parejas gays, amantes clandestinos, músicos, actrices, periodistas, extranjeros, muchos extranjeros que

vienen a trabajar o, sencillamente, a disfrutar de Madrid, esta ciudad de ritmo alegre y trepidante que acoge con calidez a todo al que aquí aterriza. Y todos ellos, y muchos más, hacen de este palacete antiguo un pequeño país que no entiende de sexos, ni de razas, ni de identidades, ni de banderas. Una pequeña nación sin fronteras ubicada en el centro de la capital.

—Me encuentro muy sola, no sé qué hacer —les digo. Lo que no hago es añadir que es un sentimiento que me acompaña desde hace ya muchas horas, días, semanas. Incluso meses. Es un sentimiento que viene y va, como todo en mí, que parece que vivo en una montaña rusa de sentimientos

encontrados de forma permanente.

—No se preocupe, doña Marta, aquí estamos para ayudarla.

—Por favor, ¿no me podéis llamar de tú?

—Siempre y cuando el cliente nos lo pida, por supuesto.

—Pues se lo pido. —Y me quedo mucho más tranquila. Intuyo que van a ser parte importante de mi vida y cuanto más cerca los sienta mejor. No les pregunto la edad, pero lo sé. Podrían ser mis hijos. Una frase que no sé las veces que he podido llegar a repetir desde que soy madre de hijos adolescentes. Sin más, me llevan al comedor.

Me quedo impactada al entrar. Un impresionante patio vestido de espejos

apunta hasta el cielo y hace de este un techo infinito decorado a merced de las horas del día y del clima que reine en cada momento. La tonalidad queda a expensas del sol, de las nubes, de Eolo, el rey de los vientos, y de un sinfín de caprichos de la naturaleza que pintan como y cuando quieren los altos de este edificio histórico del siglo XIX. Mi imaginación vuela de nuevo e intento fantasear con qué sería el lugar donde ahora estoy sentada. Me encanta saber, aunque mi saber dure tan pocos segundos como mi memoria decide. Una sonriente camarera me trae la carta.

—Desayuno a la carta, señora. Es cortesía del hotel para todos nuestros clientes.

—¿De verdad? ¿Es que en este hotel no hay defectos? —contesto, sonriendo. Encima sin límite de horario y desde las siete de la mañana. Me siento muy feliz—. Llámame Marta, por favor.

—Pues desayuno a la carta, Marta. —Amplía su sonrisa—. ¿Quieres beber algo mientras tanto?

—Sí, quiero un zumo de naranja enorme, con hielo, y unos huevos fritos con beicon y tostadas. Muchas tostadas. —Los rolletes me dan un aviso. Y lo desprecio completamente.

Me he situado en una esquina y de espaldas a cualquier ser humano que pueda entrar por la puerta y divisar aunque solo sea mi perfil. El periódico,

el iPad, el ordenador, me rodean como protegiéndome de mi propia soledad. «No estás sola, estás con nosotros», parecen decirme desde su permanente estado de reposo. El móvil sigue sin aparecer. Cada vez me importa menos. De momento no lo necesito y esto me produce una paz desbordante. Detrás de mí, separado por muchas mesas, un señor de unos cincuenta años, calvo y delgado, me sonrío tras los cristales de sus gafas en el único momento en el que se me ocurre cotillear. Me vuelvo avergonzada y siento cómo el rubor se adueña de mis mejillas. ¿Qué pensará de mí? No sé muy bien qué me ha traído hasta aquí y realmente prefiero no pensarlo ahora. Pero imagino la

cantidad de cosas que podría suponer yo en caso contrario. Una mujer sola, con un aspecto realmente extraño, los ojos hundidos dentro de los hinchados párpados y con el peso de la responsabilidad —esa responsabilidad incierta que siempre vive en el interior de las mujeres— agarrotando mis hombros. Y la incertidumbre. La inseguridad. La duda. La perplejidad. La desazón. La expectativa. De lo acertado de la decisión o lo desacertado de la misma. Una mujer ya mayor —y pensar que siempre dije que estaba segura de que moriría joven—, con tres años más de cincuenta, y en la que me siento sufrir como cualquier adolescente. Con mis dudas existenciales, con mis miedos,

con mi físico, con la sensación permanente de sentirme incomprendida. Con los cambios hormonales. Una adolescente en versión adulta. Con mucha vida por delante pero sin toda la vida por delante.

Bajo la mirada y descubro sobre mi mesa un churro envuelto en un papel que nace de un pequeño cubo blanco. Me encanta el detalle y rápidamente le hago una foto, sin ni siquiera sorprenderme de que el móvil, tan ansiadamente buscado, esté en mi mano. ¿Cómo ha llegado hasta aquí? Antes de que intenten ponerse en contacto conmigo (si seré ilusa), lo pongo en modo avión. Inconscientemente, a pesar de mi acción, pienso «para cuando tenga invitados en

casa». Y descubro que sigo pensando en presente en mi hogar. Llega con el desayuno y me gusta tanto la presentación, que vuelvo a fotografiar. Me acuerdo de mi hijo mayor. Cómo le quiero. Cuando vuelva a comunicarme con él le enviaré las fotos de estos huevos con beicon que a él tanto le apasionan. Es curioso. Desde que tenemos estos pequeños aparatos inteligentes hacemos más fotografías que nunca y las dejamos de ver casi con la misma prontitud que las realizamos. Añoro los tiempos en que las imágenes se revelaban con increíble emoción y esperabas impaciente para ir a recogerlas. Allí desechabas las que no te gustaban —con un poco de suerte no

te las cobraban— y pedías múltiples copias de tus preferidas con la ilusión de que todos tuvieran las tuyas. Después, los que más y los que menos, organizábamos nuestros álbumes y las pegábamos con más ilusión si cabe todavía, poniendo el lugar, la fecha y el pie de cada foto correspondiente. Una maravillosa tradición también perdida con los avances tecnológicos. Es una pena. Aunque si me leyera mi Él, me acusaría de inmediato. De decir la verdad a medias. Y con toda la razón (me preocupo, le estoy dando TODA la razón y solo llevo tres días fuera de casa)...

Me gustaba muchísimo la fotografía. Era una mujer pegada a una cámara. Hacía

fotos y más fotos que iba guardando en sus correspondientes sobres. Con los negativos. Que era capaz de ver a la perfección y recordar cuál era el que correspondía a mi fotografía favorita. Entonces tenía las dos cosas: vista y memoria. Y en el trastero de casa un innumerable número de álbumes de todos los tiempos. Hasta el día de mi boda. Exactamente. Desde ese momento, desde ese evento en el que celebraba el día más importante de mi vida, no volví a pegar una fotografía en un álbum de papel. Nunca he entendido por qué. Es curioso. «Mañana empiezo los álbumes», me prometía un día, y otro, y otro. Han pasado los años y mis pobres hijos todavía me preguntan que cómo

eran de pequeños. Los mando directos al trastero. Para que busquen. Y se encuentren. Y ordenen. Pobrecitos míos. «No es porque sean míos, pero son ideales». ¿Me estarán echando de menos?

Si algún día vuelvo a casa (¡Martaaaa!), haré lo que nunca hice. Por ellos. Mis niños. Visualizo tantas fotos en mi memoria. Daría lo que fuera por volver atrás y disfrutar intensamente de cada momento vivido con ellos. Cuando eran tan pequeños. Me los comía a besos. Bueno, a veces. Como todas. Pero no por su culpa, por la propia vida. La casa de Él —¿o debería decir nuestra?—, ideal, pero no tenía ascensor ni garaje. Dos pequeñas

molestias cuando tienes dos niños de corta edad y llegas a casa con los nervios auestas. El tráfico, vas siempre tarde, a la pequeña le toca el biberón y el mayor, harto, juega con tu paciencia. Empiezas a ser lo que pronto se convertirá en la mujer estrés. Las repeticiones de «mamá» —y pensar la emoción que sentiste la primera vez que escuchaste esta palabra— y los primeros llantos del bebé unidos a los cláxones de los desesperados conductores, hacen del pequeño habitáculo de tu coche una jaula de locos. «Tranquila, no estalles, tranquila».

A punto de alcanzar la meta, tu casa asoma en el horizonte, no hay sitio.

Nunca hay sitio para aparcar. Jamás tienes suerte. Entonces la jaula se convierte en un hervidero de sonidos a cada cual más desagradable. El «mamá» es la palabra que más rechazas en el mundo y, cuando con una mano intentas calmar al bebé, con la otra conduces, mirando más al espejo retrovisor que hacia delante por si esa especie de bichejo en el que se ha convertido Elito no mete los dedos en los ojos a Ellita en un ataque de celos o de desesperación. Tu estado es tal que, al pasar por enésima vez por la puerta de tu casa, pegas un frenazo, pones el freno de mano, bajas y coges a Elito prácticamente del pescuezo para dejárselo al portero —al que, por cierto,

le habían hecho una lobotomía—, que es un santo. Paz a medias. Hasta que dejas el coche, según tu suerte más o menos cerca de casa y vives ese desagradable rato de coger las cosas. Las de dentro del vehículo y las del maletero. Me canso solo de recordarlo. Las bolsas llenas de pañales, biberones, chupetes, recambios de ropa, potitos, leche en polvo, toallas húmedas, rastrillo, cubo, y lo que haga falta. Porque si hay algo que está comprobado científicamente es que una mujer es capaz de organizar sus brazos y sus manos de tal manera que allí hay capacidad para lo que haga falta. Y una vez hecho ese difícil encaje de bolillos, pones pies en polvorosa. Hasta que algo raro, una especie de

instinto, te para en seco para avisarte de que algo te falta. Miras una y otra vez, haces recuento de lo que llevas y pegas un pequeño alarido. «Ellita, me he olvidado a Ellita en el coche». Y regresas.

Después crecieron. Gracias a Dios. Y con ellos el estrés. Mucho estrés. Vuelvo la vista atrás y veo a una mujer, muchísimo más tersa por cierto, estresada. Fijo la vista en el presente y veo a la misma mujer, con formato de pasa, estresada en sí misma. Decido no visualizarme en el futuro. No lo veo muy claro. O prefiero no verlo. «Marta, vuelve», me obligo. Y vuelvo.

Pero a finales de los treinta. A punto de cumplir diez años de

matrimonio —ya se había hecho un hueco en nosotros el término «martirmonio»— y con esa «parejita» ideal, pongamos, de seis y ocho años. En la plenitud (?) de la vida (no sé cuántas veces he escuchado esta expresión a lo largo de las décadas consecutivas de los veinte, de los treinta, de los cuarenta, e incluso, mentirosos, de los cincuenta), lo primero que me viene a la mente es el «síndrome de la Superwoman». O mucho me equivoco o fue por esa época cuando me lo detectaron. Un síndrome (visto desde cualquiera de sus dos acepciones, bien como conjunto de fenómenos que caracterizan una situación determinada o bien como

conjunto de síntomas característicos de una enfermedad) mundialmente reconocido que, como su propio nombre indica, solo afecta al sexo femenino. Quizás por eso, quizás, no haya sido investigado con la diligencia requerida. Es más cómodo. Lo anormal hecho normal. ¿Las sufridoras? Esa, ella, aquella, la otra y la de más allá. MUJERES (en mayúsculas), millones de Martas (personaje global), cargadas de roles: madres perfectas, amantes esposas, trabajadoras intachables e impecables amas de casa. Las multiusos. Que lo de «Superwoman» queda muy bien, pero va a ser que no. Lo del síndrome, sí. Clarísimo. Viene de entonces. Intento recordar una jornada

normal. Y la describo. No sin cierto temor. En su propio presente. Y me compadezco de esas madres que viven en pleno proceso. Hace diez años.

Siete cuarenta y cinco de la mañana. Por poner un ejemplo. Inexorablemente suena el despertador. Todos los días. No hay ruego que valga. La jornada comienza con el ritmo trepidante que nos marca la vida. En menos de un segundo los ojos como platos y la mente —y los gritos, por qué no decirlo— en marcha. El primero: «¡Niñooooos! Rápido, a desayunar, que no vais a llegar al colegio». A partir de ese momento en la mente de cualquier mujer se suceden, inevitablemente, una serie de preguntas estándar. «¿Qué día

es hoy?», ¿Dónde está mi agenda?», «¿Era esta mañana la reunión con el director?», «¿He llamado al electricista?», «¿Faltará algo de compra?», «¿Es hoy la cita con el pediatra?». Mientras que los datos se procesan e intentas ordenar las ideas, una ducha en versión instantánea, un desayuno de «a pie» y el resurgir de los gritos. Esta vez dirigidos a Él. La pregunta del millón. «¿Vienes a comer, “cariño”?» (todavía no se estilaba lo de «cari»). «No, no, por fa, que diga que no», dice una voz en *off*. «Sí». «Lo sabía», repite con otro tono la misma voz en *off*. «Qué bien, “mi vida”» (recuerden, era hace diez años). «¿Será posible que tenga que venir todos los

días con todo lo que tengo que hacer?», insiste angustiada la voz en *off*. «Bueno, bueno, pues ya te prepararé algo. ¿Te importa ayudarme un momento “cielo”?», le pides. «Imposible — contesta “cariño”, “mi vida”, “cielo”—. Me voy corriendo a la oficina, que tengo una reunión importantísima (las nuestras jamás han alcanzado esa categoría) y antes tengo que leerme unos informes» (y los periódicos, claro). Sin tiempo ni para pelearte, pasas, y a lo tuyo, que parece no ser suyo o, como mínimo, com-par-ti-do. «¡Niñoos, que no llegamos, ¿habéis desayunado?, ¿os habéis puesto bien el uniforme?». Y cuando ya parece que la cosa marcha, se oye una vocecita: «Sí, mami, pero es

que hoy es el día de la granja-escuela y hay que ir sin uniforme». Empezamos mal. ¿Mal? El origen del mal. ¿Sería ese?

Necesito aire. Decidida a despejar mi mente y explorar a fondo esta zona de Madrid que tengo tan descuidada. Descubrir sin que me descubran. Gafas, sombrero, bufanda, ni un pelo que delate la identidad de la escondida. Salgo a la calle. De pronto el sol luce espléndido. La lluvia ha dejado paso a una claridad intensa y el azul del cielo es infinito. El portero me avisa.

—Señora, hace un día espléndido. Perdone mi osadía. Pero se va a morir de calor.

No entiende.

—No te preocupes. Soy muy friolera, gracias.

Me ubico. Estoy en pleno centro. En el corazón de las Salesas y a dos minutos de Chueca, de la Gran Vía, de la Castellana, de Malasaña, de la Latina. En el auténtico centro de la capital. Empiezo a andar, dispuesta a sorprenderme con todo lo que me ofrezcan estas calles sobre las que he caminado tan poco. Tengo ganas de hacer ejercicio y disfrutar de los cálidos rayos del sol. Lo necesito. El astro rey es mi mejor aliado en tiempos de crisis. Su presencia me anima y su incidencia me aporta tal dinamismo que pronto camino rápidamente. Deseosa de descargar la mochila que tanto me pesa

y con un solo objetivo: no pensar. Disfrutar. Que el paseo me sume, no me reste y en la meta, la que sea, encuentre un poco de paz. Echo de menos a mi perro. Me encantaría estar paseando con él, el único que realmente me estará echando de menos en casa. Lo sabía. Pensamientos negativos. Fuera. Vuelta atrás. Me centro en la gente. En las calles. En las tiendas. Cojo la calle Augusto Figueroa y a mi izquierda me encuentro con el maravilloso mercado de San Antón. Me quedo un rato contemplando en lo que se ha convertido lo que en un principio era un simple mercado callejero, que abastecía a la zona de Justicia. Con el tiempo se hizo tan popular que el maestro Benito Pérez

Galdós lo citó en la segunda parte de su obra *Fortunata y Jacinta*. Un clásico de la literatura española que, desgraciadamente y como pasaba con tantos, te hacían leer en el colegio antes de tiempo. Así conseguían que la magia de muchos libros nunca te atrapara y huyeras de ellos. Siempre lo he pensado. Hay libros que solo se deben de leer cuando ya estás preparada para ello. *Fortunata y Jacinta*. Una obra maestra.

Dos mujeres. La amante y la legal. Una vez más. La historia se repite. El adulterio, los amores apasionados. Una tragedia de celos. Otra más. De las que se suceden a lo largo de la historia. Desde el principio de los tiempos. Dejo el mercado de San Antón sumida en los

entresijos de la novela y sonrío al llegar a la emblemática zona de los muestrarios de zapatos, donde tantas veces he intentado conseguir unos que cubrieran mis inmensos pies. El número cuarenta y uno, tan pocas veces fabricado cuando era joven, hizo que el cuarenta malformara mis queridos vecinos de abajo y dejara en cada uno de los dedos cuartos —los dedos del pie no tienen nombre— la huella de su dolor. Hasta ahora. Que siguen deformados. Y me avergüenzan cada vez que he de desnudarlos por imperativo del clima.

Mi instinto de mujer me puede y a pesar de mi estado se despierta el mecanismo de las compras. Aunque no

vaya a comprar nada, enredo, por curiosidad, y entre todas las tiendas solo encuentro dos pares del cuarenta y uno. «Ya se han acabado», me repiten. No me convencen.

Me meto de lleno en Chueca. Callejeo. Exploro. Miles de tiendas por descubrir. Me estoy poniendo nerviosa. Lo quiero. Lo quiero todo. Me voy a Fuencarral y paso un tiempo indefinido en su mítico mercado, una especie de centro comercial sin orden ni concierto en el que, además de ropa, encuentras complementos, productos de belleza, mecheros, la lengua de los Rolling o la *planta de maría*. Como diseño, por supuesto. Como lo demás, no investigo. No es el momento, ni la hora, ni el lugar.

Me gusta el batiburrillo de cosas que allí se ofrecen. Me decanto por un simulacro de Zippo en el que en un fondo de rayas rojas y blancas sobresale el escudo de mi equipo, el Atlético de Madrid. Me embarga la emoción, siento sus colores. A punto estoy de alzar mi voz para cantar mi himno. «Yo me voy al Manzanares, al estadio Vicente Calderón, donde acuden a millares, los que gustan del fútbol y emoción...».

—Eres del Atleti, ¿no? —me dice la dependienta, una chica cubierta de *piercings*.

—Sí, sí, perdona, ¿he cantado en alto? No me he dado cuenta.

—Sí, pero me ha parecido genial. Yo también soy del Atleti.

Nos fundimos en un apasionado abrazo. La aprieto tanto que a punto estoy de trasplantar sus *piercings* a mi piel y antes de ello la suelto. Me parece genial que los lleve, pero prácticamente soy la mujer grima. Y me pueden. La calidez de su gesto —aguantar esa presión por parte de una desconocida— me llega al alma y le compro diez mecheros. Uno para Ellita, por supuesto. Los otros para mi peña del Atlético de Madrid, a la que quiero con locura. El Atleti, mi Atleti, capaz de hacerme sentir de nuevo. ¿Que tendrá este equipo que saca lo mejor de uno mismo? «Papá, ¿por qué somos del Atleti?», miro hacia el cielo y recuerdo el anuncio de ese niño preguntando desconcertado a su

padre. Y le doy gracias. Al mío. Por trasladarme sus sentimientos rojiblancos. Por hacer que los comparta mi hija. Cómo la echo de menos. Pienso en ella. Sería su única nieta entre tantos varones. Si la viera. Enferma de Atleti desde que tuvo uso de razón. Más ordinaria, si cabe, que su propia madre en un campo de fútbol.

Ahora sí, la morriña me embarga. Salgo para regresar. Al pasar de nuevo por el mercado de San Antón, entro y cotilleo. Quiero comer, no comprar, por eso obvio las otras dos plantas. Me dirijo directamente a la terraza de La Cocina de San Antón en la que me dan los buenos días los tres cerdos de colores que presiden la entrada del

restaurante. Son los cerdos de Demo, un artista al que admiro por su original obra y por su forma de ser. Cada vez que vengo, sueño que vuelvo a casa con uno de sus cerdos debajo del brazo. Pero mi ética y su tamaño me hacen renunciar a cometer este acto impuro. No robarás. Aunque estés deseando hacerlo.

Dudo entre sentarme en la terraza, con espectaculares vistas al cielo de Madrid y a las calles del encantador barrio de Chueca, o en el interior, en el que se mezclan muebles de ahora con diferentes acabados. Me gustan los uniformes de los camareros. En su día, me contaron que Juanjo Oliva es el artífice de su diseño y se inspiró en el

concepto del sello, el de Osborne, sobrio y elegante, el que tanto le caracteriza. Elijo un rincón, para variar, y me entretengo con la cara de los cerditos que inundan el mantel. Me recuerdan a las huchas que teníamos de pequeños y que llenábamos para intentar desvalijar en cuanto nuestras necesidades económicas se convertían en acuciantes. Te pasabas horas con un cuchillo metido sobre la ranura para descubrir cómo hacer caer esas monedas, que eran tuyas, y querías que el cerdo te devolviera. Eso sí, sin romperlo. Todo antes que los añicos del mismo delataran tu ruina.

Me pido un plato de jamón, una de mis debilidades. El jamón 5J, porque

solo la mejor marca puede ir acompañada de un 5, como si fueran cinco estrellas. Vuelvo a los cerdos. Curiosa obsesión. A los ibéricos puros. Los que solo comen bellotas. Con los que pasé un fin de semana en la sierra de Aracena. Impresionan. O los que vi en Ciudad Rodrigo, en casa de un grandísimo amigo, casi hermano, que hacía de sus cerdos su propia familia. Llorabas de risa. Con la Estefanía, el Rosendo o el Curro. Y la boca se me hace agua. Al presentarse ante mí un plato entero de jamón ibérico para mí sola. Me lo como despacio —nadie me lo va a quitar—, lo saboreo y descubro una mesa de americanos que engulle un plato de jamón por comensal. Qué

escena tan divertida. Qué bien me caen los americanos. Cómo me gusta el 5J. Qué bien hace todo Osborne, una de las empresas familiares que más vende la marca España. Y su toro. Muero por el toro. Estoy totalmente enamorada de su silueta negra, imponente, que, desde hace más de medio siglo, recorre los paisajes de España. Bendito animal. Qué hermosura. Tiene duende, emociona. Un toro de bandera. Bravo y estático. Vivo permanentemente enamorada de él y en los viajes sueño que aparece cuando menos me lo espero. Soy una mujer pasional. Que cuando ama, ama de verdad. Y al toro, a ese toro, lo llevo conmigo allá donde vaya. Marca España, sin duda. Ciudadano del

mundo. Aunque él no lo diga. Nobleza obliga.

Qué extraño es comer a solas en un restaurante. Siempre lo he pensado cuando coincidía con alguien que estaba en la misma situación que estoy yo ahora. Miraba al personaje mientras este jugaba con su móvil, leía una y otra vez la misma página del periódico, lanzaba pequeñas miradas furtivas o hacía llamadas fantasmas a un silencio dispuesto a escucharle. E imaginaba su vida, el porqué de su soledad, cómo comía —odio a la gente que come mal—, su condición social, su estado civil, en qué trabajaba. Un sinfín de preguntas que soy capaz de hacer en milésimas de segundo en situaciones normales, como

tengo más que demostrado. Incluso, a veces, al ver un alma compartiendo manjar consigo misma, he estado a punto de levantarme y preguntar al solitario para que diera respuesta a mis preguntas y, en esas mismas ocasiones, he sentido la mano de algún miembro de mi familia agarrada a mí para evitar la vergüenza. Vuelvo a la realidad y, lo que es el destino, me encuentro en idéntica situación. Pero yo no tengo nada que preguntarme. Lo sé todo sobre mí. O eso creo. Porque, en realidad, si me cuestionara a mí misma la cantidad de dudas que me quedan por resolver, creo me quedaría perpleja ante mis respuestas. Antes de que mi cerebro se convierta en una olla a presión, dejo que

la situación me lleve al encefalograma plano. El mejor estado en el que se puede estar en estos momentos. Es mejor así.

Me visualizo y veo mi rostro melancólicamente pegado al vidrio de la ventana mientras miro al infinito. Soñadora. Mi cara no es mi cara, lo sé, es la de esa actriz por la que tantos hombres anhelan. Suspiro. Y un pequeño vaho se forma en la misma ventana en la que me apoyo. Claro. Es la misma. Cada vez más metida en mi papel, me dejo llevar y a punto estoy de salir corriendo por la puerta en busca de ese hombre que me espera fuera bajo la lluvia, aunque luzca un sol espléndido. El amor de mi vida. A ciencia cierta.

Es en ese momento cuando el camarero lanza mi ensalada —la que me han pedido a gritos mis suaves rolletes — sobre la mesa y el ruido ensordecedor me hace despertar. Le miro, sonrío y le digo: «¿Corten, ha dicho corten?». «No, señora, se lo habrá imaginado. He dicho ¿postre?». Qué susto. Y qué *shock*. No era la actriz. No había director. Vuelvo a ser yo. Qué espanto. Lo que interpreto a la perfección, estúpida de mí, es el papel de mujer madura, con más dudas que certezas en su ya más que desgastado cerebro. Eso sí, la interpretación espléndida. Las lágrimas ruedan por mis mejillas sin ningún esfuerzo.

Pienso en mis amigas. Sonrío. Con

esperanza y con cierta melancolía. Con alegría y con tristeza. Con amor o desamor. Porque si hay un puzle complejo, en el que las piezas han de encajar a la perfección, es el de la amistad femenina. Pero eso es un capítulo aparte. O no. Porque si algo tengo ahora es tiempo, de sobra, para divagar sobre lo que quiera. Y como si de un aviso se tratara, un murmullo inconfundible de voces irrumpe con fuerza en mis pensamientos. Siento que las oigo a todas, y me asombra la fuerza con la que actúa mi mente capaz de traerlas hasta aquí. Cuán profunda debe de ser la necesidad que tengo de ellas. Alzo la mirada con una mezcla en la que la ilusión y el temor se combinan en la

misma proporción. Me urge su presencia, pero no ha llegado el momento de que me descubran. Las voces cada vez más altas me anuncian que estoy equivocada. No son ellas. Reconocería cualquiera de sus voces. Tanta vida juntas, con algunas toda la vida, es suficiente para conocer los tonos, los que forman nuestra peculiar sinfonía coral.

Sin música fija pero con orquesta coral —o vocal, porque también es habitual que contemos con alguna solista — y con la peculiaridad de que jamás lograremos un equilibrio sonoro adecuado. Por supuesto, la letra de la composición es tan surrealista como este grupo heterogéneo que repite y olvida

según el momento. La sinfonía más desafinada del mundo. Compuesta por tantas voces dispares que luchan por hacerse oír, se distinguen, como todas, por su tesitura o por su timbre. El problema es la mezcla de variaciones que pueden llegar a tener en situaciones extremas como, por poner un ejemplo exacto, una comida o cena de «niñas». Escucho a las comensales de la mesa redonda y distingo sin esfuerzo a la soprano, mezzosoprano o contralto; incluso al barítono en versión femenina. Que hay alguna que con esa voz tan grave a veces se confunde con un hombre. Pero dicen que eso es muy sexy. Me alegro por ella. O no. Porque tiene un éxito arrollador. Y eso altera. Las

comidas de «niñas». Pienso. Que así las llamamos a pesar del rápido paso de los años. Será por costumbre. O por osadía. No sé. Por la edad no creo. La media bordea los cincuenta «y». Pero no pasa nada. Lo dijimos, lo decimos y lo diremos. ¿Qué más da? A estas alturas de la vida el término «desinhibirse» entra con fuerza en nuestro vocabulario y haces y dices las cosas con total espontaneidad. Como te apetece. Solo faltaría. Comida/cena de niñas. No hay nada comparable a ello. Solas. ¡¡¡Solaaas!!! ¡¡¡Sooooooolaaaasss!!! (el grito de guerra, igualito al que emití inconscientemente el otro día). Puedes hacer y decir lo que te dé la gana. Sin que nadie te contradiga porque sí. Sin

que nadie lance esa mirada, masculina singular, de «pareces tonta, querida». Sin que nadie discuta contigo. O sí. Pero sin acritud. Por eso, y por mucho más, te desinhibes. Tanto, y tantas mujeres. Es curioso.

Me meto en Google, para entretenerme, y busco la definición de desinhibir. Me impacta el primer ejemplo que sale junto a la explicación: «Cuando su marido no está, ella se desinhibe y se vuelve alegre y habladora». Es muuuuy fuerte. Hay que reconocerlo. Muy, muy fuerte. Me quedo de piedra. En una sola oración se conjuga el sentido de estas comidas. En un solo ejemplo. En «el ejemplo». Esto es mucho más significativo de lo que

nunca hubiera llegado a imaginar. Intento visualizar una de mis cenas/comidas de niñas para descubrir la respuesta adecuada. Y me encuentro a doce «niñas» hablando a la vez, veinticuatro conversaciones cruzadas (está calculado que, como mínimo, una mujer es capaz de mantener un par de ellas a la vez) y veinticuatro orejas pendientes de esas veinticuatro conversaciones para evitar no perderse todo aquello que pueda llegar a ser importante. Lo que hay que hacer para conseguir tomar la palabra. Cada una va a colocar su rollo, y la que no lo consigue, hace mutis por el foro, y se va prácticamente antes de llegar, de forma tan silenciosa que nadie se da cuenta.

Siempre es la misma. La que para soportarlo toma un ansiolítico antes de ir. «¿Qué te estaba contando?», se oye preguntar a las diferentes voces del coro femenino. Graves, altas, bajas, chillonas. «La verdad es que no lo sé ni hasta qué punto me importa porque se me va a olvidar, de hecho ya se me ha olvidado y no me acuerdo si lo que te quería contar yo era lo mismo». Difícil conversación. Y risas. Muchas risas. Y por muy diferentes motivos. Pero sobre todo porque estamos muy mal. Muy, muy mal. Alguna incluso fatal. De niñas nos queda el recuerdo y la actitud; de lo demás, poco. Qué cantidad de hernias reunidas. Cuántos músculos bloqueados. Qué de tirones dañinos. Cuántas

sorderas incipientes. Qué de frases repetidas. Cuántos móviles desaparecidos. Más de un pitillo escondido. Muchas gafas compartidas. Y cuántas de ellas perdidas. Mis amigas. Las «niñas». Más de una hablando sola. Como yo. Ahora.

Paro, respiro e intento no pensar. Evoco ese otro día. Cuando sonó el teléfono y cogió mi hija. Ellita. «¿Está tu madre?», imaginé que decía la voz al otro lado. «Sí —contestó—. Pero se ha encerrado en su cuarto a oscuras. Ha sufrido un ataque de ansiedad al llegar a casa. Venía de una de esas comidas de sus amigas del cole de toda la vida», dijo con el tono de mofa tan típico de cualquier miembro de mi familia al

referirse a mí. No oí más. Supe que había sido un lapsus en la oscuridad e intenté recuperar mi estado normal. Fue complicado. La tensión acumulada durante el tiempo compartido con mis amigas hizo mella en mí. Qué estrés. A todas nos pasó lo mismo. Fue uno de esos días memorables. En lo que al lenguaje me refiero. Pero me acuerdo y me parto de la risa. Por no llorar. Comíamos en casa de una amiga cuando una de las comensales gritó: «Creo que ha sonado la tripa». El resto asentimos sin darle más importancia. La habíamos entendido. Porque si hay algo que está claro es que, a estas alturas, digamos lo que digamos (cada vez más surrealista) ya no hace falta traducción. Somos

nuestras propias intérpretes. Lo entendemos de inmediato. De hecho, la que estaba más cerca se levantó, abrió la puerta y se acabó. Lo que había sonado era el timbre. Normal. Continuamos. Hablamos. De los maridos. Una dijo: «Yo me niego a jugar al Facebook con él». Supimos que se refería al golf. Solo juega a eso. Lo que pasa es que otra estaba hablando sobre las redes sociales y se lio. No hay más. Otra comentó las gambas a la *champla* tan buenas que comió en un *bareto*. Porque lo de cambiar las sílabas también se nos da bastante bien. Aunque no sea exacta. Entonces una contó lo que le había pasado una vez por equivocarse. Rigurosamente cierto. Se

fue a dar un masaje. Quiso decirle al masajista (hombre) que le molestaba la zona del coxis y le dijo clítoris. «Dale fuerte, que tengo un nudo por ahí seguro y así me lo vas quitando». Sin más. Lejos están los tiempos en los que hablábamos de corrido. Y aquí estoy. Recordando. Con un ataque de risa infinito. A las amigas. Respiro no sin cierta desazón y las envidio. A las de enfrente. Una comida de amigas. Ese grupo heterogéneo de mujeres fundamental en la vida de cualquier fémina. Yo sin ellas no podría vivir. No hay nada en este mundo comparable a una relación de amistad entre mujeres. Ni para lo bueno ni para lo malo. Y sé lo que pienso. Pero ahora no. Me quedo

con estas lágrimas. Las tristes ya llegarán en otro momento. Lo sé.

Mi tiempo de divagación termina. Suficiente en la mañana de hoy. Me quedo en blanco. Hasta que el carraspeo que sale de las gargantas de los empleados del restaurante me hace espabilar. Sus miradas furtivas se me clavan en la conciencia y en un momento de sensatez transitorio me levanto para irme. Las mesas puestas ya para la noche menos la mía. Y la de ellas. Que probablemente hagan de la comida, cena, al no percibir que el tiempo pasa en la mejor compañía. En mi mesa los restos de una comida triste y sola. Vuelvo al hotel.

Entro con la mirada baja. La verdad es

que me da una vergüenza espantosa. ¿Y si me encuentro con alguien? ¿Y si en el hotel hay una convención de alguna empresa conocida? ¿Y si ha venido mi prima la de Sevilla a alojarse aquí? ¿Y si me preguntan? ¿Y qué digo? ¿Y qué contesto? ¿Y si se cruzan en mi camino dos amantes conocidos? ¿Se lo digo a su mujer? ¿Se lo digo a su marido? ¿Qué hago ante una situación tan desagradable? ¿Y si ellos piensan que yo estoy aquí para lo mismo?

«Imposible», me oigo responderme a mí misma. Soy un monstruo. Y nadie se liaría con un monstruo. Entre tanto «y» y tanta duda llego a mi habitación cada vez más avergonzada y cierro la puerta como en las películas de

suspense. No sé si me explico. Silenciosamente, casi de espaldas, pero ojo avizor por si surge cualquier contratiempo. Hoy, claramente, me creo actriz. De un guion que no puede ser el mío. Qué estrés. Qué desazón. Qué nervios. ¿Y esto va a ser así todos los días? ¿Aguantaré? Me siento al filo de la cama, las manos unidas formando un solo puño. Grande, férreo. Suspiro. Y a mí misma me molesta. Otra de mis manías. No soporto a la gente que suspira. Empiezo a no soportarme a mí misma. Vivo entre suspiro y suspiro. Se acabó. Debo protagonizar ya mi nueva vida. Los lamentos para los cansinos. Se acabaron las quejas. Mis ojos buscan emocionados la minifalda que brilla en

el armario y me lanzo hacia ella. Pero me freno. Entre la euforia y la tristeza hay un término medio. Los vaqueros.

Salgo con paso firme y con mano temblorosa. En el último momento he cogido el ordenador para disimular en caso de que me encuentre incómoda. Mis pasos se dirigen al *lounge*, y cuando tienen que decidir entrar en alguno de los impresionantes y variados espacios que aquí se encuentran, no dudan en traspasar las puertas del gran salón azul. Sentimiento de hogar. Dividido en diferentes y acogedoras zonas, parece adaptarse mejor en la actualidad a mis propias sensaciones. Me siento más recogida. De frente una gran chimenea presidida en las alturas

por un rinoceronte —bastante serio, por cierto—, que parece darme la bienvenida mientras no deja de escoltar un precioso Chester de cuero y unos jarrones, como comprobaré más tarde, firmados por Jonathan Alder. Me impresiona de nuevo el exquisito gusto con el que está decorado cada rincón de este hotel de espíritu castizo en el que se ha sabido mantener la estética señorial del palacio de entonces con el diseño contemporáneo. Tengo que preguntar quién ha sido el decorador. Una forma de sentirme importante y conocer los entresijos de mi nuevo hogar.

Al estar justo en la entrada de este gran salón declino la invitación de tan peculiar anfitrión, el rinoceronte, y me

dirijo hacia la izquierda. Allí esperan pacientes una serie de butacas individuales que bordean una pequeña mesa y me siento con el único deseo de que nadie tenga la misma necesidad de soledad que tengo yo. Antes muerta que compartir espacio y palabras con cualquier ser humano. Siento rechazo al contacto verbal. Del físico mejor ni hablamos. Hundida en profundos pensamientos y con el ordenador sobre mis piernas, como un alma en pena, oigo cómo una voz amable me dice «*Good night*». Sin saber cómo ni por qué, me vuelvo nerviosa y de mi garganta sale una voz gutural que dispara.

—Hola, sí, sí, *good, good*, pero ¿sabe usted quién ha decorado el hotel?

Es que, mire, soy periodista, de Valencia, y me han mandado a hacer un reportaje de los hoteles más *cools* (creo que fue la única palabra que entendió) de la capital, y mi marido y mis hijos están en casa, sí, en nuestra casa, Él y los dos hijos que tenemos, un chico y una chica. Y, por cierto, no se imagina lo que le gustaría a mi marido la iluminación de este salón con esta luz tan tenue, sin luces en el techo excepto esos pequeños focos para iluminar las obras de arte (una tiene clase y conocimiento). ¿Me entiende?

No hubo respuesta. Además de no entender absolutamente nada, ese pobre hombre se había sentado hacía un rato en una de las butacas y escribía en su

ordenador con los cascos puestos. Su educación, máxima, jamás le hubiera permitido decirme algo más que buenas noches. Todavía me pregunto por qué le dije lo de Valencia. Lo de periodista lo entiendo. Era la excusa perfecta.

—Hola, Marta. ¿Qué tal tu estancia en el hotel? —me pregunta uno de los chicos que, con la amabilidad y simpatía que impera en todos los empleados del Only You (cada vez que lo digo me recuerdo que estoy sola), se ha acercado atentamente a interesarse por mí. Abducida por mi estupidez interior repito automáticamente la pregunta.

—¿Sabes quién ha decorado el hotel?

—Sí, fue diseñado por el

prestigioso interiorista Lázaro Viola, cuyo objetivo era dar servicio a los clientes que buscan ambientes más cálidos y sofisticados.

—Pues lo ha conseguido, sin duda. Me siento como si estuviera en mi propia casa. Aunque eso no es difícil. En mi propia casa hacía mucho que no me sentía.

Parece no afectarle lo más mínimo mi comentario. Imagino que están acostumbrados a los más extraños personajes.

—¿Quieres tomar algo?

—Sí, un *gin-tonic*, por favor. —Y le indico mi ginebra preferida y cómo lo quiero.

Agotada del esfuerzo social que

acabo de hacer me quedo inmovilizada. Sonrío vagamente a Good-Night y sin querer me quedo mirándolo? fijamente. Juego a descubrir su nacionalidad y rechazo que sea asiático. Menudo esfuerzo. Me quedo ahí y por no pensar, decido que es un ciudadano del mundo, esa expresión que ahora está tan en boga y que repiten personajes de toda índole. «Yo soy ciudadano del mundo». Pues lo siento. Esto es una metáfora. Quiera o no quiera, comparte un estado. Tiene una patria. Aunque no le guste. Como a Séneca. Que lo tenía claro. Para él su patria era el mundo entero. Qué cansancio. Solo imaginar en defender tan extensas tierras me agoto. Yo más local. De Madrid, España, y amante de

traspasar las fronteras, viajar y conocer cuanto más mejor. Pero que no me líen. Apegada a mi patria y con *superglú*. Con lo que me gusta mi país. Hombre por Dios. Cosmopolita total. Eso sí. Y paro. Un extranjero con muy buena pinta que no me hace ni puñetero caso. Lo cual, muy al contrario que de hace unos minutos, me molesta bastante. Tampoco estoy tan mal. Y los vaqueros de la misma talla que cuando cumplí los dieciocho. Faltaría. Mañana bajo con la minifalda.

Abro el ordenador (¿qué voy a hacer?) y me lanzo a escribir. Siempre me ha gustado hacerlo. Desde que era pequeña. Guardo diarios y diarios en los que me cuestionaba desde la vida hasta

la muerte desde el amor hasta la amistad. Exactamente igual que ahora, pero con muchos más años. Conclusión, no he evolucionado nada. Cierro el ordenador y paso. De todo. Sigo sin evolucionar. Hasta que me traen mi *gin-tonic*. Lo saboreo, disimulo —estúpida acción, soy un mueble más—, y bebo un buen trago. Como en las películas del Oeste. Poso la copa sobre la mesa y me siento resurgir. Qué vivacidad me produce esta mezcla explosiva y chispeante. Me arranco y me dispongo a conversar con el extranjero de buena pinta, que no es asiático pero sí ciudadano del mundo, en la medida que yo entiendo este concepto, cuando este se levanta, me mira fugazmente y me

vuelve a decir lo mismo. *Good night*. Le odio. Ahora, justo cuando iba a tomar la primera iniciativa de mujer sola. Desprecio a Good-Night y sigo a lo mío. Más de lo mismo. Intento recordar que la vida comienza al otro lado de la desesperación. No sé quién lo dijo. A lo mejor fui yo.

«¡Qué hambre!», pienso mientras me desperezo con toda la tranquilidad del mundo. Por un momento me siento feliz y nada perturba mi mente. Miro a mi alrededor y el ambiente ya me resulta familiar. La angustia de estos días parece calmarse y me preocupa. Tampoco se está tan mal. Me gusta la soledad. «La felicidad tiene otra cara», pienso. Cada día más profunda. Hasta que me doy de bruces con el móvil y siento una desazón en el estómago. Me acusa. De ser una egoísta. De no pensar siquiera que pueden estar preocupados por mí. Pero el miedo a lo que me pueda

encontrar tras la pantalla del mismo cuando lo encienda me hace dudar. Pienso en mi entorno más cercano y a ellos dirijo mis preguntas. ¿Y si nadie me ha llamado? ¿Y si no tengo ningún mensaje? ¿Y si los que tengo no me gustan? Imagino al pensar en el WhatsApp, ese maldito invento que se ha convertido en la voz universal y al que, para qué negarlo, yo también me he engançado. La palabra oral ha cedido protagonismo a la palabra escrita y como te descuides olvidas las voces de tus amigos. Qué pena. Hasta los cumpleaños se han convertido en objetivo de estos mensajes. Vídeos que te hartas de ver por repetidos sustituyen esa llamada que tanto te gusta recibir si

es de un ser querido. Para hablar. Disfrutar de una conversación. Interrumpir, preguntar, contar. Sin que los dedos se cansen de teclear y las relaciones se enfríen. No. Yo me he negado a felicitar de esta manera a la gente que quiero. Me opongo a que mi voz también muera en el olvido. Me da pánico. Solo se olvidan las voces de los que ya se han ido. Evoco a mi padre y una punzada de dolor me advierte que no soy capaz de recordar con nitidez su voz. Quiero que el sonido permanezca aunque él ya no esté. Pero no importa. Le recuerdo todos los días de mi vida. Desde hace veintiún años. Y siento que no haya conocido a sus nietos. Antes de que las lágrimas nublen mis caminos,

paro. Y pienso en su mirada. Siempre marcada por un toque de picardía. De humor. De alegría. A pesar de los pesares. Pero esos pesares, aunque pesen, ya están en el rincón de los olvidos.

Y pienso en las miradas del siglo XXI. También relegadas a un último plano. Ya casi nadie se mira a los ojos. Estos solo se inclinan hacia bajo. Las miradas, apuntando al suelo, detienen su camino en las pantallas de este aparato llamado inteligente. Antes, cuando éramos jóvenes, nos llamaban la atención si hablábamos alto. Ahora, a los jóvenes —y no tan jóvenes— deberían de llamarles la atención por sus silencios. Esos silencios aterradores

que a veces sobrevuelan en los restaurantes, mesa a mesa, pareja a pareja, familia a familia. La soledad del silencio. El móvil. Porque sin él no puedo, y con él tampoco. Como con Él. Cada día lo tengo más claro. «Tontorrón», me digo. Y empiezo a cantar. «Never, never, never», de Shirley Bassey. Que si no fuera porque nunca he tenido el placer de conocerla, pensaría que la escribió pensando en mí. Shirley. Mi querida Shirley. Cuántas veces habré escuchado a través de tu magnífica voz esas palabras que parecen escritas para mí. Sin egocentrismo alguno. La realidad en sí misma. Le quiero, le odio, le quiero. Y cuántas veces he escuchado a mi Él, en

compañía de los Ellitos, cantarme a grito pelado al son de tu música, Shirley, querida, la letra que llena esta canción, en el momento adecuado, no puedo obviarlo, mientras ellos morían de risa. Y yo de rabia. Incapaz de coger tu tono para gritar junto a ti esas frases memorables: «*I love you, hate you, love you, hate you*», y observarles con un gesto cargado de mal humor, de muy mal humor, hasta que la fuerza de tus acordes conseguían trasladarme al lado del enemigo y morir, junto a ellos, junto a Él, de esa misma risa. Qué fácil es a veces cargarse de energía positiva y olvidar la negativa. Además, no les faltaba razón. Era entonces cuando en un arranque de seguridad y a pleno pulmón

hacía un solo —o un dueto, junto a ti, Shirley, mi querida Shirley—, marcado por mi pésimo acento inglés. Sus carcajadas traspasaban la barrera del sonido y a mí me elevaban hasta los cielos.

*You make me laugh,
you make me cry,
you make me live,
you make
for you.*

*You make me sing,
you make me sad,
you make me glad,
you make me mad,
for you.*

Qué grandísimas verdades. Tanto sentido común encerrado en la pura

contradicción de los sentimientos. De los de Shirley, de los míos y, no dudo, que de los de muchas de esos cientos de millones de Martas (o Marthas) que cohabitan en este mundo.

*Me haces reír,
me haces llorar,
me haces vivir por ti,
me haces cantar,
me haces entristecer,
me haces feliz,
me haces enloquecer por ti.*

Cantar en tiempos revueltos. La tragicomedia diaria de la vida donde se aúnan los más dispares sentimientos que marcan la relación entre un hombre y una mujer. Por los siglos de los siglos. Amén. Y yo sé lo que digo. Que todos

somos iguales, que no hay pareja que se libre de los rasgos característicos que unen o separan a dos personas de distinto sexo —o del mismo, pero en mi caso solo hablo de lo que sé—, que la convivencia es difícil, incluso a veces muy difícil, y que por una estupidez puedes estropear un momento genial. O al revés. Convivencia. La vida en compañía de otro u otros individuos. Lo imposible. Ya lo dijo Hipólito: «Ninguna criatura humana es comprendida por criatura humana alguna. Todo lo más, por costumbre, paciencia, interés, amistad, se aceptan o se toleran». O por amor, añadiría yo, querido Hipólito. Que hablamos del «martirmonio». De la convivencia. Del

marido. O la pareja, que el matrimonio clásico cada día se estila menos. Y los hijos. Los que los tienen. Esas pequeñas criaturas que nacen para enseñarte lo que significa el amor desinteresado, generoso, magnánimo, desprendido. Que quieres en el mismo momento en que los ves por primera vez como si siempre hubieran estado contigo. Que te los quieres comer de amor cada año que pasa y, en mi caso concreto, congelar en cada etapa de su vida.

Cuántos recuerdos dulces, divertidos, tiernos, difíciles. De uno o de otro. Sonrisas y lágrimas. Como tiene que ser. La niñez. El día que la bicicleta casi deja a Ellita sin un pie. El mítico instante de cuando se lanzan a andar. El

momento en que Elito descubrió que el Ratoncito Pérez era un hombre muy alto, que vestía calzoncillos y, curiosamente, se parecía mucho a su padre, su héroe, el hombre al que más admira y admirará en el mundo. Y con toda la razón. («Tontorrón», escucho de nuevo). O lo impresionantes que te parecen al nacer, aunque tengan pelo hasta en las orejas. Lo sé. O esa primera vez que oyes la palabra mamá. Son tantos, tantísimos momentos en los que hubieras deseado que se parara el tiempo que, sin darme cuenta del trauma psicológico que les podría crear, no paré de repetírselo. «Cómo me gustaría congelarte y que te quedaras como estás». Durante su infancia, obvio, como parece que solo

saben decir los adolescentes hoy en día. Obvio. Obviamente.

Pero tus deseos no son órdenes para la naturaleza y esos pequeños comestibles crecen, y con ellos se multiplican los problemas. No por culpa directa, por supuesto, pero sí indirecta. Miro al cielo y en un ataque de antipatía total, septiembre me devuelve a esos días en los que empezó el origen de mal. Los cuarenta. La plenitud, una vez más, de la madurez. La mujer sabia, prudente, ponderada, sensata. La misma que ha dejado atrás a la niña que fue y todavía es joven y resplandeciente. Me río. Me parto.

Porque de aquí viene todo. Estoy segura. Mi decadencia plena a los cincuenta. Mi

deterioro físico y mental. De ese y otros días supuestamente normales. Con culpables tan aparentemente inofensivos como un simple uniforme. Que lo escribo y se me revuelve el estómago. La pesadilla de todos los años convertida en hecho real hasta que los niños dejaron de usarlo. El principio del curso escolar marcado por largas horas de espera en esos grandes almacenes en los que odiabas a la señora de delante por pesada y a ti te aborrecía la de detrás exactamente por lo mismo. Con una lista interminable de prendas a adquirir multiplicada en cada caso por el número de pequeños terroristas que habías tenido la insensatez de engendrar. Era como la Casa del Terror. Madres

históricas (curiosamente, aquí los padres brillaban por su ausencia); niños insoportables que desaparecían en el mismo instante que la dependienta de turno, impertérrita, por fin te hacía caso; probadores que parecían un colegio en sí mismos; montañas de prendas en las que buscabas desesperada la talla (si era posible crecedera) que necesitabas y la seguridad, absoluta, de que no lo ibas a conseguir. Volver. Tendrías que volver. Seguro.

De ahí a la sección de «libros de texto». Pesadilla al cuadrado. Otra lista interminable. En su momento «Cono 1», «Mates 2», «Lengua y Literatura 1, 2, o lo que sea», cuadernos de actividades de las asignaturas correspondientes,

libros de lectura, etcétera, etcétera. Una lista que, mujer previsora, habías encargado con mucha antelación, tanta, que en el departamento o librería de turno, en el mejor de los casos, la habían traspapelado (en el peor, perdido). Tras nueva y larga espera y encomendada a todos los santos para que no faltara ni uno, en el mostrador correspondiente la pila de libros crecía a una velocidad desorbitada y cuando ya parecía que todo iba bien, la persona que te atendía, con cara de cordero degollado, lo decía: «Lo siento, señora, pero este (el que sea) no ha llegado todavía». Con el niño y la niña colgados (literal) de tu bolso y la paciencia bajo mínimos, hacías tuya su cara de cordero degollado y le

suplicabas que te lo consiguiera como fuera. «Mi marido me mata, por favor» (frase recurrente en momentos de angustia femenina). «Le prometí que ya estaban todos». Mentira. Sí. Mentira. Tu marido no sabía prácticamente el significado de «libros de texto». Para eso estabas tú. A los hechos me remito. En ese departamento, casualmente, los hombres «también» brillaban por su ausencia. Total, ¿para qué ocuparse? Si ya lo hacemos nosotras. Eso y lo que haga falta. Que es mucho. ¿O es todo?

¿Y el momentazo «material escolar»? Único e irrepetible. Aunque se sucediera cada año. Hay que ver la cantidad de cosas que engloban estos dos términos tan aparentemente simples.

Para facilitarnos la vida, vamos. Mochila (inenarrables los sucedidos a la hora de elegirla «de acuerdo» con tus descendientes), estuche (tres cuartos de lo mismo), bolígrafos, rotuladores, lápices, sacapuntas, goma de borrar, marcadores (en fucsia, verde, amarillo, azul y lo que haga falta), folios, cuadernos (de líneas, de cuadros, en blanco y si es necesario con rombos), archivadores y un nuevo y largo etcétera, etcétera. Vamos, que al llegar a casa colgabas el cartel de «Papelería». Si es que llegabas. Porque el peso de la carga era brutal. La mujer bolsa. Eras — y serás para siempre— una mujer pegada a una bolsa. Una extensión de tu propio cuerpo solo presente en el sexo

femenino. Una nueva diferenciación. Porque una mujer sin bolsa(s) no es una mujer que se precie.

Y el peso de la carga de entonces (la suma de los uniformes, los libros, el material escolar y los niños colgados de tu bolso en versión permanente) era de tal calibre que, sin necesidad de diagnóstico, se convirtió sin duda en uno de los orígenes de las afecciones musculares que desde ese momento padeces. Pero tú podías, puedes y podrás con todo. Que sí. Mujer. Con todas las letras. Pedazo de mujer. Ahora y antes. Cuando al traspasar el umbral del hogar y soñar que ibas por fin a cruzarte de brazos (si es que eras capaz dada la rigidez de los mismos por la

carga del peso soportado) comprendías cuánta verdad encerraban los versos de Calderón de la Barca: «Que todo en la vida es sueño, y los sueños, sueños son». Ni un segundo de asueto. A la vorágine de las labores habituales del hogar (llámense, por el horario de llegada, cena, baños, poner o recoger mesa), se unían en ese tranquilo atardecer las de etiquetado de ropa y forrado de libros. Lo primero todavía, lo segundo, lo peor. ¡Ese Aironfix! Ese rollo adhesivo transparente que nunca eras capaz de cortar a la medida adecuada ni de pegar debidamente, sin que las odiosas «burbujitas» se formaran permanentemente en la portada del libro que con tanto esmero

pretendías forrar. Mientras sentías clavada en tu autoestima la mirada de horror del hijo correspondiente, cogías la regla (instrumento olvidado anteriormente y a añadir al conjunto del material escolar) e intentabas estirar el maldito Aironfix de arriba abajo, de abajo arriba, de izquierda a derecha o de derecha a izquierda. Todo menos que quedaran globitos. Todo menos que la mirada de tu hijo se transformara en asesina. Entonces —sí, entonces— aparecía Él. «¿Qué? ¿Todavía sigues con los libros?». Furia. Desde ese instante me llaman Furia. Como el caballo salvaje de la película del que solo se acordarán las prehistóricas con memoria. Pero en versión yegua y rubia.

Y con motivos. Porque eso no podía ser verdad. Eso, lo que acababas de oír, solo podía ser producto de tu maligna imaginación. Pero no. Como un eco, se volvió a repetir. «¿Qué? ¿Todavía sigues con los libros?». Incapaz de emitir una sola palabra, relinchaba. Con los ojos inyectados en sangre. Y con la regla en la mano me volví. Entonces — sí, entonces— era cuando la presencia masculina se hizo presente. Entonces — sí, entonces—, el término «martirmonio» —ese que con tanto gracejo me enseñó, precisamente, Él— sustituyó de por vida al inicial matrimonio. Lo entendí. Se me hizo la luz. Y antes de cometer un acto del que arrepentirme, miré la regla, me lo pensé

dos veces, y la dejé sobre la mesa. Plana y compacta. Como una tabla. Vuelvo al móvil. Ha llegado el momento de preguntar por ellos. Después, quizás, sea demasiado tarde. Lo miro fijamente y se lo digo: «Yo sigo tu luz, aunque me lleve a morir». Y antes de fallecer lo enciendo. Y me pide el código. Y me quedo en blanco. Con la angustia de no ser capaz de recordar. «¿El código? ¿Cuál es el código?», me pregunto mientras clavo mi pupila en su pantalla. «¿El código, el código, el código...?». Llega a mi mente y lo cojo al vuelo antes de que escape de nuevo, consciente de que a mi edad un segundo de divagación puede tener consecuencias desastrosas. Después de este pequeño lapsus

introduzco el número pin de la tarjeta (¿algún día igualaré todos los números secretos para facilitar mi vida?), desbloqueo y me bloqueo. Yo misma. De forma inmediata. Al visualizar la cantidad de números que marcan esos desagradables «globitos» que notifican la cantidad de llamadas, mensajes, WhatsApp, etcétera, que duermen allí desde hace cuatro días. Los números me bailan de tal manera que como si de un brote psicótico se tratara rompo del todo con la realidad temporal. Una fuente de estrés potente se apodera de mí. Me niego. Me niego en rotundo a que ese aparato vuelva a hacerse cargo de mi vida. Ignoro sus avisos y el contenido de los mismos y sin pensármelo dos veces

marco el teléfono de mi hermana. Una de ellas. No contesta. Me alegro. Prefiero no meter a mi familia en esto. Marco a una amiga. No elijo, hay varias a las que puedo llamar ciega de confianza. Sencillamente me acuerdo de su teléfono. Salta el contestador. Marco a otra. Comunica. Lo dejo para más tarde. El impulso inicial se desvanece y me olvido de la llamada. Ya llegará. Necesito aire y comida y decido salir del hotel. Por cierto. ¿Cómo lo voy a pagar? Ni me altero. Y en un momento Escarlata total repito sus palabras: «Al fin y al cabo, mañana será otro día». ¿Para que me voy a preocupar hoy? Suena el móvil. Es mi hermana. Una de ellas.

—Marta, ¿estás bien? —me pregunta sin más. Se lo agradezco.

—Sí, estoy bien. Bueno, estoy fatal, pero ya he tomado la decisión. Me he ido y no vuelvo. ¿Cómo estáis? ¿Los niños? ¿Mamá? ¿Los hermanos? ¿Todos?

—Todos bien, no te preocupes. ¿Te puedo ayudar en algo? ¿Quieres que diga que me has llamado? Ya sabes que me tienes para lo que quieras.

—De momento, prefiero no hablar. Solo os quería decir que necesitaba estar sola y que estoy bien. Sí, di que hemos hablado un momento. Y a mamá que no sufra. Ya te iré llamando. Un beso.

—Un beso.

Cuelgo. Es la llamada más corta que he hecho en mi vida. Con el corazón más frágil que nunca, me voy. Sin mirar atrás. Directa al coche. Que ahora que lo pienso tampoco sé cómo lo voy a pagar. El *parking*. Aquí y ahora. Después de cuatro días. Me pongo nerviosa. Busco el ticket. O para escribirlo como es debido, castellano obliga, el tique. Para calcular lo que debo. No lo encuentro. Me pongo de cuclillas, reposo el bolso en la acera —algo que ya forma partes de mis costumbres— y saco la cartera. Mil millones de papeles se muestran frente a mis ojos y entre ellos descubro los que perdí ayer, hace un mes, hace un año, el vale de esa tienda ya caducado, la factura de la mesa que compré en

diciembre de 2014 que me hubiera venido bien para pagar dos o tres euros menos de IVA (¿o podría decir el puto IVA? ¿Por qué no debería decir el puto IVA?), el cupón de la ONCE de hace seis meses. Ese que jamás miraré si me tocó porque jamás podré cobrarlo en caso de que me hubiera o hubiese tocado. El cupón. Que no estoy yo para que me toque nadie. Y menos en esta pose. Agachada y con la lorza fuera. Que eso sí que duele. Y molesta. Pero no volveré a lo de siempre. Me sitúo.

Ya empezamos. ¿Cómo un trozo de papel puede ser tan malvado desde el momento que lo escupe la máquina? Masculino, claro. «El» tique. Misógino. Odia a las mujeres. Con ellos no es así.

Con nosotras, perverso. Tanto que se convierte en invisible desde el momento en que lo coges y lo guardas. Porque lo has guardado. Lo sabes perfectamente. Da igual que lo aprietes entre los dientes, lo metas de inmediato en la cartera, lo pongas en el bolsillo del pantalón o lo encierres en esa cremallera que tiene el bolso por dentro. El tique desaparece y juega contigo con una crueldad solo comparable a la que pueden tener el móvil, las llaves o las gafas. El problema es que el tique es un papel, difícilmente identificable al palpar. Uno más a añadir a esa cantidad inconmensurable de papeles que lleva en la cartera la que es ordenada; o en la cartera y en las profundidades del bolso,

si es desordenada. Yo misma. La que provoca esa larga fila de gente que se forma detrás de mí cuando intento pagar. Al principio pacientes, en medio del proceso impacientes, al final, hasta los mismísimos.

Pero hoy me niego. No está mi horno para bollos. Por eso saco, saco y vuelvo a sacar. Hasta que el ángel de la guarda, ese que parece no saber de mi existencia, aparece y me señala el lugar exacto donde se encuentra. En la cartera. El primero de todos. No he mirado bien. Menos mal. Porque hoy, de verdad, no lo hubiera soportado.

Obvio hablar de a lo que ha ascendido la cuenta del *parking*. ¿Para qué? Lo material en estos momentos no va a

amargarme más la vida. ¿Amargarme? ¿Sé de verdad lo que significa este término? Si no me equivoco, es aquello que causa dolor o tristeza. Con lo cual, sí, amargarme más la vida. Que no es lo mismo que estar amargada. Lo aprendí una tarde de primavera, sentada en el parque del Retiro, en un momento tormentoso para mí. Uno de esos en los que la autoestima está bajo mínimos y crees haberte metido en un túnel negro, muy negro, del que eres incapaz de salir. Yo soy así. Las cosas me afectan mucho más de lo que me deberían afectar, eso me decían algunas de las personas que me abandonaron en el camino, incapaces de entender que no luchara contra mi propio sufrimiento. Y ante la

vehemencia de mi dolor, lo que me provocó sin duda situaciones de las que debo arrepentirme, prefirieron dejar de estar a mi lado. La elección. Los amigos que no lo son. A los que descubres en los momentos malos, nunca en los buenos. Eso es muy fácil. Entonces lo vi, lo escuché, lo sentí.

Un padre joven hablaba con un niño. Y le contó un cuento que me llegó al alma:

Un niño se sentó en un banco y se encontró con la amargura. «Y tú, ¿quién eres?», preguntó. «La amargura». «¿Y eso? Nunca lo había oído». «Eres muy pequeño para entenderlo. Mejor así». El niño, haciendo honor a su estatura, no ceja en su empeño. «¿Pero qué es?», cuestiona con su inmenso deseo de

saber. La amargura, incómoda, quiso evadirse. «Es un sentimiento muy triste y a tu edad no tienes por qué saber de él». Pero la curiosidad de un niño no tiene límites. Insistió. «Si me lo explicas estaré preparado para cuando sea mayor y te presentes». La amargura, a punto de perder la paciencia, cedió. «Soy un sentimiento triste, muy triste, que normalmente va de la mano de la soledad. Soy, cómo decirte, una profunda pena, un profundo dolor, que envuelvo a las personas durante alguna situación que les depare la vida. ¿Por ejemplo? En el extremo más duro, la muerte de un ser querido». El pequeño comenzó a llorar. En silencio. Sin perder la compostura. Asimilando.

«Sigue, por favor», dijo con tristeza. «Aparezco también en otros momentos. Cuando alguien te deja en el camino y no comprendes el porqué, la frustración que sientes al no alcanzar un objetivo, un desgarró en el corazón por una injusticia, una profunda desilusión». La voz infantil maduró de pronto. «¿Y no se puede luchar contra ti?». «¡Claro que sí! Lo más importante es reconocer que yo estoy. Después intentar alejarme. Por muy grande que sea tu dolor, por muy frustrado que te sientas, aunque no entiendas el porqué o te parezca la injusticia más grande del mundo, tienes que sacarme de ti». El pequeño esbozó una amarga sonrisa. «¡Como si fuera tan fácil!», pensó. Pero ella, al estar tan

dentro de él, le escuchó con nitidez. «No, si fuera fácil, yo no tendría sentido. Ojalá no existiera. A mí sí que me amarga la vida hacer sufrir. Pero este es mi papel y trato de encontrar mi propio significado. Quizás mi presencia ayude a la gente a percibir su realidad de otra manera. O la de los otros. O les enseñe a construir donde parece que todo está perdido. O les haga mejores personas. Porque, ¿sabes una cosa? En vuestra vida, todo lo que no mata engrandece».

El niño se hizo hombre y más tarde le contó lo mismo a su hijo. Yo tuve la suerte de escucharlo. Una lección de amargura. Allí mismo, en mi propio banco, lloré en silencio. Me emocionó

la forma de hablar de este joven padre con su hijo. Lentamente, sin evitar decir la verdad a ese pequeño, intentó buscar el lado bueno de la tristeza. El pequeño, sin duda, era un niño destinado a la sensibilidad. Recé para que su sensibilidad no fuera una condena. Porque lo sé, cuando una persona tiene extremadamente desarrollada su capacidad natural a emocionarse ante diferentes sentimientos como el amor, la ternura o la compasión, la sensibilidad deja de ser un don para transformarse en una condena. Lloré en silencio. Me emocionó. Esa imagen, esa explicación, cargada de amor y ternura. Esa base para construir un corazón futuro.

Comienzo a rodar y pongo rumbo a

algún lugar desconocido. Lo que menos me importa es el destino. Lo que más, salir de mi encierro. Descubro que no he comido y una punzada de alegría recorre mi organismo. No hay mal que por bien no venga. En un golpe de suerte recupero las caderas y descubro que existen los milagros. Voy por buen camino. Pongo la música y sin esperármelo me sumerjo de lleno en un momento de inadvertida felicidad. No dudo en aprovecharlo al máximo y comienzo a cantar enloquecida. Bailo, dejo que el viento juegue con mi melena como si de la de una jovencita se tratara, sonrío a diestro y siniestro y disfruto de las canciones que a MÍ me gustan. Ni las de Él ni las de los Ellitos.

Las mías. Sin que nadie baje el volumen porque solo a mí me gustan o lo pongan al máximo cuando le gusta al otro. Es cuando percibo, después de tantos años, lo que significa la libertad. La libertad de ir sola en el coche. Y con un gesto de chulería impropio de una señora, lo sé, acelero cuando quiero, cojo las curvas como me da la gana y no pregunto la dirección a la que me dirijo, porque no me dirijo a ningún lado en concreto. En caso contrario lo haría. Porque soy mujer. Y práctica. Y estoy sola. Y pregunto si quiero. Para llegar y no perderme. Y no, no tengo ni idea de leer un mapa. Y tampoco me importa. ¿Para qué? ¿En qué va a enriquecer ese conocimiento mi día a día? Y pienso,

¿cuántas cabezas femeninas han «sobrevolado» el coche de su marido cuando este ha acelerado inesperadamente mientras Ellas intentaban preguntar la dirección de su destino? Un tema a analizar. Pero ahora no. Que estoy sola en el coche. Y disfruto de este momento de felicidad suprema. Porque, si lo pienso, este medio de locomoción inventado para trasladar a las personas es un arma de destrucción marital. La encarnación de la malicia. Necesario pero irritante. Claro marcador de las diferencias entre los dos sexos.

Viajar en carretera junto a tu Él puede ser una de las situaciones más desagradables en la vida de una mujer.

Va en serio. Si te vas de viaje, por ejemplo. Ardua tarea desde el momento de poner el coche en marcha, que se complica si encima antes has calentado motores. Como sucede si tienes la osadía de adelantarte y colocar tú parte del equipaje en el maletero. Cuando ya ha colocado las maletas, él las saca para ponerlas después —¡qué listo!— prácticamente igual. Y esto es solo el principio. Del mal rollito. En el intermedio puede haber de todo.

Mi Él —¿o son todos los Él?— tiene sus manías. ¿Por ejemplo? Le encanta conducir con el tomtom entre las piernas mientras pone la dirección que busca (no sé, yo debo de ser «tomtona»). A mí me pone de los nervios, lo

reconozco. Y soy incapaz de callarme. Siempre la misma canción. «¿No te das cuenta de que así nos la vamos a pegar?». «Será que yo he tenido algún accidente alguna vez en mi vida». Porque Ellos NO tienen accidentes, no chocan, no rayan el coche, no hacen nada que pueda lesionar lo más mínimo la carrocería del mismo. Lo aman. Por encima de todas las cosas. Bueno, no todos. Pero casi todos. Los mismos que hacen *zapping* con la radio y el climatizador del coche. Porque yo creo que la palabra zapear se inventó por necesidad. ¿Cómo si no definir ese acto que nace integrado en la personalidad del sexo masculino? Yo zapeo, tú zapeas, Él zapea. Ellas NO zapean. Y

como no les des conversación, no abren la boca, y si se la das, no varía en la respuesta. «Sí, mmm, no, ya». Cambia de canal, hijo, cambia y habla. Conversa. Que con esos escasos comentarios no llegamos a nada.

Y de preguntar ni hablamos. Lo que decía antes. Si lo hacen, arrancan mientras nos están explicando algo (a nosotras) y acabas con la cabeza fuera, como una imbécil, para seguir escuchando las indicaciones. Y el momento pis, sin comentarios. Cómo es cuando empiezan: «¿Pero de verdad quieres parar? ¿No puedes aguantar un poco más?». «Pues no, si pudiera, con tal de no oírte, no te lo pediría. Pero me lo hago. ¿Entiendes? ME LO HAGO».

Porque hasta en esto tenemos mala suerte. No lo tenemos tan fácil. Y con la edad, pues eso. A la madura Dios no la ayuda. «En la siguiente te prometo que paro», dice sabiendo que miente. Y se pasa, y se pasa de la gasolinera, hasta que le amenazas porque te va a reventar la vejiga.

Y como conduzcas porque Él está cansado, ¿qué? Parece que llevas al profesor de autoescuela al lado. Frena todo el rato como si tuviera los pedales modo instructor en el asiento del copiloto. Pero no solo eso. «Cuidado con la curva, hay un stop, métete por aquí, evita esa rotonda, frena, pita al de delante, evita esa rotonda, gira». Y giras. Y le miras. Y le asesinas con la

mirada. Y pones el freno de mano. Y gritas: «¡Llévalo tú, tío! ¡Tienes que controlar todo!».

¿Y en ciudad, qué? Prepárate como tengas un evento. Como haya atasco y llegues tarde, acógete al santo Job antes de perder la paciencia. Sí o sí, la culpa va a ser tuya. Le estoy viendo. «¡Corre, dime por dónde voy! ¿Por esta calle o por la paralela? ¡Corre, venga!».

Y tú, tonta de ti, dices: «¡Por aquí!».

No hay margen de error. Atascazo asegurado. Sabes lo que va a decir a continuación: «¿Por qué te habré hecho caso? ¡¡¡Mira en el atasco que ME has metido!!!».

Con esa rabia llega el momento de aparcar. Esa manía de aparcar lejísimos en vez de pasar primero por delante a ver si

por casualidad hay un sitio. Tú con unos tacones de muerte y andando detrás de él, mínimo a cien metros, mientras intentas meter en ese bolso de noche, ridículo y enano, las llaves, la barra de labios, el colorete, el móvil y ese largo etcétera. Él, cada vez más rápido, se aleja de ti. Y tú, verdulera no, lo siguiendo. ¡Lo que he llegado yo a oír salir de mi propia boca! Eso sí, gritando, pero ideal de la muerte.

El coche. Enemigo desde el principio. Con él te pasas la vida haciendo de conductora para tus hijos. Al menos las que tenemos la suerte de poder hacerlo. En invierno y en verano. En otoño y en primavera. Con la gorra de chófer puesta. Tú les llevas, ella les lleva,

nosotras les llevamos. Las mujeres. *Once again*, como diría aquel. Ellos nunca pueden. Cuando trabajan, porque trabajan —si nosotras lo hacemos, eso suele ser menos importante—, y cuando no, porque tienen que descansar. O practicar deporte para liberar todo el estrés acumulado. Total, nosotras no sabemos lo que significa esa palabra. Entonces se van a montar en bici, a jugar al tenis, al pádel, a patinar o, los más espabilados, se aficionan al golf, deporte que crece y crece en adeptos. Total, «solo» son seis horas de «escaqueo». Mientras, nosotras, fuertes y robustas, podemos con todo. ¿El mayor problema? Cuando necesitamos el coche de Él.

En reglas generales —siempre hay excepciones—, impoluto. Por dentro y por fuera. Hasta que, por pura necesidad, se lo coges. A sabiendas de lo que va a pasar (no de lo que puede pasar) y sin medir las consecuencias. Idénticas siempre. Porque cuando ya lo tienes entre tus manos sientes como si una fuerza maldita dirigiera el volante al lugar equivocado. Tomas una curva, la primera para salir del garaje, la misma de siempre y, sin saber cómo ni por qué, te la pegas. Sí o sí. Hieres sin solución inmediata la carrocería de su coche y de nuevo escuchas el eco de su voz. «¿Otra vez? ¿Será posible? Si es que no tienes ningún cuidado». Y no. No tiene razón. De verdad. La culpa es suya. Del poder

de su mente sobre la mía. Él piensa que me la voy a dar y me la doy. No sé cómo lo hace, pero es así. Bueno, Él y casi todos. Porque cuando lo comentas con otras mujeres, oyes situaciones similares. Como mi pobre amiga X, que vivió idéntica situación a la mía pero en sentido contrario: entrando en el garaje. La columna, que probablemente estaría mal colocada. Y el coche cual código de barras. Antes muerta que confesárselo a su marido, investigó y descubrió una especie de pomada que cura los rayones en las carrocerías. Con ayuda de sus hijos lo dejaron como nuevo. O eso creyeron. Porque fue llegar su Él y descubrir las pruebas del delito. ¡Qué listo!

Vuelvo a la carretera. Y descubro que he cogido la A-4, la de Andalucía. Claramente la inercia me ha llevado hasta allí. Toda la vida he viajado por aquí en época de vacaciones. De niña y de adulta. De compañera o de conductora. De hija, de hermana, de prima, de amiga, de novia, de mujer, de madre. Me impresiona. A qué velocidad ha pasado mi existencia por este camino. Tantos kilómetros vividos. Tantos kilómetros compartidos. Qué manera tan diferente de hacerlo. El camino. Me viene a la mente la primera vez que me llevó mi hijo.

Conducía él. Le miraba y no podía creer que fuera mío. Dueño del volante, como si fuera suyo, y con esa seguridad

aplastante que te da la juventud, sin admitir un consejo. Chuleta. Con el brazo apoyado en la ventanilla y comiéndose el mundo. Volvíamos de Cádiz, esa tierra tan maravillosa que nos ha acogido desde hace tanto y en la que pasamos siempre las vacaciones. Fue el viaje en el que me transformé en Chucky. No sé si me rebauticé yo misma o fue un instante de reencarnación en el que me convertí en la versión humana del muñeco diabólico que dio pie a las terroríficas películas. Chucky, que era malísimo, fue poseído por medio de magia vudú por un asesino en serie. En mi caso, no hizo falta ni magia, ni vudú, ni asesino en serie, para ser poseída por instintos asesinos. Me bastó y me sobró

con la cruda realidad. Chucky, la mujer diabólica. La que tuvo que controlar su mente durante las once horas de tortura inmerecida que duró el trayecto que une Cádiz con Madrid. La que tuvo que actuar así a sabiendas de que un animal lo hace por instinto de supervivencia para garantizar su vida y la de sus crías. Aunque estas fueran sinónimo de adolescentes.

Elito, con su recién estrenado carné de conducir de piloto, yo a su vera y Ellita detrás. Sacaron de mí —como con tanta facilidad hacían en modo permanente en esa época— los más perversos impulsos. Acrecentados en ese reducido habitáculo llamado coche durante tan largo periodo de tiempo. Sin

comentarios. O con ellos. Que la escena no tenía precio. Parados durante infinitos kilómetros mientras caía el diluvio universal y en el interior se libraban batallas paralelas: pon la calefacción para quitar el vaho, apágala que me asfixio, sube la música (la suya), bájala (la mía), qué rayada, me flipo, esto es una «chusta». «Chusta» la que te voy a dar yo a ti. Que no los lancé por la ventanilla porque no era su momento. Chucky, la madre diabólica. La que libraba su propia batalla para no desear el mal ni a los suyos ni a los otros. A los responsables de la DGT que a esas alturas no supieron prever una operación retorno marcada por la lluvia.

Mis adolescentes. La adolescencia.

Un término que agoniza en mi entorno. Y ya lo echo de menos. A pesar de tantas cosas. Qué de sentimientos nos hacen vivir. ¿Por ejemplo? «En plan» a diario, como dirían ellos. Pasas del amor al odio con una facilidad aplastante. Amor, inmenso, cuando les ves dormir; al desamor infinito, cuando no hay manera de despertarlos; ternura, desmesurada, si solo ves unos calzoncillos fuera de su sitio; brutalidad, irracional, cuando ves montañas de ropa. La lista se haría interminable. Adolescentes. Como fui yo, como fuimos todos, pero de otra manera. Ese periodo crítico del desarrollo. No eres niño, pero tampoco eres adulto. Complicado. Cuando lo vives tú y cuando lo viven los tuyos.

Ahora tan distinto a entonces.

Paro el coche. En un área de descanso. Algo que siempre he tenido ganas de hacer, no sé por qué, y nunca he hecho. De verdad. Son de esas ilusiones extrañas que no te atreves nunca a decir en voz alta. Un sentimiento de alegría me abraza al descubrir que cumplo otro sueño y aparco. Estoy completamente sola. Apago el coche y cierro los ojos. Vuelvo a pensar en ellos. Un algo que no sé denominar me estruja el alma. Evoco aquella época. Tan cercana y tan lejana a la vez. Porque muchos de sus rasgos continúan vivos en mi casa.

La música. El volumen de la música. La ropa. La abundancia de ropa amontonada. El agua. La cantidad de

agua que inunda el cuarto de baño. El desorden. El nivel de desorden por centímetro cuadrado. La sordera. La increíble sordera que gastan —a su vocabulario me remito— cuando conviene. El móvil. Sin comentarios. Los mensajitos. Sin comentarios. Los gritos. La capacidad asombrosa que poseen para generar alaridos en la persona que tuvo la osadía de traerles al mundo. O sea, en mí. La paciencia. La capacidad asombrosa que poseen para quitar de un plumazo tal cualidad a la persona que tuvo, incluso, ilusión por traerles a este mundo. El mal carácter. El que exhiben a conveniencia y propician con su insolencia. La indiferencia. La dolorosa indiferencia.

Y tú de nuevo. Vístete. Límpiate. Péinate. Báñate. Ordenate. Estúdiate. El aislamiento. La dimensión de aislamiento obtenida con altas dosis de ingenio. El no. A la comunicación bilateral. A la toma de responsabilidad. A la aceptación del poder. El sí. A vivir en anarquía en la medida que esto sea posible. Al asalto. Al asalto al poder cuando el poder no se encuentra. Sin ruido ni violencia. Con todos los sentidos. Para encontrar ese último pitillo escondido. Para vaciar ese resto de colonia. Para atracar el armario de tu ropa, vaciar la despensa, desvalijar el cuarto de baño. Para coger y nunca dejar. Y vuelta a empezar. Envueltos en sus cascos en modo permanente. Si te

oigo, no me acuerdo, y si no te oigo, ni lo intento. «¿¿Yo?? ¡¡Si yo no he sido!!». El grito de guerra: «¿Que tú no has sido? ¿¿Y quién ha sido??». Gritas: «¿Dónde está mi cazadora de cuero? ¿Ni-ña, donde está mi cazadora de cuero negro?». Silencio sepulcral. Silencio tenso. Silencio amenazador. Silencio acusador. «Mamá, me la han robado». «¿¿Que te la han queeeeeeeé??». Del resto no me acuerdo. Sufrí, al parecer, un nuevo episodio de enajenación mental transitoria de carácter maternal. Cuando volví en mí, mis dos hijos, mis adorados adolescentes, me rodearon de cariño. «Perdona, mamá, por favor, te queremos muchísimo».

Y lo sé, lo sabes. Porque tú

también fuiste adolescente. Y probablemente de las peores. Recuerdo esa escena con mis abuelos, los auténticos abuelos, a los que tanto quise y tanto echo de menos. Pero me la guardo en la memoria. Eso sí. Éramos otro tipo de adolescentes. Imagino que los que tocaba en esa década. Mucho más respetuosos con nuestros padres. Porque el trato que en general había con ellos era bien distinto. Basta con hablar con los amigos de la relación con los hijos para escuchar siempre el mismo comentario. «Sí, pero yo a mis padres les tenía mucho más respeto. Como se me ocurriera hablar mal a alguno de ellos, el castigo estaba asegurado». Es verdad. Lo del respeto y lo del habla.

Pero la convivencia, ahora, es muy distinta. Compartimos todo con ellos. O casi todo. Porque en lo que a la lengua se refiere somos radicalmente distintos. En la época que empezaron a ser fieles representantes de la adolescencia, me convertí en una mujer pegada a un diccionario. Lo que realmente no me sirvió para nada. Ellos empleaban sus propios términos y tú ejercitabas tu temple para calmar tus nervios en determinados momentos. Recuerdo como si fuera ayer un día muy especial. Era santa Marta, y a su manto me acogí para hacer frente al vocabulario de mis adorados adolescentes. Jamás lo olvidaré. Los protagonistas, Elitos y su primito. En plena movidita.

«Con la calma», me dijo mi hija en plena discusión. «¿Perdona?». «Sí, que tranqui, que no te rayes, que te relajés», contesta. «¡¡¡¡¿Que me qué?!!!». «Estás *to crazy* (loca), se te pira (se te va la cabeza)». Y se fue. En ese momento mis instintos maternos murieron fulminados. Sin comentarios.

Entonces llegó su hermano. «¿Qué pasa, tron? No sabes qué desfase (pasada) la fiesta de ayer. Había unas pitutis (niñas) en plan (expresión que sirve para explicar lo que sea) mazo popu (muy populares) que estaban muy ricas (guapas). Vaya *cracks*». Me desplomé. Pero siguió: «Un canteo (pasada). Rollo (en plan) Ana de Armas. Lo único malo fue la vuelta a kelly

(casa). Flipas, jefa. El bule (autobús) no llegaba, intentamos coger un tequi (taxi) y chungo. Al final volvimos a pata».

No daba crédito. Una voz en *off* me decía que no. Este no era mi hijo. Intervino su primo, recién llegado. «Qué suerte, colega. Yo estuve en un antro que es una auténtica chusta (mierda, con perdón). Olía de rabo (fatal). Bueno, me voy a la *piwi* (piscina)».

No daba crédito. Pero continuaron. Su prima, mi hija: «No, espera, tío, ¿por qué no te vienes conmigo y con mis colegas a tomarte unas cervezas?». Él contestó: «Solo renta (cuando un plan es apetecible). Pero no seas frito (pesado) y ponte las pilas». Desaparecieron. «Dabuti» pensé. Había sido una

pesadilla. «Perfe», acabo de despertar. «No estoy de la olla (zumbada) ni me ha dado un jari (ataque de locura). Sencillamente, he patinado mazo (no es verdad, te has equivocado)». Y «suda». O sea, que me da igual. Qué fuerte. Me rayé. Me flipé.

Pero ahora, sola en mitad de la nada, sonrío y añoro. A todos. Menos a los exámenes. Acabo de caer. Es septiembre. ¿Les ha quedado alguna? Ahora conducen los dos. Mis adolescentes mayores. Antes de que la tristeza pueda conmigo decido arrancar para no quedarme aletargada en ese lugar que no pertenece a nadie y pertenece a todos. Es en ese instante cuando un ruido estridente me devuelve

en mí y siento que la taquicardia, tan ausente en la lentitud con la que corren mis últimos días, se pone en marcha para anunciarme que mi corazón sigue funcionando como siempre. Pegado a mi ventana, un policía muy serio —¿entrará en el sueldo ser así de antipático?— da golpes contra el vidrio y me indica que la baje. ¿Y si es un ladrón? ¿Y si es un hombre malo? ¿Y si quiere llevarse mi coche? Porque, las cosas como son, conmigo no creo que quiera nada. Le miro con cara de terror. ¿Qué hago? ¿En mitad de la carretera de Andalucía y sin vehículo? Ah, no. Me niego en rotundo a cumplir sus órdenes y le pido que me grite, que me diga lo que quiera, pero que no puedo bajar la ventanilla.

—Señora, ¿está usted bien? Ha pasado un compañero hace un par de horas y ya estaba usted aquí.

—¿Dos horas? ¡Ay, señor agente, cómo pasa el tiempo! No se preocupe que ahora mismo me voy. Gracias por preocuparse. Estaba meditando.

—¿Meditando?

—Sí, sobre la vida, sobre los hijos. ¿Tiene usted hijos? —Asiente—. Entonces sabrá lo que significan. Y sabe, señor agente, hace cuatro días que no los veo, me he ido de casa porque mi marido, lo sé, no me aguanta; hoy he hablado con mi hermana —somos cuatro— y me dice que están todos bien. ¿Qué le parece? Yo desde hace no sé cuántos días fugada y ellos genial. ¿Sabe lo que

le digo? Que no me van a volver a ver el pelo en su vida, son todos iguales, unos egoístas, ya me echarán de menos, ya...

—Señora, usted NO está bien. ¿La puedo acompañar a algún sitio?

—Bueno, si se quiere venir al hotel conmigo —le digo coquetona.

—Señora, o se va o la multo, está excediendo los límites.

—Usted se lo pierde —contesto mientras le guiño un ojo y disfruto al comprobar que todavía no he perdido ese punto de coquetería.

Me voy. Y sigo. Hasta que un cambio de sentido me indica que es mejor que vuelva a Madrid. Parece decirme: «Otras dos horas de vuelta, no has comido y se te va a hacer de noche.

Y en la oscuridad no ves muy bien». Le doy las gracias. Por fin hay «algo» con sentido común. Dirección a la Villa y Corte. Recupero mi música, canto — mal, pero canto— hasta que un sonido que me resulta conocido rompe los acordes para dejarme con la boca abierta. Por el cante y por el motivo. Es el móvil. Lo sé. Demasiada vida pendiente de él —que no de Él— para olvidarlo tan pronto. Miro la pantalla y leo. Es Elito. Una mezcla de sentimientos atenazan mi loco corazón, respiro y presiono mi dedo en la pantalla del manos libres.

—¿Mamá?

—Sí, soy yo, mi amor.

—¡¡¡¡Mamá!!!! ¿Pero, mamá, qué

haces? Te he llamado millones de veces, estaba preocupado por ti, nos has dejado así, sin más, sin pensar que podemos estar acongojados. —¿O habrá dicho acojonados?—. ¿Es que no te das cuenta de lo que has hecho? Cinco días sin saber nada de ti, pensando que te podía haber pasado cualquier cosa.

—Ya, lo siento, pero es que no quería hablar con nadie. Necesito estar sola una temporada.

—¿Y ahora qué piensas hacer?

—¿Y tu padre? —pregunto sin contestar, poniendo especial énfasis en el determinante posesivo.

—Mi padre —contesta, poniendo el mismo énfasis en el determinante posesivo, con la ironía que le

caracteriza— está muy bien. Te podrás imaginar que solo piensa que es una nueva locura de las tuyas.

—¿¿¿Quéééééé??? —grito como un animal herido—. ¿Una nueva locura? ¿Cuántas veces me he ido de casa? Di, ¿cuántas? Pues que lo sepas, esta vez es para siempre, ¿te has enterado? Para SIEMPRE. Nunca *máis*. —Me sale el punto de mis gallegos tan queridos y hago mío el famoso eslogan de esta plataforma—. Nunca *máis*, ¿sabes? No, seguramente no sabes. Y para que te enteres te lo explico. El desastre no va a volver a repetirse. Ya me encargo yo de evitarlo. Nunca más. Nunca más volveré. Ahí os quedáis los tres. Porque el perro es mío. Y a él sí que no os lo

dejo.

—Pero, mamá, ¿por qué te pones así? ¿Qué culpa tenemos nosotros? ¿Se te ha ido la pinza?

—La pinza y mucho más, hijo, que en vez de una palabra cariñosa me acusas de hacer lo que ya era inevitable.

—Bueno, pues haz lo que quieras. Está claro que ahora es mejor no hablar. —Y me cuelga. Sí, me cuelga. ¿Pero qué se habrá creído? El mal genio se apodera de mí y le llamo. El día de la bestia. Se me ocurre.

—Dime —contesta con desidia.

—¿Cómo que dime? Te vas a enterar. Que voy a volver a casa solo para quitarte el móvil por contestarme así y por colgarme. Que te he dicho mil

veces que no me cuelgues. ¿Qué? ¿Haciendo piña con tu padre? — pregunto sin contestar poniendo especial énfasis en el determinante posesivo.

El ataque de rabia es tal que sé que ya he dejado de ser parte de mis sueños para convertirme en mi peor pesadilla. Me transformo en la sinrazón y comienzo a desvariar y a decir, exactamente, lo que sé que me voy a arrepentir de decir. ¿Aprenderé algún día a controlar mi verborrea? ¿Conseguiré no ser una bocazas? Pero da igual. Cuelgo después de decir doscientos cincuenta mil improperios y sigo.

Poco a poco me voy apaciguando y vuelvo a ese estado al que llego siempre

que viajo en soledad con el volante entre las manos. La nostalgia envuelve el ambiente y me impregno de ella. Mis pensamientos viajan en la misma dirección que yo. De vuelta a Madrid. Como todos los septiembres. Acabadas las vacaciones y con esa luz que nos anuncia que los días se acortan y las noches se alargan doy un salto al pasado. Cuando era niña. Cuando llegábamos a casa, después de un verano infinito, los cuatro hermanos con mis padres tras esos viajes interminables que hacíamos por carreteras de un solo carril. Qué peligro adelantar. En el coche un calor sofocante y un ruido ensordecedor al llevar todas las ventanillas bajadas. Incluso esos

triángulos que se abrían en vertical — ¿cómo se llamaban?— pegados a las ventanillas delanteras. Qué follón de coche. No entiendo cómo éramos capaces de meternos con equipaje incluido. El espacio no era problema en los coches de entonces. Los bocadillos en bolsas. Si tenías hambre y te lo comías nada más salir, allá tú el resto del viaje. En cuanto a las necesidades fisiológicas, en esa época el arcén era el único cuarto de baño permitido porque nunca sabías cuándo ibas a encontrar un bar o una gasolinera. Suplicabas, rogabas, «te lo hacías» (ya desde niña), hasta que tenían que parar. Kilómetros y kilómetros de viaje eterno en el que los juegos familiares eran el único

entretenimiento. Las matrículas, «Veo veo», «De La Habana ha venido un barco cargado de...». Y llegaban. No uno, sino cientos de barcos que nos acompañaban por tierra para hacer esa larga travesía más llevadera. Cruzar Despeñaperros, un reto para la salud física —un milagro que ninguno se marease— y mental. Tantas curvas, tan cerradas, tantos coches, tan antiguos. Pero nadie se quejaba. Estaba prohibido. Se permitía, por inevitable: «¿Cuánto falta para llegar?». O alzar la voz para pedir espacio y que la pierna que sufría el peso de esa otra que encajaba como la pieza de un puzle con la siguiente no acabase gangrenada. Pero nunca pasaba nada. Cuerpo a cuerpo,

todos se acoplaban y el viaje, gracias a Dios, tenía un final feliz. Tan distinto, no lo dudo, al de hoy.

Y evoco ese olor a casa cerrada — por vacaciones—, con las persianas bajadas, el calor comprimido, la luz tenue. Qué de sensaciones. Recuerdo la entrada llena de bultos, y como ahora, en mi propia casa, hago lo mismo que hacía mi madre. Abrir puertas y ventanas para que entre un nuevo aire. Ese que anuncia que con septiembre comienza otro año. Al menos para mí. Y esta vez, más que nunca.

Al llegar al hotel no subo a mi habitación. Me voy directa a El Padrino, el bar que se encuentra nada más entrar a la izquierda y que toma el nombre no de la película, como yo imaginé al principio, sino de la librería que se encontraba justo aquí. Me hubiera encantado conocerla. Con sus grandes ventanales —conservados como antaño— dando a Barquillo y las paredes abarrotadas de libros de papel. Los únicos libros que soy capaz de leer. A través del cristal veo cómo fluye la gente de un lado y de otro, se cruza, se tropiezan por mirar el móvil, preguntan

—hay mucho extranjero en la zona— o entran o salen del hotel. El bar está abierto al público, como el resto de las zonas comunes del edificio, y en él hay mucho ambiente a todas horas del día.

La música es fascinante y BT, el *bar tender*, que yo de esta salgo bilingüe, al que decido llamar así, la persona más amorosa del mundo. Cada vez que me lo encuentro tiene una palabra y una sonrisa para mí. Me derrito. Nada más verme se vuelve y elige entre esa cantidad inmensurable de ginebras la que le parece para ponerme directamente un *gin-tonic*. A pesar de que no he abierto la boca, sabe que me apetece. La hora y la expresión de cansancio de mis ojos le dicen todo. En

este hotel los empleados parecen leer tus necesidades antes de expresarlas. Realmente están haciendo de mi estancia una experiencia única que jamás podré olvidar. Lo pienso de todo corazón. Regalan educación, amabilidad y sonrisas generosamente. Y que nadie me diga que va en el cargo, porque ojalá ocurriera en todos los hoteles del mundo. Que hay veces que te da hasta miedo pedir algo. Es como cuando vas de compras.

Hay dependientes —o dependientas que tal y como están las cosas parece que es imprescindible encajar una «a» al finalizar cualquier profesión— a los que les basta con mirarte para echarte de la tienda antes de entrar. Sin embargo, aquí

sucede todo lo contrario. Te invitan a pasar, a quedarte, a estar, a hablar si lo necesitas. Y sonrían. Permanentemente. Y esto no tiene precio. Sobre todo en los tiempos que corren. Que parece que hay que pedir perdón por sonreír. Ya está bien de ir por la vida con un careto que asusta a todo el que se encuentra. Parece que vivimos en la época en la que ser amable es una locura y lo que se lleva es mantener el ceño fruncido con cara de pocos amigos. Como ese joven al que veo frente a mí, de pie, con el pinganillo colgado —el del móvil, que si no le avisaría—, gesticulando y haciendo todo tipo de aspavientos. No me gusta. Le imagino en la oficina dando gritos a diestro y siniestro. El antónimo perfecto

de un hombre tocado con el don de las relaciones humanas. Porque es un don. Saber tratar a la gente. Y no asustarla. Que te metes en un ascensor —otro tema a analizar— y te mueres de miedo ante el silencio sepulcral de tus efímeros compañeros; llegas al trabajo y son muchas las veces en las que el gruñido es la respuesta a unos simples buenos días; en los hospitales, en los ayuntamientos, en cualquier sitio público te tiembla el cuerpo ante la cara de pocos amigos que te pone el profesional de turno. Qué pena. Amabilidad, un término casi a extinguir. O mejor a recuperar. Porque en el fondo no cuesta nada. Sonreír, decir una palabra amable, tener un gesto de

educación, descolocar al contrario, conseguir que sonría. No es tan difícil. Y sonrío. Al recordar las veces que lo he hecho con malicia para desarmar al de enfrente. Un conductor que maldice, un jefe enfurecido, un Él fuera de sus casillas. Quien sea. El esfuerzo siempre ha merecido la pena. Aunque sea para dar la razón, como siempre, a mi admirada Mafalda. De su boca salieron estas sabias palabras: «Comienza el día con una sonrisa y verás lo divertido que es ir por ahí desentonando con todo el mundo».

Vuelvo a mi ubicación actual. Lo poco que me cuesta divagar. Me siento en la barra —qué fuerte—, en uno de esos taburetes altos, y me quedo fascinada

con los cientos —¿o miles?— de botellas que permanecen erguidas en sus baldas correspondientes mientras el reflejo del espejo me permite verlas de cuerpo entero. Por delante y por detrás. Tris tras. Regias y compactas. Qué envidia. Me imagino la parte posterior de mi propio cuerpo y antes de comenzar de nuevo, paso palabra.

Alcohol. Estábamos en los tipos de alcohol. Intento descifrar qué bebida habita en cada estantería. Me resulta complicado. Cuestión de vista. Pero creo descubrir hileras de brandy, de ron, de champán, de ginebra (¡qué barbaridad, qué cantidad de marcas, a mí que no me líen!), de whisky, de licores. Yo qué sé. Mi vista se

emborracha con tanta oferta que creo alcoholizarme antes de, así que opto por cotillear a mis compañeros de ambiente. Por cierto, súper *cool*, que una también sabe emplear anglicismos como los más *it*, que no *in*, y esto me hace crecer como persona. Tonterías.

Mesas altas, redondas, con taburetes a su altura (obvio) donde se sienta un público de lo más variopinto. Cuatro señoras mayores (¿o son de mi edad?) charlan tranquilamente a la vez que me miran con descaro. Lo típico. «¿Qué hará una señora como esta en un lugar como este?», leo en sus mentes. Y sin darme cuenta contesto en alto: «¿Y a ustedes qué les importa?». BT se vuelve desconcertado: «¿Me has dicho algo?».

Me sonrojo. Y fijo mi vista en una pareja de gais que se miran con una complicidad envidiable. Tan distintos y tan unidos a la vez. Uno con camisa *fit*, muy *fit*, y otro con una camiseta burdeos. Hablan sin parar —deben de llevar poco tiempo juntos—, se cogen la copa el uno al otro, intercambian los cócteles que dan vida a su mesa, comparten confidencias, susurran, se miran con amor infinito. Su sensibilidad traspasa los límites de la mía y a punto estoy de interrumpirles para pedirles consejo. Ellos, solo ellos, me van a entender. Son distintos, escuchan, hablan, nos comprenden, nos consuelan. Son nuestros cómplices. Entonces entra una chica joven, rarísima, y coge un menú a

toda velocidad. Me asusta y agarro el bolso convencida de que me va a robar. Últimamente me pasa muchísimo. Un día me van a dar una bofetada. Pregunta qué puede comer y sin escuchar siquiera la respuesta se va. Qué gente tan extraña hay en el mundo. Pero sus palabras despiertan a mi estómago que, violentamente, me recuerda que está vacío. Pido un par de minihamburguesas con patatas, idénticas a las que acabo de ver salir de cocina con una presentación sublime, y me pongo a devorar, compulsivamente, las mejores aceitunas que he probado hace tiempo. Excelentes. Calificativo que se queda minúsculo para lo que aparece ante mis ojos. Un hombre. Qué hombre. El hombre. Las

mariposas que antaño revoloteaban en mi epigastrio parecen despertar de ese sueño casi eterno e intento ahuecarme el pelo.

Guapo, atractivo, con clase, fascinante, elegante, embelesador, tentador. Se dirige hacia mí. Lo sé. El demonio. La tentación. Las mariposas aletean con tal fuerza que temo que las pueda escuchar. Aunque en teoría no emitan ningún sonido. Las mariposas. Que no mi epigastrio. Que me fascina esta palabra. Me recompongo y sonrío. Para descubrir de inmediato lo que creí tener asumido. Soy invisible. Polvo de mariposas. Pasa de largo, me regala un leve gesto de amabilidad y se dirige hacia una joven espalda que surge del

rincón más recóndito. Erguida. Robusta. Joven. Intuye que su Él llega y se da la vuelta. Sonríe, resplandece de emoción, de amor, de ternura, y se funden en un gran abrazo. Se besan. Tan apasionadamente que hacen de sus bocas una. Qué envidia tan malsana. Me quedo mirándoles fascinada. Se quieren. Se aman. Se idolatran. Son jóvenes. Un ataque de irritación está a punto de llevarme hacia ellos para exigirles que me digan por qué, que me lo expliquen. Pero me fijo bien en ella y retrocedo. Una minifalda negra deja ver unas piernas interminables, sin atisbo de celulitis. Subo y descubro un rostro anguloso, envidiablemente anguloso, enmarcado en un pelo corto, muy corto,

oscuro, natural, sin mechas, sin peluquería, y desando mis pasos. Llamo a BT y me vacío. De mariposas, de amargura, de edad, de soledad. Y se lo suelto. El monólogo. El auténtico. El que tortura mi mente. «¿Sabes?», le digo. Y comienzo. Verborrea pura.

Estoy en crisis. Vivo en crisis. En realidad, soy una crisis en sí misma. O en mí misma. ¿Cómo te llamas? Crisis. ¿Y de apellido? Física de Mental. Por ejemplo. Todo por culpa de los cambios. Como en cualquier crisis. En mi caso se han manifestado de una manera profunda, súbita y violenta. Y eso no se lo perdono. Por muy previsibles que fueran, no estaba preparada. Cero interés en que se

produjeran. Más que una crisis, lo que han provocado es una revolución. De todas mis estructuras. Empezando por la física. El cuerpo humano. Mentira. El cuerpo inhumano. Como lo denomino desde que comenzó libre su caída. Antes era mi cuerpo. Sin más. Durito, activo, indoloro y ágil. Ahora, más bien todo lo contrario. Inanimado. Incluso paralizado. Que así es como se me presenta al despertar por la mañana. Que si no tengo un tirón en el cuello, amanezco con las manos hinchadas o me duele hasta la respiración. Venga a antiinflamatorios. Que te quitan el dolor y te destrozan el estómago. Venga a protectores para protegerlo. Más que un cuerpo es un bloque de cemento. Duro

como una piedra, pero por dentro. Que por fuera ya se encarga el espejo de decirme lo contrario. El espejo. Qué invento tan estúpido. Sin ninguna duda la pieza que más odio del mundo. A partir de una edad solo sirve para fastidiarte. Desde primera hora, cuando más monstruo eres, ya está en activo. Regodeándose. Jugando con tus sentimientos. Que cuando ya parece que te mueves con cierta naturalidad, coges el cepillo de dientes, pones la pasta, y no sé por qué, en el momento que te vas a cepillar te miras al espejo. Encuentros en la tercera fase. Parálisis total. Lo que pudo ser y se fue. Renacen las heridas. Vuelve el dolor. De forma inconsciente, repites la jugada. Venga a

antiinflamatorios. Que te quitan el dolor y te destrozan el estómago. Venga a protectores de estómago. Hasta que recuentas el número de pastillas que han entrado en ayunas en tu cuerpo inhumano y sufres otra crisis. Esta vez de ansiedad. La estructura física de tu cuerpo se tambalea y la mental está hecha trizas. «El ansiolítico. ¿Dónde está el ansiolítico?», grito en pleno *panic attack* a mi querido BT. Y le abandono. Me voy. A buscarlo. En estado sonámbulo. Hasta que llego a la habitación.

Y lo pienso. La menopausia. ¿Será la menopausia? Me entra un ataque de risa. Histérica. Sinónimo de Marta. Pero me hace gracia. Lo he dicho. Sin problemas.

Total. Estoy sola. Sola, solaaa, solaaaaa. La locura se apodera de mí y entre risas pienso en mis amigas. En las que pondrían el grito en el cielo solo al escuchar decir esta palabra. Porque es como de coña. Perdón, de broma. Que es mentar el término y provocar un sofoco. Por causas fisiológicas o por ese pudor femenino de evitar la circunstancia. Dios me libre. De mentarla. Delante de nadie. Adivina, adivinanza. Se me ocurre. En pleno ataque creativo. Del griego «mens», que significa mensualmente, y «pausi» (qué monada), que significa cese. Me lo sé de memoria. Se define como se define, pero por si acaso no pienso definirlo. Las paredes hablan. Y más las de un hotel.

Lo que saben.

Más pistas. Un estado natural que es todo menos natural. A los cambios me remito. Una etapa más a añadir en la sufrida vida de la mujer, cuyo proceso de iniciación (que no de adaptación) comienza desde el mismo momento que lo dices: «¿Hace calor o soy yo?». Date por perdida. A partir de entonces ya nada volverá a ser como era. El termostato a su antojo y tú al antojo del termostato. Ahora subo, ahora bajo, ahora me incendio, ahora me salgo. De cualquier límite establecido. Como, cuando y donde quiere. Un golpe de fuego abrasa tu organismo y las glándulas sudoríparas comienzan a trabajar en pleno dominio de sus

facultades, a velocidad vertiginosa. Alcanzan máximos históricos. Y provocan el llamado proceso de transpiración alarmante, caracterizado por la espesa humedad que cubre cada milímetro de tu epidermis, casualmente seca, reseca, hasta ese momento y por culpa, lo que son las cosas, de ese mismo estado. Para que luego digan que no hay quien nos entienda. A las mujeres. Sometidas de manera continua a una doble tortura de adaptación termostática. Y sin posibilidad de queja. Porque a ver quién tiene el valor de confesarlo. «¡Qué ordinariez, de eso no se habla!». Y el cuerpo del delito de cuerpo presente. El propio (en claro proceso de descomposición), con el

añadido del «kit delator»: pinza/goma para el pelo + abanico. Con los que paliar el arretrato y evitar en la medida de lo posible la transpiración (las mujeres transpiran, no sudan). O eso dicen. Que yo de esas cosas no entiendo. ¡Dios me libre! Por segunda vez consecutiva. De la pinza y del abanico. Causante de un nuevo síndrome a estudiar. El de las manos inquietas. Casualmente de las que están en «pausi». De la «mens». Qué fuerza. Qué poderío. Qué brío. Qué velocidad. De derecha a izquierda, de izquierda a derecha, de delante hacia atrás. Como sea. Con tal de huir del enemigo. «Hija, que te vas a delatar». Qué sofoco. Y me duermo. «*Crisis, what crisis?*».

Me despierto con el soniquete del teléfono fijo que vive en la mesilla. Suena sin parar. Oigo su voz. La de Él. «Cógelo, que es para ti». Me sobresalto. ¿Dónde está? ¡Horror! Me ha descubierto. El teléfono continúa su desagradable función. Cojo. El silencio por respuesta. Han debido de colgar. Enciendo la luz con el pavor que corresponde. Sus palabras retumban en mis tímpanos. En uno mejor que en el otro, que el otro empieza a estar como una tapia. «Cógelo, que es para ti». Qué mala idea. Hasta en situaciones como esta lo tiene que decir. Enciendo la luz y

no veo nada que sea ajeno a mi historia más reciente. Descubro que ha sido mi subconsciente. Él no está. Claro. Pero me lo ha dicho. Como siempre. Aunque no le falta razón. (Tontorrón. Cada vez más. Pero es así). Son pocas las féminas que no forman con su móvil una unidad sólida, un binomio indisoluble, una fusión atómica. Las cosas como son, sin él —el teléfono, por si hay alguna duda — no podríamos vivir. ¿Quién lo dijo? «Cuando una mujer sufre en silencio es porque su teléfono no sirve». Reflexiono, medito y acepto que al anónimo que acertó a escribir esta frase no le faltaba razón. Voy más lejos y entiendo que sus palabras son un alegato a la sabiduría. Hago un ejercicio de

autocrítica y esta vez me visualizo a mí, a mis amigas, al conjunto de las mujeres en general. Mis pensamientos me liberan de toda la carga femenina que hay en mí, me pongo en modo hombre y comprendo que ellos también sufren. Aunque en el fondo la culpa es suya. Me explico.

Este dispositivo de telecomunicación diseñado para transmitir señales acústicas por medio de señales eléctricas nos salva la vida, porque **NOSOTRAS** necesitamos hablar, comunicarnos, que nos escuchen. Porque está científicamente comprobado que al hablar liberamos nuestro estrés, nos desahogamos, vomitamos nuestros problemas. Porque, encima, Ellas, las otras, nos escuchan, con ganas, sin

interrupción (bueno, esto es un decir). Porque somos diferentes. Porque dicen, eso dicen, que en la mente femenina las células cerebrales que se encargan del habla trabajan con mucho más ahínco que en la del hombre. Porque dicen, eso dicen, que el aumento de la testosterona hace que el sistema auditivo sea menos sensible, lo que les permite a Ellos convertirse en sordos. O casi. Pero tan profundas deliberaciones son interrumpidas por el chirriante tono de mi móvil. Hoy se han puesto todos de acuerdo para romper mi encontrado silencio. Suena el timbre clásico. El de toda la vida. El que parece habernos puesto de acuerdo por fin en algo, a hombres y mujeres de mi generación, ya

que casi todos tenemos el mismo. Tono. Menudo lío. Estás en un partido de pádel, por ejemplo, y a las cuatro nos suena exactamente igual. Y a los de al lado (masculino plural y total), los que han tenido la mala suerte de tener la pista pegada a la nuestra, seguro que también. Pero claro, ellos lo apagan para jugar. A nosotras que se nos ocurra.

Lo que me lleva a otra de mis trascendentales reflexiones. Que algo tan trivial como dicho partido (o el que sea de lo que sea) es prueba inequívoca, otra vez más, de la desemejanza entre sexos. Imagino. Cuatro mujeres. O cinco, o seis. El caso es realizar una actividad juntas, sin hombres de por medio. Este es el quid de la cuestión. La

diferencia. Lo que podríamos llamar, nosotras, una terapia de grupo. Como la que hago, año tras año, con mi querida cuadrilla de julio. Por lo que retomo el pádel. Que viene al caso. La mejor terapia femenina. No en vano son infinitas las féminas que inundan por las mañanas los clubes de toda la geografía española. Y que, por cierto, suelen engañar a sus Ellos, dada su adicción infinita a la pala y la pelota. Lo sé, pero eso lo meditaré más tarde. Que no se me olvide. Pequeñas mentiras sin importancia. A lo que iba. Un partido. Sinónimo de terapia de grupo. ¡Lo que ayuda! Qué desahogo. Hablas, te escuchan, comentas. Desde que llegas.

Poco calentar y mucho conversar.

Hay que ponerse al día. Entrás en pista y peloteas, por llamarlo de alguna manera. La charla continúa. No imagino yo a cuatro hombres en la misma situación. Ellos serían como distintos. «Qué pasa, tío». «Bien, ¿y tú?». «Bien». «Ya». «Sí». Y no se dirigen la palabra hasta que acaban. «Hasta luego, tío». «Adiós». Nosotras necesitamos hablar. Y lo hacemos de repente, sin pensar, entre punto y punto. ¿Qué más da? Una de las jugadoras pregunta algo a otra y el resto se acerca a la red. Todo es importante. Hasta que la sensata exclama: «Qué horror, vamos a seguir, es tardísimo». Surge el problema. «¿Cómo íbamos?». «Treinta nada», apunta una con total seguridad. «¿Pero

qué dices? Si acabamos de empezar». Nos miramos, extrañadas, y decidimos comenzar de nuevo. El problema se agrava. «¿Quién estaba sacando?», preguntamos las cuatro al unísono. «Ni idea», dice, precisamente, la que estaba sacando. No estamos bien. Por no decir lo que de verdad pienso. Estamos fatal. Entonces visualizas a la de enfrente y descubres que te apasiona la falda que lleva. «Qué mona la falda, ¿de dónde es?» (no puedo imaginar a Ellos diciendo: «Qué pantalón tan ideal, ¿dónde lo has comprado?»). Momento ropa y volvemos al juego. En ese instante retumba el sonido de un móvil. Frenamos y cual estatuas, escuchamos. Nervios. Si la propietaria descubre que

es el suyo por ese sexto sentido que tenemos las mujeres, salta como una poseída, se agita y reza para que no sea nada importante (Ellos, repito, por supuesto, ni conectar el móvil. Total, si pasa algo, estamos nosotras). Pero el mal rollo ya está de cuerpo presente. Lo que se acentúa si, en caso de que estés dando bola, empiezas a oír diminutivos cariñosos: «Venga, Martuchi, que lo estás haciendo genial». La quieres, pero la odias. A la que lo ha dicho. Un poco como a tu Él. Al final, todo son relaciones personales. Pero tú sabes que no. «Qué puntazo, tía». Mienten. Entonces termina el set, se miran, te miran y oyes lo que nunca quieres oír: «¿Queréis que cambiemos de pareja?».

Ellos cambian. Sin más. Y mucho más de lo que deberían. Pero eso ni mentar. Que salgo a la terraza de la habitación y ahí sigue. La obra. *La novia de papá*. Tiene huevos. Con perdón.

Echo tanto de menos mis partidos que un resorte me lanza de la cama y me pongo a jugar. Sola. La locura y yo somos una misma. Cada día más compenetradas. Necesito hacer ejercicio. La adicción a este deporte me hace alzar la pala imaginaria por encima de mi cabeza y hago el *smash* de mi vida. Por fin. Después de treinta años de práctica lo he conseguido. Sé que nunca lo volveré a repetir. Subo, bajo, boleo, un globo, flexiono, me estiro, salto y me canso. Del ridículo y del esfuerzo. Pienso en

mis compañeras de equipo. Si me vieran. Hasta me entenderían. Cómo las echo de menos. Las quiero. El equipo de veteranas. Uno de ellos. Incluso las hay superveteranas. Por edad. Sonrío con cierto desdén. Si no me equivoco, yo soy una de ellas. Pero obvio el pensamiento. Ya está bien de compadecerme.

Ahora es el móvil el que ataca. De la impresión de tanto timbre en tan corto espacio de tiempo me levanto sin calcular el riesgo y en el esfuerzo siento un tirón en el muslo derecho. Se me ha olvidado estirar después del peloteo. Agarro con fuerza el aparato, leo el nombre de una amiga y lo cojo con ansia. No me lo puedo creer. Está ahí.

Esa voz querida. Ese tono añorado. No está sola. Es lo primero que me dice. Están las dos. Las amigas de siempre, las de toda la vida, las primeras, las que están ahí, en lo malo y en lo bueno. Aunque a veces te distancias. Para coger fuerza. Y seguir adelante. Juntas. Está claro. A pesar de las diferencias que marca la evolución de cada una. Pero siempre ahí. Quizás puedas olvidar a los que te hicieron reír (lo dudo), pero no olvidarás nunca a aquellos que estuvieron a tu lado en los momentos más difíciles. La voz se me rompe y el alma se me escapa entre la magia de la tecnología para rozar la de ellas. Lo sé. Me dejan hablar. Me dejan llorar. Me dejan desahogarme. Estoy tan afligida

que mi necesidad de su amistad se siente agobiante. También lo sé. Pero no puedo parar. De explicar, de contar, de desnudar todos y cada uno de mis sentimientos. Me vacío de pesar y traslado mi dolor. Estoy agotada.

—Sí, me he ido, ya no aguantaba más. Estoy harta. Harta de todo. Me he cansado. De los más y de los menos, de sentirme una pieza importante cuando interesa y secundaria cuando no les valgo para nada —cuento entre gemidos—. Pero es tan duro, es tan duro ver que todo lo que quieres se te escapa de las manos. No me importa lo que me digáis, lo que creáis, lo que opinéis. No me importa nada. Me quiero morir, sí, eso, me quiero morir. —Lloro, sollozo,

gimo, hipo, lagrimeo, suspiro. Y eso que odio los suspiros. Esa amiga, otra, que tanto quiero, lo sabe. Y me entiende. A pesar de ser tan distintas. Entonces me voy. Me alejo. Y me olvido de que están al otro lado del teléfono. En el aire. En ese espacio extraño que permite que conectemos los seres humanos allá donde estemos. Me reclaman.

—Marta, manifiéstate —escucho.
Y me manifiesto.

—Sí, aquí sigo, perdón.

—¿Pero qué ha pasado? ¿Qué ha sido tan grave para que hayas huido así, sin más, sin ningún tipo de explicaciones a nadie?

—¿Qué ha pasado? Pues mira, ahora que me preguntáis, la verdad es

que no me acuerdo. No sé cómo se inició ni por qué, pero sí sé que estoy aquí.

Intento hacer uso de mi memoria y me acongojo. Ya me hace de las suyas. «¡Por Dios! ¿Cuál fue el detonante?». Nada, ni el más mínimo rastro. Más mediana edad. Vamos. Otro enemigo a batir. La memoria. Un bien tanpreciado por escaso para las mujeres de mi generación. Y como de sabios es reconocer (¿o era rectificar?), reconozco ajeno a este problema al sexo masculino y a las mujeres mayores. Porque ya me gustaría a mí tener la cabeza de mi madre. Es como un *pendrive*, almacena. Tú liberas. No retienes. Porque como empiece no

acabo. Lo de «dónde están las llaves» es ya anecdótico.

Me he ido. ¿Con quién estaba hablando? ¿Y el móvil? «¿Dónde está el móvil?», aúllo alterada con ese sonido gutural e histérico que emerge de la garganta femenina en repetidas ocasiones al cabo del día en pleno ataque de ansiedad cuando esto sucede. Entonces exclamo:

—¡Os dejo, que me estoy poniendo histérica porque no encuentro el móvil!

Un grito elevado al cuadrado me paraliza.

—¡Pero si estás hablando con nosotras! Dinos dónde estás, que vamos ahora mismo. Hay que ingresarte.

—No me acuerdo, lo juro, no me

acuerdo. ¿Dónde estoy? ¿Quién soy? ¿Cómo me llamo? Ni idea. Si retomo mi pasado inminente, os lo digo. Gracias por preocuparos. Luego os llamo. —Si me acuerdo. La verdad.

Porque de un tiempo a esta parte no retengo. Me lo tomo en serio. Me angustia. Grabo en mi mente que he prometido llamarlas para que no se enfaden y pienso que me paso la mitad de la vida perdiendo algo y la otra mitad buscándolo. Lo tangible y lo intangible. Como cuando marco un teléfono, me «voy» y en mi desvarío solo digo: «Perdón, ¿a quién estaba llamando?». O no recuerdo el título del libro que leo, la película que vi ayer (¿cuántas veces he comenzado a ver, sin saberlo, una «peli»

que ya había visto?), los nombres (¿cómo se llamaba?) o las palabras (¿cómo se decía?). Me acuerdo del poeta. Y su libro maravilloso. *Objetos perdidos*. Una pequeña gran joya. Tan valiosa que llevó a su autor, el poeta antequerano José Antonio Muñoz Rojas, a ganar el Premio Nacional de Poesía. Corría el año 1998. Quince años más tarde y con muchos de sus versos aprendidos y olvidados, viene a mí ahora. Qué pena no haberme traído el libro. Para leerlo y releerlo con la misma pasión que antes. Qué envidia escribir así. «La escritura es la pintura de la voz», dijo Voltaire. Qué envidia, sí, don José Antonio, por pintar de esta manera lo que nos sucede a todos a

diario. Hay auténticas maravillas en esas páginas. Pero hoy, con la sensibilidad ya a flor de piel, prefiero centrarme en lo primero y sonreír, una vez más, con algunos de sus versos. Dice el poeta:

Qué es lo que se me ha perdido,

porque algo indudablemente se me ha perdido

y no lo encuentro, buscando siempre

algo perdido (¿o seré yo el perdido?).

*¿Las gafas? ¿Las llaves?
¿Las gentes?*

¿Los nombres de las gentes o sus caras?

En realidad, todo. Yo también me he perdido. ¿Qué quería decir? ¿Qué brillante pensamiento? ¿Dónde lo había anotado? ¿En ese cuaderno del hotel o también en el dorso de mi mano? ¿O eso lo hacía en el colegio? ¿Por qué me he cambiado el reloj? ¿Sería para acordarme de algo? ¿Y mis gafas? Sin ellas también me pierdo. Como el poeta.

Señor que me has perdido las gafas,

¿por qué no me las encuentras?

Me paso la vida buscándomelas y tú siempre perdién-domelas,

me has traído al mundo para esto,

*para pasarme la vida
buscando unas gafas
que están siempre
perdiéndoseme...*

*porque tú eres, Señor, el que
me las pierdes
y me haces ir por la vida a
trompicones
y nos das los ojos y nos
pierdes las gafas.*

Y me callo. Porque no oso seguir las palabras de tan brillante poeta. Y me pierdo. Por unos días. Solo por unos días. Tendré que tomar una decisión. Además, tanta soledad, duele. Por fin lo he dicho. Impregnada de cansancio y de tristeza.

La nostalgia se cuelga por mi ventana. Le

echo de menos. Muchísimo. Demasiados años juntos, demasiados momentos compartidos, buenos, regulares, malos. Todo une. Aunque a veces desuna. Altos y bajos en una relación que ya ha pasado con creces el doble de una década compartida. Risas, lágrimas, amor, odio, ternura, frialdad, complicidad, indiferencia, hartura, necesidad, soledad, compañía, amistad, enemistad. Podría empezar y no parar nunca. Ahora sí, pienso en el matrimonio. Un paseo por las huellas de nuestro camino me hace sentir el corazón como un puño. El amor, ¿el desamor? No, eso sí que no. Un amor distinto, pero siempre amor. Me cuestiono lo que tantas veces he hecho a lo largo de este recorrido junto

a Él y conozco de memoria la respuesta. ¿Podría vivir sin Él? Sé que no. Solo de figurármelo se me rompe el alma. Salgo a la terraza y miro de frente. *La novia de papá*. Represento por un momento que esa frase pueda mencionarla algún día cualquiera de mis hijos y una punzada de dolor recorre mi cuerpo. ¿Celos? ¿Posesión? No. Por mucho que a veces estas palabras hayan llegado a mí en algún momento —o varios— de mi vida marital. Vuelvo a la convivencia.

Qué complicada es. La coexistencia. La cohabitación. Las peleas. Porque nosotros, sí, nos peleamos. Que hay algunos que dicen no saber ni el significado de este término. Lo dudo. Pero me callo. Solo me

concierno lo mío. Lo nuestro. A esos enfrentamientos a los que llegamos por tantos y tan diferentes motivos. Nimiedades que se transforman en tsunamis. Que arrasan con todo lo que se encuentran por delante e incluso lo que existía por detrás. Que hacen de una pelota un mundo y en pocos segundos te postran en la cama convencida de que ha llegado el final. Pero ese castillo de arena, a veces tan delicado, es capaz de erguirse de nuevo y convertirse en una fortaleza difícil de destruir. Hasta que cualquier enemigo, hasta el que consideras de menos valía, entra por las grietas que no supiste soldar y la batalla empieza de nuevo. ¿Por qué? ¿Para qué?

El paso de los años, qué verdad tan

grande, te habla de tolerancia, te enseña a ser más condescendiente, a reconocer la importancia de lo que realmente la tiene y a no dársela a lo que solo se puede calificar de estupidez. La familia. La que has —hemos— construido golpe a golpe, paso a paso, sin casi ser consciente de ellos. Una estructura siempre imperfecta —igual que la democracia—, pero que hay que saber cuidar. Como lo has mamado. En la tuya —qué suerte— y en las de la mayoría de la personas que te rodean. La familia. Siempre lo primero. Por encima de todo. No me puedo dar por vencida. Como en todos los campos de la vida, el resultado final es directamente proporcional al esfuerzo realizado. Y no

pienso dejarme vencer. Cada vez estoy más dispuesta a ello.

Los sentimientos son frágiles y la firmeza se tambalea. Me pongo seria. Quizás extremadamente seria. Analizo mi situación y sé que no estoy bien. Nada bien. ¿Y si les pasa algo? A Él, a mis hijos, a cualquiera de las personas que quiero. Sí, lo sé, llevo muy pocos días ausente pero los suficientes para cuestionarme muchas cosas. La vida te cambia en un instante, y quizás entonces me arrepienta para siempre de lo que estoy haciendo. Pienso en la muerte. Lo único seguro a lo que te lleva la vida. Lo que nos hace iguales a todos. No entiende de razas, de creencias, de sexo, origen o edad. Esperada o inesperada.

Siempre dolorosa. Tan difícil de asimilar aunque aprendemos a vivir sabiendo que en algún momento nos llegará la hora. Pero la nuestra nos importa menos. No la vamos a sufrir. Sin embargo, la de los demás, es imposible de asimilar. Sobre todo cuando no ha sido anunciada. Un accidente. La brusquedad de la noticia. El horror de la verdad. La incomprensión de los hechos. Pero si hace unas horas, tan solo unas horas, estaba aquí conmigo. Y ya no está. Físicamente. Eso, solo eso. Porque su presencia se hará más patente. En el dolor y en el recuerdo. En el amor y en la sonrisa. ¿Por qué?

Evoco a mis amigos. A los que

tanto quiero y a los que la vida les puso un alto en el camino y cambió la dirección de sus emociones para siempre. Destrozados por la fuerza irracional de la muerte de uno de sus seres queridos. El hijo. El hermano. El amigo. Ese ser excepcional, cuyo corazón, cargado de emociones, estalla de repente de tanto sentir y deja de latir antes de tiempo. Entonces aparecen la tristeza, el dolor, la incomprensión, la desolación, el desconsuelo. Y no entiendes la sinrazón de la vida. Esa vida que se presenta con su cara más dura para transformarse en muerte y parar el corazón de un joven extraordinario. Ese al que tú también querías. Que dejará en tu recuerdo esa

sonrisa única, suya, tan característica. O de una joven. Igual de extraordinaria. Que tuvo que hacer frente a la crueldad de la enfermedad cuando rozaba la dorada época de la juventud. Por poner otro ejemplo. De la injusticia de la muerte. Que protagoniza sin querer — nada más lejos de su realidad— la crónica de una muerte anunciada. Otra sinrazón. De nuevo. La de otra ausencia prematura, excesivamente prematura, y unos y otros, tan cercanos o menos, cuestionándose cómo puede suceder algo tan duro, tan inexplicable. Y después, unos y otros, los mismos, intentando saber cómo poder ayudar a todos los que tanto la querían. Las palabras, de pronto, no sirven de

consuelo, pero te encantaría saber cómo reconfortar con ellas a tantos corazones heridos.

A veces, no te afecta directamente lo ocurrido, pero te duele como si así lo hiciera al pensar en el dolor de tanta gente querida. Y es cuando el corazón te pide respeto a su tristeza sin inmiscuirte en lo que no debes, pero tus deseos se aferran a ti y buscas la palabra que se convierta en un aliento de ánimo cargado de cariño. Cuando sucede, si sucede, solo quieres conocer si hay manera de poder ayudar a esos padres, a esos hermanos, a esa familia, a esos amigos, tan jóvenes, que lloran su pena. Y miras al cielo y lo sabes. Como ya ha pasado alguna vez. Otro ángel. Como

aquel. Joven y lleno de vida, con unos ojos espectaculares y una sonrisa permanente, que cuidará sin duda de los que hayan quedado abajo. No puede ser de otra forma. De su mano, solo de su mano, se puede seguir viviendo.

Luego, esas muertes anunciadas. Tan cercanas. Muertes que son casi tuyas. Muertes cargadas de sufrimiento durante años por una cruel enfermedad que no deja a los enfermos ni a sol ni a sombra. Y pienso en ella, la mujer más viva del mundo, que se fue sin tenerse que haber ido nunca. Llenaba cualquier espacio donde se encontrara, llenaba a las personas y su fuerza traspasaba las paredes. No se lo merecía. Y luchó. Tanto que duró muchos más años de los

que pronosticaron. Pero la naturaleza, cuando es fuerte, puede hasta con los peores augurios. Y gracias a ello, y a pesar de ello, disfrutas cada día de más como un regalo. Increíble la naturaleza de este ser humano para, una vez tomada la decisión, llevar con alegría hasta la más grande de las tristezas. Qué ejemplo. La vida sigue; a la muerte, aunque anunciada, no se la puede esperar. Ahora su rostro lo vemos en sus nietos. Tan parecidos a ella. La más grande de las sonrisas. También pienso en el más joven de mis amigos. Que vivió, a pesar de los pesares, con la sonrisa más grande del mundo. Y nos dejó, a pesar de los pesares, precisamente con esa sonrisa, el único

gesto que ya era capaz de ordenar a su cuerpo, muerto en vida, mientras su mente seguía brillante para hacernos ver, hacernos entender, que los ojos son suficientes para transmitir la inmensidad del amor, la ironía, la inteligencia o el sentido del humor. A pesar de protagonizar la historia de una enfermedad tan triste. Jamás dejaré de quererle. Porque está aquí. A nuestro lado. La enfermedad. Que a veces presenta su lado positivo y acerca a los que estaban tan lejos. Entonces, cuando las cosas salen adelante, reflexionas y piensas si será verdad. Si será verdad que todo ocurre por algo.

La vida. La muerte. La vida. La muerte. Intrínsecas. Otro yo indisoluble.

Todo sigue. Pero sin ella. Sin él. Sin ellos, sin ellas. Me acuerdo de tantos. A los que llevo siempre conmigo. Por muchos años que hayan pasado. Mis amigos. Que empiezan ya a ser demasiados. Llevados hasta los cielos, seguro, por formar parte de ese selecto club, el de los grandes. Qué inmensa es la pena cuando el teléfono, siempre el maldito teléfono, vomita que ha muerto un amigo. Jóvenes —siempre demasiado — maravillosos, excepcionales. Únicos. Porque siempre se van los mejores. O los más grandes, porque solo en ellos cabe un corazón inmenso. Y les recuerdo. Porque les quiero. En presente. A uno y a otro. Mucho. No podía ser de otra manera. Y me acuerdo

de él, sonriendo, con esa sonrisa tan suya que mantenía incluso cuando ya estaba muy enfermo. Porque así son los grandes. Tocados por un don divino.

Y de mis ascendentes. Por familia y por situación. No hace falta que les diga nada. Lo saben todo. Jamás han estado ausentes. Y prefiero parar. Aunque su vida, ya muerta, seguirá siempre viva en mi memoria. Como la de tantos.

El otoño se empeña en presentarse gris. Y yo «*ton sur ton*». En la misma tonalidad. Tan gris como el día. Acromática. Luminosidad media, por no decir nula. Exterior e interiormente. Grisácea, apagada, sin brillo, sin gracia, sin ningún matiz que indique un destello de luz que me transforme en un algo cromático. Lo intento y no lo consigo. Así me siento. Me fusiono con el tono del cielo y me dejo llevar por esa extraña melancolía que se ha apoderado de mí. En modo permanente. La misma que no quiero que se transforme en tristeza. No permito que se convierta en

desidia. No puedo abandonarme al abandono porque he de cumplir con mis obligaciones. ¿Obligaciones? Hace días que este término no existe en mi vocabulario y he dejado en el olvido cualquiera de sus sinónimos. Deber, responsabilidad, compromiso. Demasiados años bajo el yugo de estas palabras. Y una apuntándote con más intensidad que ninguna. Profesión obliga. El cierre. El del periódico. El que te llega aunque te cueste encontrar una sola palabra para empezar a escribir. La mente en blanco, en sintonía con la página —antes de papel, ahora virtual— que espera paciente a que la inspiración, maldita a veces, te ilumine. El tiempo pasa, la entrega acecha y las

palabras tienen que llegar a su destino antes de que el «cierre» sea un hecho consumado. El temido límite con el que se encuentra cualquier periodista a la hora de entregar su trabajo para que arranque la primera edición del diario. Angustiado, soplando o resoplando, el profesional ruega por un escrito lo más digno posible mientras la obligación de acabarlo pesa como una espada de Damocles. Es la presión que oprime cada día a un escritor de periódico. La que actúa contrarreloj y consigue tantas veces que oficio e inspiración se fundan en un último esfuerzo para conseguir que el punto final de una crónica, un reportaje o una columna, se escriba en el último instante. Incluso en situaciones

adversas.

El cierre es el cierre. Estés como estés. Gris, opaca, melancólica. Como hoy. Recuerdo. Mi peor cierre. Hace tan solo dos años. Al que puse el punto final hace ya tiempo. No tengo intención de resumirlo. No quiero mirar hacia atrás y comprobar como cierto el dolor de algunos hechos. Cuando una pérdida incomprensible se transformó en tristeza infinita, en una pena incuestionable. Y me hizo ver, de nuevo, lo que de verdad importa. Lo que deja en segundo o tercer plano otros hechos que hacen sufrir. Aunque sea una mentira que duele, una traición a tus espaldas, unas palabras que hieren. Pequeñas verdades importantes a las que hay que descargar

de importancia. No merecen la pena. Entonces, como en este cierre, el más dramático de mi vida, desnudas tu alma porque no sabes hacer otra cosa. Y lo haces como lo que eres. Una mujer corriente con pensamientos corrientes. Como la de ahora. Sé que estoy mal, muy mal. Me hago la autopsia a mí misma e intento observar desde arriba mi órgano cerebral. Es tal el cúmulo de alteraciones que lo perturban que dejo las reflexiones y me pongo a pensar en el gris. El que empaña el día. Que me dirige directa al polvo. Al polvo iluminado. Ese tono de gris que tanto me hizo reír cuando descubrí que existía. Medito sobre las mujeres y los colores. Hasta en esto somos radicalmente

opuestos los sexos.

El hombre es básico. La mujer más completa. Compleja, perdón. Que en mi desvarío me bailan las consonantes. El hombre desde que es hombre — cavernícola o no— ha tenido el claro cometido en la vida de mantener a su familia. Lo de siempre. Cazar, cazar, cazar. Trabajar, trabajar, trabajar. La mujer, el resto. Designios de la naturaleza que hizo de ellos unos seres amorosamente básicos, básicamente simples, simplemente hombres. Sin los que no podemos vivir muchas de nosotras. Juntos, siempre juntos. En la salud y en la enfermedad, en la pobreza y en la riqueza. Todos los días de la vida. Cumpliendo lo prometido. A lo

hecho, pecho. O eso pensaba. Aunque la ciencia se empeñe en distanciarnos permanentemente. Porque entre las múltiples diferencias entre el cerebro masculino y el femenino, los americanos descubrieron una nueva. Que no por obvia a mí me parece menos conflictiva. Nosotras tenemos más capacidad para discernir colores, por una sencilla razón: que en su cerebro hay exceso de hormonas masculinas. Lo podían haber descubierto antes. Nos hubiéramos evitado miles de conflictos en el difícil caminar de la senda de la pareja. Desde antes de. De contraer matrimonio. Matrimonio, perdón, que me vuelven a bailar las consonantes.

Rememoro una escena que viví de

unos recién casados. «¿Quieres pintar las paredes de blanco, cari?», decía su Él. «¿Blanco absoluto? Ni hablar. Blanco roto, matado o merengue», decía su Ella. Era el principio. Cedió. Con el paso del tiempo la paciencia disminuyó y la impaciencia le impidió, a Él, comprender la amplitud de una gama de tonalidades que parte, eso sí, de un color primario. Como Ellos. Como el verde, el color de la esperanza que tanto me gusta y logro vislumbrar en la profundidad de mi mente. Quizá sea eso lo que empieza a mutar mi carácter y un rastro de luminosidad me hace sentirme mejor. Río. Al pensar en los colores que somos capaces de llegar a visualizar las mujeres. Rojo pashmina, zumo de

guayaba, esencia de plata, beso de carmín. Como el de esa mujer cuyo nombre me niego a recordar. Traidora. En su cuarto las paredes pintadas de gris cuernos. Como los que le puso a su marido. Que del disgusto tuvo un bajón de hormonas y se transformó en modo mujer. Visualizó su futuro y no dudó. En su casa un único tono: el polvo iluminado. Juro que existe. Y si regreso a mi hogar lo pondré en mi habitación. Para que ilumine todos los días de nuestra vida. Qué idealidad. En el fondo, lo sé, soy una romántica. Pongo música. Me lo pide el momento. Utilizo los altavoces para el iPhone que incluye esta habitación llena de detalles que me hacen sentir como en casa. Me

he dado cuenta de que está perfectamente insonorizada —no he logrado adivinar si existe vida al otro lado de las paredes estos días— y pongo el volumen al máximo. Un susto de muerte —de verdad, de muerte— me hace caer para atrás y me echo a temblar como una niña descubierta haciendo algo malo. Una voz ronca, peculiar, sensual y fascinante taladra mis oídos. La siento tan dentro de mí que presiento que está a mi vera. No miro las circunstancias por si mi intuición me ha jugado una mala pasada y se rompe el hechizo. La dejo fluir. La dejo cantar. Imposible más oportuna la melodía elegida. «Back in your arms». Vuelve a mis brazos. La emoción de oírle a tan

corta distancia hace de mi sensibilidad un universo de trizas. Me rindo a sus pies como no lo había hecho antes en nuestra vida en común y rememoro aquellos principios. Cuando me casé. Convencida de lo que hacía al estilo tradicional, es decir, con un solo hombre. Lo normal. Al menos en aquellos tiempos.

Al poquísimos tiempo descubrí que de uno nada, que me había casado con dos. Si soy sincera, he de reconocer que nadie me engañó, pero nadie me lo advirtió. Con el paso de los años me acostumbré a vivir con ambos y no sé cuándo me empezó a gustar este tipo de convivencia. Hoy, si las circunstancias no hubieran cambiado tan radicalmente

mi presente, podría decir que no puedo vivir sin ninguno de ellos. Pero es tan confuso mi destino...

Vuelvo a esos días. En los que con el paso de los tiempos la pasión se adueñó de mi corazón y llegué a creer que amaba a los dos a la vez. Si ya lo intuía, ahora lo sé. Ha sido escuchar esas palabras —«Cariño, simplemente quiero estar de vuelta en tus brazos, de vuelta en tus brazos de nuevo»— para corroborar mi teoría. No sé si siento dolor o goce ante lo inexplicable, pero sí que me hundo en un sueño del que no quiero despertar. Me balanceo en la cama, tan grande y tan cómoda, y dejo fluir mi imaginación. Han sido tantas noches compartidas con los dos que no

sabría con cuál quedarme. Horas de éxtasis con Él, mi cónyuge, el auténtico, y con el Otro, el platónico, el idílico, el inalcanzable. Qué hombre, qué genio, qué espectáculo (como tú, mi amor, le susurro en mi silencio a Él). Durante los ratos que pasamos juntos —los tres—, el tiempo volaba mientras, yo confieso, solo tenía ojos para el Otro. Largas noches que rogábamos que no tuvieran fin. La última. La última fue mi perdición. No sé ni lo que duró. Pero durante todo ese tiempo levité. Volví a enamorarme. Su pasión por la vida; su alegría, su simpatía, su buen rollo; su energía, su amor por la familia (aunque no sea la mía). Su sonrisa. Todo me gusta. No hay un pero en él. Ayyyyy

(suspiro de nuevo, ¿será posible?). La culpa la tiene mi marido. ¿O ya debería llamarle mi ex?

Su fascinación y obsesión — crónica, enfermiza— traspasa barreras y en estos más de veinte años de unión no miento si digo que hemos amanecido, comido, bailado y dormido los tres juntos. Solos o acompañados. Porque en mi fantasía se me ha olvidado que, en muchas de esas noches, compartimos nuestra pasión también con los niños. Mis queridos y añorados Ellitos. Y, hágase la realidad, con cientos de miles de personas que comparten, para mi desgracia, esta fascinación con nosotros. Los fans. Como esos gemelos tan iguales y que tanto quiero que también forman

parte de esta historia. O esa familia con la que crecimos en paralelo.

Pero jamás como al Otro. Bruce, mi Bruce, Springsteen, el Boss. El Otro. Su voz ha envuelto nuestra vida. Me duermo. Y sueño. Y sueño con ella. La voz. «*I love you*», me dice. Me muero. «*I love you too*», contesto. Y me reencarno en Patti Scialfa, su mujer. O eso creo. «Bruce, Bruce, Bruce», exclamo con alborozo. Y aparece. El perro. El mío. Que también se llama Bruce. Por el Otro. Corro por el campo en una de las escenas más cursis que he vivido en mi vida y abro los brazos para abrazarme a él. Al perro. Mi melena rubia brilla y refleja pequeños destellos de luz. Mi semblante resplandece de

felicidad mientras realizo singulares piruetas por esa pradera cubierta por un hervidero de margaritas. No hay mal que por bien no venga. Otro de los grandes amores de mi vida. Y él, el perro, corre, corre, corre y pasa, sin mirarme siquiera, para continuar su lindo galopar. De nuevo soy invisible. Una angustia inexplicable atenaza mi órgano vital y en el sueño —ya convertido en pesadilla— paro bruscamente, caigo, ruedo y navego por un mar de lágrimas. Me ahogo. Me ahogo. Me ahogo. Y me despierto. Persiste la sensación de terror, y el recuerdo del desamor de mi perro y de que he estado a punto de morir ahogada me trastornan. Tras un esfuerzo considerable vuelvo a la

realidad y me tranquilizo. El perro es mío.

Aunque se lo regalé a Él, lo puse a mi nombre, por si las moscas. Y ahora, por si las moscas, parece que va a ser mi salvación para recuperar a Bruce. Mi pequeño. El único miembro de la familia que me persigue cuando me voy para que no lo haga y el único que demuestra entusiasmo cuando cruzo el umbral del hogar. Añoro cuando me mira. Con esos ojos impregnados de humanidad que tanto me impresionan cuando se clavan en mí. Una cualidad bien arraigada que le une a sus hermanos caninos con independencia de la raza de la que procedan. Añoro cuando apoya su cabeza sobre mi pierna. Su mirada

denota siempre una cierta complacencia. Imagino que idéntica a la mía cuando le veo sobre mi cama (¿o se dice mi excama?), pegado a mí, mientras me obligaba a trabajar en una posición bastante incómoda. Porque yo escribo y lo hago en la cama. Es humano, pienso una y otra vez, cuando me observa sin perder detalle de lo que hago. Mucho más humano que un número infinito de los integrantes de esa especie a la que pertenezco, denominados seres civilizados. Que no se me olvide ir a recogerle. Aunque no sé si ahora, en el hotel, sería oportuno. Ya lo pensaré. Vuelvo en mí. No sé si amanezco o sigo dormida. Lo que sí sé es que deambulo sin saber qué hacer envuelta en lo que

queda de mí. E imagino. Un resto de fantasma decaído empapado de sudor y con el pelo a modo fregona. Hay que ver lo que suda el cuero cabelludo tras una alucinación nocturna. Antes muerta que mirarme a cualquier espejo, me rindo y decido llamarle. A Él. Con ese impulso tan típico de mi carácter que no me hace sopesar las consecuencias de mis disparatados actos, sin meditar sobre el efecto de mis palabras. Con ese ímpetu que obnubila mi razón cuando el corazón siente un arrebató de pasión. Solo pienso en la sorpresa. En la sorpresa que se va a llevar. Sin contar hasta diez—como tantas veces intentó inculcarme mi abuelo ante la excesiva intensidad de mi genio—, cojo el teléfono y marco.

Esta vez sí, fallezco de la impresión. Aparto a mi abuelo querido de mis pensamientos —sí, tienes razón— y me encuentro frente a mí a la variante más terrorífica de monstruo. Jamás había visto un engendro parecido. La parálisis, total, impide al cerebro mandar las órdenes necesarias para que mis dedos, rígidos, reaccionen con diligencia. «¡Colgar!, ¿dónde está la tecla de colgar?». He vuelto a cometer el error y he llamado por Face Time. Me descubro hablando sola.

¿Pero por qué? ¿Por qué se han empeñado los fabricantes en poner el icono de las llamadas normales pegado al de Face Time? ¿Qué pasa, que no tienen madres, abuelas o señoras de alta

mediana edad en sus vidas? ¿O lo hacen aposta? ¿Para fastidiar? Porque es un invento que solo lo ha podido crear un hombre. Es más, un hombre casado y cansado de su mujer. A la que encima ha tenido el detalle de regalarle un móvil con pantalla gigante. Para que se vea bien. Para que compruebe en qué se ha convertido. En lo mismo que yo. ¡Qué mala idea! ¡Qué malignos pueden llegar a ser los maridos! Seguro que la pobre habrá pasado más de una vez por este duro trance.

Verse reflejada en la pantalla y descubrir un esperpento. Mi imagen reciente no la olvidaré mientras viva. Los mofletes colgantes y los surcos nasogenianos —acertadamente

conocidos como arrugas de marioneta—
traspasando mi flácida piel con una
desfachatez aplastante. El momento
papada obvia comentarios. Hasta la raíz
del pelo parece haberse puesto en mi
contra. Sé lo que digo. Entre el sudor de
la pesadilla y el tipo de imagen que
reflejan estos putos móviles —encima,
para más regocijo, llamados inteligentes
—, las raíces se presentan
descaradamente oscuras. O mejor, con
efecto claroscuro. El que se consigue
con una determinada distribución y
contraste de luces y sombras en los
cuadros. Que entre las raíces y las canas
soy un cuadro en mí misma. En este
estado de enajenación olvido que le
estaba llamando y en esa acción

repetitiva que tantas veces hago a lo largo del día busco el móvil desesperadamente. Si me ha visto, nuestro final ha llegado. Imposible sentir algo parecido al deseo con la imagen que ha aparecido en su pantalla. Encuentro el aparato en mi mano. Aprisionado. Con tal fuerza que lo he apagado antes de que Él viera en lo que me he convertido. Me tranquilizo. Y cometo una estupidez de grado máximo. Como casi todas las mías. Lo pongo en m o d o *selfie* para analizarme profundamente. Hay que ser idiota. Más q u e *selfie* debo estar en modo flagelación. Continúo. Las manchas — espero que sean los restos de bronceado del verano— no me cubren siquiera

arrugas y poros. Me hago un *selfie* de verdad. La prueba de la imprudencia por antonomasia. Máxime a mi edad. Pero quiero ratificar mis temores. Odio el *selfie*. Aun así, repito y más de lo mismo. Incluso peor. «Osada», vuelvo a hablar en alto. Insisto. Con la frágil esperanza de que la cámara esté mal. Me vuelvo loca. Y venga a *selfies*. Y venga a disgustos. A fustigarme. Patosa. Hasta que descubro mi melena. Se me había olvidado. Continúa en modo fregona. Río histérica. No me hace ninguna gracia. Me voy a la peluquería.

Encuentro una cerca. Menos mal. Todo menos tropezar con alguien conocido de esta guisa. Entro con gafas de sol y no me las quito. Temo asustar al

personal. Femenino plural. Las profesionales y las clientas. Siento algo de alivio.

—Buenos días, señora, ¿qué se va a hacer?

—¿Que qué me voy a hacer? ¿Pero no me ve? Todo, quiero hacerme de todo. Cortar, color, peinar, alisar el rostro y el cuerpo, quitar de aquí y de allá, blanquear la cara e incluso los dientes, colgar lo descolgado, reinventar las manos, los pies, el cuello, el escote, los ojos, sí, los ojos, importantísimo, los párpados, las bolsas.

—Señora, esto es una peluquería —me interrumpe.

—Ah, perdón, en mi desvarío me he precipitado. Creí estar en un centro

de metamorfosis total. Bien, empecemos por la fregona.

Lo entiende de inmediato.

—Siéntese, por favor.

Y me siento. De inmediato. A esperar. Un verbo que desaparece del vocabulario de toda mujer en el momento que traspasa el umbral de un salón de peluquería. También del mío en circunstancias normales. Veo a mis chicas. Las de mi peluquería de siempre. Las del barrio. Que ya son mis amigas, mis confidentes. Las quiero. Con las que creo y mantengo esa relación que podríamos denominar «psicocapilar». Me gusta. La palabra que acabo de inventar. Quizás algún día la ponga de moda. Total. Si ya está aceptada hasta la

palabra «amigovio», por qué no «psicocapilar». Y ellas, mis niñas, las «psicocapianalistas». Con ellas sí que hablo, les cuento, me desahogo. Y ellas, entretanto, escuchan, intervienen (si es que pueden) y me arreglan el pelo. Cada vez que vivo esa escena, a pesar de lo repetitiva, me sigo asombrando. Son unas benditas. Lo que tienen que aguantar. Lo estoy viendo.

—Hola, X, vengo a peinarme.

—Pues va a tener usted que esperar por lo menos una hora.

—¡¡¡Una horaaaaa!!! ¡¡¡Con lo que tengo que hacer!!!

—Lo siento muchísimo, mire el lío que tenemos.

A la chica no se le mueve un

músculo. Tiene callo en estas situaciones. La señora tiene callo, pero al parecer en los oídos. No oye, no escucha, no atiende.

—¿De verdad no podéis encontrar un hueco para mí? —pregunta más que malhumorada.

No puede ser, no puede ser que a ella, justo a ella, la tengan que hacer esperar. A la vez que se desarrolla esta escena, la señora cuya cabeza depende de la peluquera se empieza a calentar, a incendiar, a sonrojar. Entre el calor del secador, la más que posible menopausia y el nerviosismo que le produce que su cabellera esté en espera, pone un careto a la otra señora que a punto está de iniciarse una pelea de arpías. Porque las

mujeres, en la peluquería, nos convertimos en pequeñas arpías.

Me centro en el sexo al que pertenezco —qué gusto, creo olvidarme de Él— y hago un ejercicio de autocrítica. En el fondo, no somos tan buenas. En este lugar centro neurálgico de vital importancia para las mujeres, siempre me doy cuenta de ello. Aquí y en cualquier peluquería del mundo. Las horas pasan lentamente, cohabitas con gran diversidad de seres de tu propia especie, y descubres que compartes las mismas flaquezas. A nadie le gusta verse reflejada en el espejo como un monstruo, pero compartir esa experiencia al menos tranquiliza. Si yo estoy fea, las demás ni te cuento. ¡Cómo

soy! Arpía. Pequeña arpía. Siento varias miradas incrustadas en mi nuca. Hago un ejercicio de meditación y prometo no alterarme.

Si la señora de al lado habla mucho y muy alto, me aguanto. Si la de enfrente no acaba nunca las revistas del corazón, cuento hasta cien. Pero si encima las esconde, una debajo de otra, en un perfecto y rectilíneo montón, me altero, y mucho, pero no lo demuestro. O mejor. Procuro no demostrarlo. Si aparece la típica que siempre tiene prisa y se enrolla con mi peluquera mientras esta me hace el flequillo, soporto el dolor, sí, pero no controlo la mirada de odio. Si la que está en la otra punta le cuenta secretos inconfesables a su peluquero,

entonces me callo y escucho. Cotilleo. Si la que llega con una foto de Elle Macpherson para que le corten el pelo exactamente igual que a Elle no tiene su altura ni su tipo, la miro y sonrío. Pobre. Porque yo también he caído en eso. Y he hablado con mi peluquero cuando peinaba a otra clienta, he contado mis cosillas o he escondido las revistas para que nadie me las quitara mientras me lavaban el pelo. Porque todas somos iguales. Y más en la peluquería. Si no que se lo pregunten a los peluqueros. «¡Lo que tienen que aguantar!». Lo he dicho en alto. He vuelto a hacerlo. Me ha salido del alma. Pensaba, qué tristeza, que estaba sola. Sola con mi fregona.

—Perdone, ¿decía algo?

—¿Yo? Qué va, por Dios, cómo voy a decir algo si estoy loca. Perdón, sola.

—En dos minutos pasa al color.

—Genial, gracias, no se preocupe. Puedo esperar. ¿Sabe? No tengo nada mejor que hacer.

A los pocos minutos llega mi turno. Ruego que no me pongan frente al espejo. Por hoy ha sido suficiente. Me niegan tan simple deseo. Lo entiendo. Es complicado cambiar la estructura de la peluquería y la forma de trabajar por un capricho del momento. Intento evadirme. Comienza el ritual del color. El potro de tortura. La paciencia a prueba de bomba. El rechazo al sexo masculino se agudiza.

¿Por qué? ¿Por qué en esto Ellos también son afortunados? Rechazo el pensamiento por envidioso. Y lo sé. En este espacio, o me desinhibo o me desinhibo. El nivel de monstruosidad que puedo alcanzar es tal que añoro el *selfie* realizado hace tan poco en la habitación. Nada como tomármelo con la máxima naturalidad. No estoy sola. Estoy acompañada. Y aquí sí que mal de muchas consuelo de todas. Que no de tontas. Con la cara deforme por culpa del gorro de plástico cosido a pespunte con alfileres en mi cabellera para hacer de mi pelo una masa blanca azulada y conseguir darle el tono rubio, pido lo de siempre cuando me doy el color (me encanta esa expresión), pero en esta

ocasión elevado a la máxima potencia. Estoy huída.

Hoy no: «Que no me encuentre a nadie, por favor». Por pedir tonterías, el efecto contrario. Cuando lo escucho, quiero morirme. «Perdona, ¿eres Marta?». Me quedo paralizada. En décimas de segundo sé que como no reaccione rápido pierdo mi condición de fugada. En caso de confirmar sus sospechas, mi realidad actual habrá sufrido un daño irreparable. Es mujer. Va a tardar medio segundo en comentarlo. Cuestión de cotilleo. Y sé quién es. Con cara de Morticia degollada lo niego. «Ah, perdona, pues no sabes cómo te pareces a la mujer del jefe de mi marido». Palidecí. Alcé los

ojos y me encontré con la variante futurista de Medusa —ese monstruo ctónico de la mitología griega—, cuya cabellera se encontraba enrollada con láminas de papel de aluminio. La escena inenarrable. Monstruo a monstruo, frente a frente. Sonreí, sonrió; alcé las cejas, las alzó. «Eres idéntica a Marta». Hago que no la entiendo. Me deprimó. Nadie puede ser idéntica a alguien de esta guisa. Aparece otra mujer. «Es una amiga», continúa Medusa. «Y a mí qué me importa», pienso, si en teoría no te he visto en mi vida. Escucho mi propia voz. El idioma anglosajón se adueña de mi garganta. «*Sorry, I can't understand*». Y me pongo a leer. El ¡*Hola!* Que no el *Hello!* La peluquera

me mira anestesiada. Comienzo a llorar. Y cierro los ojos. No quiero ver nada más.

Los pensamientos vuelan inconexos, como yo misma, como mi mente. Me sumerjo en un sueño profundo y me veo rodeada de hombres que me miran con curiosidad. Se acercan, merodean (algo tan típico en el sexo masculino), me observan con detenimiento, intentan ver qué se esconde tras esa extraña cabeza, en sus ojos todo menos admiración. Quiero que se vayan. Me agobian. No entienden. Nada. Como casi siempre. Claro. Para ellos la peluquería es un mero trámite. Van, se cortan el pelo y se piran. Para nosotras, un destino ineludible. La tiranía de la estética. De

nuevo, una cuestión de sexos. Él + canas = superatractivo; Ella + canas = superdejada, superfea, superpenosa. Y suma y sigue: uñas, depilación, corte y cambio. La vida es así. Despierto y me veo en el espejo. Soy yo. Tranquila. Ya pasó. Un pequeño brote de confianza nace en mi interior al verme mejor. Algo es algo. Pago sin mirar, por si acaso reaparece Medusa, y cojo un taxi. Lo elijo con cristales tintados. Necesito huir.

—¿Adónde vamos? —pregunta educadamente el conductor

—Adonde usted quiera. Hoy ha tenido suerte. La carrera puede ser interminable.

—¿Sin rumbo fijo?

—Póngalo usted. Pero cuanto más verde mejor. La ciudad me ahoga.

Me deja en silencio. Tantos años llevando gente le han hecho un experto en las relaciones humanas. De vez en cuando me mira por el espejo retrovisor y siento que me dice: «Estoy aquí». Me encantan los taxistas españoles. Excepto en casos excepcionales, de cuyo trayecto no quiero acordarme, me parecen amables, educados, competentes e interesantes. Mi problema de verborrea me induce a hablar con ellos desde el segundo uno y una sonrisa suele ser suficiente para iniciar una conversación. Siempre me sorprenden. Desde los que llevan cuarenta años en el taxi hasta los que han dejado puestos importantes en

una empresa por la maldita crisis. O los más jóvenes de todos que lucen tatuajes y *piercings* y un vocabulario tan actual que, a veces, les tengo que pedir que me traduzcan. Sabios multidisciplinares. En unas materias u otras. Los taxistas. Saben de la vida, podrían hacer las mejores tesis del ser humano y hablan igual de economía, deportes, política o amor. Porque oyen y escuchan. Las voces de sus emisoras favoritas y las de sus pasajeros. Son una fuente inagotable de conocimiento y grandes consejeros. Siempre y cuando, por supuesto, te toque uno de los que hablan. Normal. Ni mucho ni poco.

—¿Le parece bien que vayamos por El Pardo? Está precioso.

—Todo me parece bien.

Y sonrío. Y me sonrío. Y descubro en su llavero el escudo del Atlético de Madrid. Mi Atleti. Entre mi melena arreglada y el ardor que me aportan los colores de mi equipo, cambio radicalmente de estado y el gris del cielo me parece el azul más bonito del mundo. Lo digo. No lo puedo remediar.

—Del Atleti tenías que ser. Me has caído bien desde el principio. ¿Te puedo tutear? Te veo tan joven.

—Por supuesto. Y si encima es colchonera, con más razón todavía, señora.

Ya lo siento. Lo sé, señora. Él, claramente, no me ve joven. Normal. Por mucho que lo intente soy una señora.

Recuerdo cuando Ellita era pequeña y la iba a recoger al colegio. Yo me encontraba realmente joven. Mis vaqueros, mi camiseta, aspecto juvenil. Un día le pregunté que si me veía tan mayor como a alguna de las señoras que iban a recoger a sus hijos, vestidas más clásicas, modelo traje de chaqueta, y, con la sinceridad que le caracteriza, me respondió. «Mamá, eres madre». Esto sucedió, probablemente, hace más de diez años. Ahora me observo y más de lo mismo. Vaquero, camiseta y espíritu de veinte. O de treinta. O de cuarenta. No más. Pero no. Soy una señora. Todo el mundo se encarga de recordármelo. Que siempre juré no tocarme un centímetro de piel y dejar que la

naturaleza actuara a su debido tiempo. Hasta que lo hace. Y lo hace sin piedad, con muy mal gusto, y destroza cualquier atisbo que signifique que un día fui joven. Y como de sabios es rectificar y ahora no tengo pareja, pienso rejuvenecer. Definitivamente. Tengo que hacer algo con mi físico. Y como si de un designio del destino se tratara, escucho en la radio la palabra tratamiento.

Lo que me faltaba. Está escrito. Presto atención y empiezo a creer que las cosas siempre suceden por algo. No es verdad. El taxista tiene puesto un programa de belleza en el que una periodista especializada —creo entender que es Teresa de la Cierva—

habla sobre las maravillas del láser fraxel, una técnica fantástica de rejuvenecimiento facial. «No es novedosa, pero sin duda es de las mejores», explica la voz que informa.

—¿Duele? —pregunto de sopetón, sin valorar mi sandez. Es la radio. Ante mi asombro, oigo la respuesta.

—Sí, duele, pero los resultados son fantásticos.

Atónita, descubro que la voz que me responde pertenece a un hombre. «Serán los avances tecnológicos», me apunta la voz de mi inconsciencia. Y mando una orden al cerebro para que me calle de una puñetera vez. Todo menos contárselo al taxista.

Entonces suena de nuevo. La voz.

Me encojo en el asiento, me hago un ovillo, palidezco.

—Es que yo me lo he hecho.

Desaparezco. Ya no existo. He dejado de vivir. Momentáneamente. Porque resucito del impacto. Es él, el taxista, que, con una naturalidad envidiable, me explica detalladamente en qué consiste. Me posiciono. Para ver las cosas claras. Tú, Marta, estás en un taxi, y el taxista es el que te cuenta que él se ha hecho un tratamiento de rejuvenecimiento facial. Tranquila. Estas cosas pasan. Sería un buen tema para el periódico, pero tú estás de vacaciones. Concéntrate en la radio y calla. Estás bien. Eres medianamente normal. «La operación de estética más

conseguida es la de los ojos», apunta la famosa periodista. Me está empezando a caer mal. Parece que me está hablando a mí. Y me molesta. Además es muy guapa. Molestia al cuadrado. Sí, es ella. Teresa de la Cierva. Reconozco su voz. La he visto mil veces en la prensa.

—También me la he hecho —me dice el taxista sonriente. Sorpresa al cuadrado. Fascinación ilimitada. Y continúa con absoluta naturalidad, quita la radio y me confiesa que también se ha sometido a un *minilifting* facial, una liposucción y una abdominoplastia.

—Sabía que los taxistas eran eruditos en muchas materias; jamás pensé que en esta también —le comento.

—Y ¿por qué no? —me pregunta,

ganándose de inmediato mi respeto y admiración—. Tengo cuarenta y ocho años, estoy divorciado dos veces, no renunciaba a volver a enamorarme y pensé que así sería mejor.

Alucino. Parece muchísimo más joven. Estoy hipnotizada. Es su opinión. Quizás tenga que hacer lo mismo. Tengo cincuenta y tres años, estoy separada (?) y no renuncio a volver a enamorarme.

—¡¡¡Martaaaaa!!! —me oigo gritar.

El taxista para en seco. Por enésima vez en estos días, alguien me pregunta si estoy bien. Bien no, estoy fatal. Cada día peor. Solo sé que no sé nada. Ni siquiera sé quién lo dijo. Y tampoco me importa. ¿Para qué? ¿Me va a ayudar algo en estos momentos? Le

pido que me lleve al hotel. Y en el camino de vuelta un silencio sepulcral. El taxista plástico. Y yo. Siempre lo llevaré en mi corazón.

De nuevo en la habitación 412. Tan azul y tan blanca como el resto del hotel. Only You. Empiezo a llamarme así. Sola tú. Ya. No hace falta que lo repita. Qué obsesiva soy. Miro a mi alrededor y me fijo por primera vez en el cabecero de la cama. Lo toco. Es cuero. Está hecho a mano. Lo sé. Y es mío. De momento, mío. Sobre él unos cuadrantes blancos marcados con rayas azul marino, el único tono que destaca sobre la cama. El resto limpio, puro, blanco, muy blanco. Lo veo. El mar. Con este azul intenso que me rodea. Con esta luz infinita.

Como la que llenaba la casa familiar que teníamos en el sur. A la que íbamos todos los veranos, esos largos veranos que parecían no acabar nunca. Tan diferentes a los de ahora. Los nervios y la ilusión eran los mejores compañeros de viaje y a pesar de la lentitud con la que recorríamos la distancia soñábamos, cada uno, con ser el primero capaz de ver el mar. Recuerdo las adelfas, a la izquierda, encargadas, como ahora, de separar las idas y vueltas de los viajeros. En mi desorden mental me trasladan de un salto a cualquier imagen de mi infancia de esos veranos, junto a mis padres y hermanos, en ese lugar que tanto añoro y en el que tan feliz fui. A veces me gustaría volver al pasado para

revivir esos momentos de felicidad plena y valorarlos como en aquel instante no sabías valorar.

A la derecha del camino, siempre, las mimosas. Con ellas regreso al presente y con una punzada de dolor me encuentro con Él. Al recordar lo que le gustan y cómo se estira hacia el cielo la que plantó hace dos años en ese jardín compartido. «¿Has visto lo que ha crecido la mimosa?», me pregunta siempre con orgullo. «Sí, la he visto». Si continúo la ruta, llego a Córdoba y recuerdo la sonrisa de Mar. Intuyo la ironía en sus ojos. ¿Qué estará pensando? Ella sí que me entiende. En Lucena evoco a mi padre y otra punzada de dolor, al pensar de nuevo que no ha

conocido a sus nietos, nubla mi camino. Pero no paro. Regreso al ahora y analizo por qué esta habitación me ha llevado de Madrid al borde del Mediterráneo.

Cuando me vaya voy a echar de menos este entorno de paz y calma. Llenaré mi maleta de recuerdos que jamás pensé que podría llegar a tener, y sentiré añoranza. Seguro.

Sola. De nuevo sola. Descubro que la soledad impuesta es mucho más que soledad. Que en la voluntaria las horas se cargan de vida, de aficiones, de quehaceres escogidos, de momentos inolvidables. Tan distintos a esta. Elegida sin remedio. Qué largo se hace el día sin tener ganas de hacer nada. Pensar. Sin descanso. Con este desorden mental. En el hoy y en el ayer. Porque en el mañana te niegas a hacerlo. Retorcer tu mente y tu corazón para repetirte una y otra vez las mismas respuestas. «Lo tenías que hacer. Ya lo has hecho, no te vuelvas para atrás». No sé adónde me

dirijo. Lo iré descubriendo poco a poco. Con mis decisiones. Escribo sin querer el guion de mi vida. Sin saber su final. Todo dependerá, como siempre, de la decisión que tome.

Cojo el mando de la tele y siento por primera vez en muchísimos años que es mío. Una grata satisfacción recorre mi interior. «El mando es mío», casi grito al sentirme propietaria de ese objeto claramente masculino. Lo miro y sonrío. Me acuerdo de Él. Imposible no hacerlo.

Noche tras noche, sin control, poseído por una fuerza sobrenatural y cambiando de canal a una velocidad vertiginosa. Aunque hubiera anuncios. No se entera. Agarrado a este aparato

con tal apego que, cuando caía en los brazos de Morfeo, quitarlo de su mano era una acción prácticamente imposible. Entonces yo, muy dulce, lentamente, con el miedo de despertarle si no lo hacía bien, me acercaba a su mano e intentaba deslizarlo con una suavidad ajena a mí. En ese momento, en ese preciso momento, además de darme un susto de muerte abría los ojos y decía: «¿Pero qué haces, si estoy viendo la televisión?». Al principio le decía que estaba profundamente dormido. Al final, ni le contestaba.

¿Pero qué les pasa a los hombres con el mando de la tele? ¿Qué extraña atracción ejerce sobre ellos? Es un tema a analizar. Un pequeño y oscuro objeto

de deseo nacido también para facilitarnos la vida. Otro adversario más de la pareja. Incluso de las familias. Porque su hábitat natural es el hogar y, si no se tuerce la cosa, vive y muere con la familia con la que le ha tocado vivir. Tiene el poder suficiente para cambiar el ánimo del ambiente y hacer que las personas que cohabitan con él estén alegres, tranquilas, tristes o estresadas. Lo sé. Incluso me ha causado temor. Al escuchar el grito de guerra. El de Él. Aparentemente su dueño y señor. «¿Dónde está el mando?». Es decir eso y comenzar la batalla, la búsqueda del enemigo. O aparece enseguida o Él puede entrar en una situación de bloqueo tal al sentirse vacío sin el aparato

pegado a su zarpa, que eso no hay nadie que lo resista.

La verdad, en los cursillos prematrimoniales te deberían explicar la gran importancia que esconde este instrumento y cómo se debe lidiar con él. Para no caer en el martirmonio. Como pasa con las maletas. Lo voy a proponer. Se me ocurre.

Pido un sándwich club. Me traen un sándwich club. No he visto nada más cuco y mejor presentado en mi vida. En serio. Y facilísimo de comer. En versión mini y con el tamaño perfecto para que no necesites tener una bocaza para tomártelo. Que no es lo mismo que bocazas. Lo que podría considerarme yo en las situaciones en las que hablo antes

de pensar. Lo que me suele ocurrir muy a menudo. El exceso de naturalidad y mi vocación periodística me han llevado en demasiadas ocasiones a meter la pata hasta el fondo. Coloquialmente hablando. Además, a la velocidad que voy, entre lo que pienso, lo que quiero decir, lo que creo decir y lo que digo, la lío. Incluso con mis amigas. Que hay algunas tan discretas que se quedan descompuestas cuando de mi boca sale lo que para ellas jamás debería haber salido. Cuántos disgustos me he llevado por mi incontinencia verbal. Que es la única incontinencia que viene al caso ahora.

Las amigas. La voz con la que repasas tu diario. Tu bastión más

importante desde que eres niña. La emoción que produce descubrir de pronto que tienes una mejor amiga y es tuya. No quieres compartirla con nadie. Hasta que llega esa tercera que, sin saber cómo, se convierte en parte indisoluble de ese triunvirato. Y puede llegar una cuarta, o una quinta. Y formas un grupo. Ese que «no soporta» a las demás. En el colegio. Cuando la unión de la amistad es tan fuerte que no atisbas ni la posibilidad de que exista una fisura. Esa amistad tan plena en la que siempre compartes el deseo y la nostalgia por algo. Sin intereses, sin egoísmo, con pasión. Aunque la adolescencia se empeñe en ponerle pruebas. Un ataque de celos, una

traición absurda, una explicación mal entendida, un secreto no compartido. Baches que saltas antes de perder la extrema confianza, la íntima hermandad que te une con ellas. Lo más importante de tu vida. En tu existencia te sobran el resto de los humanos. Tus padres no existen (es que tú no lo entiendes, mamá), tus hermanos —tus queridos hermanos—, depende del momento, y el resto, el que no se incluye en el núcleo duro de tus amigas, están. Sin más.

Sin embargo, ellas... Las horas te faltan para hablar, hablar y hablar, a pesar de pasarte el día haciéndolo con ellas, nunca te cansas, los temas toman matices diferentes, nada parece repetirse, todo tiene un cariz nuevo.

¿Aburrirte? Eso es lo más lejano a cualquier situación con ellas. La voz de tus memorias. Con las que dibujas las palabras de tu vida para darles forma de sueño, de dolor, de alegría, de lágrima, de secreto inconfesable. Ese tantas veces confesado a pesar de «pero júrame que no se lo vas a decir a nadie». Menos los que entrañan tanto sentimiento que percibes que pertenecen a un dominio impenetrable. Ese quedará escondido entre tus huesos, en tu sangre, en tu alma. Decirlo, esto sí, sería una traición.

Las amigas. Tantas y tan pocas a la vez. Las de siempre y las de ahora. La que te ha escuchado pacientemente sin límite de tiempo aunque en ese momento

olvidaras preguntarle por ella. Ladrona de su tiempo. La que te quiere, pero no te entiende. La que siempre está dispuesta a hacerte ese favor al que tú no alcanzas. La que huyó de tu lado cuando estabas tan mal. Y no volvió. La que lloró en tu hombro la traición de un amor. La que te permite bucear sin límites en su armario. Y te lo deja. Aunque sea justo lo que ella se iba a poner. La que comparte contigo tu desorden mental. Que raya con la locura. Y te lo dice. Prefiero ser loca y feliz que normal y amargada. Y la entiendes. Porque con ella el flechazo, aunque tardío, fue total. La que te sacó del hoyo cuando todo te parecía tan negro. La que sabe lo que piensas con solo mirarte. La

que perdiste y recuperaste. La que te acompañó al médico. A la que nunca llamas, pero siempre está. O de la que nunca sabes nada pero siempre la esperas. La que se separa de ti para un día volver. La que nunca dice «te lo dije». La que está mal pero sabe que tú estás peor. La que te llama cuando menos te lo esperas y te confiesa sin pudor que te echa de menos. La amiga. Tu otro yo. La que no hace falta que te prometa que te será fiel. En la salud y en la enfermedad, en las alegrías y en las penas, en la riqueza y en la pobreza... Todos los días de su vida. A la que oyes hablar y ya ríes. La que dice lo mismo que tú en el mismo momento que tú y te da hasta dentera. Mucha dentera. Es una

conexión sobrenatural. La comunión de las mentes que se unen con más fuerza que ninguna. Resulta que con ella, como si de un alma gemelas se tratara, las cosas suceden. Se os rompe el ordenador a la vez, elegís la misma ropa o escribís el mismo mensaje. La una para la otra. La amiga telepática. La que te da grima que pueda ser verdad. Unidas por un cordón umbilical inexistente pero más fuerte que el que puede unir a unos gemelos idénticos.

Qué extraño universo. En el que cada una reúne a su alrededor tantas y tan diferentes personalidades con las que compartir el todo de su vida. Qué diría cada una si me viera aquí. O qué dirá cada una. La templanza, la

vehemencia, la frialdad, la pasión, el sentido común, la locura, la inteligencia, la serenidad, la hiperactividad. Con términos tan diferentes sería capaz de definir, con tan solo uno de ellos, a algunas de mis amigas. Tan opuestas y tan unidas a la vez.

¿Qué habrán pensado al enterarse? Las imagino. Escribiría sus reacciones y fallaría muy poco en mis previsiones. Demasiados años juntas, demasiadas horas compartidas, demasiada intimidad como para confundirte en el veredicto. Aunque pueda suceder. Igual que te equivocaste al poner la mano en el fuego sobre aquella que te dejó con el paso de los años. Qué malo es el tiempo para las relaciones más íntimas. Juego con los

papeles en blanco y los relleno con palabras cargadas de nostalgia. Las echo de menos. Pienso en unas y otras, las que están más cerca y las que están más lejos. Y analizo el concepto de amistad.

Que deriva de amar (del latín *amicitia*, por *amicitia*, de *amicus*, amigo, que deriva de *amare*, amar). Como una persona enamorada, el amigo no debe esperar ninguna recompensa por sus sentimientos. En teoría. Porque, en la práctica, cuántas veces han esperado de ti y cuántas veces has esperado del otro. Esperar sin esperar. El gran conflicto. Porque cuando eliges a una amiga sabes cómo es, con sus defectos y virtudes, y

no la debes idealizar. Hay que aceptarla con todas sus consecuencias. Lo que pasa es que, a veces, cuesta. Y esperas. Un gesto, un detalle, una palabra. Que nunca llega. Y la roca de la amistad se erosiona. ¿De quién es la culpa? ¿Hay culpables? A mí me cuesta pensar que no. Porque yo, como ella, como aquella, debemos amar a las demás no solo por sus virtudes. También por sus defectos. Recito de memoria las palabras de Sándor Marai en *El último encuentro*: «¿Qué valor tiene una amistad si solo amamos en la otra persona sus virtudes, su fidelidad, su firmeza?». Siempre lo he sentido así. No estar a su lado solo en los ratos buenos. Qué fácil. ¿Y en los malos, en los peores? Qué pocas se

quedan. «Está fatal, no me compensa». Y la dejan. A ella. A esa. A aquella. Sin entender. Que no hay un sentimiento más triste, más desgarrador, que cuando se enfría una amistad. No muere. Porque una amistad que se teje desde la infancia jamás desaparece. Siempre la considerarás tu amiga. Porque desde el primer encuentro supiste que esa unión prevalecería toda la vida. Por mucho que duela. Así es la amistad entre mujeres. Apasionante y conflictiva. La edad, esta maldita edad, deja que cada una evolucione a su manera, y las rarezas, o las peculiaridades, se agudizan y se hacen más insoportables para las que están cerca. O el paso del tiempo que pasa a una velocidad

inexorable, y nos hace menos complacientes con la imperfección ajena. Ya no aguantas lo que aguantabas antes. O no te aguantan lo que te aguantaban antes. Porque tanto daño puedes hacer tú como pueden hacerte a ti. Recuerdo, de niña, mi incomprensión cuando los mayores decían que los amigos se contaban con los dedos de una mano. Cuánta verdad encerrada en una expresión tan cruel. Para mí eso era impensable. Imposible cuantificar mis amigas solo con dos manos. Ahora lo entiendo, aunque no lo comparto. A mí todavía me hacen falta las dos manos. Para contar a esas amigas que a veces clasificas. Las del colegio, las del verano, las de la adolescencia, las del

trabajo, las que conoces por ser la amiga de la otra, las que de todas ellas quedan y las nuevas. Amigas para siempre, amigas que pierdes en el camino, amigas nuevas que calman el dolor de las que perdiste, amigas de una forma, amigas de otra. Con el tiempo, sí, el gran puzzle pierde piezas. Duele hasta pensarlo, pero no hay ni un ápice de mentira en estas palabras.

Recuerdo una cena de verano en casa de unos amigos. El jardín melancólicamente iluminado con la luz de diferentes velas te hacía recordar la luz que emanaba de esas fogatas que hacías de joven junto al mar y te invitaban a escupir hasta el más recóndito de tus sentimientos. La

oscuridad y el fuego siempre han sido buenos compañeros. Te ves pero no te ves. Como en aquella cena en la que surgió uno de esos momentos íntimos que a veces nacen entre mujeres que se quieren aunque no tengan una estrecha relación. Como si el ambiente invitara a ello, cada una se lanzó a hablar de su experiencia con la amistad. Con la libertad de saber que las otras nunca se podrían dar por aludidas. Y cada una de ellas confesó. Que en su camino habían dejado a una de sus mejores amigas. A una de esas que cuentas con los tres primeros dedos de una mano. Se contaron sufrimientos, se mezclaron desesperanzas, se unieron incomprensibles. Hubo dolor. Y

lágrimas. Para llegar a una conclusión común. Lo que desgarrar perder a alguien que tanto quieres. Una parte de ti. A la que, a pesar de todo, a pesar del dolor, a pesar de la distancia, sigues queriendo. Con el alma herida pero de la misma manera que siempre. Porque por mucho que quieras, eres incapaz de olvidar. Qué malo es el tiempo para las relaciones más íntimas. Me repito. No hay nada más triste que un recuerdo feliz. Y me pregunto si un recuerdo es algo que se tiene o es algo que se ha perdido.

Prefiero volver al pasado. Cuando estábamos todas juntas. Con la emoción y la complicidad de siempre. Compartidas en tantos caminos

diferentes. E inolvidables. Como los viajes. Aunque nada esté planeado. Un chat de tu grupo, el auténtico, y ya te imaginas inmersa en un sueño de anarquía. ¿A dónde? Ya veremos. Es lo de menos. Lo de más. Viajar con amigas. Los billetes ya los sacarás. Sin agobios. Si no, te vas en coche, rodeada de mujeres, hablando, sin rumbo fijo. Ni en la conversación ni en el camino. Lo estoy viendo. «¿Por dónde es?», pregunta una. Nadie contesta. Por algún sitio será. Lo importante es hablar, hablar y hablar. Los temas fluyen por sí solos. Como cuando vas con Él. Igualito. Tu chico, tú y el coche. Ni mejor ni peor, pero diferente. Hasta el «run run» de la música suena sin sobresaltos. Ni

muy alto, cuando es «su» canción favorita, ni muy bajo cuando es la tuya. Todo está permitido, nada importa. Incluso tragarte un badén sin morir en el intento. Nadie te va a matar del susto. Aunque tiembles con el alarido. «¡¡El cárter!! ¡¡Te has cargado el cárter!!». ¿Y eso qué es? Ni te importa. El coche sigue su camino. Con tus amigas, con las que ya has compartido tantos destinos. Desde hace más de treinta años. Ni mejores, ni peores, pero diferentes. Porque la ilusión permanece intacta pero la edad varía. Paciencia, mucha paciencia. Las habitaciones compartidas para el recuerdo y las individuales se alzan con el protagonismo. Hay que esconder cada manía. Esas que impone

el paso del tiempo. O cada «incontinencia». De cualquier tipo. La mía está clara. Por ellas. Mis amigas.

¿Y los días anteriores? La excitación en grado máximo. Llamadas encadenadas. Sin descanso. «¿Qué te vas a llevar? ¿Te llevas tú el champú y yo la crema suavizante? Como dormimos juntas, así no llevamos tanto peso. ¿Cogemos algún sombrero? ¿Nos hará falta?». La siguiente: «Qué horror, ya estoy histérica. No sé qué meter en la maleta. Total, vamos solas, pero basta que pienses que no te vas a encontrar a nadie para que lo hagas». Otra. Tres días antes. «Ya he hecho la maleta. De mano (¿¿¿¿de manoooooooo????). Ya me conoces. Odio llevar de más y, total, si

me hace falta, con todo lo que vais a llevar vosotras me arreglo». Claro. Qué lista. Y así una tras otra. La cámara de fotos. La plancha del pelo. El secador. Las gafas. Las de cerca y las de lejos. Para vernos todas juntas. Nerviosas. Emocionadas. Ellos igual de nerviosos. Digan lo que digan. Día y noche en masculino singular. Se lo dices. Tú te quedas con la cama, con el mando (bueno, el mando ya es tuyo), con el cuarto de baño, con la luz o sin la luz, con lo que quieras, mi amor, que yo me voy. Con mis amigas. A hacer un viaje que contigo no sería lo mismo. Ni mejor, ni peor, cari, simplemente diferente. Para empezar, a mitad de precio. Todo dividido por dos en vez de multiplicado

por dos. Lo que se viene llamando economía familiar. Para que luego digas. Para seguir, la libertad de actuación. En todo momento. Una libertad ni mejor ni peor, me insisto a mí misma, pero distinta. Después, la actuación en sí misma. El despropósito en su estado más puro. Del que siempre hemos sido conscientes y del que ahora somos unas inconscientes. Por culpa de las pastillas. Que nos dejan noqueadas. Bueno, a mí y al resto de las viajeras. Jamás lo olvidaré. Ese otro viaje inolvidable. En Camboya. Qué magnífico grupo. Lo que une un viaje. Aunque a veces sea un sinvivir. Como el día previo a la salida en el que el chat de grupo parecía una farmacia. Lo de «¿qué te vas a llevar de

ropa?» ya es algo obsoleto. Ahora lo que importa es «¿Qué te vas a llevar de medicinas?». El neceser-botiquín. «Yo he metido ansiolíticos, relajante muscular, inductor al sueño e inductor “a lo que te dije”». «Yo, paracetamol, antiinflamatorio, y un reductor de movimientos intestinales por si el inductor “de lo que os dije” se pasa de efecto». «Pues yo todo eso y las pastillas de colágeno, cola de caballo, omega 3, 6, 9 y ácido hialurónico». Y claro, luego pasa lo que pasa. Que nada más entrar en el avión «una», ante la ansiedad de pensar que no iba a dormir en el viaje, se equivocó de dosis y se metió una «extralarge». Desde entonces viajó dormida.

Mi mente no descansa. No es capaz de hacer un alto. Las palabras, hasta ahora mis aliadas, me acribillan. Entran inconexas y hacen de mis reflexiones una olla a punto de estallar. Estoy cansada. Recuerdo a Séneca. «Huyas donde huyas tus problemas se meten en la maleta y te siguen a cualquier parte». Una media sonrisa aparece en mi rostro. Hasta Séneca tenía en su insigne mente las maletas. Paro. Ya está bien. Qué densidad. No me soporto. Qué desvarío. Qué desazón. Qué desidia. «Ya está bien, hija, ya está bien. Eres soporífera. Haz lo que te dé la gana, pero haz algo. Que de tanto pensar y reflexionar vas a perder la neurona que te debe de quedar. Y no hagas la típica graceja de las

neuronas que ya están muy manidas. Qué pereza me das. Eres muy aburrida. Levántate y anda, sal, descubre lo que te rodea, disfruta al menos de estos momentos. Aprovecha las horas, estas horas tan largas que parecen estirarse en vez de encogerse. Tienes tiempo para hacer lo que quieras y de tanto dar vueltas a tu cabeza lo vas a perder. El presente es muy corto y el pasado lo tienes ahí para siempre. Ya volverás a él cuando el día se apague. Cuando vayas a tomar una decisión, ya tendrás tiempo para preguntarte de todo. Mientras...». Me doy cuenta de que llevo mucho tiempo hablando en voz alta, sola. Pero me sorprende el énfasis que pongo en cada una de las palabras.

He dejado de ser lineal. Una pequeña alteración en la modulación de mi voz me arranca de la apatía. Jamás he sido aburrida y por ahí no paso. No tengo planes. Pues me los busco. En pleno corazón de las Salesas estoy rodeada de vida. Si de verdad no encuentro qué hacer es que estoy hundida. Me niego. Lo dejo en tocada. Hundida no entra en mi vocabulario. Despierto mi curiosidad y antes de salir hago una promesa. «Esta noche vestirás mis piernas. O lo que cubras de ellas», advierto a la mini que sigue colgada de la percha desde que llegué. Ni hablar.

Septiembre. El cielo azul y el sol dorado. Paseo envuelta en una cálida temperatura y me rodeo de gente sin prejuicios. Parejas de homosexuales cantando al mundo un amor hasta hace poco prohibido, padres jóvenes que estiran sus brazos ante la impaciencia de esa pequeña mano, a la que estarán siempre unidos, la del hijo que, aburrido, quiere cambiar de decorado. Adolescentes del mundo, mujeres con paso rápido que van o vuelven de la compra, del trabajo, del café, hombres encorbatados, rockeros que lucen orgullosos en sus camisetas los rostros

de sus ídolos preferidos, niñas que empiezan a rozar la juventud. Ancianos, esos ancianos acostumbrados a ver pasar la vida ante sus ojos desde la altura de un banco del que han hecho su refugio exterior. De vez en cuando, si están en compañía, comentan, seguro, cómo han cambiado los tiempos. Si no, no pasa nada. Expertos en sentir la soledad, han aprendido a acompañarse de su propia soledad. Sabios y pacientes, han evolucionado con ellos y han sabido dejar en el olvido prejuicios de antaño para aceptar con elegancia lo que ahora toca vivir. Si es que había prejuicios. Porque no tiene por qué. Ellos, seguro, entienden de libertad. Como mi querido y añorado Antonio

Mingote, que siempre me decía: «La libertad es pensar que el otro también puede tener razón». Cuánto sentido común en tan pocas palabras. Le echo de menos. Estar con él era una fuente inagotable de aprendizaje. De sentimientos, de amor, de justicia, de vida. Siempre lo llevo en mi corazón. El genio. El maestro. La sabiduría. La que aporta una larga existencia sembrada de amor y de sentido común. Su recuerdo me lleva a un anciano que está solo. En su mirada, seria y tierna, descubro tanta humanidad que le pido permiso y me siento junto a él. Necesito rodearme de la tranquilidad que emana. Egoístamente. Quiero formar parte de esta escena en la que se respira tanto

respeto. La esencia de la tolerancia. A las ideas, a las creencias, a las prácticas. A todo lo diferente a lo propio. Aunque choque. La actitud fundamental para vivir en sociedad. Ojalá no lo olvide nunca. Pero en todos los campos. Porque la tolerancia debe presidir, lo sé, cualquier relación de convivencia. Cualquier ámbito donde paren tus pasos. ¿Hasta en el fútbol? Paso palabra. Qué pelea he sido. Cabezota. Burra. Bruta.

—¿En qué piensa, señorita? —me pregunta con delicadeza.

Se-ño-ri-ta, grita la voz de mi egolatría con absoluta alegría. Por fin. Y nace de la boca de un sabio. Lo sé.

—En la tolerancia.

Ladea la cabeza y mueve los labios en silencio. Su mirada, libre, se pierde en la nada. Le dejo estar. Su rostro, esculpido por el paso de los años, emana serenidad. Me gustan sus profundas arrugas. Me contagio de él. Descubro un nuevo interior vacío de ruido y doy la bienvenida a la quietud. Sonrío en paz. Un anciano, el sol, la luz, el cielo de Madrid, septiembre, me devuelven la calma. Hasta luego, tristeza.

—¿Qué hace usted aquí? Nunca la he visto en la plaza.

—He venido más veces, pero siempre corriendo. Para llegar a donde nunca parece que llego. Jamás he tenido —o he creído tener— tiempo para

disfrutar de un momento como este. Me está haciendo mucho bien.

—¿Nunca? Perdone que la contradiga, pero nunca es una palabra que «nunca» debería emplear. Siempre se puede disfrutar de un momento así. Van ustedes tan rápido que no se paran ni a pensar qué hacen con su vida. Procure vivir bien antes de llegar a la vejez. Piensa —me tutea de pronto, se lo agradezco— en tantas cosas que puedes dejar en tu camino. Como decía una escritora austriaca, de la que nunca he sabido pronunciar el nombre: «Cuando llega el tiempo en que se podría, ha pasado el tiempo en que se pudo».

Cuánta verdad en lo que dice. Me asombra la calma con la que habla.

Intuyo en él a un sabio instruido de la naturaleza, un ser hecho a sí mismo, un filósofo experimentado con el sentido común. Desconocedor de la palabra vanidad. El lado opuesto a la egolatría. Me sorprende. Junto a mí y sin quererlo, un hombre impregnado de vida. Mi instinto de periodista renace y quiero saber todo sobre él. Tres arrugas profundas cruzan su frente con fuerza. Recuerdo que significan, según los orientales, que estoy junto a un ser equilibrado, con criterio, íntegro, con pocos conflictos entre sus necesidades espirituales y materiales. Lo recuerdo bien. Porque mi abuelo las tenía, y al leerlo en un manual oriental pensé que así era él. Y se me quedó grabado. En

sus ojos percibo los secretos del tiempo. En sus manos, ásperas y callosas, esfuerzos y dificultades. Su compañía me reconforta.

Tras un largo silencio en el que nada incomoda, se gira y me pregunta:

—¿Cuántos años tienes?

—Cincuenta y tres.

—¿Y por qué estás tan triste?

Me descoloca. Pensé que ya había dicho adiós a la tristeza. Debió de ser un espejismo. Alejo esa voz interior que me advierte que alguien, a quien no conozco de nada, me mira. Espera mi respuesta. Hablo para mí. Sin considerar siquiera que he perdido el hábito de hablar en silencio. Mi voz se alza sin que yo se lo pida.

—¿Por qué estoy triste? ¿Por haberlos dejado a todos? ¿Por la vida? ¿Por todo lo que tengo y tanto echo de menos? ¿Por lo que me cuestiono? ¿Por ser incapaz de alcanzar la madurez? ¿Por recrearme en la autocompasión? ¿Por gastar tanta energía en superar mi ansiedad? ¿Por no saber pasar página cuando algo me duele y no ser capaz de olvidar el dolor? ¿Por recrearme en mi sufrimiento? ¿Por no saber controlar mis emociones? ¿Por hacer daño sin querer con un comportamiento injusto? ¿Por darle tanta importancia a lo que a lo mejor no la tiene? ¿Por rebelarme ante la injusticia? ¿Por no darles los momentos que merecen a la gente que quiero? ¿Por ser una egoísta? ¿Por no

superar el inmenso daño que me hizo aquella persona a la que a lo mejor yo también hice daño? ¿Por adaptarme y no conformarme? ¿Por haber decepcionado a gente que me quería? ¿Por no saber tomar las riendas de mi vida? ¿Por sufrir, por pensar, por vivir, por herir, por...?

—Para, para —me interrumpe—. Tú no estás triste, hija, estás fatal —dice entre risas—. ¿Sabes que hablabas en alto?

—No, no lo sabía. Pensé que pensaba. Sin más. Pero es la única manera en que al parecer lo sé hacer últimamente. Lo siento muchísimo. Habrá alucinado.

—Habrás alucinado. Con «s». Creo

que en tu estado me debes considerar un amigo.

Un amigo limpio, sin prejuicios, nuevo, que no sabe ni cómo eres, ni de dónde vienes, ni adónde vas. Un amigo que tropieza con la tristeza en su estado más puro y te tiende la mano para ayudar. Sin esperar nada a cambio. Miro sus ojos y siento brotar en los míos dos grandes lágrimas que en su nitidez le dejan observar hasta lo más profundo de mi alma. Tan transparentes como cuando de niña te sentías herida y, ante la incomprensión de ese hecho, las lágrimas rodaban en silencio desde esos ojos grandes, muy abiertos, que delataban un desconcierto absoluto. Ahora, ya mayor, lloro por todo y por

tanto a la vez, que mis lágrimas brotan cuando menos me lo espero. Eso sí, con otros ojos. El paso del tiempo pesa en más de un sentido y mi mirada se ha convertido en una delgada línea cada día más pequeña. Los párpados, ¡ay, los párpados!, imposibilitados para luchar contra la fuerza de la gravedad caen. Y pesan. ¡Que si pesan!

Me deja llorar con inmenso respeto. La plaza se llena de niños, de palomas que, aunque no me gusten, hoy observo de otra manera. Encuentro un sentido en ellas. Aplacan la soledad de tantos ancianos que, en otros bancos, imagino que los que ya consideran suyos, pasan las horas dándoles de comer mientras vacían, lentamente, una

bolsa llena de migas de pan. Su única compañía. Cuánta gente mayor está sola. Qué poco nos ocupamos de ellos. Los ancianos. Los abuelos. Ese pozo de sabiduría que representa los valores, capaces de dejarse la vida para que sus nietos tengan un futuro. Que roban minutos a las horas para ayudar a sus hijos, aunque la edad y el cansancio a veces les superen. Los pilares de la familia. Los que siempre dan lecciones de generosidad, de esfuerzo, de sacrificio, de superación. De esperanza. Porque ellos sí saben de amor, de amor desinteresado. A muchos les preocupa el mundo que dejarán a sus nietos. Que sean sus nietos los que se preocupen por el mundo en el que viven sus abuelos.

Pienso.

—La vida no merece que uno se preocupe tanto, «mi niña». Te lo dice un hombre que ya ha vivido todo lo que tenía que vivir y espera, con la comprensión y la tranquilidad que te da entender por fin la vida, que llegue el final de sus días. En la vejez nuestra existencia es mucho más interesante de lo que imagináis los jóvenes. Es divertido observar al ser humano, discernir con claridad la verdad de la mentira, aceptar que has de querer a las personas como son, no por lo que esperas de ellas, entender hasta el egoísmo de los que tienes más cerca. Eso sí, no pierdas un segundo de tu vida con aquello que te desagrade o que te

hiere. Cada uno vive su vida como puede y se le presenta, pero hay que intentar, siempre, vivir una vida. «No ha de ser dichoso el joven, sino el viejo que ha vivido una vida hermosa». De este nombre sí me acuerdo. Lo dijo Epicuro de Samos, el gran filósofo griego. Desde que aprendí a leer, he sentido fascinación por la filosofía.

Y me cuenta. La pobreza de su familia. Las carencias que tenían. A veces comían un simple conejo que lo dividían entre todos. Era todo lo que había conseguido ese día su padre. ¿Casa? Una cueva, más bien. Pero llena de amor. Hasta que murió la madre y todo se convirtió en aflicción. Los hijos separados entre diferentes familiares

ante la depresión de su progenitor, al que nunca volvió a ver. Él tuvo suerte. Le acogieron unos tíos que no tenían hijos. Y a los dieciséis años le enseñaron a leer. Descubrió un mundo inexistente para él en todos los sentidos. Se empapó de lectura. Viajó por diferentes países que no sabía ni que existían, lo hizo de la mano de un niño, una hermosa mujer o un perverso pirata. Subió montañas, cruzó mares, se enfrentó a peligrosos animales, vivió románticas escenas de amor y se metió en el interior del alma humana. Tanto que en un esfuerzo sobrehumano (eso me lo imagino yo), mientras se convertía en repartidor de un pequeño supermercado, estudió la carrera de filosofía a la luz de

una pequeña bombilla.

—Como en las películas, imagino.

—No, yo creo que un poco más duro. —Comienza a reírse—. Desde que aprendí a descifrar las palabras, jamás, como acuñaron los romanos: «*Nulla dies sine linea*» («Ni un día sin [leer] una línea»).

Me reafirmo. Estoy ante un hombre sabio, un erudito de la vida, un hombre hecho a sí mismo. Le miro con la misma ternura que miraba a mis hijos al nacer. Pienso. Porque lo que es últimamente les he mirado de todas las maneras menos con ternura. Es broma.

—Descubrí que leer era lo más importante que me había pasado en mi vida. Me encerré en el universo de las

letras y aprendí lo que jamás pensé que iba a llegar a aprender. La vida se volvió tan interesante que di alas a mi imaginación y supe que solo quería vivir entre letras. Los libros. Siempre los de papel. Me gusta escuchar el ruido que nace al pasar de página, esa que esperas impaciente para descubrir los acontecimientos que todavía no conoces. Necesito fijar mi atención y concentrarme en las palabras que dan vida para siempre a un tomo de papel y envidiar a la mente que fue capaz de crear tanta literatura. Sí, los libros de papel. Los que marco, subrayo mucho, muchísimo, para grabar en mi memoria todas y cada una de las frases que me emocionan. Quizás así aprenda algún día

a escribir, he deseado tantas veces. Cada vez que tengo uno entre mis manos lo acaricio mientras pienso todo lo que contiene su interior y con la certeza de que jamás lo cambiaría por nada del mundo. Lo toco. Lo percibo. Lo huelo. Me impresiona. Su capacidad sensorial. Un libro. Mi libro. De papel. Nunca muerto. Con ese olor que delata su edad, su calidad, la tinta o el lugar donde habita. De clima seco o húmedo. Igual o diferente a la vez. Tan distinto para cada persona con la que se acopla para iniciar un nuevo viaje cuyo destino estará marcado por la interpretación de cada uno. De tapa dura o blanda. Siempre presente. Para darte el poder de vivir dos vidas a la vez, la tuya y la

suya, esa que ya forma parte de ese país sin fronteras denominado lectura.

Otra vez me invade la nostalgia. Vuelvo al pasado y recuerdo mi amor por los libros desde que era niña. Regreso al presente y sonrío al leer en mi mente la lista interminable de libros que me quedan por comprar. Los que se unirán a esa otra lista interminable de títulos comprados compulsivamente y que rellenan las baldas de la librería de libros no leídos. Ese amor apasionado que me ha permitido aprender tanto de la vida como a él, viajar por lugares recónditos y me ha llevado de la mano hasta el centro mismo del ser humano. Para aprender. De relaciones y de sentimientos. De razas y de historia. De

tanto y de todo a la vez. Los libros. Los de papel para mí también, por favor. Descubrir cómo una simple lágrima que nace cuando me emociona lo escrito dejará su huella para siempre en el papel con una pequeña hendidura. La que marca mi llanto. Necesito escuchar el ruido de sus hojas. Aunque las pase el viento. Como se encarga de hacer en las tardes que aprovechas para leer a la orilla del mar, en la costa gaditana, presa del libro y presa del espectáculo de los atardeceres que tiñen de rosa, de rojo, de naranja el azul del cielo, más limpio que nunca. Añoranza. De esa inmensa paz. Solo la luz de la luna es capaz de romper tu silencio para avisarte de que ha llegado la hora en la

que ella tiene que brillar. La luna. El hechizo. Que te avisa de que es hora de partir mientras sientes cada vez más fría la humedad de la arena, marcada por tu cuerpo, y el aire que huele a mar. Es cuando parece que el día y la noche comparten un instante, cuando te anuncian que es hora de partir.

Y como entonces el día se separa de la noche y la temperatura baja, se levanta, noto que tiene frío y le doy las gracias. Por compartir esta tarde conmigo. Ojalá mañana vuelva a verle. Nos despedimos. Le miro por última vez y descubro un rostro limpio de resentimiento. Vuelvo a *El último encuentro*, cuyas palabras casi sé de memoria: «Cuando una persona pasa de

los noventa envejece de manera distinta que a los cincuenta o a los sesenta. Envejece sin resentimiento». No sé si al resto de la gente le pasará lo mismo. Pero él es un claro ejemplo. Aunque tampoco se ve ni rastro de resentimiento anterior en un alma tan noble.

—Nunca dejes de leer, por favor. Es bueno para todo. Está científicamente demostrado: hay más materia gris en la cabeza de las personas lectoras y más neuronas en los cerebros que leen. Por cierto, ¿cómo te llamas?

—Marta, ¿y tú?

—Arturo.

Y se va. Y me voy. Con un subidón del quince. «¡Tengo neuronas!». En plural. Muchas más de las que hubiera

llegado nunca a imaginar. Porque otra cosa no, pero leer, leo. ¿Dónde están esas neuronas ahora? ¿Y esa materia gris que desborda mi cerebro? Ni lo sé ni me importa. Me lo ha dicho un sabio y no tengo por qué comprobarlo. Hoy me pongo la minifalda. Lo presiento. Rubia, muy rubia, pero con neuronas de más, me sumerjo en un ataque de despropósito total. Con pasos de jovenzuela me dirijo al hotel y al llegar me como a besos a mi portero —ya es mío— y se lo digo. «Marcha, necesito marcha». Sonrío a diestro y siniestro. Esto es imparable.

Subo las escaleras de dos en dos mientras siento mecerse con cierta violencia los glúteos. Decido no parar a

pensarlo. Nada me va a estropear mi buen humor. Lo tengo decidido. Esta noche salgo.

Cargada de nuevas ilusiones, me arreglo con más mimo que nunca. Mi melena por fin peinada la recojo con cuidado para comenzar el ritual del maquillaje, arte en el que soy todo menos ducha. No suelo pintarme, pero la ocasión, y la minifalda, lo merecen. Me acerco al espejo y me alejo en un movimiento involuntario que se produce cada vez que me enfrento a este tipo de superficie de cristal. Soy corta de vista. O de vistas. Porque, en realidad, no veo ni de cerca ni de lejos. Un problema añadido a la lista interminable que confiere esta fantástica edad. Con un ojo veo bien de

cerca y con el otro de lejos. Si me olvido, veo; si me acuerdo, nada. Lo reconozco. Estoy llena de goteras. En ropa interior —sin comentarios—, recién duchada y tras aplicar la hidratación correspondiente a todas las zonas de mi superficie corporal —siempre me arrepiento por si soy atacada en el momento más inesperado por algún que otro desagradable sofoco—, intento centrarme solo y exclusivamente en el rostro. Hay que obviar las imágenes que pueden herir la sensibilidad. Encuadro pues, y con el *eye liner* temblando entre las puntas de mis dedos, consigo trazar una raya razonablemente buena sobre el párpado versus persiana de mi ojo izquierdo.

Cierro el derecho e intento hacer lo mismo sobre su párpado versus persiana, pero no veo absolutamente nada. Guiño, trato de enfocar, me alejo del espejo, me acerco, abro, cierro y nada. Borroso, todo borroso. Que no Barroso. Me desespero, incluso lloro, lo dejo, me olvido completamente del tema y vuelvo. Para evitar salir como tantísimas veces con una «monorraya». Marcando tendencia. Aunque ahora que lo pienso, ¿por qué no? Con estilo propio. Hago mías las palabras de la inigualable Diana Vreeland: «No temas ser vulgar, solo aburrida», y doy gracias a Dios. Al fin y al cabo, la vista cansada también tiene su lado positivo. Me hace distinta, diferente, divertida. Un ojo

pintado y el otro no. Todo, menos aburrida.

Si mi admirada Vreeland levantara la cabeza estaría muy orgullosa de mí. Sigo pensando en ella. Me aferro a sus palabras. «Nunca mires atrás, solo adelante. Sé ingeniosa y transfórmate». Estoy que me salgo. Cumpló al pie de la letra sus indicaciones. De mirar hacia atrás nada, que entro en depresión profunda. No queda rastro de lo que fui. Ni por dentro ni por fuera. Miro hacia adelante. Me pongo la minifalda con una camisa blanca («LA camisa») y en un nuevo gesto instintivo por reiterativo me vuelvo hacia Él (no está, no existe) y se lo pregunto con una sonrisa no exenta de timidez: «¿Te gusta?». Al no oír

respuesta (no está, no existe), me amilano y ante la falta de costumbre sufro un pequeño, aunque intenso, brote de ansiedad. Raro en mí. Me calmo, me psicoanalizo y me recuerdo: estás sola.

Por un momento he revivido esa escena tan típica de la pareja tras muchos años de convivencia. Una de esas situaciones incómodas en la vida marital que no por conocidas dejan de repetirse. Situaciones que pueden desencadenar un tsunami que arrasa con los cimientos de tu relación. Tsunami, por cierto, predecible y que podría haberse evitado para no provocar el desplazamiento de esa masa de incomprensión acumulada a veces en las profundidades de un corazón femenino.

Ningún fenómeno, ni siquiera calificado de extraordinario, debería remover las pequeñas heridas que se esconden en lo más hondo de este pequeño y sensible órgano. El corazón. A prueba de bomba en situaciones tan aparentemente simples como antes de una cena o cualquier evento en el que debemos lidiar con una de las peores pesadillas que aparece y reaparece en la vida diaria de una mujer: «¿Qué me pongo?». Cuando Él de verdad está (o estaba) es cuando se lo preguntas. Inocente de ti. Siempre lo mismo. Lo visualizo.

—¿Te gusta?

—Sí, estás muy guapa —contesta Él de inmediato, sin levantar prácticamente la vista.

Ante la duda siempre piensas que su opinión parece importante. Te callas, te vas, y con ese punto de maldad que eres incapaz de evitar, haces la prueba maléfica. Apareces de nuevo, idéntica vestida, y dices:

—¿Y con esto? ¿Qué? ¿Te gusta más?

—El primero —dice sin pestañear.

NO te ha mirado. Ni una vez. Vas exactamente igual vestida. Y tiene el valor de decirte que el primero. Y es el mismo. Tu sonrisa ya no es tan inocente. Eres transparente. No existes como masa corporal. A decir verdad, le importa poco cómo vas vestida. Lo que le importa es lo que te va a preguntar. Lo de siempre. Lo mismo que todos los Él a

todas las Ellas. La señal de alarma de que no les apetece nada la cena. Que hay estudios que lo confirman. «¿Quién va a la cena?». Y se queda tan ancho. O no. Porque, evidentemente, a no ser que sean muy cercanos, a ti no se te ocurre hacer esa pregunta cuando te invitan. No es lo correcto. El oleaje en sus máximas. Dices que ni idea y caes en la trampa. Le has puesto en bandeja que te lance la pulla de siempre. «Ah, estás todo el día hablando y no se te ha ocurrido preguntar quién va». Y se forma. El tsunami. Que arrasa. Con tus buenas intenciones, con la cena, con el matrimonio y con tus conjuntos. Si serás tonta. Vuelta a empezar. Un día tras otro. No aprendemos. Ni Ellos —qué más les

da decir uno que otro— ni nosotras — para qué preguntaremos—. Pero hoy me da igual. No tengo ropa para elegir, no tengo hombre al que preguntar y no existe duda de que voy a cenar sin compañía. La soledad es un estado muy peculiar.

Tras múltiples intentos de cerrar la cremallera de la maldita minifalda y autopellizarme con ella en diferentes ocasiones con la asquerosa carne de mi propio cuerpo que forma la chicha superior derecha de la cintura, respiro profundamente y bajo al bar. Soy un puro sinsentido. Hoy hay una celebración en el hotel.

El panorama se presenta desalentador para una cincuentañera en

ridícula minifalda. Dos matrimonios sexagenarios, un grupo de jóvenes que comen sin parar —cualquier cosa que sea gratis en este país es la ruina— y se ponen ciegos de «cerves», dos amables japoneses con traje, corbata y sin máquina de fotos, un *yuppie* a punto de fundir su teléfono con sus desagradables alaridos que asusta hasta al apuntador. El del teatro. Que lo estoy viendo. Otra vez. Que ahí sigue. Para fastidiar. *La novia de papá*. Ya está bien, por Dios, ya está bien.

—¿Lo de siempre? —me pregunta BT.

—Lo de siempre —contesto con una voz seductora.

Estoy entrenando. La voz. Por si las

moscas. Aunque, o mucho me equivoco, o de nuevo BT va a ser mi único compañero. Cada vez más incómoda — la mini obsesionada en subirse hacia arriba me avisa de que está a punto de explotar—, no sé cómo sentarme en esos altos taburetes para parecer medianamente femenina. Lo de sexy lo descarto. Observo a la gente. El ambiente se va alegrando y me gusta la mezcla. Los matrimonios se levantan y se dirigen al teatro. Si sigo aquí cuando salgan, les pregunto por la obra. Cada vez me incomoda más. Como la minifalda. Entra más gente. El combinado alucinante. Me fijo en algunas personas, y en un momento que considero psicológicamente importante

en mi propio desarrollo, me cuestiono si en este mundo hay alguien normal. Realmente, qué rara es la gente. Me incluyo. Porque cualquiera que tenga el detalle —detallazo— de parar y observarme debe de estar sufriendo un trauma. Supongo. En este instante sería incapaz de ofrecer ninguna explicación creíble sobre mi persona. Obvio profundizar en el tema y me concentro en la música. A veces cierro los ojos. A veces los abro. A veces los cierro. Estúpida de mí. Porque al cerrarlos bajo la guardia una de esas veces y de esta guisa (mujer de más de cincuenta ridículamente vestida y a modo soñadora en la barra del bar de un hotel) me enfrento a un hombre imponente,

interesante, encantador, a mi lado. Siento cómo la sangre fluye hacia arriba y sonroja mis mofletes a una velocidad vertiginosa. Calculo que más o menos es de mi edad y en tono incandescente centro mi mirada en la pared de las botellas.

—Buenas noches —saluda con la voz más sensual que he oído en mi vida.

—Buenas noches —susurro a la vez que lo hace BT, claramente la persona a la que iba dirigido el saludo.

—Buenas noches —vuelve a decir el hombre avergonzado, ya que no se había dirigido a mí en ningún momento.

—Buenas noches —vuelvo a decir mientras me compadezco ante mi torpeza.

—¿Qué hace una mujer tan guapa como tú sola en un lugar como este?

—Mmmm, aghhh, rrr, nada —emito. Detesto mi falta de imaginación.

—¿Nada? —me pregunta, coquetuelo. O eso creo.

—Sí, nada, he venido a tomar una copa, sin más.

Me perturba. Estoy incómoda. Me quiero ir, pero una poderosa atracción me hace permanecer a su lado. ¿Será un flechazo? ¿Será la maldita química que ha hecho de las suyas y revoluciona mi cuerpo? ¿Será esto el despertar de una pasión? ¿Se estarán liberando en el interior de mi organismo esas sustancias que se esconden bajo extraños nombres como el de dopamina, oxitocina u otras

tan impronunciables como el de norepinefrina y feniletalina? Puede ser. La función lógica de mi cerebro ha sido anulada y la culpa es de ellas. Fijo. Me entra un ataque de pánico y quiero rechazar cualquier estímulo que convierta mi vida en un infierno. Me debato entre lo que quiero y lo que debo hacer. El destino me pone muy dura prueba en el camino. Jamás pensé que volvería a sentir así. ¿Qué haré cuando la pasión se convierta en mi condena? ¿Evitaré la tentación para evitar el pecado? Pero, ¿y es esta la ocasión? ¿No es ella la madre de la tentación? Lucho entre la ética y la estética —él es un Adonis—, el deber y el querer, el honor y el deshonor, la ilusión y la

desesperanza. Soy infiel. Qué terrible conclusión. Tremendamente infiel.

El hombre me observa con una mezcla de burla y seguridad en sí mismo que no me gusta. Mira hacia la salida y me inclino por no descodificar si existe algún mensaje escondido en esos dos grandes ojos azules. Estoy inquieta. Rezo para que no me empiecen a sudar las manos. No sería agradable.

—¿Nada? —vuelve a preguntar. Esta vez su voz sensual tiene un deje de aburrimiento.

Mi mente se pone a trabajar a marchas forzadas para decir algo ingenioso. No me salen las palabras. ¡Si pudiera escribirle! Me resulta mucho más fácil demostrar así mis

sentimientos.

—¿A qué se dedica? —interrumpe mis pensamientos. Se lo agradezco.

—¿A qué me dedico? —repito su pregunta antes de obedecer las órdenes de mi cerebro de que no lo haga. Odio este tipo de repeticiones. Pero no sé actuar de otra manera. La situación me sobrepasa y la minifalda me anuncia su defunción. La cremallera ha estallado. Saco con disimulo la camisa e intento ocultar el mal.

No se inmuta. Atraviesa su mirada sobre mi cada vez más débil carácter y vuelve a mirar hacia la entrada. En su rostro leo un gesto de preocupación. Lo entiendo. Quiere salir de allí e irse conmigo, pero no sabe cómo hacerlo. A

un lugar tranquilo. A ese espacio donde podemos dejar en libertad nuestras emociones y descubrir si la molécula del amor ha hecho su trabajo como es debido. Lo sé. Quiere guardarse para sí, no me cabe duda, este inesperado sueño que ha renovado su corazón para dar vida a una ilusión.

Le contesto con otro gesto. Le hago un guiño. No sé si voluntaria o involuntariamente, pero sí que lo ejecuto. Entre mis múltiples peculiaridades tengo un tic en el ojo derecho, un tic que me ha llevado a eternas confusiones cuando soy incapaz de controlarlo. El mismo que en este lugar, a esta hora y cuando creo que estoy en pleno momento de «imbecilidad

transitoria» —como en su momento describió Ortega y Gasset el enamoramiento—, me dirige al centro de mi vida anterior. Ese tic. Que desconcierta tantas veces a mis hijos cuando en plena discusión materno filial me miran con cara de no entender nada porque piensan que hay un propósito oculto en ese guiño de complicidad que nace de ese ojo indomable. En el pádel, cuando mi amada compañera se queda petrificada en mitad de un punto pensando que he hecho una trampa. O en el mus, juego en el que, modestia aparte, soy una experta, anunciando sin parar a mi compañero que tengo treinta y una. Un guiño. Un modo de comunicación personal. En mi caso, un motivo de

conflicto que nace cuando quiere sin código o señal explícita. Involuntariamente. Pienso en Él. La vergüenza me obliga a que ocupe el último lugar en la lista de los pensamientos relacionados con un tic. Si me viera. Palidezco. La de veces que le he hecho pasar un mal rato con este tic, convencido de que yo sentía una fuerte atracción por el hombre que casualmente estaba enfrente. Al que hacía un guiño. Como hago ahora. Comienzo a desinflarme. Las piernas me tiemblan, el pulso se dispara, los calambres se adueñan de mi estómago. ¿Será la fenitamina o será el pundonor? ¿Será el amor o será el dolor? ¿Será la ilusión de algo nuevo o la terrible desilusión de

no haber logrado tener una familia feliz? Me dispongo a ser una mujer normal. Normal y corriente. Dentro de los límites con los que mi personalidad ha sido acotada en lo que entendemos por normal.

—Perdone, no se vaya a creer usted nada. Es que tengo un tic en el ojo y me hace de las suyas en los momentos en los que estoy más nerviosa. —No me supone ningún esfuerzo decírselo.

—Ah, ¿estás nerviosa?

Percibo en su voz —
repentinamente fría, cerebral— a ese tipo de personas a las que no les interesas lo más mínimo. Ese modelo de individuos maestros en el arte de atender las conversaciones a medias.

Expertos en escuchar solo las palabras que les impidan ser maleducados y les lleven a gesticular en el momento oportuno un gesto de tristeza, de alegría, de asentimiento o de negación. No le intereso nada y lo acepto. Pero mi orgullo se niega a terminar aquí y rebusco entre todas mis armas de mujer para vencer su indiferencia. El sí que no me interesa lo más mínimo pero necesito volver a sentirme segura. Me empapo de coquetería y sin más dilación comienzo una carrera directa a su corazón para que acabe contando a los cuatro vientos que Cupido ha vuelto a tocarle con sus flechas para hacer de su estómago un aleteo constante de mariposillas. Se va a enterar.

Comienzo estirando la pierna — completamente dormida a estas alturas por la contracción que recorre la totalidad de mi cuerpo— y le rozo el pie como sin querer. Se le cambia la cara. Se le ilumina la piel. Rejuvenece. El efecto es instantáneo. Como las ampollas de efecto *flash* instantáneo. Se quita diez años de encima y se presenta ante mí con un rostro tan amable que vuelve a hacer tambalear las bases de mis principios. Esa sonrisa resplandeciente, esa luz en los ojos convertidos en turquesas, ese movimiento en el cuerpo que salta como un resorte al sentir mi caricia. Me lanzo a soñar. Entonces, sí, es entonces, vislumbro a una mujer en la puerta. Es

Ella. Su ella. En minúsculas. Porque no hace falta que me lo diga nadie. Es su amante. Le espera en la habitación. Espero que no sea la 413. Otro más. U otra más.

Antes de irse se despide de mí. Con un torpe movimiento de mano que me devuelve a la realidad me dice adiós mientras me aprieta la cintura. La encarnación de la malicia. Será inepto. Será necio. Como tantos de su mismo sexo. Osados. ¿Por qué tienen que hacerlo? ¿Por qué tienen que fastidiar siempre? ¿Por qué te hacen sentir un sudor frío mientras su mano se posa en la lorza en un tiempo que a ti te parece infinito? Eso no se hace. Porque a lo mejor, ese día —como hoy, qué ridículo

—, te aprieta especialmente la prenda que has elegido para cubrir tu tronco inferior y la chicha sale más de lo debido. O te has puesto una faja para disimular el exceso —yo nunca, por supuesto— y el bobo de él te toca exactamente donde la goma te succiona la piel para sentir ese cuerpo extraño. A lo mejor no es oro todo lo que reluce y antes muerta que descubierta. Por eso y por mucho más, siempre les digo lo mismo a mis amigas. Saludarles a ellos mientras posáis suavemente la mano en plan cariñoso sobre su tripa. Ahí, apretar un poco. Cuestión de dimensión. Ya. Cada vez me acuerdo más. De mi Él. Su tripilla. Tan mona. Tan seductora. Tan a la última. Tan redondilla. Sueño

con posar mi cabeza sobre ella. Su panza. Más linda.

Él sí que debe de estar consternado. No debe ser fácil levantarse y no oír mi dulce voz — porque yo gritar, no grito—, mis charlas permanentes —a las que él, como buen marido, asiente o niega, sin más—, mis comentarios sobre todo. Cómo echará de menos, pobre, escuchar mis eternas conversaciones telefónicas con mis amigas. Lo que le gusta. Parece un actor de mimo poniéndome caras. Yo no le entiendo (¿o sí?), pero le sonrío. Y continúo. ¿Y quién cogerá el teléfono de casa? ¿A quién dirá la mítica frase de: «Coge, es para ti»? En fin, pequeñas cosas sin importancia que casi no

alteran la paz del hogar. Seguro.

¿Y Elito? ¿Y Ellita? ¿Cómo estarán sin mí? Mis ratoncillos. Mis pequeños saltamontes. Bueno, ya no tan pequeños. Si no me equivoco, han traspasado ambos la veintena. Me sobresalto. ¿Qué día es hoy? ¿No se me habrá pasado el cumpleaños de Ellita? De la que, ahora que lo pienso, no sé absolutamente nada. Tan independiente, tan independiente que ha debido de pensar que nada como respetar mi independencia. O no. Que la paz que debe de reinar en casa es un bien escaso por desconocido que hay que saber aprovechar. Lo que debe de ser estar sin mí. Indescriptible.

Sin mí. Tristemente felices. Por hacerme una ilusión. Me sobresalto de nuevo.

Qué intensidad. ¿¿¿Septiembre???

¿¿¿Les ha quedado alguna???

¿¿¿En qué curso están???

¡¡¡Horror!!!

¿¿¿Estarán de exámenes???

En caso afirmativo, me entusiasma no estar a su lado.

¿Entusiasma? Pues sí. No me engaño a mí misma. No pienso. Porque cuando estamos de exámenes —y digo estamos— me refiero a todos. Bueno, el padre, menos. Normalmente, cuando tienen que estudiar y llega a casa, la guerra ya ha estallado y con su presencia, en vez de firmar la paz, se inicia una nueva batalla. La del padre adorable que ve cómo la madre histérica monta el pollo al hijo correspondiente por algo relacionado con los exámenes. «Si le enervas así, ¿cómo pretendes que se

concentre para estudiar?». Tú le miras anonadada, por decirlo de una manera estúpida. Llevas todo el día luchando. De repente oyes: «Papá tiene toda la razón». Sin comentarios. De la acertada llegada del jefe de familia, que te convierte en la enemiga número uno de la misma. Incomodas. A todos. Incluido al perro. Tu presencia desprende una energía cargada de iones negativos que afectan el orden afectivo estacional.

Recuerdo una vez que me llamó una amiga y en un susurro me dijo: «Perdona que hable tan bajo, las niñas están estudiando. No puedo ni moverme para no hacer ruido». Me retorcí de envidia. No sé si sería capaz de superar algo tan hermoso. Sentiría una paz infinita. Mi

corazón, pletórico, se hincharía de orgullo y llamaría al resto de mis amigas solo para hablarles bajito. Susurrando. Y darles envidia. Al decirles que no subo el tono porque los niños estudian. En su defecto, me oigo a mí misma: «¿Podéis bajar la música? Es imposible que estudiéis así». Y si por un milagro sucede, me pongo tensa. Algo pasa. Sigilosamente, como creo haber hecho en múltiples ocasiones, abro la puerta de sus cuartos, para sorprenderles. Y si, por un casual, me encuentro a uno sumergido en un mar de integrales, me quedo paralizada. Máxime si me lo preguntan: «¿De verdad crees que esto me va a servir para algo en mi futuro? ¿Has llegado a conocer en tu vida el

valor de la “x” ?». Siempre contesto lo establecido. «Da igual, te sirva o no, lo tienes que estudiar». Pero no me quedo contenta. No le falta razón.

Les echo de menos, sí, no lo puedo negar. Cada minuto que pasa muchísimo más. Pero es tan increíble lo que estoy viviendo. Me levanto y hago exactamente lo que me da la gana. Qué fuerte. Salto de la cama y nadie me persigue. Me vuelvo y ratifico. Estoy sola. Qué placentera sensación. No voces, no gritos, no nada. Desayuno, no pongo ni recojo la mesa, no tengo agenda, las horas en plena libertad. Nada. No niños, no compra, no médicos, no recados, no nada. Me siento rara. Soledad, dulce soledad. Aun así,

exagero. Les echo de menos. ¿Cuánto? Mucho. Ahora cumplen años. Me sobresalto. Me levanto y, aunque me haya olvidado de ella, no cae. La minifalda.

Me voy de compras. Tras la humillante situación vivida anoche, he comprendido que a determinada edad, no puedo vestir como viste mi hija. No hay nada más ridículo en este mundo que intentar ser joven cuando ya no lo eres. Por decirlo de alguna manera. Como las mujeres muñeca que invaden el siglo XXI. Tan hinchadas... tan hinchadas de tanto rellenar la juventud perdida, que han abandonado cualquier atisbo de expresión en los rasgos de su rostro. Me acuerdo de Bobbi Brown. La conocida maquilladora a la que he tenido la suerte de entrevistar en más de una ocasión. La

primera vez que la vi me impresionó. La naturalidad en estado puro. La belleza de saber aceptar el paso del tiempo. Cuando terminamos, me dijo: «Hay que usar la palabra vida en vez de envejecer». Nunca lo olvidaré. Cambiar duele, pero no mata. Es verdad.

Me viene a la mente ahora porque creo que se puede aplicar en este maremágnum de pensamientos que agotan mi descerebrado cerebro. Siempre se lo digo a mi hija, en la que me horrorizo si me hubiera visto ayer. Menos mal que no lo ha hecho. La imagino mirándome con esa cara de horror/incomprensión/vergüenza/resignación con la que me mira cuando cometo alguna de mis locuras. Sonrío. Tersa y

dura. Como todas fuimos sin pensar siquiera que un día dejaríamos de serlo. Cuando eres joven, te parece imposible que un día tu piel se pueda presentar como la de tu madre. Salen a la calle apretadas, con minifaldas que parecen cinturones, y se comen la vida con tanta prisa como lo hacíamos nosotras. Sonríó. Efectivamente, a su edad hacíamos lo mismo. Aunque me cueste entenderlo tantas veces. Qué tiempos aquellos. Cuánta añoranza. Qué bien lo pasábamos. Sí, cada cosa a su tiempo, pero no me importaría volver a vivirlo para disfrutar de verdad cada minuto de entonces.

Nunca creemos que el tiempo pase tan rápido. Recuerdo este último verano.

Tan cercano y tan lejano a la vez. Salpicado de las mismas frases de siempre. «¿Qué horas son estas para comer?», «¿Por qué han llegado los niños tan tarde esta noche?», «¿Es que aquí no hay un horario?», «¿Y las toallas, todas mojadas por la casa?», «¿Dónde están los niñoos?». Evoco la voz de mi Él y la confundo con la de mi padre. Nada cambia. Aunque parezca que todo lo hace. La época de estío. Los primeros baños. Eso sí que es diferente.

Cuando la juventud mandaba en tu cuerpo te destapabas con una naturalidad aplastante. Llegabas a la playa, tirabas las prendas que cubrían tu figura y corrías a zambullirte en el mar cual ninfa marina con cuerpo de mujer.

Sin embargo, ahora vives situaciones terroríficas. Llegas a la playa escondida en una multitud de prendas para que no asome un atisbo de piel a la superficie. El miedo a que el astro rey deje sus huellas en forma de quemaduras es insignificante comparado con el terror de que cualquier mirada conocida pueda ver lo que se esconde tras el ropaje. A estas alturas de la vida no hay nada más desagradable que el primer día que expones tus «miserias» al sol. De esta guisa, los primeros días recorres cientos de metros a punto de morir asfixiada, pero con el temple que te da que nadie vaya a descubrir lo que tapa el organismo de una de cincuenta y tres. Alejada del mundo estiras la toalla

sobre la ardiente arena y te descalzas. Es ahí cuando un resplandor ciega tus ojos durante unos segundos con esa luz tan blanca que no te permite enfocar la vista. Cuando el efecto desaparece, los abres con cuidado y bajas la mirada para evitar los rayos del sol sobre la misma y un nuevo resplandor, de doble intensidad, te vuelve a cegar. Año tras año.

Abres y cierras los ojos mientras protagonizas una secuencia de una película de terror psicológico. Una pesadilla. Hagas lo que hagas, el resplandor te sigue como si se tratara de una sombra iluminada. Hasta que descubres que ese horror tiene el sinónimo de siempre y que ya has

olvidado. Demasiado doloso para recordar. Es el empeine. De «en-» y «peine» por su semejanza con un peine. Dicen. Tan blanco, tan blanco, que al incidir la luz solar sobre él —ellos— la intensidad de los rayos se duplica, hiriendo tus ya de por sí cansados ojos. Maldices el color de tu piel. Si eso es abajo, cómo será el resto. Entre el sofoco de lo que te espera y el sofoco de tanta ropa, te destapas lentamente. Importante que el *shock* sea paulatino. Nunca lo consigues. Es inmediato. El blanco resalta todo aquello que una mujer de cincuenta y tres no quiere ver. El resplandor. Como aquella película de terror.

Miro mis piernas y compruebo que el

bronceado ha desaparecido con la misma facilidad que desaparecen los días del calendario. Me urge salir de compras. Hay que tapar hasta el carné de identidad. Además, lo necesito. Un poco de frivolidad en los tiempos que vivo no me viene mal. Muto el interruptor y me pongo en modo *off*. Directa a Fuencarral. A descubrir las tiendas que abarrotan esta calle y que hoy quiero hacer mías. El paraíso, lo sé.

Un vigor inesperado recorre mi organismo y me dispongo a vivir una experiencia positiva, frívola pero maravillosa para casi todas las mujeres. No para todas —algunas lo odian—, pero sí para muchas. Acompañada, siempre, mejor que sola. Para hacer de

este un acto interpersonal, humano, que no necesita razón especial ni objetivo concreto. Hoy no me queda más remedio: lo dejo en lo personal. Me regodeo en mi momento. La gran evasión. Marcho sin rumbo fijo y durante horas entro, salgo, merodeo —parezco hombre—, observo, disfruto. Todo recobra vida a mi alrededor. No intento apresurarme. Siento que lo necesito. Me relajo, rejuvenezco y me regocijo de estar sola. Descubro que disfruto como nunca. De entrar, salir, probarme sin que nadie me esté esperando. Ni Él, para el que sin duda esto significa el infierno, ni ninguna Ella. Intuyo que puedo alcanzar la gloria —estado de felicidad y gracia eterna—

si abrazo el éxito con esa acción determinada, el momento sublime, si alcanzo la presa.

Sí, la presa, me digo de muy buen humor. La mía. Esa prenda o accesorio en el que está escrito mi nombre. Porque estoy sola. Si estuviera con alguna, la lentitud debería convertirse en celeridad. Lo conozco. Con compañía, para que la gloria no sea efímera, hay que actuar con presteza. Nunca dudar. Me imagino. Acompañada de alguna amiga. Como a una de las dos se le ocurra decir: «Mira qué ideal», la otra se pone nerviosa ipso facto. Qué gracia. Hacía años que esta palabra no surgía en mi vocabulario. Ipso facto. Es como de maestro antiguo. O de padre

malhumorado. O de jefe rabioso. Vuelvo. Que me pierdo. Pues eso, que como lo digas, malo. La otra, sí o sí, lo quiere. Como me pasaría a mí. Seguro. Pero disimula. «¿Qué hago, me lo compro?», le preguntas. Y si en ese momento de duda abandonas la susodicha prenda en su sitio, ella ataca, la coge y comenta: «Bueno, entonces me la compro yo, a mí me encanta». Es el principio del fin de una larga amistad. Porque tú la querías, la necesitabas, la deseabas. Lo tenías clarísimo. Y ella te la ha robado. Es como si te pruebas algo y alguien que ronda por allí te pregunta si te lo vas a quedar. Bastan estas palabras para que te vayas directa a pagar. Las mujeres somos así. Pero esto

son pequeñeces. Porque si aciertas te conviertes en la reina. Y hoy no tengo competencia.

O sí. La de siempre. Mi propia hija. Que se manifiesta cada vez que salgo de compras. Como un fantasma. Lo pienso y me enervo. Como los gatos. En mi armario. Solo y abandonado a merced de los caprichos de esta joven con la que, por gracia y por desgracia, tengo prácticamente la misma talla. Es aterrador. Vivo en mis propias carnes —edad obliga— lo que es compartir, sin tener ninguna intención de hacerlo, el armario con la niña. La misma que sin miedo ni vergüenza arrasa con mi ropa cuando y como quiere. La misma —no tengo otra— a la que hace un par de

años le robaron mi cazadora de cuero, siempre tan presente en mis pensamientos. La conservaba como un tesoro dada su calificación de *vintage* y le prohibí que se la pusiera hasta que la intensidad de sus ruegos fue superior a mi paciencia y se la dejé antes de que pudiera conmigo. Prometió no quitársela aunque bailara como una poseída y el calor acabara derritiéndola.

—Que te la van a robar —le decía una y otra vez.

—No, mamá, te lo prometo, que no me la voy a quitar en toda la noche. Imposible que me la roben —me contestaba una y otra vez.

Y se la quitó. Porque estaba achicharrada. Y se la robaron. Porque la

dejó tirada. Y me lo ocultó. Durante dos meses. Compinchada con Él. Al que le quita Elito un momento el desodorante y tiemblan los cimientos de la casa. Porque no es lo mismo que Elito robe SU desodorante a que a Ellita (ay, cómo la quiero) le roben MI cazadora de cuero. Y no es lo mismo que mi pobre Elito (ay, cómo le quiero) olvide dejar el desodorante de su padre en su sitio a que Ellita pierda para siempre, porque se la han robado, MI cazadora de cuero. Pero su niña es su niña. Y ante el terror que reflejaba su mirada, solo de pensar que debería confesarme la desaparición del tesoro, se unió a ella. Su Ellita. Lo alucinante es que a mi hija se le olvidó casi al momento. Total, son «tonterías».

No le pienso comprar nada. Nunca más. Además, no me ha llamado. Ni una sola vez. Claro, estamos enfadadas, recuerdo al ver unos vaqueros en mis manos idénticos a los que protagonizaron mi última conversación con ella. Lo que es el subconsciente. La llamé en un momento de amor —¿o egoísmo?— para comprarle unos vaqueros iguales a los míos que tanto le gustan. Después de no sé cuántas intentonas (no sabe lo que significa coger el teléfono a la primera, lo que debe ser algo genético, ya que su padre y su hermano actúan de la misma manera) y yo con un malhumor creciente de forma proporcional al número de veces que me saltaba su contestador, por

fin, me llama. Bramé: «En cuanto te vea me devuelves el móvil, porque estoy harta. Etcétera, etcétera». Se lo sabe de memoria. Es muy lista, escucha sin contestar. «Martita (tiene la desfachatez de llamarme así), no te enfades que estaba en clase. Acabo de llegar a casa». Intuí su sonrisa guasona y supe que decía la verdad. Cual polígrafo. Le pedí que fuera a su armario y se probase mis vaqueros: «Esos que tanto te gustan, para ver qué talla te compro». Su respuesta fue rotunda. «Si me los he probado y me los llevo a Sevilla. Ya los tengo en la maleta. Martita». Lo dijo con toda sinceridad. Sufrí un síncope. Lo suyo no es valor. Lo suyo es ¿osadía?, ¿intrepidez?, ¿bravura? No. Lo suyo es

inconsciencia. La que le aporta la edad. Esos maravillosos años. Desde luego.

—¿La puedo ayudar en algo, señora?

—No, no, gracias. De momento no necesito nada.

Tengo calor. Mucho calor. Las tiendas rebosan de prendas de invierno y solo con rozarlas me agobio. Viviré con la ropa que tengo en el hotel hasta que el destino decida. Pienso en el cambio de armario. El mero pensamiento me aleja a pasos agigantados de mi hogar. Rechazo la vuelta por algo tan aparentemente simple. Pero es uno de los trances más difíciles en la vida de una mujer. Te pasas varias semanas intentando cambiar la ropa de una estación por la de otra. Aunque sean

cuatro cositas de nada.

El invierno pasado creo que alcancé mi propio récord y llegué hasta junio con pantalones de pana, jerséis de lana y botines de piel. Atuendo ideal en Madrid para una temperatura caprichosa que alcanza, cuando gusta, los cuarenta grados. Eso sí. Liberé mi organismo de toxinas al menos para los diez años venideros. Vivía en un baño turco de forma permanente. Con la humedad generada era suficiente para abrir los poros y eliminar las impurezas y sustancias tóxicas que cohabitaban en mi cuerpo. En el fondo, no estuvo tan mal. Cambiar la ropa es uno de los momentos más estresantes de la vida de una mujer, y si el ambiente en el que vives te

impide hacerlo, por causas ajenas a tu voluntad, te ahorras tiempo y dinero. Como me pasó a mí. La limpieza de piel gratis, la sauna incorporada y a la dietista ese año le di vacaciones. Pierdes kilos a mansalva y la operación bikini te viene dada. El problema fue el bikini. Que al no haber hecho el cambio de ropa ni apareció. Pero delgadita, como nunca.

Analizándolo bien, el cambio de ropa es otra causa directa de un malestar espantoso y genera muy mal humor. En la familia en general y en ti en particular. Con razón. Es un penoso brete que si no se resuelve de la manera adecuada puede ser tormentoso. Si alcanzas tu objetivo, repercute, como

casi todo, en el carácter de Él. Que no te entiende y tampoco considera que sea para tanto. Ese nudo tan difícil de deshacer. Como una bola. Que se te atraganta. En serio. Un poco de paciencia sería lo ideal. Sobre todo después de tantos años viviendo la misma escena al llegar a casa. La que rompe la monotonía del horizonte diario. Le estoy viendo. Traspasar el umbral de lo que hasta hace unos días era nuestro cuarto (gimo) y encontrarse el lecho marital convertido en un paisaje tallado con mis propias manos. Una cordillera. La de *Al filo de lo imposible*. Porque empiezas con fuerza, pero lo dejas a medias. Las montañas se forman por sí solas en cuestión de segundos: la de

«por si acaso», la de «me cabe o no me cabe»; la de «lo doy o no lo doy»; la de «se lo doy a mi madre, a mi hermana o a mi amiga» o la de «me lo quedo fijo». Esta última vuelve al armario de inmediato. Las demás, cambian de sitio. De la cama al suelo (hay que dormir), del suelo a la cama (hay que andar). Al final, bronca y depresión.

No. No vuelvo. De momento. Mi voz interior me lo dice con claridad y firmeza. He de actuar de acuerdo con ella. Total. Los días no pasan, sino vuelan, y de regresar tengo que hacerlo en plenas facultades. Un impedimento que hiera mi frágil salud mental en el momento de llegar a casa —doy por seguro que quieren que vuelva— podría

ser el acabose. Ni hablar.

La firmeza con la que tomo la decisión me abre el apetito. Me compro un perrito caliente en Eat Dogs y me voy al banco que compartí con mi anciano amigo, impaciente por volver a verle.

Entretanto la ciudad y el murmullo de sus coches y sus habitantes desaparecen de mi conciencia para centrarme en el ahora. Libero mi cerebro de la sensación de caos en la que vive de forma permanente y me dispongo a deleitarme con mi comida. Amo los perritos calientes. He pasado demasiado tiempo pensando en el pasado y torturándome con el futuro. Voy a aprovechar el ahora. Aunque sea por unos instantes. El sol me sumerge en

un agradable sopor y me contagio de su calidez. Septiembre. De pronto un año más. Al menos para mí. Cada año, al llegar este mes, arranco las hojas del calendario con la impresión de que es ahora cuando me enfrento al año nuevo. La sensación de melancolía que arrastra el final del verano es mucho más fuerte en mí que cuando llega el 31 de diciembre. Este año, más que nunca. Septiembre. Un mes de transición. Entre el pasado y el futuro. Entre lo que ha sido y lo que será. Vuelta a empezar. Parece mentira que haya pasado un año de mi peculiar calendario. Doce meses suficientes para que mi vida entera gire de una manera tan brusca. ¿Quién me lo iba a decir a mí? Tanto y tan poco

tiempo a la vez. Pero suficiente para ponerme un alto en el camino y decirme que de mí depende, solo de mí, el futuro de mis días. El destino es otra cosa. Yo también construyo lo que le ocurre. De mis decisiones depende lo que suceda, aunque luego tenga la oportunidad de vivirlo o no vivirlo. Sí, no puedo rechazar que me desarrollo unida a mi destino, pero tengo la certeza de que, decida lo que decida, si él no se cruza en mi camino, depende lo que vaya a ocurrir.

No sé, a veces pienso que lo bueno o lo malo que se presenta en nuestro camino depende tanto de nosotros como de esa fuerza desconocida que se dice que actúa de forma inevitable sobre las

personas y los acontecimientos. Lo sé. Uno es dueño del argumento de su obra, pero no de su vida. El dolor, la alegría, las penas, la felicidad o la tristeza entran por la puerta que nosotros mismos abrimos, invitándoles a pasar. Con convencimiento o sin él. Pero incapaces de cerrarles la entrada de un portazo. Esta vez, no lo dudo, el destino pasa por mí. Es como volver al colegio. Dentro de muy poco sabré los resultados.

El tiempo pasa veloz, inexorablemente, sin que exista un remedio para evitarlo. Y como en cualquier septiembre los días se hacen más cortos y las noches más largas. Qué mezcla de emociones. Que bailan al

ritmo de este incierto carácter con el que no me queda más remedio que convivir. Complicado, sí, al menos complicado. Eso dicen. Las almas más sencillas. Las que quizás tengan la suerte de apartar de su vida el dolor, la incertidumbre, la angustia, la tristeza, con un simple pensamiento. Las que sufren de otra manera y por eso se convencen de que tú puedes luchar contra tu propio sufrimiento. Los que insisten, por su propio carácter, en repetirte que la vida no merece que te preocupes tanto. Los que jamás percibirán siquiera que lo que a ellos no les duele a ti te puede romper en mil pedazos. Los que no entienden que solo en los detalles una puede entender lo esencial. Una palabra, un

acto, una omisión pueden causar la debacle de una relación construida con la fuerza de los años. Los que se alejan cuando la herida es tan profunda que temen contagiarse de ella. Los amigos. Los que desaparecen en los momentos difíciles para no enturbiar la paz de sus días. Los que, según la «Teoría de la Autoeliminación» descrita a la perfección por el sabio CC, «al conocer con exactitud su incapacidad de dar la talla cuando más los necesitan desaparecen sin dar explicaciones. Son seres maquiavélicos que, además de abandonar, consiguen culpabilizar al amigo inocente». Qué duro. Tan contrario a la auténtica acepción de amigo. Medito. La amistad en los

tiempos de la soledad. La única amistad que cumple al pie de la letra el significado de la misma. La única capaz de reafirmar que ella, y solo ella, es el lazo más poderoso que existe. El amigo bueno no juzga tus sentimientos, a pesar de verse incapacitado para entenderlos, de no conocer su sentido. El que te acepta como eres porque sabe que nunca será igual a ti porque no hay nada más diferente que un ser humano con otro. El que lo sabe todo de ti y a pesar de ello te quiere. El AMIGO. Con mayúsculas. La amistad. Me empapo de nuevo de añoranza.

—Hola, amiga. ¿Me puedo sentar a tu lado? —me dice la voz que con tanta ansia esperaba.

—Lo estaba deseando —afirmo mientras me levanto para saludarle con un beso.

—¿Cómo estás hoy? —No le digo que en la misma soledad que me encuentro desde hace tantos días.

Me mira fijamente y descubro un rastro de ternura en esos ojos cargados de vida.

—Estoy, sin más.

—¿Y en qué pensabas?

—En la amistad. Tratando de entender las múltiples caras que presenta este sentimiento tan poderoso.

—Ufff —responde sentándose—, eso sí que es arduo. Es un sentimiento tan fuerte. Daría para una eternidad. La percepción que cada uno tenemos de la

misma es tan diferente que a veces hace de este sentimiento tan noble una fuente inevitable de dolor. Lo he visto. Gracias a Dios, nunca lo he sufrido. Mis grandes amigos desde que llegué a Madrid siempre han estado a mi lado. Hasta que murieron. Solo entonces se rompió ese cordón umbilical. Pero he sido testigo de muchas relaciones que han terminado ahogándose por el veneno de la envidia, por el poder del egoísmo, por la maldad de los celos. Siempre me he cuestionado la eterna afirmación que hacen muchas personas a las que considero inteligentes y que viene a decir eso de que nunca debes esperar nada a cambio de las personas que has elegido para compartir lo más profundo y lo más superficial de

tu vida. Los amigos. No estoy tan seguro. Si no esperas nada, si el otro no alimenta la relación, si hay que aceptar lo que no te gusta de él sin consecuencias, si es bueno no hablar de defectos o de lo que no te gusta. No sé, no sé qué valor puede llegar a tener una amistad si solo podemos ver a una persona repleta de virtudes para que no nos afecten sus defectos. O para no herirla por decírselo, si eso te daña. Es un tema tan complejo. No, no creo en el amigo abnegado que se da, da y da sin esperar nada a cambio. No conozco a nadie que, sin esperarlo de hecho, no espera de corazón sentir que recibe algo, lo que sea, de la persona que quiere. Otra cosa es que lo acepte. Pero

la amistad hay que alimentarla por las dos vías. La tuya y la del otro. Si no, difícil camino. Mi mujer sufrió mucho con una amiga a la que dio todo y de la que recibió lo justo. Tuvo una depresión durante una época de su vida y esa amiga, poco a poco, se alejó. No es raro que la gente desaparezca en los momentos difíciles. Como dice un proverbio chino: «Las buenas fuentes se conocen en las grandes sequías; los buenos amigos, en las épocas desgraciadas».

Me impresiona la dureza que transmiten sus ojos, hasta hace poco reflejos nítidos de bondad y ternura.

—Mi mujer murió hace cuatro años. Cuando vi a la amiga

desaparecida llegar al tanatorio a darme el pésame se me revolvieron los peores sentimientos. Fui muy duro con ella. No me controlé, de lo cual todavía no sé si me arrepiento. «Te necesitó viva, ahora ya no te necesita».

Me desconcierta su tono de voz. Me alarman sus palabras. No quiero que esto degenera en una situación desoladora. Es un tema que a mí también me hiere en el alma. A pesar del tiempo transcurrido. A pesar de que tantas amigas no entiendan el dolor que no supero. Por eso y por mucho, procuro centrarme en descubrir otro tema a debatir y en mi silencio escucho la llamada de atención de algo que me atormenta. Mi vejiga. Impaciente, me

lanza un SOS. No puede más. Demasiadas horas conteniendo lo que me niego desde hace años a que se convierta en incontinencia. Urinaria. Ejercitando lo que haya que ejercitar para evitar volver a la infancia. Jamás pasaré por ese duelo.

—Perdona un momento —exclamo con repentina urgencia—. Vuelvo en un minuto. —Inconsciente de mí. Un minuto.

Me dirijo sin más al primer bar que encuentro, y con la vergüenza que da entrar solo para ir directa al cuarto de baño, pongo esa cara de tonta que solemos poner las mujeres ante la mirada de un camarero que te indica sin dedicarte siquiera una ojeada cuál es la

dirección correcta. Comienza la odisea. La que vivimos a diario en cualquier cuarto de baño público. Un lugar diseñado sin duda por hombres. Masculino plural. Incapaces de entender que nosotras llevamos bolso. O mejor, llevamos media vida en nuestro bolso. Como era de esperar, entro en el habitáculo y ni un gancho para colgarlo. Ya empezamos. ¿Lo pongo en el suelo? No, qué asco. ¿Me lo pongo encima de las piernas? ¡Nooooooo! ¡Si no pienso sentarme! Al final, lo cuelgo en el cuello y hago equilibrios de todo tipo. Sudo. Mucho. Por el esfuerzo. El peso del bolso, mi pie... Consigo al fin la postura del equilibrio y se apaga la luz. Entro en un momento de pánico de tal calibre que

no sé si llorar o gritar. Respiro y doy pie, de nuevo, a una de las escenas más ridículas de mi vida. Me salto la explicación de la apariencia física — cuestión de orgullo— y continúo. ¿Dónde está el sensor? Comienzas, un pasito *palante* un pasito *patrás*, como la canción. Pero nada. Cambio de ritmo. Taconeo, muevo la cintura (momento bolso inenarrable). Tampoco. Busco el equilibrio y comienzo el juego de manos. Saludo a las paredes, al techo, y a lo que haga falta. De pronto, vuelve la luz. Emocionada, continúo. Poco dura la alegría, se vuelve a apagar. Y con tanta oscilación no me fijo dónde estaba el bien llamado «sensor de movimiento». Me rindo. Que sea lo que Dios quiera.

Cuando recupero la compostura lleno mis manos de jabón e intento poner en marcha el agua del grifo. A vueltas con el enemigo. El sensor. El que permite que fluya el líquido elemento. Con las manos llenas de jabón inicio mi peculiar desafío para encontrar el punto exacto y no hay manera. Desesperada y con las manos enjabonadas, cruzo disimuladamente al cuarto de baño de hombres y tres cuartos de lo mismo. Vuelvo al mío. Por mucha insistencia que pongo, nada. Me siento en la tapa del retrete y me echo a llorar. Imagino que por el cúmulo de circunstancias que se alían con mis tristes sentimientos.

No pienso en mi amigo, esperando en el banco fuera. Fijo mi mirada en las

manos y revivo la pesadilla que viví no hace mucho en un AVE. Cuando, ante la misma incompetencia del grifo, crucé vagones y vagones, con las manos cada vez más pastosas ante la imposibilidad de aclararlas y la mirada fija en el suelo para evitar encontrarme a ese amigo inoportuno que siempre aparece en el momento inadecuado. Hasta que una trabajadora del tren al ver mi rostro compungido me cogió de la mano con amabilidad, momento en el cual nos fusionamos. Literalmente pegadas. Y comprendió. Con una delicadeza exquisita me llevó a un tercer cuarto de baño donde, mano junto a mano, encontramos por fin el punto exacto para que el maquiavélico sensor mandara la

orden al agua bendita. Con cara de lerda volví a mi asiento.

Mi amigo espera pacientemente. Como imagino que ha aprendido a esperar al final de su vida. Los ancianos no tienen prisa. Actúan como si calcularan su propio ritmo de forma consciente. No sé a qué velocidad ha pasado el tiempo en el que he estado ausente, pero me mira como si llevara allí toda la tarde. Sin poderme contener, le cuento mis interesantes reflexiones.

—¿Por qué todo perturba cuando quieres hacer algo tan simple como acudir al cuarto de baño?

Escucho una fuerte carcajada. Me uno a ella y le explico, sin un atisbo de ordinariez, lo difícil que es para una

mujer mantenerse en equilibrio cuando la necesidad impera. En mi verborrea le cuento todo. Lo de hoy y lo del tren. Y mi perorata no tiene fin. Hasta que llego a lo que considero un tema clave también: el universo laboral.

—Siempre resulta incómodo hablarlo, pero no entiendo por qué. Es una preocupación diaria inevitable y molesta que afecta a los trabajadores de a pie. Yo, por ejemplo. Porque o eres un gran jefe con derecho a guardar hasta los secretos más íntimos o no tienes escapatoria. Es obvio. Trabajos donde trabajos, hay necesidades de carácter urgente que, o las resuelves, o puedes enfermar. No tienes salida, quieras o no, al cuarto de baño tienes que ir. Y

probablemente más de una vez al día. Pero claro, tampoco es lo mismo hacerlo en el de tu casa que hacerlo en el lugar de trabajo —le explico.

Me mira entre alucinado y preocupado. Creo.

—Imagínate. En el caso de las mujeres, el único del que puedo hablar, lógicamente, es un tema a analizar. Incómodo, pero un tema. Y difícil. El punto de encuentro de las féminas desde los tiempos más remotos se convierte en el universo laboral en todo lo contrario: el lugar donde nunca quieres encontrarte a ninguna otra mujer. Para ti, lo que allí quieres que sea un mero trámite se puede convertir en una auténtica agonía. Y no pongas el grito en el cielo, porque

no pasa nada. Es el día a día. El mismo pudor y el mismo deseo de intimidad pero en diferentes circunstancias. Porque cuando una compañera comparte contigo, por necesidad del guion, estos momentos, la cosa se convierte en algo engorroso. Incluso amargo. Por muchos motivos. El primero, el tiempo. No es fácil entrar a la vez y salir mucho más tarde. Porque mientras ella termina, como le dé por esperarte y tú necesites más tiempo, la cosa se complica y puedes llegar hasta a bloquearte. Por otro lado, el tema del sonoro. ¿Por qué tirará tanto de la cadena la chica que está en el habitáculo de al lado? Porque la vergüenza existe y las empresas nunca son conscientes de la importancia que

debería de tener insonorizar un espacio que solo puede ser sinónimo de intimidad. Por su bien y por el nuestro. Porque ante el agobio te puedes bloquear, ante el bloqueo eres incapaz de trabajar, y ante la vergüenza de unas y de otras la cuenta del agua puede subir a límites insospechados. Aquí sí, querido amigo, se podrían recortar los gastos. ¿Qué te parece?

—Que deberías patentarlo. Me has dejado impactado. No sabía yo que este tema daba para tan amplia disertación. Desde luego, nunca me acostaré sin saber algo nuevo.

Reímos. De tantas cosas sin importancia que hacen que vivamos momentos cómicos en la vida. Recuerda

él y recuerdo yo. Tantos momentos que vivimos día a día, casi sin percibirlos, y que nos producen una sonrisa inesperada. Me encanta escucharle, cómo desmenuza la realidad, los sentimientos, cómo hace de esos instantes efímeros un mundo de diversión, sus reflexiones. Me identifico con él. Cuando me dice cosas que le producen una sonrisa inmediata. O un momento feliz. Disfruto al oírle describir la cara de su perro al entrar en la bañera el día que le toca bañarse. O la sonrisa que le nace de forma involuntaria cada vez que alguien le pide el PIN de la tarjeta y al hacerlo gira la cabeza para mostrar su discreción a pesar de que lo más posible

es que no vaya a volver a verle nunca más.

—O una caída, empezando por la mía, y si no es grave, por supuesto. — Sonríe abiertamente—. Una de las escenas más divertidas con mi mujer, se repetía cada vez que íbamos al cine. ¿Te imaginas? En la puerta me empeñaba en que ella tenía las entradas y tras un duro enfrentamiento aparecían en mi mano.

Me suena. Y me prometo no volver a enfadarme si el destino devuelve a mí Él a mi camino y en el cine se repite esta escena por enésima vez. No merece la pena. A reírme. Como Arturo. Que sigue. Sonriendo. Cada vez más. Al recordar.

—Un ridículo tropezón, descubrir

que llevo puestas las gafas que tanto tiempo he buscado desesperadamente, explotar las burbujas del plástico del embalaje, que alguien se empeñe una y otra vez en dar al interruptor de la luz cuando se funde una bombilla como si de esa manera consiguiera la luz, las imágenes que forman las nubes, hacerme *selfies* a mi edad. —Y a la mía—. Ver a la gente titubear frente a una puerta automática o escuchar que aquel con el que hablas por teléfono tira de la cadena y al descubrir donde está sonrías. Y tantas y tantas cosas.

Le interrumpo. Se me ocurre.

—¿Sabes lo que a mí me hace sonreír y mucho? —Me mira interrogante—. Cuando suena el teléfono

de mi casa y mi marido dice la mítica frase: «Cógelo, que es para ti». Y es su hermana.

Obvio comentarle que creí escucharlo en la 412. A pesar de estar sola.

—¡Cómo eres de mala!

—O esas pequeñas mentiras sin importancia que le digo a mi Él. Porque las mujeres os mentimos en cosas triviales para evitar que nuestro matrimonio se tambalee. Seguro que de estas tu mujer te dijo varias. Con este engaño sabemos dar a la mentira apariencia de verdad, aunque os causemos una impresión equivocada en los sentidos y lo hacemos por el bien de todos para evitar esa realidad. Porque

una realidad —le indico con una profundidad impactante— puede ser sinónimo de discusión, conflicto, pelea o bronca. Y desgasta. Por eso, cuando la situación lo impone, hay que recurrir a esas pequeñas mentiras sin importancia. Pero tan necesarias como las que vienen a continuación. Sitúate. Él pregunta; ella responde. ¿Y esos zapatos? Me los han regalado (mentira inmediata). ¿Ese vestido te lo has comprado SOLO para una boda? Nooooo, me lo ha dejado mi hermana. ¿Esa camisa es nueva? Qué dices, si es del año pasado. Como nunca te fijas en mí. (Mentira con trampa porque además origina sentimiento de culpa). ¿Has ido a comprarme los calcetines? Claro, pero no quedaban

azules. Llegan mañana. ¿Han estudiado los niños? No han hecho otra cosa. ¿Has llamado a lo que te dije? Por supuesto, pero ha habido un fallo en el sistema informático y no me lo han podido decir. ¿Ese gazpacho es de hoy? Sí, ¿a que está bueno? (tiene cinco días). ¿Me has quitado dinero de la cartera? ¿Yo? Qué va. ¿Y las monedas que estaban aquí? Ni idea. ¿Has visto el «rayajo» que tiene el coche? Nooo, si nunca lo cojo. ¿Has ido otra vez a la peluquería? ¡¡Pero qué dices!! Me lo he hecho en casa yo solita. Me ha quedado un poco raro, ¿no? ¿Te gusta esta moto? Me apassiona. (Te trae sin cuidado). ¿Has reservado mesa? Sí, nada, todo lleno. ¿Anulo la cena? ¿Qué más da? Son pequeñas mentiras sin

importancia. Que ayudan a rozar la paz. A evitar la guerra. En el fondo, lo hacemos por Ellos. Por amor. No sabía cómo decirlo. Solo por amor.

—Ya, somos... ¿tontorrones? —añade con guasa—. Ahora entiendo. Tantas veces, mi mujer. Los calcetines (jajajaja). En lo único que no opino es en lo de los niños. Nunca tuvimos. Pero no te entristezcas. Fuimos profundamente felices.

—No lo dudo. —Y con ese exceso de naturalidad, marca de mi carácter, que ha supuesto tantos momentos de horror a la gente de mi alrededor al hacer determinadas preguntas que me interesan, le digo—: ¿Y lo has echado de menos?

—No puedes echar de menos lo que nunca has tenido. Sí que quisimos, pero no lo conseguimos. La vida nos recompensó esa añoranza con una pasión infinita. Mi mujer, la persona más importante de mi vida y a la que echo de menos desde que me levanto hasta que me acuesto, ha sido y será el gran amor de mi existencia. Cuando se fue, sentí que, poco a poco, día a día, moría de amor. Del amor de su ausencia. Comprendí lo fácil que es dejarte llevar por la pena y no hacer nada por evitarlo. Nada más que dejar vivir tus días hasta que llega la noche, ese momento terrible en el que el dolor se agranda hasta convertirse en enfermizo. Es horrible. Cuando el día se anuncia parece que se

aplaca. Mínimamente. Pero lo hace.

—¡Qué envidia haber vivido una pasión así! La echarás terriblemente de menos.

—Sí. Mitigo mi dolor ayudando a los que lo necesitan. Desde entonces voy a un centro de chicos con diferentes tipos de discapacidad psíquica. Me hacen feliz y estoy completamente «enganchado» a ellos. Allí tienen de todo. Colegio, talleres de trabajo, unos educadores impresionantes y voluntarios fuera de serie. ¿Sabes? Ellos sí que te enseñan el significado de la felicidad. Menos mal que el mundo ha cambiado y la sociedad cada vez es más sensible. Allí les enseñan a encontrar el camino que les guíe por la vida. Para que

formen parte natural de nuestra sociedad, sabiendo, además, que así será más rica y diversa.

—No lo dudo —contesto enternecida—. Mi ahijado, Ale, es uno de estos ángeles. También va a un centro como el que me describes, donde le enseñan, aparte de a ser todavía más feliz, a aprender a vivir para ser independiente. Solo es eso. Porque lo demás se lo sabe muy bien. Es un genio.

Pienso en él. La de veces que le habrá preguntado a su madre que dónde estoy, que cuándo vuelvo. Él sí que me estará echando de menos. Él y el perro. Mi Bruce. Los demás no lo tengo tan claro. Pero vuelvo a Ale. No puedo imaginar el abrazo de oso que me dará

al verme. Lo estoy viendo. Agarrado a mí como una lapa y con sus ojos fijos para no romperse de emoción. Es un *crack*. Con su sonrisa permanente, un sentido del humor increíble, una ternura que escapa de los límites habituales y una sensibilidad alucinante. Nacido por y para fabricar felicidad. Capaz de hacerte reír en los momentos más tristes mientras manipula cualquier aparato tecnológico. Con una memoria privilegiada, un sentido común para algunas cosas que ya me gustaría a mí tenerlo, unos golpes de ingenio que lloras de risa cuando menos te lo esperas. Son tantas las anécdotas que recuerdo de él y su forma de ver la vida que al pensarlo se me llena el corazón

de amor. Dieciocho años ya. Cuántas veces hemos dado gracias a Dios porque sea diferente. Lo que es la vida. Un ser humano sobrado de sentimientos, cargado de inocencia y sin un solo defecto. Un niño. Lo será siempre. Porque nunca dejará de serlo. Medito sobre el término discapacidad. Me mofo. ¿Discapacidad? Habría que borrarlo de cualquier vocabulario. Capacidades diferentes. Muchísimo más valiosas.

—Yo llevo tantos años yendo allí que no creo que exista un lugar en el mundo que me arranque más sonrisas y me cargue de tanta ternura —me dice—. La gente tendría que concienciarse mucho más. Son seres extraordinarios de

los que deberíamos aprender todos los días. Cuando pienso que hay gente que no sabe ver que con ellos recibes mil veces más de lo que tú das, me pongo enfermo.

—Es verdad. Hay personas carentes de sensibilidad. En alguna ocasión he presenciado escenas, con alguno de estos niños, que me han revuelto de rabia. Pero esa gente no merece la pena. Sin embargo, creo que la juventud es maravillosa, mucho más solidaria ahora que antes. Lo veo en mis hijos, mis sobrinos, sus amigos, tantos jóvenes que trabajan de voluntarios.

De pronto, como caído del cielo, aparece frente a nosotros un niño con síndrome de Down. Lo que es la

casualidad. Parece que la emoción de nuestras palabras lo ha traído hasta esta plaza y la fuerza de su ternura nos hace mantenernos en silencio. Le miramos cargados de ese sentimiento que solo ellos pueden provocar. No sé calificarlo ni me importa. Me embarga de emoción. Me dan ganas de acercarme y cogerlo entre mis brazos. Me acuerdo de Javierete. Que se fue demasiado pronto. De Victoria, mi pequeño gran amor. De Luisete, al que conozco desde niña. De Patricia. A la que tanto echan de menos. De Ana. A la que veo en la playa. De Álvaro, mi grandísimo amigo. Aunque prefiera a la otra rubia. Y de David, por supuesto. De todos. Lo de menos es el nombre. ¿Lo de más? Que estos seres

humanos, que nacen con ese cromosoma fuera de sitio, el que marca la diferencia, el cromosoma extra en el par número 21, son extraordinarios. En el más amplio sentido de la palabra. Porque esta anomalía viene acompañada de un don especial, el de hacer feliz a los demás. También. Esa capacidad diferente. Que nos enseña cosas increíbles, como aprender a valorar a las personas por su corazón, no por su inteligencia. Como hacen ellos. Con ese corazón cargado de ternura, que late de manera distinta, pausada, generosa. Sí, hay más ángeles en la tierra. Ellos, porque también ellos son capaces de sacar lo mejor de cada uno, lo mucho — o lo poco— de bueno que tenemos las

personas. ¿Sus armas secretas? La ternura que transmiten, el sentido del humor, su curiosidad, la alegría que irradian. Su mirada, sus gestos, sus palabras, su sonrisa. Permanente. Y contagiosa. Tanto que es imposible estar serio ante ellos. Yo, literalmente, me muero de risa con ellos.

—Sí. —Parece leer mis pensamientos—. Mírale. Puro, gracioso, natural, sin malicia, con su carácter, tozudo seguro, genial.

—Son alucinantes. —Y le cuento —: Entre los muchos regalos que me ha dado mi profesión, siempre recuerdo el día que pasé en un colegio de educación especial, poblado de niños con síndrome de Down. Nunca olvidaré el

titular que me dio una joven a la que tuve la suerte de entrevistar. «No somos tontos, somos diferentes». Al decírmelo me impresionó tanto que me quedé en silencio. Hasta que comprendí. La razón en esas palabras que salían de un alma distinta. La que marca ese cromosoma extra. La que marca la gran diferencia. Entre lo celestial y lo terrenal.

La vida sigue su ritmo ante nuestras propias reflexiones. Hablar de estos seres tan maravillosos, sin ápice de maldad y cargados de humanidad, me hace sentirme de una manera distinta. Estoy segura de que a él le pasa lo mismo. Mi fibra más sensible se despierta y siento que necesito a mi lado a las personas que tanto quiero. Las

estupideces se desvanecen en mi cerebro y reflexiono sobre el origen de mi actual soledad. ¿Qué me habrá traído hasta aquí? Si al menos pudiera acordarme. La memoria. La he perdido. Del todo. Ni a corto ni a largo plazo. No recuerdo nada.

—¿Tú tienes buena memoria? —
cuestiono de sopetón.

—Sí. Yo creo que sí. Cuando eres tan mayor como yo eres capaz de recordar mucho más de lo que imaginas. Soy capaz de revivir hasta los más nimios detalles de situaciones imborrables en mis pensamientos. Para mí los detalles tienen un valor incalculable. Un gesto, una mirada, un acto cometido por un impulso

incontrolado. El fragmento más pequeño puede ser determinante para que ocurra algo imprevisto. Importante o no.

—Ya —contesto desganada—.
Todavía no me has preguntado por qué abandoné a mi familia.

—Espero a que tú me lo cuentes. Si es que así lo deseas. Si no, me basta con tu compañía. En la vejez uno puede llegar a sentirse muy solo.

—En realidad, no soy capaz de encontrar el detonante que me hizo salir de casa. Todavía no me creo lo que hice. Adoro a mi Él, pero me resultaba imposible la convivencia. Tenía que hacerlo, encontrarme a mí misma, pensar en el presente y saber qué quiero en el futuro. Bueno, qué queremos, porque

quizás Él ya no quiera nada. Es un hombre maravilloso y comprendo que esté harto de mí. No sé, no sé lo que me impulsó a coger este camino.

—¿Qué pasó tan grave para que te fueras de repente? —pregunta, enlazando sus grandes manos mientras inclina su cuerpo hacia adelante. Se levanta un viento suave.

Me da vergüenza decirle que no lo sé. Que mi capacidad de recordar se ha transformado en incapacidad. Que intentar tan solo evocar hechos pasados se ha transformado en una tortura. Que no registro, no conservo, no recuerdo. Que esa potencia del alma en mí no ha dejado ni rastro.

—No lo sé. Solo sé que fue un día

horrible. Una de esas jornadas que se tuercen en tan solo media hora. Recuerdo que me disponía a escribir — con las ideas tan poco claras como de costumbre—, cuando Murphy, con su ley auestas, se manifestó en su versión más cruel a primera hora de la mañana. Ordenador en mano y con el sueño de ver cumplido aquello de «Al que madruga Dios le ayuda» —en mi caso y desde ese mismo instante se transformó para siempre en «A la madura Dios no la ayuda»—, esperaba ver llegar ese instante de brillante inspiración, cuando el timbre de la puerta me alteró. Me encontré con un empleado de Telefónica —desde ese día debe de estar de baja con trastorno de ansiedad—, que iba a

instalar el cable de fibra óptica. Justo en ese momento. No podía ser en otro. A dos horas de la operación a la que debía someterse una de mis adoradas hermanas; a tres de que mi hija se fuera de viaje (con todo lo que conlleva que una adolescente se vaya sin tener absolutamente nada hecho justo antes de irse); a cuatro de que mi hijo, apodado «el soñador», tuviera la recuperación de ese examen «que no entiende por qué le han suspendido si le salió para diez»; y a cinco de tener que entregar mi trabajo en el periódico. Alteración al cuadrado. No sé si me entiendes. En ese estado llamé a mi marido a la oficina con un grito casi histérico y le eché la culpa de todo. Fue un acto reflejo. El problema es

que al otro lado del teléfono no se encontraba él. Era una compañera de trabajo. Él, mi marido, estaba de camino a casa porque yo, su mujer, le había avisado de que el señor de Telefónica vendría en media hora, hecho que, por cierto, no registré en mi memoria. Apenas eran las nueve y media, y mi hogar se transformó en un nuevo «tsunami», término con el que casualmente mi adorada hermana mayor me apodó hace tiempo. «Tsuna», me llama «Tsuna».

Sigo.

—Él, mi marido, entró como una exhalación; él, el hombre de Telefónica, arrampló con todo aquello parecido a un cajetín para encontrar la conexión

perdida, moviéndome de un lado para otro de la casa hasta hacerme acabar en el cuarto de baño, ordenador en mano, mientras el pequeño él, el perro, insistía en hacerse con una de sus piernas; Ellita, mi hija, superó con creces cualquier expectativa y Elito, mi hijo, se la cargó. Por estar ahí. ¿Te parece poco? Media hora en la vida de una mujer. Así podríamos titular algo. No sé el qué, pero algo.

Llora de risa. Literal. Le observo acelerada —imagino, por tener que revivir ese momento—, y no sé si se mofa de mí o le parece muy gracioso lo que a mí me produjo tal malestar del que todavía tengo secuelas. Me desconcierta. Por un instante le miro en

modo hombre y me altero.

—Perdona, no te alteres —sí, dice exactamente esa palabra—, pero es una situación muy cómica. Me ha hecho gracia cómo lo has contado. Y desde ese momento hasta que te fuiste por la noche, ¿qué paso?

—Ni idea. Lo tengo borrado. Completamente en blanco. Es como si ese día no tuviera día. No sé si me entiendes. Solo mañana y noche. Y un mar de lágrimas. ¿Qué pudo ser? Lo que estoy segura es que no fue por las palomitas. Ese día no fuimos al cine.

—¿Perdona?

—Sí, reconozco que yo también soy muy maniática —doy por hecho que sobreentiende que Él, el mío, lo es—, y

tengo una debilidad enfermiza con las palomitas de maíz. Es como lo del huevo y la gallina. No sé qué va antes cuando vamos al cine, si mi deseo de ver una buena película o el placer que me produce estar con un bol gigante de palomitas entre mis manos. Él nunca se compra, a pesar de lo que le insisto, y yo no soporto que me coja las palomitas de mi bolsa. Él lo sabe. Y sigue haciéndolo. Algo tan banal me pone tan nerviosa que me transformo. ¿Por qué no se compra las suyas? Porque no quiere. Una y otra vez. Mete las manazas. Y se las come. Porque si no, soy una egoísta. Y me hace sentir así. Y no lo soporto. Igual que no soporto —en eso mi Él es la educación llevada a su máximo

extremo— que la gente haga ruido al comérselas. Hay que saber hacerlo. En silencio.

Anonadado. Me mira anonadado. Aguanto el tirón. No soy una mujer que me ponga de perfil ante la adversidad, más bien todo lo contrario. Intuyo una opinión poco favorable a mi alegato y no estoy en situación de escuchar una crítica. Una nimiedad de este calibre no puede ser el detonante de una decisión tan grave. Lo estoy viendo. A punto de decírmelo. No le falta razón. Pero, en el fondo, ¿no se inician las más duras batallas maritales por estupideces? ¿No será que cualquier chispa es capaz de encender un fuego cuando menos te lo esperas? ¿Qué se esconde en lo más

recóndito de una pareja para hacer sonar la alarma en el momento más inesperado? Mucho y nada a la vez. Todo. Ese cúmulo de vida. El cansancio, el trabajo, los hijos, la edad, siempre la edad, la avanzada mediana edad, las manías, el entendimiento, las hormonas. Eso, las hormonas. Pero no solo las nuestras. Las de ellos también. Porque aquí, que a nadie se le ocurra tirar la primera piedra. Sin distinción de sexos. Menopausia (¡Dios me libre!) y andropausia. An-dro-pau-sia. Que hay muchos que todavía no lo entienden. Pues que quede claro. Tanto hablar de la primera y tan poco de la segunda. La menopausia masculina, un concepto prácticamente desconocido en el

universo femenino, y estoy casi segura de que en el de ellos también. Recuerdo una vez lo que escuché de un Él a una Ella. «Mira, déjame en paz, que debes estar en plena menopausia», le dijo, claro, con esa sonrisa tan especial. Y sin cortarse un pelo. Ella le contestó. «Anda, anda, calla, que tú no sabes ni cuándo empezaste con la andropausia». «Buah». Se quedó como nueva. Y le miró la tripa. Qué curioso.

Recapacito. Ciencia ficción. Pura y dura. En este difícil tránsito todo lo que nos sucede es surrealista, incierto, ajeno. «Esto no me puede estar pasando a mí», te martirizas una y otra vez. Y te pasa. Probablemente también a todos los que, como nosotros, vamos alcanzando

tanta vida compartida. Gracias a Dios. A pesar de. La metamorfosis. De unos y otros, por supuesto. Porque lo de su tripa no está bien, podría estar mejor, pero, ¿y nuestra cintura? ¿Dónde está? ¿Y las arrugas? ¿Por qué están? ¿Y la piel? ¿Por qué se cae? Con lo mono que estaba todo en su sitio. En fin, detalles sin importancia (mentira) que te perturban día a día. Como los dolores, signo inequívoco de esta etapa. Eso sí que fastidia. «Manifiéstate». Y se manifiestan. Cuando quieren. En cualquier sitio. Sin permiso. Contracturas y tirones son parte de nuestra vida. También la falta de sueño. Entre los que no duermen de verdad por culpa de la edad y los que duermen,

pero les encanta decir que no han pegado ni ojo, es un sinvivir. Mediana edad. Esa en la que tienes que seguir haciendo todo con tu mismo cuerpo sin que ya sea el mismo. Cuando compruebas, si eres adepto al ejercicio, como dice mi querido doctor (internista/psicólogo), «que el envejecimiento es cuando el calentamiento es sinónimo de agotamiento». Esa en la que «siempre estás estupenda para la edad que tienes»; esa en la que los límites pierden su infinidad. Desde la vista —no sin mis gafas— hasta el oído —perdona, que no te he entendido—. De sexo, como decía aquella, ni hablamos.

Gracias a Dios este último

pensamiento lo mantengo en silencio. He pensado sin alzar la voz. Tiemblo. Quizás, solo quizás, esté recuperando algo de cordura. Nunca la totalidad. Jamás la conocí.

—No sé muy bien si estás deprimida o sencillamente vas cumpliendo años y haces de una pequeñez un mundo. —Se pone serio—. Cuando te encuentras en la mitad del camino, como estás tú ahora, donde la distancia entre el pasado y el futuro se percibe más pequeña, pasan estas cosas. Pero hay que plantarse. ¡Qué suerte estar vivo! Un poco de esfuerzo basta para salir adelante y ver las cosas de otro color. Pese a que los problemas y tristezas se acumulen, hay que poner fin. Quitar el «pre» del

término preocuparte y ocuparte, sin más. Si hay algo que aporta la edad es una nueva visión de la vida. Es la madurez que solo llega cuando te aceptas tal y como eres. Qué poco importan las tonterías y cómo relativizas las cosas. Aprendes a mirar los problemas con cierta serenidad, a comprender, a ser más sensato. Aunque la melancolía aparezca cuando menos te lo esperas. Siempre estará la gente que te quiere para compartirla, los de verdad. Y entre ellos, el más importante, tu Él, como le llamas. Que, por cierto, no debe de estar tan mal para que lleves a su lado tantos años.

La morriña me acecha. No solo no está «tan mal». Es estupendo.

Maravilloso. Y encima guapo. E inteligente. Y discreto. Menos mal, conmigo basta. Sobre todo con el paso de los años en los que una fuerza superior me incita a decir lo que estoy pensando. Sea lo que sea. Exceso de sinceridad. Desde siempre. Elevado a la máxima potencia cuando todo te empieza a importar mucho menos.

Vuelvo a mi Él. Cada día más atractivo. Lo cual odio. Porque me ratifica en mi convencimiento de que, en general, ellos envejecen mucho mejor que nosotras. Eso no me gusta. Nada. Me estoy poniendo celosa. *La novia de papá*. O como se llame. La obra. Que no quiero que cumpla ese tópico tan típico de hombre mayor-mujer joven. Me

niego. Creo que me está dando un ataque de celos. Se presentan ante mí como simples menudencias el resto de los tópicos típicos y legendarios. Como el de la toalla mojada encima de la cama. ¿Por qué? Algo tan simple... Es hombre, sí, pero nada más. Cambia compulsivamente de canal cuando se aferra al mando, ¿y? No habla. Emite. «Mmmm». «Sí». «No». «Nada». «No me pasa nada». Pobre. Ya hablo yo por él.

Pero es buenísimo. Noble. Un señor. De los pies a la cabeza. ¿Por qué le habré abandonado?

Me vuelvo hacia Arturo. Como piense un solo segundo más voy a explotar.

—Te invito a cenar —le digo.

—¿De verdad? No sé cuántos años hará que una mujer no me hace una proposición de este estilo. Acepto encantado.

Y nos vamos. Paseando. Hasta llegar a una terraza que por sí sola se podría convertir en un personaje literario. Desprende vida. Alegría. Animada, tolerante, multicultural. Atracción total. Que no fatal. La improvisación se pone de nuestra parte y nos regala una mesa apartada pero perfectamente ubicada para llenarnos de un estallido de colores que nos concede esta tarde de otoño. Respiramos la estación que acaba de llegar y nos embriagamos con su olor mientras recorremos lentamente los

rostros de la gente allí sentada. Cómo me gusta Madrid. Estoy completamente enamorada de la ciudad que me vio nacer. Tan entusiasta, abierta a todo el mundo, cargada de riqueza cultural y, sobre todo, de riqueza humana. ¿Cómo estar triste en un lugar como este? La vida fluye incesable y nos entregamos a ella como adolescentes dispuestos a disfrutar de ese mágico momento. El poder del ahora. No existe más. La música nos envuelve por los cuatro costados. Sin molestar. Comenzamos a hablar. Qué extraña pareja.

—¿Te gusta la música?

—¿Cómo no me va a gustar? Es el refugio de la sensibilidad. Encierra el poder de generarte sentimientos tan

contradictorios como la alegría o la tristeza en ese corto espacio de tiempo que separa una melodía de la otra. Te traslada de un momento a otro con la fuerza de sus acordes, la magia de un instrumento, la sensibilidad de un compositor capaz de combinar sonidos y silencios. El lenguaje de este arte es susceptible de transmitir emociones de carácter universal. Con capacidad infinita para sanar un alma herida, amansar a las fieras, reducir el estrés, mitigar el dolor e incluso mejorar la salud. También científicamente comprobado. Pero si pienso en la música, lo hago sobre todo en el impacto emocional que produce. En la garra de su carácter. En la profundidad

de un sonido inigualable que consigue hacernos llorar sin saber muy bien por qué.

De nuevo el hombre sabio. Con el que comparto sentimientos, aunque no sabiduría. Al que soy capaz de entender al recordar, por ejemplo, la inmensidad de un «Ave María» como el de Gounod o una banda sonora como la de la película *La misión*. Cuando la música se hace canción y a la melodía se une el registro de una voz. O de varias. Capaz, o capaces, de atravesarte el corazón para hacer de él un instrumento a su servicio. Para unirte para siempre con esa persona que perdiste —«*When I lost you, honey...*», como dice Springsteen en su incomparable «Drive all Night»—

o con esa persona que ganaste para formar parte de tu vida. Hay canciones que al cerrar los ojos se convierten en personas. Pienso en Él. La música es su refugio. Creo que le transmite cosas que yo soy incapaz de entender. Escucha sus melodías favoritas con toda su alma, con todo su cuerpo, y a veces desaparece aunque esté en mitad de la casa. Para volver a aparecer. Y pedirte, como si fuera el deseo más importante de su vida que escuches, por enésima vez desde que estoy a su lado, cómo entran los acordes de una guitarra o cómo se transforma en magia el sonido que sale de un saxo. Casi siempre del mismo. El de ese inolvidable saxofonista. Big Man. Clarence. Clarence Clemons. Se lo

cuento.

—A mi Él le gusta tanto la música que se olvida de la existencia de cualquier ser humano que haya a su alrededor cuando se cobija en sus cascos para aislarse del mundo. Le gusta todo. Bueno, todo no. Y sobre ese todo, una debilidad, más bien una enfermedad, Bruce Springsteen y su banda. Cuando murió Clarence Clemons, el saxofonista de la E Street Band, mi casa parecía un velatorio.

—No me extraña —me sorprende con su afirmación—. A mí también me encantaba. Y no me mires con esos ojos de incredulidad, porque para mí Bruce es un poeta.

Esto no puede ser verdad. A su

edad y hablando de mi otro Él. No le cuento mis sueños para no escandalizarle. Le dejo divagar. A media voz.

—Una canción es capaz de reflejar tus sentimientos, de acompañar tu estado de ánimo, de hacer de su música una señal de identidad tuya con la que el poeta de turno, que compuso esa letra, te traslade a ese momento en el que tú viviste exactamente lo mismo. Quizás la compuso cuando su alma estaba herida, como la tuya. O quizás lo hizo cuando su alma estaba ya sanada, como la tuya. Y consigue que esa melodía, esa sucesión de sonidos que es percibida como una sola entidad, adquiera el carácter de inmortal dentro de tu alma. Allí, donde

todas las emociones, siempre y cuando vengan a través de ese acorde, esa voz, esa letra, son siempre bienvenidas.

Me reencuentro con Shirley. Tarareo el inicio de la canción. «*I'd like to run away from you, but if you never found me I would die*» («Quisiera huir de ti, pero si no me encontraras, moriría»). Siento que desfallezco. No ha hecho ni amago. Si hubiera querido, me habría encontrado. No es tan difícil. Conociéndome como me conoce, con teclear en Internet hoteles en Madrid lo hubiera encontrado. Only You. Aunque no sé. Es hombre.

—¿Sabes cómo llama mi Él al matrimonio? Martirmonio.

Es mentarlo y ponerme de muy

malhumor. La noche se tuerce. No me hace ninguna gracia. El martirmonio será para nosotras. Que no paramos en todo el día. Me voy incendiando. Por dentro y por fuera. Un espantoso sudor me convierte en la mujer mopa. No sé si por un sofoco natural o por la indignación que me produce su atrevimiento. Sudo. Si me abanico, malo, si no lo hago, también. O me delato o brillo. Descaradamente. Y nunca mejor dicho. Pero no por mí misma, ya me gustaría, sino por el aspecto brillante que toma mi rostro. Sí, sudo. Y mucho.

—¿Por qué será tan ordinario sudar? —le pregunto de sopetón. Sin dejarle responder, continúo—: Si es un proceso natural del organismo, no lo

entiendo. Además, sudar, sudamos todos. Hagamos de este proceso algo positivo y lograremos lo increíble. Mejorar el carácter de tantas mujeres que, como yo, sufrimos las inclemencias de los cambios climáticos. De las altas temperaturas. Del tiempo. Interno y externo. Lo estoy viendo. La gente haciendo de lo natural algo brillante. De un tema tabú y escabroso una conversación amena y divertida. Cambiemos esta estúpida regla establecida y hagamos del sudor un hecho extraordinario. Busquemos su lado bueno. ¿El sudor? Es una pasada. Adoro el aspecto brillante que toma mi rostro bañado por esas gotas de sudor indomables. Todo son beneficios.

Limpia la piel —e incluso el maquillaje— dejando un aspecto resplandeciente. Con brillos que deslumbran de forma especial. Como el de encima del labio superior de la boca. Que poco a poco se transformarán, seguro, en un relleno natural de esas arrugas que se convierten en el denominado código de barras. Ideal. Ideal de la muerte. Veo. A esa amiga franca que con tal de estar de moda cambia su agradable «qué espanto, cómo te suda el bigote» por «qué preciosidad el resplandor de tu bigotillo». Encantada. Porque a ella lo que le suda es todo. Siempre. Su cuerpo parece enfundado en un vestido de charol que resplandece con la fuerza de su continua exudación. Pero te callas.

No te apetece decirle nada agradable. Ella sigue. «Hay que ver ese canalillo, inundado, en el que brota una fuente de gotas de este fluido transparente que parece no tener fin. ¿Y tu cogote? ¡Estás a la última! Deslumbra a pesar de tu extraña cabellera convertida en un pequeño barullo de pelo con aspecto de “moñigo”». Entonces tú, la mujer de moda, con el ego en sus máximas, nada más llegar a casa (la que tenga) preguntas: «Espejito, espejito, ¿quién es la más brillante de todas?». De momento, no sabe, no responde. Hay que actualizarlo. Me encantaría. Gritar a los cuatro vientos. Alto y claro. Sí, sudo.

He perdido el sur. Lo sé. Pero es un tema que me incendia. Como el

pasado mes de julio. Qué horror. Del calor al sudor y del sudor al calor. Entré en un bucle. Como siempre que acecha. Mis pensamientos giran en negativo y nunca encuentro solución a tan bochornoso problema. Otro obstáculo fijo y brillante en esta maravillosa etapa de la avanzadísima mediana edad. Del calor al sudor y del sudor al calor. No hay salida. Es como el día de la marmota en versión termostato. Por muy fina que te pongas. «*Men sweat, women perspire, dancers glow*», como en *Fama*, me dijo una joven y guapa amiga. Los hombres sudan, las mujeres transpiran y las bailarinas brillan. Pues yo sudo, transpiro y brillo. Y no precisamente a modo bailarina. Soy una

mujer cubierta de líquido transparente y mi única obsesión es que ese conjunto de gotas luzcan en mí de la manera más estética posible. Para salir airosa. Insisto. Por eso mi deseo de darle una vuelta al tema, sin filtros, y llegar a una conclusión positiva ante la adversidad del ambiente. Cuando abrasa y languidece. Que aumenta el nivel de calor de tu cuerpo hasta límites indefinidos y repercute de manera proporcional en lo que viene siendo tu carácter. En mi caso concreto, mi mal carácter. Como el aumento de capacidades tales como la irritabilidad, impaciencia o apatía. ¿Resultado? Soy metereosensible. Me lo diagnosticó el médico en su día. Cualquier cambio en

el ambiente repercute en mi conducta. Obvio mencionar las consecuencias de la misma. Él, mi Él, casi me deja (hubiera sido horrible que lo hiciera antes que yo) con la llegada de la ola de calor. Por mi conducta. Que no mi culpa. La culpa es de mi hipotálamo. Que, como su propio nombre indica, es el encargado de regular la temperatura corporal. Y conmigo se ceba. Para que sude. Y no brille. No para. En su maldad se pasa el día mandando mensajes a las glándulas sudoríparas para producir más sudor. Y me transforma. Porque yo lo sé. Las situaciones extremas producen conductas extremas. En mí especialmente.

—Entonces eres un genio —su voz

me aleja de mi hipotálamo—. «El genio es un uno por ciento de inspiración y un noventa y nueve por ciento de sudor». Lo dijo un hombre excepcional, Thomas Alva Edison. Ya te he mostrado el lado positivo.

Qué tío. Edison. Fue capaz de ver mucho más allá de sus geniales inventos para realizar la definición de genio más perfecta que he leído en mi vida. Y eso que no me conocía.

Y de ahí la conversación se extiende y como un pulpo comienza a tocar con sus tentáculos tantos temas de la vida cotidiana que aún no hemos mencionado. Le cuento lo injusto que me parece el papel de la mujer en los hogares. Cargadas de obligaciones no impuestas

solo por la naturaleza.

—Tengo una amiga muy graciosa que dice que ella solo aspira a tener un marido mujer. Del sexo masculino pero con las mismas «prestaciones» que aporta el sexo femenino. Que le haga igual un cuadro de Excel que un *planning* de la semana con las actividades escolares y extraescolares de sus hijos, o que le comente lo mona que está con ese traje o lo ideal que iba menganita en la boda de fulanita. Un marido mujer. Que encima haga *comenting*. Ya sabes, comentar un poco. Y otra que sienta a su marido para intercambiar información (osada) y tomar decisiones y acaba haciendo *brainstorming* a solas. Nos contaba en

una cena: «El tío aguanta el tirón y yo acabo suplicándole que me diga sí a algo, porque si no mis hijos ni siquiera irían al colegio».

—Pues mi cuñado paga a las hermanas de su mujer para que se la lleven de viaje. Querida amiga, tenlo claro. A nosotros también nos gusta estar solos. No, no somos distintos. Somos opuestos. En el fondo, todo lo que me dices no es tan grave. Son «tonterías» que se pueden arreglar. Mi mujer, cuando salíamos, siempre se llevaba un par de llaves por si ella quería quedarse y yo volverme a casa. Y eso en nuestra época no era lo normal.

Una mujer con vista, pienso. Para encontrarme de nuevo con la figura de

mi Él. Lo represento en idénticas condiciones. Como tantos. Y le cuento. Lo que nunca he contado a nadie. Por mi osadía. Por mi atrevimiento. Porque realmente no sé cómo fui capaz de hacerlo. La respuesta podía haber sido una bomba para nuestro matrimonio.

—Hace unos años, cuando llevábamos unos quince años de convivencia, le pregunté a mi marido: «¿Tú qué piensas de mí?». Así, sin venir a cuento. Imagínate la escena. Los dos en la cama, leyendo, cada uno a lo suyo, ya sabes, una de las típicas escenas de matrimonio. Él, con las gafas en la punta de la nariz y en estado de *shock*, se giró, me miró fijamente y dijo: «Eres excesivamente sociable». Y siguió

leyendo para no estropear esa bonita escena.

Me pareció una contestación extraña, desde luego, pero no exenta de lógica. Así lo entendí al comentarlo, como comentamos todo, la verdad, con mis amigas. Fue decirlo y saltar todas enloquecidas. El tema se centró en «Vamos a hablar del momento en que salimos de casa para ir a una cena/fiesta/evento nocturno». «No lo soporto —dijo X—. Mi Él es entrar en el ascensor y decirme: “Te advierto que no me voy a acostar tarde”. Y ya salgo enervada, claro». El resto asintió, sin excepción. Y casi todas hacían (¿o debería decir hacemos?) lo mismo que tu mujer. Salir con dos pares de llaves.

Hubo unanimidad. Si se quiere ir Él (el de cualquiera), que se vaya, pero me niego a marcharme casi sin haber llegado. Aquello se convirtió en un desahogo. Nos quitábamos la palabra. Normal. «¿Y qué me dices cuando en plena fiesta te dice eso de: “Es hora de irse; aquí ya no queda nadie”. Miras a tu alrededor y no das crédito. ¡Pero si hay pleno!». «Sí, por eso nunca hay que mirarle. Si te cruzas con su mirada, date por “llevada”. Sus ojos, siempre al acecho, te taladran con un “nos vamos YA”, y no hay salida. Coges el bolso y tiemblas: de miedo y de rabia». «Yo antes de eso me voy al cuarto de baño y hago la tertulia con toda la que entre. ¡Antes muerta que a casa!». Y todas, de

nuevo por unanimidad, sabíamos que en ese momento, nos la íbamos a cargar. Porque Él, Ese o Aquel estarían esperando en la puerta, desde hacía media hora, el tiempo mínimo que una mujer necesita para despedirse en una fiesta. La verdad, es que a veces sois santos.

—¿A veces? Ponte en modo hombre y mira la realidad desde nuestro punto de vista. Busca nuestra verdad e intenta ser más equilibrada en tus juicios. ¡Vosotras también tenéis lo vuestro!

—Claro que sí, pero en este tema sois muy aburridos. Imagínate en cualquier fiesta. Una pista de baile. Porque, salvo escasas excepciones, hay

que ver qué sosos sois los hombres. No hay manera de que bailéis. Nosotras oímos un simple silbido y nos ponemos en tensión. Irrumpimos en el espacio reservado para mover el esqueleto y lo damos todo. Todo. Con ritmo, sin ritmo, con noción o sin noción de las letras (aunque parezca que te las sabes todas), sin pudor, sin vergüenza, con ganas, con muchas ganas. De pasárnoslo bien. De divertirnos. De soltar adrenalina. Mientras, los chicos, copa en mano, observan. Lineales. De vez en cuando, muy de vez en cuando, comentan. Susurran. Mejor no saber el qué. Aunque lo intuyo. El espectáculo está servido. Morenas, rubias, bajas, altas, gordas, flacas, todas, enloquecidas,

desmelenadas (hay que ver el juego que da el pelo), normalmente en círculo (pelín ridículo), entregadas a la causa y poseídas por ese Apolo prolífero en deidades y reconocido en el Olimpo, entre otras muchas cosas, como dios de la música. El que toma la batuta en ocasiones como esta. Conocido en la antigua Grecia como Apolo Musageta, ya que también era jefe de las Musas.

»¿O será Muchajeta? Que me pongo en modo inspiración/graciosa/bobona y deduzco que «musageta» es el término acuñado por un andaluz colado en la antigua Grecia y que deriva, obviamente, de mucha jeta. Exactamente lo que tenemos las mujeres para salir a bailar y hacerlo

de forma desinhibida durante tiempo indefinido, como si nadie nos estuviera viendo. Como solo somos capaces de hacerlo nosotras. No me preguntes por qué. No quiero saberlo. Que si lo analizas en modo hombre entiendo perfectamente que no os arranquéis.

Obvia contestarme. Percibo que se ha quedado sin habla ante mi ridiculez del modo inspiración/graciosa/bobona. No lo juzgo. Ni asimilo mi propia necesidad. Picamos algo. Ignoramos lo acontecido. Seguimos hablando durante un par de horas y decidimos irnos. Ha sido una tarde/noche cargada de palabras pero divertida. Como siempre, mi verborrea densa. Espero no haberle agotado. Descubrir que puedes hablar en

alto mientras alguien te escucha está genial. Aunque prácticamente no dejes hablar. Al contrario. Me acompaña al hotel, es todo un caballero, y nos despedimos sabiendo que nos vamos a volver a ver. Tanta confianza une.

Al llegar a recepción las chicas me dan las buenas noches y me preguntan por mi día.

—Se te ve con otra cara, esperamos que todo vaya mejor.

—Mucho mejor. Estoy encantada. He pasado un día maravilloso y he descubierto toda la verdad que encierran las palabras de Séneca. «Hace falta toda una vida para aprender a vivir». Llevo dos días aprendiendo con el mejor profesor del mundo. Mi viejo profesor.

Mi querido y viejo profesor. Que tengáis una feliz noche.

—Igualmente, Marta. —Y se miran entre ellas. No sé definir lo que se dicen con la mirada. Pero lo imagino. Normal no soy.

«Tengo que enfrentarme a la realidad, no puedo mentirme a mí misma», pienso mientras entro en la habitación. Debo tomar una decisión. No quiero imaginar qué estarán pensando mis hijos. Los tengo completamente abandonados. El teléfono es un objeto por el que siento rechazo (agradable sensación) y no quiero ni puedo hablar con nadie de mi círculo más íntimo. Es curioso. Cómo en tan poco tiempo me he deshecho de ese aparato del que tenía dependencia absoluta. Me gusta esta sensación. Aunque sé que no será eterna. Soy realista. Las palabras vuelven. Soy

incapaz de expulsarlas de mi mente. Todo se repite. Mi destino solo depende de mí. Algo habré madurado. Soy consciente. Algo debe de ocurrir. No puedo ser tan egoísta y dejarme llevar por esta extraña situación en la que dejo pasar los días. Pensando pero sin pensar. Apago las luces y descubro de nuevo que en la plenitud de la noche todo se vuelve más profundo. Siento que me asusta enfrentarme a ella. Me turba. Que la oscuridad no deje traspasar ni un atisbo de luz y el negro se haga tan presente. Al borde de cualquier abismo la noche se vuelve tenebrosa. Siempre. Aparecen las sombras de tu vida, los fantasmas de las dudas, de la indecisión, de los porqués y se desestabiliza el

alma. Todo se debate en el fondo del corazón. Tus defectos, tus errores, tus anhelos. Las relaciones humanas pesan, te oprimen y el silencio se colma de pensamientos. El sufrimiento surge de forma desordenada, todo baila al ritmo que marca una fuerza incontrolable. Sueñas con que nazca pronto el próximo día. Sabes que la luz calma la angustia y consigue que todo parezca más razonable, más frugal, más sencillo. Deberíamos elaborar un tratado, el *Tratado de la convivencia nocturna*. Con nuestro propio yo. Para anhelar el nacimiento del nuevo día con la tranquilidad suficiente para poder descansar. No hay nada que produzca más desasosiego que las noches en vela.

Cuando duermes despierto o crees estar despierto mientras duermes. Abres los ojos mucho y te aniquilan las inseguridades. Entonces todos por los que sufres parecen protagonizar ese sueño pesadilla que no deja tu alma en paz. La noche es la mitad del día. Y ellos siempre están ahí. Extraño la sensación de seguridad que me proporciona Él, por el mero hecho de estar a su lado. La estabilidad, el sentido común, la importancia de lo que realmente parece tenerla, la seguridad, sus principios, la nobleza, la ausencia de tontería. Tan distinto y tan diferente a mí que sé que mi vida no hubiera tenido jamás el sentido que tiene a su lado. Le quiero. Cómo le quiero.

Mi propio ronquido me despierta de este duermevela. Me niego a pensar que he sido yo. Otro dicho a eliminar del vocabulario femenino. «Yo no ronco, roncas tú». Mentira. Roncamos los dos. Lo sé. De nuevo las odiadas hormonas. Lo leí. La noche me invita a debatir conmigo misma sobre este tema, que a más de uno le ha llevado al divorcio. Aquí tendría cabida otro nuevo *Tratado de la convivencia nocturna*. Me viene a la cabeza. Qué lucidez en la oscuridad. El que debería firmar una pareja el mismo día de los esponsales. Porque hay que ver lo que puede significar una noche en un matrimonio. Sí o sí, sin posibilidad de rebatir mi teoría, cuando uno quiere la ventana abierta, el otro

cerrada; si a una le gusta leer en la cama, el otro odia la luz para dormirse; si tienes calor, Él tiene frío. En fin, que se me va el hilo del roncar. Y utilizo de nuevo la tan manida expresión, cambiando el primer término. El que esté libre de ronquidos que tire la primera piedra. Mujeres incluidas. Hay que ser consecuente. No solo mirar en el ojo ajeno. Atrás quedaron los días en que se afirmaba que los hombres eran los únicos poseedores de este problema. No lo niego, en lo que a este fenómeno acústico se refiere, ellos son los que más y mejor lo emiten, pero nosotras también lo hacemos. Sobre todo cuando la maldita menopausia llega. Un problema más para engrosar la lista de

inconvenientes con los que hay que convivir por su culpa. Qué pesadez. Y qué peligro. Porque cuidadín, cuidadín. Todos los estudios coinciden en afirmar que roncar es un importante motivo de divorcio. Lo entiendo. El amor es ciego pero no sordo. Y cuando los sonidos del silencio se transforman en sonidos atronadores —pueden alcanzar hasta los ochenta y cinco decibelios—, pernoctar con tu pareja no es fácil. Es como si durmieras con un tubo de escape. O con un monstruo. O con un animal herido. Al que no rematas porque no puedes. Porque los ronquidos —hagamos un acto de contrición— provocan conductas violentas e incluso despiertan los instintos asesinos. Lo que se inicia por

un suave codazo puede seguir con la gran patada de Él o de Ella. Aunque casi nunca lo haces. Pero lo piensas. Porque el ronquido es, y ya no sé ni cuántos he contabilizado durante estos días, otro gran enemigo del matrimonio. Porque o te mata a ti o le mata a él. De cansancio, de irritabilidad, de lo que sea. O mejor, mata a la pareja. Porque asesinar no, pero dormir en cuartos separados, si el espacio lo permite, se convierte en una solución. Y lo de que el roce hace el cariño, pues va a ser que no. Pero si vuelves a compartir lecho, lo del romanticismo y el ronquido, pues como que tampoco. Qué lío. Vamos, que ni de noche ni de día. Porque con la luz llega la discusión. «Cómo roncas». «¿Yooooo?»

No, yo no ronco. Roncas tú». Vuelta a empezar. ¿Solución? Resignación. «Ni contigo ni sin ti tienen mis penas remedio». Sin más. Ya lo dice Shirley. Que fenómeno.

Abro la ventana y creo dormir. Hasta que mi sexto sentido —esa capacidad tan desarrollada que tenemos las mujeres, muy a pesar de los hombres, de percibir realidades que pasan inadvertidas a otros— me pone en alerta. No estoy sola. Lo sé. Despierto al resto de mis sentidos y mi oído escucha un ruido. No quiero alarmarme antes de tiempo. El olfato no distingue nada anómalo. No me aporta. La vista está incapacitada. El tacto prefiero olvidarlo para otro momento. Solo

imaginar el susto que me puedo llevar en caso de palpar algo paraliza mis manos. ¿Cuál me queda? No consigo acordarme. ¿Cuál es el quinto sentido? ¿Será posible? ¡Qué angustia no acordarme de algo tan básico! Lo rechazo sin duda. Esto no es un plato de gusto. Más bien todo lo contrario. Estoy al acecho. Como un animal que siente el peligro. Inmovilizada para no dejar ningún rastro. Tensa. Rígida. Los olores se hacen cada vez más intensos. Al cabo de unos minutos me relajo y es en ese instante, en ese preciso instante, cuando me llevo un susto de muerte al oír un zumbido atronador revoloteando sobre mis oídos. Me siento del impacto y muevo las manos con el deseo de que se

aleje de mí. Un mosquito. Un maldito mosquito. ¿Cómo puede encerrar un organismo tan insignificante una maldad extrema? Tan nimio y tan capaz de hacerte vivir situaciones tan desagradables. Me extraña que no sean machos. Los mosquitos que zumban. Hembras, solo son hembras. Irritantes y molestas. Con malvadas y planeadas intenciones detrás de su acto. Necesario para chupar la sangre humana y obtener de ella las proteínas que necesitan para incubar huevos y poder ser madres. Me imagino. A tanta chupóptera. Como les caigas mal, te abrasan seguro. Por eso no pienso criticarlas. Que son femeninas. Y todas sabemos lo que significa eso.

Qué desastre. Incapaz de volverme a dormir, rememoro divertida la noche en que me despertó un moscón, grande y zumbón. Dormía, en ese caso profundamente y en el lecho de mi hogar, cuando, como ahora, un algo extraño me hizo abrir los ojos súbitamente. Me quedé cegada con las luces del cuarto. No entendí nada. Al recuperar la vista, mi mirada se fijó en una figura que pegaba pequeños saltos sobre la cama mientras hacía aspavientos con una almohada en la mano. Reconocí los pies, el pantalón del pijama, la camiseta número mil de Springsteen y supe que ese ser que estaba de pie sobre el lecho y se estiraba cuan largo es era mi Él. En

realidad, no podía ser otro. Atónita, pensé que sufría un episodio de sonambulismo —algo hasta ese momento desconocido para mí— y con sumo cuidado intenté calmarle. Cómo no, el efecto fue el contrario. Frenético, empezó a gritar: «¿Lo has visto, lo has visto?», mientras seguía contorsionándose. «¿Que si he visto a quién?», pregunté alterada. «Al mosquito, a quién va a ser, ¿o es que tú no oyes?». Pues no, no solamente no oí, sino que dormía hasta que me has despertado para encontrarme con tan surrealista escena.

Me pregunté lo mismo que me pregunto ahora. ¿Y si le hubiera despertado yo? ¿Y si yo hubiera tenido

el valor de encender las luces, saltar en la cama y ponerme a buscar un mosquito a las tres de la mañana? ¿Qué hubiera pasado? Él no se hubiera podido volver a dormir, Él no hubiera parado de hacer ruidos y de moverse en la cama —para demostrarme, claro, que seguía despierto— y Él me lo hubiera echado en cara repetidas veces. Me callé. La edad te hace sabia, y cuando paró la busca y captura del pequeño insecto, cayó muerto. Él, no el mosquito. Mi moscón. El mismo que tuvo el valor de repetir la jugada dos horas más tarde. La misma escena en el mismo escenario. El moscón. Grande y zumbón. Que merodeaba sobre mi figura. Con un par de narices. Entonces salté: «Ya está

bien, ¿no?, ya está bien». Y se lio. Lo más suave: egoísta. Si él (Él) no podía dormir por el puñetero insecto, en vez de entenderle, me enfadaba. Me insultó. Estuvo acertado. «Mosca cojonera, tú sí que eres una mosca cojonera». La noche iba de insectos. La noche va de insectos. Qué le voy a hacer.

La sonrisa desaparece y vuelta a la oscuridad. Sufro al pensar lo interminable que se puede hacer una noche marcada por las agujas de un reloj que parecen detenerse en el tiempo. Ese tiempo que pasa perezosamente mientras tú anhelas que lo haga a toda velocidad para no volver a mirar el reloj, el que te marca, cada cinco minutos, que solo ha pasado ese intervalo tan corto desde que

lo miraste la última vez. Pierdo la memoria del todo y de pronto una extraña sensación se apodera de mí. Entre tinieblas no soy capaz de recordar si tengo marido e hijos. No me acuerdo. De pronto no me siento culpable de nada. Ni siquiera de no sentirme culpable. Por eso creo que no estoy casada. Que no tengo familia. Ni casa. Nada altera mi paz. No hay sobresaltos. No sé de gritos, de aullidos, de rugidos. Mi garganta descansa en paz. Mis oídos también. La desocupación es mi propia ocupación. No me la he cargado. Por nada. Porque ni se me ha olvidado el médico del niño, ni recoger «su» camisa del tinte, ni ir a la compra, ni a la farmacia, ni llamar al taller para ver si

está «su» coche. Tampoco la reunión con mi jefe, «su» cena de trabajo o pagar el viaje de la niña. No toca procesar datos. No hay alarma que valga, ni móvil que moleste, ni agenda donde apuntar. Borrón y cuenta nueva. A pasar página. No hay horarios. Ni para levantarse, ni para comer, ni para acostarse. No hay menús. Solo el que marca mi deseo. No hay orden ni concierto. El día lo marca la quietud. Determinados términos cobran protagonismo. La lista comienza por uno. Liberación. Pero hay muchos más. Desconexión. Relax. Tranquilidad. Paz. Calma.

Me dejo llevar, excediéndome en lo que hago porque no tengo que prestar

atención a nada ajeno a mi voluntad. Mi desconexión es total. Me olvido de todas las preocupaciones cotidianas y vivo con más intensidad o presencia el momento. Puedo prescindir de todo y no echo de menos a «casi» nadie. Es la suma de muchos, muchos placeres. Él tomando las riendas. Y echándome de menos. Esta vez de verdad. Qué duro es convertirse en el amo. El amo del hogar. ¿Qué me pasa? ¿Qué nombre le pongo? ¿Desvarío, delirio, quimera, fantasía, sueño, ensueño, dislate, disparate, despropósito, barbaridad? Hasta que me despierto. Del todo. ¿Era un sueño o era una pesadilla? El cansancio de tanto desvelo me hace sentirme mal. Ahora sí, he perdido la cordura. Hasta que la luz

del sol me devuelve a la vida y lo hace con un halo de tristeza. Soy un mar de sentimientos en los que la incertidumbre me corroe.

Seré necia. Estoy casada y tengo unos hijos a los que echo terriblemente de menos. Su presencia vuelve a mí y me acongoja. ¿Estarán bien? Seguro, si no me habría enterado. Me extraña su silencio, aunque en realidad no puede ser de otra manera. Debería decir mejor, extraño su silencio, sus llamadas, sus no llamadas, sus mensajes, sus risas, sus gritos. Incluso sus contestaciones. Amo sus contestaciones. Extraño todo de ellos. Su sola existencia conlleva el privilegio de saber lo que es el amor infinito, el que sientes por tus hijos.

«Solo cuando seas madre entenderás lo que te quiero». Cuánta verdad encierran estas palabras. Porque aunque lo sepas, aunque lo intuyas, es imposible comprender lo que una madre puede llegar a experimentar por su hijo. Me resulta imposible de describir. Pienso en la vida. Que pasa a una velocidad infinita. La que sin casi percibirlo ha hecho de mis hijos adultos, a pesar de lo cual siempre serán «los niños». Midan lo que midan, estén donde estén y pase el tiempo que pase. Te parece imposible quererles más. Hasta que un desvío del destino te hace sufrir por ellos y compruebas que el amor es tan grande que duele en el alma. Tengan la edad que tengan. Como siempre dice mi

madre. Los años pasan. Y con ellos aumenta la certeza. De que un momento difícil, un dolor cercano o una situación inesperada te sirve para constatar cuántas tonterías ponen a prueba a un amor verdadero. Como lo he vivido más de una vez tan de cerca. Necesito decirles que les quiero. Recuerdo con horror esa noche que salieron y en el mismo lugar donde estaban sucedió un hecho terrible en el que murieron cinco jóvenes. No fueron ellos, pero podían haber sido. Cualquiera de los dos. Todavía, con el paso de los años, vuelve a mí este horroroso pensamiento. Recuerdo perfectamente. Sus cuartos eran un hervidero de vida. Amigos de uno, amigas de otra, todos preparándose

para pasar una gran noche en la fiesta que se celebraba en un recinto de Madrid. Risas, carreras, disfraces, el cuarto de las chicas una jungla, mis gritos para poner orden, todo patas arriba, sesión de fotos, advertencias, tened cuidado por favor, no hagáis el tonto que puede ser peligroso, no os separéis, cuidado con las aglomeraciones, volved todos juntos, no os metáis en ningún lío. Y ellos. Sí, mamá, qué pesada eres, mamá, no me lo digas más veces, mamá, adiós, mamá. Besos, portazo, la casa vacía. Y en un silencio distinto en el que se percibe, como sucede todas las noches en las que salen, la angustia, la intranquilidad, el desasosiego que nos queda a los padres,

hasta que ya estén de vuelta.

Al día siguiente por la mañana, muy temprano, la radio escupió la noticia. Tres chicas habían muerto aplastadas en esa fiesta y dos estaban en estado crítico. Ellos estaban allí. Y sus amigos. Y los amigos de sus amigos. Volé a sus cuartos y los encontré dormidos. Por un momento no pude ni imaginar. Nada. No quise imaginar. Nada. Me eché a llorar. Por el horror de la noticia, por las jóvenes muertas, por sus padres. Porque podían haber sido los míos. Tantas palabras de aviso, tantas advertencias, tantos consejos. Para evitar, al menos, lo evitable. Pero ante una tragedia de esa índole nuestras palabras quedan vacías de sentido.

¿Cómo aconsejarles? ¿Cómo pedirles que no estén allí, que no disfruten de la vida, de la música, de una fiesta? ¿Cómo hacerles entender que lo imprevisible, a veces, se convierte en previsible? Cada paso es un peligro y algunos dos. Son tan jóvenes. Me repito lo que tantas veces a ellos. Algún día, solo algún día, cuando tengáis hijos, entenderéis.

Mientras, nos toca vivir con su incomprensión. Exacta a la nuestra cuando teníamos su edad. El sonido de un nuevo portazo, este normalmente más suave, es el ruido más esperado en las noches de espera, la alarma que indica que, una vez más, todo sigue en orden. Gracias a Dios. Porque no todos tenemos la misma suerte. La vida y la

muerte. Unidas desde que nacen. Indisolubles aunque quisiéramos separarlas. No se entiende la una sin la otra. Así está impuesto. Aunque los sentimientos estrujen el alma y sea tan difícil liberarla de una carga que se hace demasiado pesada. Tristeza, dolor, incomprensión, desolación, desconsuelo. Cuántas veces no he entendido ni entiendo la vida. Esa vida que cuando menos te lo esperas se presenta con su cara más dura para transformarse en muerte y parar el corazón de personas extraordinarias. Y a veces tan jóvenes. Excesivamente jóvenes.

Cada vez es más la imperiosa necesidad de decirles lo mucho que les necesito. A

mis hijos, a mi marido, a mi familia, a mis amigas. A todas las personas que forman parte de mi yo. A los que quiero. Aunque mi sentimiento hacia algunos no sea correspondido. Porque aunque hayan matado algo en ti, seguirán siendo tuyos. Nada ni nadie es lo suficientemente fuerte para deshacer una relación de cariño aunque esta ya esté basada en la distancia. Quieran las partes o no, su recuerdo permanecerá siempre en la mente de los que la han vivido. Aunque el frío, el gélido frío que se compacta con tanto distanciamiento, los aparte para siempre. Me vienen a la cabeza las palabras de E. Swedenborg: «Es necesario comprender que la vida de cada persona se configura conforme a su

capacidad de amar. La fuerza más íntima y profunda del hombre proviene del amor. Cuando el amor está presente, el hombre se enciende. Cuando está ausente, se enfría».

Y a mí el frío me asusta. Y me revuelve. Y me devuelve al pánico. Al pánico de perderles. Me voy a verles. No hay otra alternativa. Una ducha helada para tonificar cuerpo y mente y lo mejor de mi armario para la visita sorpresa. La duda me asalta al verlo prácticamente vacío. Aunque me hubiera asaltado de idéntica manera si estuviera lleno. O mejor relleno. Hasta en el más recóndito de sus espacios. El armario. El que esté como esté te hace decirlo de nuevo. ¿Qué me pongo? Una cuestión

que machaca a diario el ya de por sí arduo camino de la vida de una mujer. Incluso en diferentes ocasiones a lo largo del día si la necesidad lo impone. Lo terrible es que exige una decisión inmediata, ya que sueles llegar con el tiempo justo no, lo siguiente. Lo que se agrava en caso de que haya que enfrentarse a un evento especial, por ejemplo, una cena/pesadilla/ropa. La única forma de que la elección no se convierta en un ataque de pánico, y este en un desnudo integral (difícil encontrar una sola prenda en el armario vacío transformado ahora en la obra «naturaleza muerta con montañas de ropa») es frenar, lanzarte al teléfono y llamar —si lo consigues, porque Él

siempre está ahí, apremiante, al acecho — a tus íntimas amigas y a tus casi íntimas amigas. Cuestión de inseguridad. Entre las posibles contestaciones al conjunto formado por la pregunta: «¿Qué me pongo?», el latiguillo: «Si es que no tengo nada que ponerme», y el grito desafiante de: «¿Tú qué te vas a poner?» (cómo duele ver que algunas tienen las cosas claras), aparece la respuesta. Seguro. Porque si hay algo que motive más el desarrollo de la imaginación femenina para conseguir un *look* perfecto es visualizar a las otras en este estado. ¿Cuestión de envidia? No lo sé. Yo diría, en modo mujer. Como siempre. Como ahora. Con un agravante difícil de superar. Estoy sola. Quiero ir

a hablar con mi familia. No encuentro la manera de parecer respetable. Nada que me dé la seguridad suficiente para convencerles de que lo que he hecho ha sido por el bien de todos. Me repito. No existe conjunto de ropa en el mundo capaz de aportarme la templanza exigida.

Retraso la decisión. La vuelta puede esperar. Cada día con las ideas más claras. Tomada la indecisión me pongo lo poco que tengo en condiciones y opto por desayunar de nuevo en el hotel. Mi estómago me pide volver a deleitarme con esos deliciosos huevos con beicon, y con la tranquilidad que te da la inconsciencia, bajo las maravillosas escaleras del hotel como si fueran mías.

Me doy de narices, sí, de narices, con la niña que más quiero del mundo aparte de la mía. Mi otra hija. La única persona en este mundo a la que no me importa encontrarme, si es que me tenía que encontrar a alguna. Dubi. Es un genio. Por cierto, una de las íntimas amigas de mi Ellita. Se me ha olvidado detenerme en este pensamiento. De mi interior nace un grito fuerte y lastimero. Un alarido penetrante. El grupo heterogéneo que nos rodea se vuelve, y yo casi me desmayo.

—Pero, tía Marta, ¿qué haces aquí?
—me pregunta con una cara a la que la mezcla de terror y guasa le confiere un aspecto peculiar.

—No digas nada, no se te ocurra

decir que me has visto, te lo suplico, te lo pido por lo que más quieras, te invito a desayunar, a comer e incluso a cenar.

Muere por la comida. No tiene secretos para mí. Y yo muero, literalmente, con ella.

—Tía Marta, ¿sabes la que has montado?

—No, no lo sé ni me interesa saberlo, pero sé que el final está cerca. Lo huelo, lo intuyo, lo percibo. No me lo puedes estropear. Solo yo debo ser responsable de mis actos.

La cojo, y sin preguntarle siquiera qué hace allí, la llevo al comedor y pido doble ración para compartir. Me quiere decir algo pero no sabe cómo. Es como si fuera mi hija. La conozco

perfectamente.

—Pero yo no puedo mentirle a Ellita. Está destrozada.

Me rompe el alma imaginarla. Llorando por mi ausencia. Triste a más no poder y con la angustia de saberse impotente ante mi huida.

—¿Sí? No me lo digas.

Y me lo dice.

—No le ha pasado nada grave, pero se ha cargado tu vespa *vintage*. Chocó ayer con el de delante y le han dicho que por lo menos un mes en el taller. Y ahora que se había acostumbrado a tenerla, está hecha polvo.

—¿Quéeeeeeeeeeeeeee? —Oigo retumbar el eco de mi propia voz por

todo el comedor y me enajeno, como tantas otras veces, de tal manera que me olvido de dónde estoy y mi boca escupe todo lo que se me pasa por la cabeza. Sin filtro.

¿Por qué, por qué? ¿Por qué siempre mi vespa? Tan *vintage* como yo. Con marchas. Cada vez que tengo prisa sí o sí se la han llevado ellos. Y cuando la cojo, sí o sí, me la encuentro a menos cero de gasolina. Como mi coche. Algo tan trivial me descompone y lloro como no había llorado nunca.

—Tía Marta, por favor, si solo es un golpecito en la moto. Con lo mal que lo está pasando por tu ausencia le ha parecido un mundo, pero es que no te lo he sabido explicar —me dice Dubi

apenada.

Lloro de alegría. Ni por un segundo he pensado que ha percibido mi dolor. Me echa de menos. Algo, pero me echa. De menos. No de más. Me pongo en modo madre y le pregunto con inquietud.

—¿Y los exámenes? ¿Cómo le han salido los exámenes?

Y recuerdo. La vuelta al cole. O a la universidad.

—«Todo pasa y todo queda, pero lo nuestro es pasar» —recito los primeros versos del famoso poema de Antonio Machado, sin saber por qué, al pensar lo que significa la vuelta al cole, o a la universidad, de los hijos.

Me mira preocupada. Sé que está a punto de pedir ayuda. Baja la vista hacia

el móvil, incómoda, y ante la alerta de que me pueda delatar se lo arranco de la mano mientras le explico.

—Sí, todo pasa y todo queda, pero lo nuestro es pasar, mi querida Dubi. Pero te lo digo con un significado bien distinto al que se refería el insigne poeta. Tú también serás madre y lo tienes que saber. Sí, pienso en las madres, en las pobres madres, que sufren curso a curso el destino de sus hijos. Comienzan las clases y lo nuestro —porque me incluyo— es pasar, sí, pero pasar limpio, sin que nada quede, para el año siguiente. Ningún hombre en el mundo sabrá jamás lo que una mujer es capaz de hacer para que su hijo, el que tiene cierto rechazo a los estudios,

no arrastre ninguna asignatura para septiembre. Parece que nos va la vida en ello y acabamos haciendo juntos el bachillerato. ¿Sabes lo que me dijo un día tu madre, mi queridísima amiga, cuando hablábamos por teléfono? «Te dejo, que estoy en plena guerra fría». Todavía no sé si se refería a la guerra fría, a la histórica, o a la guerra fría, la permanente, que lidiaba con vosotros durante la semana.

»Porque, mi amor, tenlo claro. Una cosa lleva a la otra y mientras las madres aprendemos de nuevo a hacer una raíz cuadrada —esa que jamás te ha servido para nada en tu vida—, repites —nunca mejor dicho— lo que significa una onomatopeya, o intentas entender —

para así poder explicar— lo que es una mitocondria, la guerra en casa ya ha sido declarada. Pero lo nuestro es pasar. Pasar de curso como sea. Y si para esto hay que traspasar cualquier límite, se hace. Pero no se lo digas a nadie. Una de cuyo nombre no quiero acordarme dejó crecer el pelo a su hijo para así poder esconderle el pinganillo del teléfono por el que pensaba soplarle más de un examen. Y otra, a la que no conoces, hoy anciana venerable, traspasados los límites de la desesperación, se matriculó en primero de derecho y asistía todos los días a clase con su hijo. Juntos. Desde que salían de casa —en el mismo coche— hasta que volvían. Madre no hay más

que una. Desde luego. Y le tocó a él.

—Lo sabía —lo dice. Ella también. Aunque esté muerta de risa. Entre carcajadas. Siempre ríe. Adoro que sea así—. Sabía que estabas mal, tía Marta, pero creo que ya no tienes solución. ¿A qué viene esto? ¿Te has olvidado de que ya somos universitarios y que tenemos los exámenes de recuperación en julio?

—¿Es verdad! ¿Cómo me he podido olvidar de tan preciado momento? Será el desvarío en el que vivo. Qué alegría me acabas de dar. Claro que sí. Se acabaron las clases. Llegaron las notas. Disgustos o alegrías. Una de dos. Finales de junio y primeros de julio, para vosotros los universitarios y para nosotras, es sinónimo de sonrisas

o lágrimas. Padres y madres esperamos con el corazón en un puño a que nos llaméis para decirnos las notas. O no.

Sonríe. Porque ya nos lo sabemos.

—Los que han aprobado tardan medio segundo, los que no, un poquito más. Lógico. O son unos inconscientes, que los hay, o saben que en casa se «la cargan». Porque en casa les espera una madre amantísima, porque te insisto, suelen ser las madres, querida, que, además de haber estudiado de nuevo el bachillerato con su retoño, se ha pasado nueve meses dándole la brasa. Bueno, eso era cuando erais pequeños. ¿Te suena? «¿Has hecho los deberes?», «¿has entregado el trabajo?», «¿que te has dejado el libro de “mates” en el

colegio y mañana tienes examen!». Y mamá, como todas las madres, algunas, después de jurar que jamás lo volverían a hacer, sale de casa escopetada a buscar, donde sea, ese libro de «mates» que el angelito se había olvidado. Y vuelta otra vez. Hasta que llegan los exámenes. «¿Qué tal te ha salido?». «Genial, mamá». Un dos, sí, un dos es lo que ha sacado el optimista. Da igual. La culpa es del profesor, que le tiene una manía espantosa. Pero no te preocupes, mamá. En el próximo saco un diez, fijo, y la media me da seis.

»Fin de curso. El último hace apenas tres meses. ¿Liberación o carga? Me inclino por lo primero. Pase lo que pase, se asume. Se acabaron las peleas o

los malos rollos. Entonces llegan los de otro tipo. Salidas, horarios: «Te has creído que esto es un hotel». La eterna pelea. La historia se repite. Los veranos. Se me abren las carnes solo de pensarlo. ¿Tengo razón o no? En vuestra casa o en la nuestra. Qué pesadilla.

Nos reímos. Ha repartido su vida estival con mi hija entre mi casa y la suya. Obvio pensar en sus cuartos. Pero no me resisto. A prepararla para el mañana. Cuando sea mujer, madre y multiusos. Estoy desatada.

—¿Sabes que a la vuelta del verano el índice de divorcios se dispara de manera alarmante? Normal. Si ya de por sí son difíciles las relaciones familiares a lo largo del año, imagínate

en esta época, en la que estamos todo el día pegados entre todos. ¿Te acuerdas del verano que me quedé en Madrid por motivos de trabajo? Pues, en el fondo, fue el mejor verano de mi vida. Tu tío. Él descubrió lo que es ser mujer y no morir en el intento. Un día casi me mata del susto. Me llama y me dice: «Sin ti no soy nada». Imagínate. Después de tantos años de matrimonio le oigo decir angustiado esa frase que tanto significado tiene.

»Me preocupé. En serio. Lo dijo alto y claro. El tío Él, mi vida, mi amor. Muy mal tenía que estar. Y lo estaba, claro.

—¿Por qué? ¿Qué le pasaba?

—Pero Dubi, por Dios, ¿qué le iba

a pasar? Que estaba solo y me echaba terriblemente de menos. No por mí, ojalá, por las circunstancias. Ponte en su lugar. En mitad del verano y con los niños a cuestas. O mejor, con los adolescentes. Lo estoy viendo: desde la hora de levantarse hasta la de acostarse pasando por el permanente saqueo de dinero o los cuestionamientos a todo lo que decía (por no decir contestaciones). Dificiles, por estrechas, son las relaciones familiares en esta época y no es lo mismo estar solo que estar acompañado. Sobre todo cuando se es un hombre. No están acostumbrados. Las mujeres sí, pero es que «sieceempre» (pronúnciese bien) nos toca a nosotras. *Once again*, como dirían aquellos. Hay

que ser realistas. Cuando los niños sois pequeños nosotras nos pasamos el día organizando vuestra vida (todo menos que nos acribillárais con el «me aburro» del verano) y con la gorra de chófer puesta (tú les llevas, ella les lleva, nosotras les llevamos). Ellos nunca pueden, pobres, porque justo tienen que jugar al frontón, darse un paseíto en bicicleta o jugar al golf (total, «solo» son seis horas de «escaqueo»). Nosotras, fuertes y robustas, podemos con todo. Incluidos adolescentes. Qué de sentimientos nos habéis hecho vivir. ¿Por ejemplo? «En plan» a diario, como decís vosotros. Pasas del amor al odio con una facilidad aplastante. Amor, inmenso, cuando os vemos dormir; al

desamor infinito, cuando no hay manera de despertaros; ternura, desmesurada, si solo hay unos calzoncillos fuera de su sitio; brutalidad, irracional, cuando ves montañas de ropa. La lista se haría interminable. En fin, mi amor, que cuando eres madre te pasas el día pidiendo al santo Job que te llene de paciencia.

—Vosotros también fuisteis adolescentes.

—Ese es el problema. Que nos lo sabemos de memoria. Por eso hemos intentado mandaros fuera cuando hemos podido unos días. Sientes el placer de una variante de las vacaciones. En calma total. Como ahora (miento). Porque no hace falta que te explique lo

que se quiere a los hijos, pero que de vez en cuando nos concedamos una tregua no está mal. Nada mal.

—Y nosotros encantados.

—Ya. ¿Y Elito? ¿Cómo está mi Elito de mi alma y de mi corazón?

—Supertriste. Ya sabes cómo es. Está enfadadísimo contigo. No te voy a mentir.

—Bueno, vete con tu amiga, que va a flipar. Confío en ti.

—Confía. Pero no tardes. Te quiero.

—Yo más.

Se me va la pinza del todo. No tengo ni idea de lo que debo hacer.

—¿Qué haces aquí, por cierto?

—He quedado con una amiga de la

universidad a tomar un café.

—¿Aquí?

—Sí, está súper de moda.

—¿Este hotel?

—Claro, ¿no lo sabías?

—¿Cómo lo voy a saber? Jamás hubiera venido aquí. Estoy loca pero no tanto. Lo escogí por el nombre. Only You. Sola yo. Y es lo mejor que he hecho en mi vida. Estoy como en casa y completamente enamorada del personal. De todos.

—Tía Marta, en serio, se te ha ido la pinza del todo. No me meto en lo que hacéis los mayores, pero tienes una familia maravillosa y tus hijos te adoran.

—Prométeme que no vas a decir nada. Y yo te prometo que me lo voy a

pensar.

—Prometido.

La creo. Porque es mi cómplice. Además de noble, honrada, buena y cariñosa. Y no sigo porque me emociono. Firmo la cuenta y me despido de ella.

—Hasta muy pronto.

—Hasta muy pronto.

La veo dirigirse al salón del hotel. Ese lugar tan confortable en el que estos días descubierto a algunos tenderos que, al cerrar a la hora de comer su negocio, aprovechan para hacer de él salón de su casa y dormitan tras beberse un café. O esa señora que siempre pide lo mismo y emplea su tiempo libre en leer. Una familia. Una gran familia formada por

los clientes y el personal del hotel que se amplía paulatinamente con los personajes que llegan —y repiten— a esta maravillosa casa. Porque es una casa. En cuyo ambiente solo se respira cariño, respeto, alegría y ganas de agradar. Me gusta tanto que cuando me vaya sé que siempre la echaré de menos. Un pequeño país dentro de la ciudad en el que conviven a la perfección chinos, rusos, españoles, ingleses, americanos. «Estos son los mejores», me dijo BT un día. Simpatiquísimos.

No sé qué hacer. La verdad es que me apetece hacer poco. No tengo ganas de nada ni de nadie. No me quito la imagen de Elito de la cabeza. Tiene un corazón que no le cabe en su cuerpo. Le estoy

viendo. Tipo yo. Pasando de la alegría a la tristeza en pocos segundos, unas veces pensando en mí con ternura y otras con un cabreo impresionante. Avergonzado de mí. Como no puede ser de otra manera. Qué pena que se haya ido Dubi. Me hubiera pasado el día entero con ella para sentirme más de cerca de los niños. de Elito. Y de Ellita. Incluso le hubiera pedido que viniera con el resto de su núcleo duro para tomar una copa. Me apasionan las amigas de mi hija. Con ellas me siento feliz. Incluso alguna que otra me manga ropa. Si algún día hiciera un busca y captura en sus armarios, estoy segura de que encontraría ese top perdido, esa chaqueta robada o ese pantalón que

nunca apareció. Porque desapareció por arte de magia. No les haré pasar por ese mal rato. Porque en el armario de Ellita probablemente también haya algo de sus madres. Lo sabemos todas. Madres e hijas. Con las que compartimos cenas inolvidables. Las doce. En cuanto vuelva la organizo. Las echo de menos. A ellas también. También adoro a los amigos de mi hijo. Aunque con ellos, obvio, no pueda hacer los mismos planes. Y los novios. La novia de mi Elito. Inmejorable. A pesar de ser del Real Madrid. Es una *crack*. Y el novio de mi Ellita. Inmejorable. A pesar de ser del Real Madrid. La historia se repite, papá. No conseguimos novios del Atleti. Bueno. No podían ser perfectos.

Lentamente me dirijo al ascensor. No sé qué hacer. Me aburro. No admito un solo pensamiento más. Me agoto solo de pensarlo. Decido subir a la habitación cuando un pequeño problema me frena en el camino. ¿Y el ascensor? ¿Los ascensores? No los encuentro. Qué extraño. Si estaban aquí. Me parece tan ridículo preguntarles a mis niñas de recepción que disimulo. Me entra una angustia terrible. En su lugar un precioso mural.

Una sonrisa estúpida atraviesa mi rostro. Estoy agotada. Para disimular hago que busco la tarjeta con la que entrar en mi habitación. Actúo y protagonizo otro de esos momentos tan ridículos de carácter claramente

femenino. Hasta que descubro que no es ficción, es realidad. La tarjeta no está. Como era de esperar. Una mano en el bolsillo trasero del pantalón, la otra palpa el otro, regreso a la mesa donde hemos desayunado, la vuelvo a mirar, rastreo en el suelo, en la silla, busco el bolso, descubro que no lo he bajado (menos mal, el tiempo que me ahorro), vuelvo a recepción a pedir un duplicado. Disculpándome de mil maneras. Me miran sin inmutarse, pero sé que lo piensan: «Otra más».

Me doy la vuelta de forma instintiva de nuevo para coger el ascensor y este —¿o eran estos?— sigue desaparecido. He perdido la razón. La tarjeta se extravía, el ascensor no. Antes

muerta que preguntar. Intento recordar y no me acuerdo de nada de mi pasado inmediato. Para variar. ¿Cómo subí ayer a la habitación? Entonces un señor alto, guapo y sumamente atractivo aparece atravesando la pared. Del grito casi le mato. Y de la vergüenza me meto por el mismo hueco por el que él ha salido, cual Alicia en el País de las Maravillas, y descubro que me encuentro en el ascensor. Me achico. Como Alicia. Menguo. Y no entiendo. De dónde ha salido. Ni ese pedazo de hombre ni este pedazo de ascensor. Antes de que la realidad se vuelva ficción doy al cuatro y subo. Lo de menos es dónde se escondía este pequeño habitáculo que tanto odio. Lo que más que me lleve a

mi destino. Pero antes de conseguirlo una parada. Mala suerte. Una pareja sube conmigo. Sé lo que me espera. Una vez más, este sistema de transporte vertical me llevará a las alturas mientras los segundos se convertirán en horas. Muchos años de experiencia. Sube, baja, baja, sube. Curioso invento. Concebido para cambiar el curso de la humanidad. Nunca mejor dicho. De la humanidad y de las relaciones humanas. Es el lugar en el que más veces los humanos intentan hacerse invisibles y no lo consiguen. Científicamente comprobado. ¿Qué tendrá este claustrofóbico habitáculo para provocar tan incómodas situaciones? La vergüenza, el temor a decir algo te paralizan, y no eres capaz

de decir una palabra bien. Temor me dan los de los grandes almacenes. «Voy al primrrr», «Yo al tercrrr», «El carrto yo». Y todos con la mirada fija en el suelo. Como el noventa por ciento de la gente que cruza su puerta. El resto, como una vez me dijo mi cuñado —ay, mi cuñado, cómo le quiero—, parece estar en una clase de geometría descriptiva en la que en vez de las líneas son las miradas las que son ascendentes, descendentes, convexas e incluso circunflejas. Que una memoriza lo que quiere. Y si no, el móvil. La tabla de salvación. Miras, juegas, disimulas. Aporta seguridad. Al final del trayecto, tú y otro. Se anima y lo dice. «Del frío al calor aquí no hay otoño ni

primavera». Lo sabías. Suspiras y rezas para quedarte sola. Lo consigues y corres rauda a mirarte en el espejo. ¡Qué manía! Maldices al misógino que ha iluminado este y todos los ascensores del mundo. De nuevo el reflejo de tu imagen se convierte en algo aterrador y las arrugas, las manchas, los poros abiertos o el tono cenizo de la piel en testigo directo del estado de tu rostro. Estás horrible. ¿Será posible? ¿Quién es la más bella? Todas menos tú. Tonta. A la habitación. Y aquí estoy. ¿Cómo era? La confianza sube por las escaleras pero baja en ascensor. Como la autoestima. Sentada en el borde de la cama sin saber qué hacer me abandono a mi suerte. Lo que se traduce al abandono. Total.

¡Pobre Dubi! El *speech* que le he soltado. Menos mal que he parado. Le hubiera quitado las ganas de casarse y de tener hijos para el resto de sus días. Pero es que es verdad. Nos ocupamos de todo y de tanto a la vez que ya no sabes qué hacer para no morir en el intento. Encima ellos no lo ven. Pobres. La culpa es de su carencia de sensibilidad. O mejor. De la abultada insensibilidad de su género. Una de las cosas que más desgasta mi buena disposición para que mi matrimonio funcione es precisamente eso, su falta de sensibilidad. Agravada, la falta, en momentos de importancia suprema. Por ejemplo. Escena 1. El día que a Él se le olvida algo y vuelve de la oficina a

casa. De sopetón. Te encuentra tranquilamente hablando con una amiga. Pongamos que es la una de la tarde. Y pongamos que a Él se le ocurre decir esa frase siempre inoportuna. Primer y grave error.

—Qué raro, tú con el móvil.

Le miras atónita. No sabes qué hace aquí y, lo más doloroso, no entiendes por qué te ataca sin sentido. En un susurro le dices a tu amiga (sí, es verdad, siempre es tu amiga): «Te dejo, no te lo vas a creer, acaba de aparecer Él y no tiene cara de buenos amigos». Para evitar rozaduras con consecuencias previsibles, piensas con sensatez tu contestación.

—Hola, mi amor, ¿y cómo tú por

aquí? —dices con... ¿un deje de cinismo?

—Nada, he tenido que venir porque se me ha olvidado una cosa importantísima para una reunión. ¿Y tú? Bien, ¿no?

La ironía se percibe en el ambiente.

—Sí, ¿por?

—Por nada, por nada, qué gusto estar en casa a estas horas tranquilamente —apunta con muy mala idea. Su humor es pésimo.

—¿Perdona? ¿Qué me quieres decir?

Y lo suelta.

—Qué bien vives.

Se monta en milésimas de segundo.

—¿Que qué bien vivo? ¿Te cuento

lo que he hecho hasta ahora? Además de hacerme unos análisis para ver el grado de alteración que me produces en la sangre, he ido al banco, te he llevado tus «zapatitos» a arreglar, he recogido las copias de las llaves, he comprado un cubo de basura, he vuelto a casa que venía el fontanero, he tenido una bronca con el de la fibra óptica, he intentado levantar de la cama a tus hijos en repetidas ocasiones con la consecuente pérdida de tiempo para mis quehaceres y a pesar de todo he conseguido escribir la columna, entre deberes y obligaciones, y he llevado al perro al veterinario. ¿Qué? Tranquilita, ¿no?

—Ya —comenta sin más—. ¿Y ahora qué vas a hacer?

—Tengo hora en la peluquería. —
Casi se cae al suelo de la risa. Me mira con condescendencia, lo cual no soporto, y en sus ojos veo grabada la palabra frívola. Sin que emita, contesto —: Frívola, ¿no? ¿Pero qué os habréis creído? —Pluralizo con conocimiento de causa—. ¿Que nos divierte ir? ¿No os habéis planteado nunca que lo hacemos, por ejemplo, para disimular las canas? ¡Y lo hacemos por vosotros! Que las canas en nosotras son horribles y en vosotros atractivas. Que tenéis suerte hasta para eso. Para eso y para mucho más. Porque del tema pelo ni hablamos. Que como te diga que luego voy a depilarme te desmayas. Y tú con tus pelos porque es muy masculino.

Anda ya, hombre, anda ya, que ya está bien.

Llega el momento portazo. El mismo en el que decido distanciarme. Y me mantengo en estado de alerta. Roja. Cómo me estoy poniendo solo de imaginármelo. Sin quererlo me enfado de tal manera que una inminente taquicardia me avisa de que no debo. Estoy sola, no llevemos las cosas a extremos inútiles. Pero es que solo de pensarlo me enciendo. ¿Tendrán jeta? Sus palabras hieren como si estuviera presente. Qué falta de sensibilidad. Permanente.

Escena 2. Me indica. Momento gesto/señal/advertencia. No me subo por las paredes porque no puedo.

Cena de amigos. Comentas algo con absoluta convicción y para confirmarlo con más precisión te diriges a Él delante del resto de los comensales e, inocentemente, le dices:

—¿Te acuerdas?

—¿Yo? No sé de qué me estás hablando.

Primer golpe en la mejilla. Se sonroja. La derecha.

—De verdad, tú debes de tener un amante, porque hay cosas que me dices que yo ni siquiera he oído.

No, no, no y no. Por aquí no pasas. Antes de dejarte llevar por la irracionalidad de tu cabreo y estropear tan agradable velada, intentas hacerle recordar.

—Sí, no te acuerdas, el verano ese, en casa de tal, que cenábamos con...

—¿Pero de qué estás hablando? —
interrumpe.

No te lo crees. El ambiente se caldea. Los otros se miran. La que se avecina. Pero con la edad aprendes y cambias de tercio. Con tantas ganas que estás a punto de comentar algo sin ni siquiera pensar que no deberías. Él te mira. Sientes sus dientes apretados como si mordieran tu conciencia. Así empieza. Aviso: hablas de más. Y lo sabes. Pero no te agrada lo más mínimo la expresión que ha tomado su rostro, mueves la cabeza ligeramente, de lado a lado, con una mirada que adquiere la forma de una construcción interrogativa.

La tensión se palpa. Él levanta las cejas en una expresión de expectación crítica y le dices con la mirada que no siga, que no va por buen camino. Y recuerdo las palabras cargadas de razón de Oscar Wilde: «Si usted quiere saber lo que una mujer dice realmente, mírela, no la escuche». Pero le faltó un detalle. A una mujer, o a un hombre. Que en eso sí que somos iguales.

O cuando vas a una cena con tus amigos.

Escena 3. Momento martirmonios, osadía anfitriona, cena de diez en casa.

Vino, copas, la cosa se anima, jaja, jiji, los hombres, las mujeres, si es que sois todos iguales, pues anda que vosotras si estáis cortadas por el mismo patrón, sí, hombre, lo que tú digas, si es

que dices algo porque mira que os cuesta emitir, pues claro para eso estáis vosotras que habláis hasta dormidas, jiji, jaja, sube el tono y aquello se tensa. Qué graciosos. «Crucé una palabra con mi mujer y ella cruzó un párrafo». Risas masculinas. Estupor femenino. Ellos siguen. Con sus gracejas. A carcajada limpia. «Yo, como el del chiste. Una vez no le hablé a mi mujer en seis meses. No quería interrumpirla». Se caían de la risa. Nuestra estampa, en la onda de una imagen vale más que mil palabras. No hacía falta decir nada. A la frase de Wilde le sobraba la última oración. Nos miramos. Una a una. Todas a todas. Todas a una. Como en Fuenteovejuna. Por si las moscas. Compartiendo

pensamiento: «Son distintos, de otra especie». Sonreímos. Qué simplotes. Se percataron. A pesar de su condición masculina. Y reaccionaron. Como animalillos heridos. Dando coces. Normal. Cuestión de ciencia: en su cerebro hay más compartimentos (eso sí, los emplean uno a uno) y por eso tratan las sensaciones de forma más básica, más cercana al nivel animal. Nosotras necesitamos hablar. Pero eso es otro cantar. Que para canteo el mío. En plena «exaltación del amor», pregunto: «¿A vosotros qué es lo que más os molesta de vuestra mujer?». Se oyó una sola contestación: «¿Por qué no preguntará mejor qué es lo que no nos molesta?». «Eso, eso», gritaban jocosos los demás.

Y se armó. Por osada. Y aprendimos. Que detestan que lleguemos siempre tarde. Nuestra medida del tiempo. Todos coincidían. «¿Por qué si la cena es a las diez empezáis a arreglaros a las diez?». Buena pregunta. Entonces me acordé. Del chiste. Y lo conté. En modo hombre. «¿No sabéis por qué las mujeres tardan tanto en arreglarse y siempre llegan tarde? Porque lo mejor siempre llega a lo último». No tuvo ninguna gracia. Ninguna. Lección aprendida. Cuesta más responder con gracia que callar con desprecio. Me callo.

Le toca el turno al 4. Estoy como en el supermercado. La vez. Esta para el momento mirada marido en verano cuando no tienen qué hacer.

A tu vera, con cara de relativos amigos y esa mirada de «bueno, ¿qué hacemos?». Si le contestas que de momento lo que, por ejemplo, estás haciendo (pongamos que leer), merodea por la zona con esa habilidad especial que tienen los hombres para merodear y que parece intensificarse en periodo de vacaciones. No lo digo yo, lo dicen todas. Y eso que mi Él es la independencia en estado puro. Pero aun así, merodea. Él y los de su sexo. Es como si estuvieran al acecho. Miran el reloj. Son las doce y los adolescentes siguen dormidos. La cara se les tensa. Casi tanto como nos gustaría a nosotras que se tensara la nuestra de por vida. Cuestión de estética, claro. Sientes esa

misma tensión en el ambiente. Y esto no ha hecho más que empezar. Imaginemos a un Él. Al mío, por ser más cercano. En una escena auténtica con un final mágico.

—¿Han venido los del wifi?

—No, me dijiste que ya lo habías hecho tú —contesto modelo santo Job.

No hay tregua. Salta —porque saltan, sin previo aviso— como un energúmeno.

—¿Que no han venido? Pero qué se han creído, los niños durmiendo, a ti no hay quien te hable cuando escribes (cierto) y estás insoportable (falso), yo que he hecho un esfuerzo para estar todos juntos, esto parece un hotel, mira cómo han dejado la terraza, todo lleno

de arena como si fueran unos niños, y tu madre...

—¿Mi madre? —le corto de cuajo —. Mi madre está en La Agrada. —Para en seco. Adora a mi madre, doy fe, pero le sale todo de corrido. Debe de ser algo del subconsciente. Ahí se queda la cosa. En ese momento llaman a la puerta. Es el técnico del wifi. Con una sonrisa de oreja a oreja, saluda, para de inmediato coger una llamada de su teléfono. «Gordita, mi amor, te quiero, te he dado un besito muy suave antes de irme para no despertarte porque parecías un ángel, bueno, lo que eres. Te quiero, te quiero y te quiero, pero te tengo que colgar porque he llegado a casa de unos clientes». Cuelga y nos

mira. Me sale del alma.

—¿Era tu hija? —pregunto (deformación profesional en periodo de investigación).

—No, era mi mujer —dice con una especie de resplandor en su rostro.

—Ah, ¿recién casados? —continúo.

—No, llevamos diez años —Caigo desplomada. Sin más.

Tal cual me encuentro ahora. Doy turno al 5 y se acabó. Me aburro. De ver cómo las palabras vuelven. Se repiten. Giran como en un círculo. Pero insiste tanto — el turno— que dejo que exponga su situación.

Turno al 5. A mí de mi marido...

Como el famoso juego infantil que

comenzaba «De La Habana venía un barco cargado de...», en una reunión de mujeres comenzamos de otra manera. «A mí de mi marido me pone nerviosa....». La primera enmudeció al resto. Entró a saco. «A mí de mi marido todo me pone nerviosa», dijo aquella de cuyo nombre no viene al caso acordarme. Así, sin preámbulos. Con un par de. Eso sí, sigue con Él. Como seguimos todas. Y encantadas. Unas más que otras. A pesar de... Tampoco es para ponerse así. Porque en estos cincuenta la falta de memoria y las gracejas sobre los maridos se convierten en protagonistas de conversaciones banales. Alrededor de un *gin-tonic* o de un vino blanco, todo está permitido. Sin acritud.

Otra, cuyo nombre tampoco viene al caso, confesó que adora a su marido, pero no le soporta. El resto asintió y ella explicó. La razón es muy simple. Su marido suspira. Muchas veces. A ella eso la enerva. Nos unimos en su pesar. Hasta que otra se animó y con la mirada perdida y los labios prietos lo dijo. Ella también le adora y tampoco le soporta. Por la noche, cuando ronca. No por el ronquido en sí, tema ya manido, sino por la boca semiabierta emitiéndolo. No puede con su cara. No entiende cómo lleva tantos años casada. Yo confesé. El tema palomitas-cine-bolsa-manazas. ¿Lo más triste? Él lo sabe. Y sigue haciéndolo. Qué estupidez. En el fondo, qué más da. Que todo sea eso. Porque

Ella, la Otra, la que dijo: «A mí de mi marido TODO me pone nerviosa», intervino de nuevo y apostilló: «Bueno, y qué más da. Esas tonterías qué más dan». Y es verdad.

La de cosas que les pondrán nerviosos de nosotras. Yo prefiero vivir en el desconocimiento absoluto. Para qué hurgar en la herida. Además, aunque me lo diga, lo voy a olvidar. No retengo. Ni Ellas tampoco. Que cuando alguna voz consigue alzarse con el poder cuando estamos juntos va y se atora. «Ay, cómo se llamaba, por Dios, no consigo acordarme». Y de nuevo el qué más da. «Bueno, qué más da», contestamos al unísono el resto. E intentamos seguir. Hasta que otro término se atasca en una

voz diferente. «Pero, por favor, ¿cómo se dice? Ayyy, por favor, que no me sale». «Bueno, qué más da», contesta a la vez el mismo coro de voces desafinadas. Y así una tras otra hasta que todo se convierte en un «Bueno, qué más da». Si estuvimos en esa cena o no; si alguna vez hemos ido a Berlín o simplemente lo soñamos; si fue en 2008 o en 2003 (impactante la memoria de mi Él para el momento fecha). Qué más da todo eso, qué más da. Lo que importaba era el aquí y el ahora. El momento. El que nos permite ser libres y pensar todas las tonterías que queramos sin que un Él mire asombrado por lo que acabas de decir. Todas en la misma onda. La del surrealismo. En el que parecemos flotar

con total seguridad.

Lo que me lleva directa a preguntarme qué esconde de verdad su significado y en un acto reflejo me levanto y abro el ordenador. A pesar de mi larga ausencia durante estos días, me responde de inmediato y vuelvo a hacer el gesto que llevo haciendo desde hace más de treinta años. Tecleo. Si antes lo hacía en una máquina de escribir —qué lejano me parece—, ahora en un ordenador que me sigue a todos lados. Otra prolongación más de mi cuerpo. Me acerco por curiosidad al diccionario de la RAE para ver por qué lo utilizamos permanentemente las mujeres y si lo hacemos de manera adecuada. Surrealista, por favor, que no

«subrealista», que no sé si los que lo pronuncian así es porque lo consideran más fino o porque realmente son unos animales. Aunque el término se utilizó con anterioridad, yo me quedo con la definición que Breton realizó en el primer *Manifiesto surrealista* y que dice: «Sustantivo, masculino. Automatismo psíquico puro, por cuyo medio se intenta expresar, verbalmente, por escrito o de cualquier otro modo, el funcionamiento real del pensamiento. Es un dictado del pensamiento, sin la intervención reguladora de la razón, ajeno a toda preocupación estética o moral». Perfecto. Completo. Correcto. Ideal. Totalmente adecuado para mi entorno femenino más cercano. Ese en el

que mejor es decir «paso palabra» que formar un atasco. Me encanta la definición. Para las expresiones verbales y escritas. Yo añadiría. Término que hacen suyo las mujeres de avanzada mediana edad. Porque lo de las palabras habladas está claro, pero lo de las escritas se ha transformado también en surrealismo en su estado más puro. Entre que no vemos, que vamos aceleradas y que el insolente del autocorrector del móvil hace lo que le da la gana y cuando le da la gana, vivimos sin vivir en nosotras. Qué violento.

Todavía me sonrojo al recordar el mensaje que envié a un compañero. La idea era escribir «Te mando el escrito»;

la realidad llegó en forma de «Te mando el escroto». O el día que le pedí al abogado que se buscara un huevo en vez de un hueco. Insolente. Y escatológico corrector. A una amiga gallega también le jugó una mala pasada. Camino de Mera, recibió un mensaje de su jefe. «¿Dónde estás?». «Yendo a Mera», pero el insolente lo cambió, «Yendo a mear». O la hija de una amiga a la que adoro, la pobre, que casi se queda sin trabajo por su culpa. Ayuda a unos niños con los deberes y al irse escribió a la madre: «Ya han estudiado coño» y era «cono».

El móvil. Qué a gusto estoy sin él. Que no sin Él. Aunque por culpa ahora de la gracia del doble tic —estúpido aviso acusador que fastidia para que

todos sepan que has leído los mensajes recibidos— se han convertido en aliados. Qué falta de intimidad. Se acabaron esas pequeñas mentiras sin importancia que ayudan a vivir mejor. Como cuando Él te va a buscar y escribe «baja» (siempre escueto) y tú acabas de salir de la ducha. Antes tenías la excusa de decir que no lo habías visto. Ahora es bronca asegurada. Lo que les decía. Aquí se esconde una mano masculina. Vuelvo a los antiguos. Y que nadie me controle.

Me pongo a escribir. Descubro cuánto lo echo de menos. Lo hago desde que tengo uso de razón y en algún rincón del trastero, repleto de recuerdos que jamás pienso tirar, dormitan tantos diarios que escribía desde niña. ¿Por qué empecé a hacerlo? Lo primero que se me ocurre es desahogo. Después tranquilidad. Necesidad. Preguntas. Miedos. Dudas. Me encerraba en mi cuarto y con un cuaderno y un bolígrafo me pasaba horas intentando plasmar lo que me aturdí a medida que crecía en la vida. Escribes, transformas tus pensamientos a papel. Es como ir al psicoanalista pero mejor:

digas lo que digas nadie te interrumpe. Cuentas lo que pasa por tu extraña mente y nadie contesta. Alucinante. Apuntaba, y apunto, todo lo que me cuesta expresar en voz alta. Creo que soy un ser extraño. Sin posibilidad de cambio. Estoy convencida de que no puede haber nada más ¿inhumano?, ¿trabajoso?, ¿doloroso?, que intentar ser diferentes a como somos. ¿Cuántas veces intenté explicárselo a esa persona que tanto me quiso y un buen día desapareció? La echo de menos. Pero he aprendido a hacerlo, y ya no es parte de mi vida. Terrenal. Emocional lo seguirá siendo hasta que me muera. Sin remedio. Sigo. Con la escritura. Mi pasión y mi condena durante toda mi existencia.

Pendiente siempre de coger algo al vuelo con lo que iniciar un escrito. Pensando en transformar en palabras cualquier instante, cualquier imagen, cualquier sensación que me lleve a ello. Es agotador. En la infancia, en la juventud. Desde entonces no he parado. Por necesidad emocional y por necesidad laboral.

Uno y desuno letras para formar palabras, palabras para crear oraciones y oraciones que generen un texto con sentido. O sin sentido. Porque cuando el texto es personal e intransferible tiene cabida cualquier sentimiento que vuele por mi mente, desapegado de cualquier nota que tenga sentido. Qué densa soy. Además de intensa. Las dudas, las

preguntas, los miedos han sido permanentes en mi vida, y cuando la congoja se apodera de mi corazón lo libero a través de la escritura. Una suerte, o una dependencia, que a veces te lleva a no entenderte ni a ti misma hasta que lees, frente a ti, tus ideas transformadas en palabras. Al leerlas todo me resulta más fácil. Para intentar encajar tantas piezas que viven desordenadamente en el corazón o que no dejan en paz mi alma. Me resulta más sencillo. Sin orden ni concierto. Sin depender de ese estímulo caprichoso que tantas veces me lleva por la calle de la amargura en mi profesión. La inspiración. Esa lucidez repentina que favorece la creatividad. Dicen. Porque a

mí, a veces, me pasa como a mi admirado Julio Camba, en mi opinión el mejor columnista de todos los tiempos, que no creía en la inspiración. Decía, sencillamente, que cualquier cosa que sucede en el mundo es susceptible de «acabar reducido a una superficie de 150 centímetros cuadrados». Lo que medía su columna. Y decía, también, que un articulista no puede gozar de nada porque todo, en su organismo, se vuelve literatura. Pienso, como él, que todo lo que sucede puede ser plasmado en unas líneas. Pero, desgraciadamente, todo, en mi organismo, no se vuelve literatura. Si fuera así, si yo tuviera ese don, hoy mis dedos volarían libremente sobre el teclado del ordenador para escribir ese

libro tantas veces soñado. El libro de la vida. De la auténtica. De la realidad. Sin filtros. El libro de la verdad. De los sentimientos. De las emociones. Del ser humano. Del matrimonio. De la familia. De los hijos. De los amigos. De la alegría. O del dolor. Del que espera. Y del que no espera. El título lo escondo en lo más profundo de mi ser porque sé que nunca podré verlo publicado. ¿Con cincuenta y tres? ¿Qué editorial en este mundo se fijaría en una mujer de esta edad? ¿Para qué? Si parece que nosotras a estas alturas ni fu ni fa. Ni fe, ni fo, ni fi. ¿Hay que asumirlo? Me niego. ¿A santo de qué? Asumo la vida tal y como viene, me encuentro fenomenal (por decirlo de alguna manera) y, como dijo

ya no sé quién: «Lo importante no es llenar de vida los años, sino los años de vida». Me gustó tanto la frase que procuro repetírmelo al menos una vez al día. No me va mal.

Asumir. ¿El qué? Si a estas alturas hombres y mujeres, sin distinción de sexos, tenemos todo lo mejor del antes y del ahora. Un bagaje de vivencias de valor incuestionable. Y de sapiencias. Un currículum repleto de contenidos. Cargado de experiencia. Tus padres se hacen mayores y te colocas en primera línea. Entiendes. Tantas cosas. Las que nos han enseñado las distintas situaciones que nos regala la vida. Acabamos conociendo la verdad, las verdades, las que se ocultan tras las

máscaras de cada persona. O mejor la realidad de cada una. Porque verdades, hay tantas. Nada es lo que parece. Menos que nos hacemos mayores. ¿Mayores? Si seré estúpida. La de veces que se lo he repetido a mi Él: «Como se te ocurra dejarme, hazlo ya que todavía tengo algo que hacer». Craso error. Si me deja, no sabría. Podría pero no querría. Debo mantener su amor y su alianza a pesar de lo compleja y frágil que es cualquier relación humana. Quiero acabar mis días con Él. No me puede dejar. Vuelve la voz. Me martillea con la frase: «Como se te ocurra dejarme, hazlo ya que todavía tengo algo que hacer». Pego un respingo. La voz me recuerda. «Si le has dejado

tú». «¿Yo?» «¿Y qué hago? ¿Cómo lo recupero?».

Me urge. El punto más cercano de alivio. Como en el golf. Un punto de referencia para aliviarme sin penalidad por interferencia de una obstrucción inamovible. Es decir, mover la bola sin que las estrictas reglas de este deporte te penalicen con otro golpe. Solo conozco un punto de referencia en mi vida. Mi Él. Solo sé de una interferencia. Mi propio yo. Y espero que la obstrucción sea movible. Si no, me veo sola el resto de mis días. No por falta de pretendientes, a manadas (?), sino por falta de interés. El mío propio. Que soy mujer de un solo hombre. Jamás amaré a nadie que no sea Él. Me

visualizo en modo personaje principal de una tragedia. O mejor a modo Escarlata O'Hara en versión actual/mía: «Es mi hogar. Iré a mi casa y le daré algo para que me haga volver. Después de todo, mañana será otro día». Lo peor es como me conteste a modo Rhett Butler: «Francamente, querida, me importa un bledo». Lo mato. O me muero. De soledad. Sin Él y sin otro. Porque adoro a mi «príncipe», pero no me volvería a casar en la vida. Desvarío. Tengo que encontrar la manera de descargar las penas. Aligerar la carga. Qué aburrimiento. Tanto tiempo para mí misma es una pesadez. No sé qué hacer. Decido. No pienso, luego no existo. Es lo primero que se me

viene a la cabeza. Harta de deliberar. Hago una pausa. Y lo consigo. Mi cerebro, ralentizado de por sí, se queda plano, tan plano que hasta me cuesta recordar qué soy. *Once again*. Miro alrededor e intuyo ver lo que hasta hace poco era mi hogar. El tiempo pasa factura y lo que empezó por una gracia (¡¡yupiii!!, ¡¡estoy sola!!), ahora me produce cierta angustia.

Los pensamientos me confunden. ¿Soy un *homeless* pero con *home*? ¿Un vagabundo pero con casa? ¿O soy un híbrido? Porque techo tengo, desde luego, y en él me he cobijado en estos días de soledad. Pero tanta soledad transforma y ya no soy lo que era. Nueva metamorfosis. Total. Física y química.

Me miro al espejo y aparece un fantasma. ¡Qué dejadez! Deambulo sin rumbo por la habitación y descubro todo lo que no querría descubrir. El caos total. La mezcla de objetos sobre la cama, la ropa tirada, las bolsas, no sé qué bolsas, pero las bolsas. Efectivamente, he hecho lo que me ha dado la gana y ahora sufro las consecuencias. Y pensar que un día me educaron... Pero es que lo de estar sola también sirve para experimentar. Ha habido veces estos días en que no he apagado una luz solo por fastidiar. Incluso he olvidado lo que era un armario. No sé si me explico. Ha bastado con dejar durante días la ropa en el suelo para sentirme joven. Uno

más. Como mi Elito. Incluso desparramé, una noche, la única noche que la necesité, mi bolsa de maquillaje por el cuarto de baño. La escena era tan real que me emocioné pensando en Ellita. Con sus polvos bronceadores esparcidos por tierra, mar y aire. Incluso hice pruebas. Extrema felicidad. Sensaciones nuevas, distintas, placenteras. Experiencia inigualable. Qué desfase. ¿Pero ahora qué?

Mañana, sí, mañana, seguro, me enfrentaré a ellos, al hogar, a la familia, y no sé si estoy preparada. Me agobio, me asusto, me bloqueo. ¿Qué voy a hacer? ¿Me olvidaré de lo que era pensar? ¿Aprenderé de nuevo a gritar? Ojalá no. Pero hay que ser realistas. La

vida se transforma de nuevo, y en dos minutos —¿o en dos segundos?— todo es lo que era. Con gran alegría de mi corazón los recibiré con los brazos abiertos; con «cierta» tristeza diré adiós a mi independencia. A no ser que me repudien, claro. Un frío helador recorre mi cuerpo. Siento que mi corazón se congela y cualquier rato de calor desaparece de mi organismo. Hiberno. Con la ropa justa y necesaria para aguantar el calor que hace en el exterior, siento un frío helador que me invade y pone mi piel de gallina. Tengo miedo. Parecido pero diferente al que noto al entrar en muchos lugares públicos. En los que, como ahora, compruebo de forma alarmante cómo se desestabiliza

mi temperatura corporal y entro en un proceso de congelación inmediato. En el cine, en un restaurante, en el avión, en el supermercado. Principalmente aquí. Terror en el supermercado. Qué buen título. Es insoportable. Entro y me solidifico. En cuerpo y mente.

Lo que me sucede casi a diario en verano al hacer la compra. Esa compra que desaparece al minuto y medio al llegar a casa y te obliga a volver al día siguiente, y al siguiente, y al siguiente — lo odio— al súper, para culminar el proceso de congelación. El origen de mis penas. El que me obliga a pasar las vacaciones en estado de hibernación. Como ahora. Que al menos me libro de la compra. Odio ese acto necesario para

la supervivencia de los integrantes de la familia. Sobre todo en época de estío. Sales de casa achicharrada y llegas al súper —prácticamente desnuda cuando estás en la playa— para convertirte en parte de los congelados. Lugar, por cierto, que, según una mujer de relevada importancia en los medios de comunicación, produce un efecto laxante. Escribo por si a alguien le interesa. Su hermana, un ser adorable, testigo de esta declaración, así lo confirmó. Y apuntilló, en contra de estas grandes superficies, algo que me persigue desde entonces. El problema añadido del pelo en el momento pescadería, con esa micropulverización de agua que además de refrescar el

ambiente y limpiar el aire de impurezas, te hace limpieza obligada de cutis y te estropea el pelo. A modo sudor pero en versión fría. La que lo tiene liso se queda relamida como un pescado y la que lo tiene rizado se va directa a los fritos. Con el pelo incendiado. O sea, encrespado. Como en las terrazas. Agradable y refrescante vaporcillo. Para ellos. Nosotras a sufrir. Melenas al vapor. El mundo se nos pone en contra. Qué pesadez. Mujeres, pobres y sufridas mujeres. Pues que vayan ellos. A la compra. El pelo es lo de menos. A estas alturas el que tenga es un campeón. En el universo capilar. Qué estupidez.

Protagonizo en su máxima expresión el dicho que me enseñó Ellita:

«Hay días tontos y tontos todos los días». Prometo no pensar. Pasan los segundos, los minutos, las horas. La mente en blanco. Lo consigo. Me tumbo. Un pequeño dolor lumbar me avisa de que no estoy curada. Ni física ni psíquicamente. Lo tengo claro. Todo está relacionado. Vuelvo a mis hijos. ¿Y si ya no me quieren? ¿Y si hartos de mis cosas deciden ponerse de parte de su padre? Es pensar esto y la mente de nuevo confusa. De blanca poco. La pregunta vuelve a mortificarme. ¿Por qué me fui? ¿Si encontrara la respuesta podría buscar la solución? Cierro los ojos e intento visualizar mi cerebro para centrarme en la memoria. No responde. Hago un esfuerzo sobrehumano y

comprendo que no fue un motivo definido. Quizás fue un gesto, una mirada, una señal. Cualquiera expresión casi imperceptible, un ligero movimiento efímero pero cargado de un valor incuestionable. Poseedor de una fuerza infinita capaz de cambiar el rumbo del destino en solo un instante. No soy capaz de encontrar qué me llevó a actuar de esa manera, si fue por propia voluntad o por una cuestión de imprudencia. Vuelvo a los detalles. Esas partes o fragmentos de algo que me pierdo, y cargados de mucha más importancia de los que cualquiera crea ver en ellos. Estoy convencida de que solo a través de ellos llegaré a lo primordial. Los detalles me llevarán a

los indicios de la prueba de mi delito.
Me harto de mí misma y me voy.
Volveré, seguro que volveré.

Al bajar me paro en recepción y digo que me vayan preparando la cuenta. Bueno, yo no lo digo, lo dice mi voz. Todavía no entiendo el porqué. Hoy están las chicas. Me miran emocionadas.

—¿Se ha arreglado todo? — preguntan cómplices.

—No, no se ha arreglado nada — contesto extrañada. Juraría no haberles contado nada de mis pesares.

Observo una expresión de lástima en sus miradas y repaso rápidamente todos los pormenores de mi estancia en el hotel. No recuerdo haberles comentado mis sentimientos y

pensamientos más secretos, pero obvio indagar. Me supera la situación. Noto penetrantes sus miradas cuando me voy y me dirijo a la salida del hotel. Allí me encuentro, una vez más, con el portero, con el hombre que me acogió en sus brazos el día que llegué. Hasta que pudo deshacerse. Claro. No le quedó más remedio, lo sé, pero me acogió. ¿Cuánto hace de ello? No sé qué hacer. No me apetece hacer nada. La desidia se apodera de mí y me pongo a andar. Tengo que hacer ejercicio. Me sorprende la cantidad de gente que va por las calles vestida de deporte. Echo de menos hasta mis zapatillas de pádel. Echo de menos a todas esas compañeras, y ya amigas. Como las

integrantes de mi equipo de veteranas. Algunas superveteranas. Con las que comparto tantísimas horas de mi vida en las pistas. Sonrío al recordarlas. ¿Qué pensarán? ¿Me echarán de menos? Probablemente no les habrá venido mal un poco de descanso. Qué tranquilidad. En mi desvarío me fui sin avisar, claro, porque era impensable prevenir a nadie. ¿Realmente esto se puede hacer? Dejar a todo el mundo, ese mundo que te quiere, sin más, sin explicaciones, sin ganas de hablar. En el fondo, si reflexiono, solo de esta manera era viable hacerlo. Siempre he pensado cuán diferente es una vida, la tuya, como tú la conoces, a como la conocen los demás. De puertas adentro. En tu interior, en tu familia, en

tus relaciones. Qué capacidad tenemos los seres humanos para hacernos diferentes según las circunstancias. Aunque la tristeza y el pesar se conviertan en compañeros indeseados. Cuánto mundo interior. La historia de una vida. La que aparenta o la que se vive. Somos seres camaleónicos. Capaces de estar cuando no estás siquiera presente. Yo me entiendo. Sí, nada es lo que parece. Estoy hastiada. Cada vez más. No encuentro ningún sentido a lo que estoy haciendo y, con más desgana que gana, sigo andando.

Llego a la Gran Vía, y me sorprende la multitud que inunda las calles. Hay para todos los gustos. Desde luego, menuda mezcla de personajes.

¿Adónde irán? ¿Quién les espera? ¿Por qué corren? Dentro de la estructura de una ciudad tan grande las piezas que la componen son, nunca mejor dicho, de su padre y de su madre. Me divierte observar cómo va la gente vestida. Qué estrambótica combinación de gustos. No encajan nada unas piezas con otras. Mejor no pensar lo que opinan de mí. Realmente lo singular te hace especial. Lo digo por ellos. Me tropiezo con una silla de ruedas. Le pido disculpas de mil maneras. Recibo a cambio una sonrisa de un ángel. Porque solo puede ser un ángel alguien que sonrío así. Es una mujer rubia y con ojos azules. Parece un querubín. Me mira y siento cómo se estruja mi corazón. Voy más allá y veo

también a ese joven que tanto quise y que, como ella, también pasó una parte de su vida en silla de ruedas. Después ni la silla le pudo sujetar. Vivió tumbado. Hasta que un día murió y nos dejó. Con veintinueve años y diez enfermo de ELA, el mal que ataca sin piedad y que paraliza los músculos. La crueldad en su estado más puro. Con él se cebó. A lo bestia. Dejó de moverse, de hablar, pero nunca de pensar con su mente intacta, brillante, privilegiada. ¿Cómo si no aguantar tantísimo sufrimiento? Qué lección de vida, de fortaleza, de humanidad. Era la vida misma, encarcelada en un cuerpo como él mismo decía, pero la vida misma. La inteligencia, el amor, el sentido del

humor, la esperanza, la calma, la fe, la ironía, la sabiduría, el esfuerzo, la resignación, la dignidad. La amistad. Qué barbaridad. Cómo le quería todo el mundo. Cómo anhelábamos recibir un mensaje suyo, un email cargado de ese humor tan inteligente que nos hiciera sonreír. Qué lección de vida. Pienso en Lechu.

Y yo aquí haciendo el imbécil. Sin darle importancia al ahora, lo único realmente valioso que tenemos en la vida. Vivimos en una espiral donde las prioridades se confunden. La salud. Eso sí que es lo único importante. Por muchas veces que lo repitamos. Te cortas un dedo y esa pequeña herida te duele y se hace presente. Un simple

corte. Pero no le damos la suficiente importancia hasta que nos toca de cerca. O de lejos, pero a tu lado. Un cáncer, un accidente, una enfermedad fulminante. Lo que sea da un vuelco a la vida y deja a las familias heridas para siempre. Mutiladas. Cuando es la ausencia de un ser muy querido. Descolocadas ante el dolor salvaje que llega sin avisar. Demasiado corazón partido. Frente a esto, la vida. La que hay que aprovechar al máximo, intentar hacer de ella lo mejor posible, pero no para ti, para todos los que te rodean. Solo de esta manera puedes ser feliz. Un ligero dolor me avisa de que no siempre lo he hecho así. Lo sé y me arrepiento, porque yo sí me arrepiento de cosas en mi vida.

Respeto a los que no lo hacen, los que piensan que con cada fallo aprendes, pero yo hay algunos que hubiera preferido no cometer. Me duele el alma. Cuando siento mis errores. Sí, me he equivocado muchas veces. Pero eso ya es inevitable.

En pleno momento trascendental veo llegar una horda de japoneses cargados de bolsas. «Paso, dejen paso», indica alguien al que evidentemente no conozco. «Paso, dejen paso». «¡Dios mío!», emito sin querer. Y cedo el paso. Trastocada. ¿Ve o intuyo ver unos paquetes envueltos con motivos navideños? Acaba de iniciarse octubre, no puede ser. Pues es. Un escalofrío recorre mi cuerpo y me meto corriendo

por la calle Fuencarral hasta que encuentro un lugar donde sentarme. Pido una coca-cola que me ayude a superar el trance y el mareo que me ha producido la maléfica visión. Le pregunto a la camarera que me sirve.

—¿Será posible que a tres meses de Navidad haya visto ya a gente con regalos en la mano?

—Pues claro, señora, si solo quedan dos meses.

—Tres —respondo con cierto aire de malestar.

—Dos y medio.

—Bueno, qué más da. ¿Está casada? ¿Tiene hijos?

—Sí, señora. Y trabajo. Y hago la compra. Y llevo a los niños al pediatra.

Y hago con ellos los deberes.

—Y te llamas Marta, ¿a que sí?

—Sí, ¿cómo lo sabe?

—Porque en el fondo todas nos llamamos igual. Marta, una de las millones de Martas que hay a lo largo y ancho de este mundo. Marta. Señora, reina del hogar. Lo imposible en su estado más puro. Reinas. Señoras. Del hogar. Ja. Jajajaja. Que se estila mucho. Lo de jajajajaja. Y en Navidad multiplicado por infinitos jajajajas.

Me mira, me suplica con la mirada, y sin una entonación especial, con una voz indiferente, me dice:

—Volveremos a hacer lo mismo.

Ahora y siempre.

—Lo sé.

Y como poseídas por un espíritu guerrero, coreamos a la vez. Guiadas por una fuerza única. Unidas por ese nexo tan especial que solo sabe de mujeres. Ese texto que circuló por las redes y se convirtió en el hacha de guerra de las féminas que soportan todo, absolutamente todo, en las fechas que se asoman a la vuelta de la esquina.

Temblad, temblad, benditas. Mujeres, siempre mujeres, santas y buenas que hasta en estas fechas estáis perpetuamente dispuestas. A organizar la cena de Nochebuena, la comida de Navidad, si se tercia también, que tú, total, como no haces nada, pues te aguantas y repites en casa, a comprar los

regalos de tu madre, los de tus hermanos, los de tus sobrinos, los de los amigos invisibles, que yo no he visto unos amigos más visibles en mi vida, los de sus ahijados, los tuyos o los de los ahijados de los porteros de la casa de al lado, que ya puestos a ayudar se echa una manita a quien sea y punto. Y todo con un presupuesto mínimo, obvio, dada la crisis que nunca se acaba. Que lo que menos te apetece es gastar. Felices fiestas, ¿no?, pues eso. Solo faltaba. Y con una enorme y sincera sonrisa que todo menos que se crean que no lo haces a gustito. Feliz, como tiene que ser. Y más en estas fechas. Que no pasa

nada. De verdad. Que me embarga la alegría solo de pensar que yo me ocupo también del pavo, de la pava, de decorar la casa ideal, de envolver los regalos de ti para mí, de mí para ti, de él para ella y de ellos para los otros. Aunque tenga que ser la misma, la mismísima tarde del día 24, justo antes de que llegue tu familia a cenar, que no sé si sabes que este año tocan los tuyos, pero que no, que no me agobio y yo por envolver te envuelvo a ti mismo, mi vida. Que te quiero. Feliz, felices, felicísimas. Que estas fechas son de paz, y con la calma, aunque trabajos y los niños estén de

vacaciones, estiras el tiempo y punto. Y ni una queja. Te callas y asumes. Dejemos la fiesta en paz. Las fiestas.

Nos entra un ataque de risa. No nos hemos equivocado en una coma. Ni en el tono. Ni en las exclamaciones. Nos lo sabemos de memoria. Las dos. Y sus hermanas. Y las mías. Y sus amigas. Y las mías. Y su madre. Y la mía. Porque a todas nos pasa lo mismo.

—Yo me visualizo en formato foca antes, durante y después de las fiestas. Es prever la que me espera con los eventos navideños para visualizar mi futuro sin contornos. Ni en cuerpo ni en mente. Porque entre lo que comes y las estupideces que dice la gente en los

cócteles, te quedas plana. Y yo tengo que asistir a muchos por motivos de trabajo.

Ninguna de las dos hemos emitido palabra. Descubrimos que quien esto dice se acerca desde la mesa de al lado y nos pide permiso para intervenir en la conversación. No se ha podido resistir. Es temazo para *comenting*. Lo suficientemente atractivo para abandonar a los hombres que le acompañan que ni se inmutan. «Mujeres», habrán pensado. Y ellos a lo suyo. La cerve, el fútbol, los amigotes y a emitir. Lo de siempre. Mmmm, sí, ya, no, bueno. Imagino. Porque no todos son igual.

—Por supuesto, siéntate por favor.

Nos reímos. La camarera promete volver en cuanto pueda. El trabajo la llama. No puede seguir allí eternamente. Aunque moriría por poder.

—Es que lo pienso y reviento —dice la invitada a mi mesa—. Entre los cócteles navideños obligados, las cenas navideñas obligadas, las comidas navideñas obligadas, me transformo en una especie de foca navideña asegurada. La gente me ve y se cree que miento. Pero la ropa engaña y esconder las lorzias bajo prendas largas y anchas está tirado. Porque antes muerta que ir como esas osadas que van con la ropa tan apretada que se funde con su piel y en cuanto se descuidan se les escapa un rollete inferior por los costados que se

muestra descarado, lozano, saludable. Al desnudo. Lo que sí he hecho alguna vez es desabrocharme el botón del pantalón para no herir al que se encuentre a mi lado en alguno de estos eventos. Aunque pensándolo bien, sería el arma perfecta para quitarte de encima a esos pesados que nunca sabes cómo. Abrochas el botón y en mitad de esa conversación absolutamente insustancial en la que ya no sabéis qué decir, hundes tripa con gran esfuerzo, la hinchas sin esfuerzo alguno, y el botón sale despedido para dar al contrario. Sin dañarle, por supuesto. La excusa perfecta para largarte.

—Realmente el momento cóctel puede ser hartó incómodo. Hay una

pregunta que a mi Él, y como consecuencia a mí (somos —¿o éramos? — dos en uno) nos impacienta en extremo: «¿Qué tal? ¿Qué es de tu vida?». Mi Él siempre me dice: «¿Qué le contesto? ¿Le cuento mi vida desde hace veinte años —el tiempo que llevo sin verle— le digo lo que he hecho hoy o simplemente le contesto “bien, gracias”?»». Obvia decir que siempre se inclina por la tercera. Es supereducado. Y parco en palabras. Como todos, ¿eh? Como TO-DOS. Además, lo entiendo. Hay que preguntar con sensatez. O directamente no preguntar. Porque, ¿a quién le importa si yo ceno en Nochebuena con mi familia o con la de Él? ¿Y a mí qué me importa dónde cenar

los demás? Pero es una pregunta muy socorrida en esa época, a la que yo también recurro. Cuestión de cóctel. Como la de la persona que, asombrada, te interpela: «Pero bueno, ¿tú qué haces aquí?». A lo que yo ya he aprendido a responder: «Montar a caballo». Tres palabras que ya he memorizado para cada vez que me pregunten lo mismo. Como el año pasado. Cuando me la hicieron en una pista de esquí. Hay gente que se sale.

—¿Y cuando llega ese fenómeno —Él o Ella, da igual—, el osado, el de las agallas, y te dice: «¿A que no sabes quién soy?». Odio esa pregunta. Seis palabras, solo seis, para hacerte sentir mal, muy mal. Lívida, consternada,

achicada, te oyes decir: «Sí, hombre, sí, claro que lo sé». Y el pesado (o pesada, por supuesto) insiste: «¿A ver, quién soy?». Como tú eres educada, tratas de no perder la compostura y tartamudeas lo típico de: «Te conozco seguro, pero es que ahora no me acuerdo de tu nombre». El personaje, con carcajada graciosa sin ninguna gracia, te dice, por ejemplo, que hicimos la carrera juntos. Y tú ni idea. Te pones roja como un tomate de vergüenza y de ira. Porque ni lo sabes ni quieres saberlo. Porque es un maleducado. Porque sea quien sea no se parece en nada a quien era.

—Qué típico. No lo soporto. ¿Sabes lo que deberíamos contestarles? «Pues la verdad es que viendo en lo que

te has convertido jamás te reconocería». Entre otras cosas porque está gordo, calvo y viejo. Aunque no lo haremos. Lo que yo sí he dicho alguna vez es: «Pues sí, sé perfectamente quién eres, pero no te lo pienso decir». Por imbécil. Y me he largado. Que ya está bien de esa preguntita. Con lo bien que te sientes cuando no te la hacen y hablas con alguien a quien no reconoces. Finges de maravilla. Incluso te diviertes. Y te hace feliz. Normal. Salir bien parado de una situación tan incómoda es muy reconfortante. Renace tu lado bueno. Porque, las cosas como son, situación tan estúpida y simple, puede hacerte comprender que en ti conviven los dos extremos, el bueno y el malo. En un

corto espacio de tiempo te conviertes en la doctora Jekyll y la señora Hyde (versión femenina de la famosa novela escrita por Robert Louis Stevenson) y demuestras cómo se pueden tener dos personalidades totalmente opuestas.

El círculo se amplía. Atraídas por el buen rollo se acercan otras dos chicas y la camarera, de pie, se queda a nuestro lado. Oído avizor. Cuando una pena es compartida pesa menos en el alma. Sea del tipo que sea. La naturalidad envuelve el ambiente y aquello se convierte en un disparate. Llega el turno del amigo invisible.

—Diferentes acepciones para dos palabras que en estas fechas protagonizan muchos días —comenta

una de las chicas—. El amigo invisible, que se transforma en visible cuando, para evitar sorpresas, pregunta antes de comprar.

O la amiga invisible que no te ve, no te llama, no existe, pero dice que te quiere. Qué complicada hacemos a veces la amistad las mujeres.

Lo dice y al instante parece arrepentirse. Los ojos se le nublan por culpa de las lágrimas. Pero me da pena. Que tan joven haya vivido ya algo tan duro. Pero cómo la comprendo. Sobre todo a medida que cumplo años. A esta edad, las personas que quiero y me quieren, a mi lado. Que las necesito. Las que no, fuera. Y a aprender a no sufrir. Que yo soy de las que sufren. Y mucho.

Porque una cosa es esa amiga que no ves por las circunstancias normales de la vida y otra la que describe esta chica. Vuelvo a lo mismo. Cómo somos las mujeres en estas cosas. La amistad, tan importante para nosotras, vital, y lo doliente que la hacemos. Y me incluyo en el saco. En esto los hombres son mucho más nobles. A ellos lo del amigo invisible sí que les da igual. No necesitan verse, hablarse a todas horas, no comentan, no critican. Es más, no lo entienden. Saben que están ahí. Pienso en mis amigos. Hombres. Y me reconforta saber la gran unidad que mantengo con ellos. Con ellos soy muy masculina. Puedo pasarme meses sin verles, pero siempre estamos en

contacto. Y una llamada basta para saber que están ahí. Me gusta mucho hablar con ellos. Su percepción es distinta a la nuestra y me dicen con palabras lo que muchas veces no he sabido pensar. Les adoro.

Pero bueno, que no me quiero poner triste. Amigo invisible, en masculino de nuevo, para tomar forma a lo que representa cuando llega la Navidad. Aunque de invisible en este caso poco. Que al final es más visible que ninguno, porque acabamos transformando la misma cantidad de dinero (¿cuánto nos gastamos?) en eso que ya sabemos (me has tocado de amigo invisible, ¿qué te viene bien?). Hay veces que más de uno se lo compra

a sí mismo. Para evitar cambiarlo. Y si ni siquiera admite devolución, lo guardas para el próximo. Amigo invisible. Que, con un poco de mala suerte, puedes llegar a ser tú misma.

Más risas. Comemos «guarradas» y la sobremesa se alarga. Hasta que llega el momento árbol de Navidad. Me enervo. Tanto como me gustaría que se enervara el mío al salir de su casa. O sea, su caja. Las otras, mis nuevas mejores amigas, adoran la decoración navideña. Yo la aborrezco. Que no la Navidad, que no tiene nada que ver. Pero su envoltura me supera. Cuando comienzan a hablar de sus habilidades decorativas pongo filtro y me ausento. Pienso. El árbol de Navidad y yo. Eternos enemigos. La

lucha anual. La que siempre pierdo. Al final, sí o sí, me gana la partida. Todos los años. Me siento en el suelo. En mitad del salón rodeada de cajas de cartón. Embaladas. Tal cual las dejé el año anterior en el trastero al llegar ese 7 de enero que tanto ansío. Para cumplir esa promesa tantos años realizada de decorar la casa de Navidad antes de que se pase la Navidad. Los miembros de la familia, incluido mi Bruce, el perro, desaparecen. Intuyen la que se puede montar y me abandonan a mi suerte. Y ahí me dejan. Con el día a punto de decirme adiós y la noche oscureciendo mis pocas dotes de decoradora navideña. Mi mirada se queda fija en la caja que sirve de hogar al árbol de

Navidad. El árbol más feo, según mis hijos, que han visto en su vida. No les falta razón, pero es el que les ha visto crecer y me niego a romper la tradición. De que sea él, que no Él, el que se presente erguido en su rincón de siempre. Erguido. Ilusa de mí. Porque es sacarlo de la caja y comprobar que esas ramas artificiales, además de perder tantas hojas, han perdido rigidez. Y por mucho que lo intento, difícil me resulta que apunten a donde es debido. Tras poner de soporte unas cajas de madera y taparlas con disimulo (sonrío al ver que sigo con las mismas telas de antaño), saco el soporte del árbol, lo monto, y cuando lo voy a asegurar, sí o sí, año tras año, suena el teléfono y, como

estoy, salgo corriendo y oigo a mis espaldas un ruido que no me gusta. Ha caído. Sí, ha caído. Y al hacerlo, más hojas se han desprendido de sus ramas. Es otoño. Aunque sea artificial. Vuelvo sobre mis pasos y comienzo de nuevo. Consigo que se sujete y empiezo a colgar todo aquello que guardo para decorarlo. Sonrío. No sin cierta tristeza. Cuando veo la estrella que me dibujó mi hijo con apenas cuatro años. Cuando descubro el Niño Jesús que me hizo mi hija a esa misma edad. Otro año más. Otra Navidad más. El tiempo pasa tan rápido que este tópico tan típico me hace abandonarme en mi propia melancolía y soy incapaz de seguir.

Ahora los niños tienen más de

veinte años. Harán sus planes para fin de año. Probablemente sea el primero que pasemos sin ninguno de ellos. La vida pasa. Un año más. Y de nuevo incumpliré mi promesa. Soy incapaz de decorar. De decorar la casa de Navidad. Dios no elige a los capacitados, capacita a los elegidos. Y en esto, a mí, me ha dejado abandonada a mi suerte. Sin embargo, qué gran familia. Qué suerte he tenido. Ahora sí, la nostalgia me rompe por dentro.

Escucho mi voz interior con total claridad y voy a actuar de acuerdo con lo que me dice. Me estremezco al imaginar que les pudiera ocurrir algo a alguno de ellos. Pienso en mi amiga, la serena, la tranquila, tan diferente a mí

que a veces recapacito mucho, antes de hablar con ella para no romper su discreción con mi propia indiscreción. Me acuerdo de ella. La quiero muchísimo. Es un ejemplo en muchos sentidos. A la que hace poco la vida le hizo pasar por un duro trance, la enfermedad inesperada de un hijo, hoy, gracias a Dios, en proceso de curación. Un ejemplo de madre.

Mi voz interior se tambalea. Llevo unos días dándole tantas vueltas a la vida que me quiebro justo cuando debo ser fuerte. Pero está claro que la fortaleza y yo estamos encontradas. Pasa la vida, las emociones y los recuerdos se agolpan y me rompo. Pienso en ella. Y no digo más. Me basta con quererla.

En las otras. En los otros. Amigos. Como aquel al que adoro y que en un momento de tristeza me escribió: «Ser amigo es interpretar las miradas, entender silencios, guardar secretos, secar lágrimas... Lo importante no es lo que tienes, sino con quién lo tienes». Qué nostalgia. Necesidad de anhelo. Sufro al pensar en todo lo que he tenido y ahora no tengo. Nostalgia de Él, de mis hijos, de mi madre, de mis hermanos, de mis sobrinos, de mis amigos, de mis compañeros, de las personas que viven o trabajan a mi lado para hacerme la vida más feliz. Nostalgia. De los que están y no tengo y de los que no tengo porque ya no están. Nostalgia. La que se insinúa en mi pecho

y tortura mi memoria. No puedo seguir dando vueltas a mi pasado. No puedo agobiarme con el futuro. Pero sí debo disfrutar de mi presente.

Vienen a mí las palabras del insigne psiquiatra, Juan Antonio Vallejo-Nágera: «La clave de la felicidad es pensar en el presente». Y mi presente no es este, ya ha pasado, es el que me espera impaciente para que no le deje escapar. Me levanto plena de seguridad, me despido con cariño y me voy con la serenidad de haber tomado por fin una decisión. Qué tranquilidad. Nos pasamos la vida entera tomando decisiones, a diario, desde que te levantas hasta que te acuestas, y no somos conscientes de la importancia de

esta acción hasta que lo que martillea tu mente es de una envergadura extrema. Un solo momento es suficiente para cambiar todo lo que nos hace infelices. Como ahora. En el que mi decisión puede transformar toda mi existencia. Espero, deseo, ruego, rezo que para bien.

Las prisas, algo tan desconocido durante estos días, me llevan directa a buscar a mi anciano amigo. Me tengo que despedir de él. Al llegar lo encuentro nervioso. Espero que no le haya sucedido nada. No podría irme sabiendo que le dejo preocupado. Está alterado.

—Hola.

—Hola —dice casi sin mirarme. De nuevo lo pienso. Me gusta el color

de su voz.

—¿Te puedo ayudar en algo?

—No, no, es que he perdido las llaves y me estoy poniendo muy nervioso.

Me entra la risa. Me acuerdo de mi Él. Si es que son todos iguales. Todos. Las tiene delante de sus narices. Con perdón.

—¡¡¡Pero si están ahí!!! —le digo con la felicidad de que nada grave le atormenta—. ¡Pensé que tú eras distinto al resto! Cógelas y siéntate.

No me entiende. Le explico. Pero antes le pongo en escena. Un hombre, una mujer. Un hogar. Todos los días del año. Los trescientos sesenta y cinco. Él pregunta; ella contesta.

—¿Has visto mi cartera?

—No, no la he visto.

—¿De verdad no has visto que la he dejado en la mesa al llegar?

—No, yo no la he visto, habrás mirado mal.

—¿Que he mirado mal?

—Pues sí, porque está aquí, sobre la mesa.

—¿Por qué no está el abrigo en mi armario?

—No habrás buscado bien.

—¿Que no he buscado bien? ¿No será que alguien me lo ha cogido?

—Obviamente yo no he sido. Toma, aquí está. En tu armario.

—¿Se ha acabado la mantequilla?

—La tienes delante de tus narices.

—¿Te importa decirme dónde, que no la encuentro?

—Repito, delante de tus narices.

—¿Te cuesta mucho ayudarme?

—Sí. Me cuesta mucho.

Muchísimo. Estoy harta. En plan bien, pero harta. Nunca encuentras nada. Nada. De nada.

Bronca asegurada.

—¿Te resulta familiar la escena? ¿Te has preguntado alguna vez por qué los hombres vais y no veis? ¿Y por qué encima de ir y no ver le echáis la culpa a Ella? ¿Será que los sistemas lógicos de búsqueda no cuadran con tu sexo? ¿O tendrá una base científica? Pues al parecer la tiene. Y no le falta lógica. Ya que vosotros poseéis lo que se conoce

como «visión de tipo túnel». De larga distancia. La desarrollada desde que nuestros «homos» eran «sapiens» y solo tenían que «cazar, cazar y cazar» para alimentar a su familia y así, de paso, no aprender a hacer otras cosas a la vez. Y siempre mirando hacia delante. Por si encontraban la presa. Mientras, nosotras, las «homas» (que hoy en día hay que feminizar cualquier término para no herir sensibilidades, ya sabes), a tener crías, a cuidarlas y a defender el hogar. Siempre haciendo más de una cosa a la vez (te lo digo sin segundas) y desarrollando nuestra estructura cerebral con más lógica (va sin terceras), hasta conseguir un ángulo de visión clara de al menos cuarenta y

cinco grados por cada lado, y por encima y por debajo de la nariz. O sea, visión periférica. Y de corto alcance. Para encontrar todo. Pero no se lo digas a nadie. Yo dibujé un túnel en casa y pongo a largo alcance los objetos de mi «homo». Maritus.

—Marta, se te va la olla, pero reconozco que no te falta razón. A mí me ha pasado toda la vida con mi mujer.

—Me voy. He decidido que vuelvo a casa. No sé lo que me encontraré pero sé que quiero envejecer junto a Él. Como tú has hecho con tu mujer hasta que la muerte os separó. Quiero compartir todo, sé que no va a ser fácil, que nada cambia y que los problemas serán los mismos o parecidos. Pero

debo ser más generosa. Entender otros puntos de vista, no dar importancia a lo que realmente no la tiene, creo que el amor se explica también en función de las carencias, no sé si me entiendes, y sé con total seguridad que sí, la familia es como una democracia imperfecta. Pero yo amo a la mía y pienso cuidarla. El futuro siempre está trazado de manera imprecisa, pero quiero hacer ya el camino de vuelta a casa y reencontrarme con lo que tanto añoro. He tocado fondo y sé que ahora solo me queda subir. Con más o menos tropezones, pero subir de su mano, de la de ellos, y compartir, aunque suene cursi, tantas tardes de domingo como las que Dios nos haya preparado. No quiero rendirme a mi

sueño, no quiero que este sea reemplazado por estupideces que no van conmigo. Pienso seguir trabajando para que todos nos mantengamos unidos. Quizás nos lleve tiempo encuadrar lo que se ha salido de sus límites pero no es imposible. Es más, lo imposible sería lo contrario. Me llevará más o menos tiempo, a mí y a los míos, pero me he comprometido conmigo misma y no voy a fallar. Les quiero con toda mi alma, pero quizás debería quererles mejor. Paso a paso, pase lo que pase y cueste lo que cueste. Lo he decidido. Si Dios quiere viviré junto a Él el nacimiento de nuestros nietos y disfrutaré al máximo de ellos. Con lo que me gustan los niños. ¿Te imaginas? Como dice una abuela

muy graciosa: «Si hubiera sabido lo feliz que soy con mis nietos, hubiera tenido primero a mis nietos y después a mis hijos».

Reímos. Y sigo. No puedo parar. Debe de ser la excitación.

—Yo tuve la abuela más maravillosa del mundo. La madre de mi madre. Era un genio. La mejor. La mejor abuela del mundo. La pudimos disfrutar hasta que murió, pletórica, a los noventa y pico años. Y mis hijos, desgraciadamente, solo han podido disfrutar de una abuela. Mi madre. La abuela. O Abu. Como la llaman algunos de sus nietos. Ella solo quiere ser eso. La abuela. Y ellos la adoran. Claro. Tomó ejemplo de su madre y en el

escalafón familiar están antes que nosotros. A nosotros, sus hijos, nos toca educarles. A ella, hacerles felices. Como hizo la mía, con todos sus nietos. La madre de mi madre. Siempre que me acuerdo de ella, me río. Me contagia, desde el cielo, con esos ataques de risa interminables y permanentes. A su lado solo podías ser feliz. Era la abuela. La auténtica. La que muere por sus nietos, la que dice que son —todos, sin excepción— los más guapos del mundo, los más altos, los más listos, los más simpáticos, los más inteligentes, los más educados, los más graciosos. No paraba de hablar de ellos. Si hubiera sido amiga de la abuela de mi adorado Joselete, un íntimo amigo de mi Elito, se

hubiera arruinado. Porque ella y sus amigas, que llevan más de cincuenta años merendando todos los jueves, desde que tienen nietos hicieron un trato: si quieres hablar de alguno pagas diez euros. ¿No te parece genial?

—Sí. Genial. Abuelas o abuelos. Que tan buenas son las unas como los otros. Que ya te veo con tu empeño en distinguir por sexos —me dice con una gran sonrisa—. Distintos, cuestión de sexos, pero idénticos en el amor profundo e inquebrantable hacia sus nietos.

—¡¡¡Claro que sí!!! A mí me enternecen todos. Todos. Y solo espero que vivan siempre acompañados, que nadie los abandone. Nunca. Porque

ellos, a veces, se sienten muy solos. Y no se lo merecen. Habría que rendirles un homenaje todos los días del año.

—¿Entonces te vas? ¿Lo tienes claro? ¿Por fin lo has decidido? Me parece muy bien. Con decisión. Lo único que realmente te podía hacer pensar así. Enhorabuena, estoy seguro de que te va a ir bien. Aunque no va a ser fácil. Te voy a echar de menos.

—No me vas a echar nada de menos, no me conoces. Pienso venir a verte siempre que quieras. Y me tienes que prometer una cosa. Si estás solo, te vienes a casa a pasar el día de Navidad, Nochebuena o lo que quieras.

Me aconseja:

—No olvides nunca que no existe

lo que algunos se empeñan en llamar la verdad absoluta. Cada uno encuentra su verdad y puede ser diferente a la tuya. Intenta ponerte siempre en el corazón y en la mente del que tienes enfrente y evita daños innecesarios. El daño que a ti te hacen, sobre todo si no existe el término rencor en tu vida, es más fácil de olvidar que el daño que tú haces a los otros. Controla tus emociones, no seas tan impulsiva, cuenta hasta diez, o hasta veinte, lo que haga falta, en serio, adáptate a lo que tienes, que es infinito. Y recuerda, siempre, que la paz solo te llegará si tú la proporcionas. Es tan fácil como eso. Madura, que creo que todavía te queda por madurar.

Me mira. Le miro. Me da un papel

perfectamente doblado y antes de que las lágrimas nos jueguen una mala pasada, le doy un beso y un gran abrazo. Me voy. No quiero mirar atrás. Si lo hago, quizás me arrepienta de mirar hacia adelante. Y ya es hora.

Me dirijo despacio al hotel. Abro la puerta de la 412 y me dispongo a gozar de mi última noche. Decido hacerme un homenaje. Disfrutar de mi última velada en soledad. Antes de decir adiós me propongo cenar estilo hoy roza lo sublime. Pero antes de eso, antes de nada, me voy a la terraza. El papel que me ha dado mi anciano amigo me quema en la piel y mi impaciencia me empuja directa a uno de los sillones mientras dejo que la tenue luz que ilumina el

ambiente me regale una caligrafía exquisita. Otro regalo más. Un papel escrito a mano. Lo que ya no se estila. Lo que no se conoce siquiera para mandar un pésame a cualquier conocido. Otra costumbre perdida en el olvido. Con lo bonito que era recibir cartas, descubrir su contenido, leer y releer para después guardar cuando escondían un secreto, una confidencia, un te quiero. Para abrirla y cerrarla millones de veces. Incluso besar las palabras que tanto amor evocaban. Hasta desgastarla de tanto tocarla, de tanto olerla, de tanto apretarla. Esperar impaciente al cartero, lanzarte al correo con la esperanza de encontrar en un sobre la letra del ser querido.

Ahora, cuando escribo algo que me importa a mano —porque eso no he dejado de hacerlo—, me impresiona lo pronto que siento el cansancio con un mínimo esfuerzo. Mis hijos no saben lo que es eso. Nacieron tecleando.

Abro el papel y se presenta ante mí una caligrafía perfecta. Unos trazos serenos, seguros, escritos con el equilibrio de un hombre que vive en la calma. Exactamente lo opuesto a la mía. Caótica, desordenada, desequilibrada en su permanente anhelo de equilibrio. Sube y baja a la misma velocidad que lo hacen mis sentimientos. La grafología conmigo no lo tendrá fácil. Algún día le pediré a los expertos en esta ciencia que analicen un texto, cualquier texto que

escriba mi mano derecha.

Madurez es la habilidad de controlar la ira y resolver las discrepancias sin violencia o destrucción.

Madurez es cuando aprendemos a no prejuizar, no juzgar, no criticar, no participar en los rumores falsos que contaminan nuestra alma.

Madurez es poner en práctica las enseñanzas de la vida recibidas que nos lleven a la verdadera felicidad.

Madurez es tener una gran intuición y hacer a un lado todo aquello que nos manipule o afecte a nuestras vidas.

Madurez es paciencia. Es la voluntad de posponer el placer inmediato en favor de un beneficio a largo plazo.

Madurez es perseverancia, es la habilidad de sacar adelante un proyecto o una situación, a pesar de fuerte oposición y retrocesos decepcionantes.

Madurez es humildad. Es ser suficientemente grande para decir «me equivoqué» y, cuando se está en lo correcto, la persona madura no necesita experimentar la satisfacción de decir «te lo dije».

Madurez es la capacidad de tomar una decisión y sostenerla. Los inmaduros pasan sus vidas

explorando posibilidades para al fin no hacer nada.

Madurez significa confiabilidad, mantener la propia palabra, superar la crisis. Los inmaduros son maestros de la excusa, son los confusos y desorganizados. Sus vidas son una amalgama de promesas rotas, amigos perdidos, negocios sin terminar y buenas intenciones que nunca se convierten en realidades.

Madurez es el arte de vivir en paz con lo que no se puede cambiar.

Hebreos 10,35-39.

Gracias por haberme dado vida estas tardes. Nunca te

olvidaré.

No lloro, no, lo siguiente. Por sus palabras y por las que se ha molestado en escribirme. Porque visto lo visto soy una inmadura. No al cien por cien, pero casi. Las preguntas vuelven, las palabras se repiten, me meto en el bucle de nuevo. ¿Maduraré algún día? Lo que parecía llano hace un segundo se me presenta cuesta arriba y todos mis temores reaparecen de nuevo. Evito mirar al pasado, consciente de que si no nunca tendré futuro. No soporto todo esto. Mi vida aquí no es auténtica y lo sé. Necesito ruido, desorden, mi vida, la nuestra, la real, llena y repleta de imperfecciones. Apegarme más a mi familia. Descubrir la importancia de las

cosas sencillas. La vida va en serio.

Y hay que saber enfrentarse a ella. Sin mirar más allá. Ni pensar en la Navidad. Aunque esté a la vuelta de la esquina. Que es hacerlo y frenar mis impulsos en seco. Que hay que tener mala idea para hacerse presente hoy, en modo japonés/regalo para enturbiarme más la vida. Si lo tenía claro, ahora lo veo transparente. Sin una mota que enturbie la claridad de mis pensamientos. Pero, por Dios, lo que me faltaba. Volver para enloquecer de nuevo. Que es pensar en esas fiestas y dedicar de nuevo todas mis oraciones a las mujeres. Antes de desandar lo andado cojo la maleta y me dispongo a hacerla. Eso sí que ocupa lugar. Aunque

de este tamaño.

Sonrío. Le oigo. De nuevo. «Te das cuenta. No has utilizado ni un tercio de la ropa que trajiste». Hasta en estos momentos, a pesar de lo poco que me traje, no le faltaría razón. Lo sé, pero en esta ocasión no lo sufro. Incluso añoro su «latiguillo». Le estoy viendo. Cada vuelta a casa después de un viaje. Cuando creo que voy a hacer las maletas en un minuto y mis ojos atónitos se abren de par en par para hacerme viajar por ese túnel oscuro en el que no veo salida. Entonces me agobio. No sé si por la que se avecina, por la angustia que me produce la ropa allí amontonada o por la falta de visión ante tal cantidad de cosas acumuladas. Viajo por mi guardarropa y

reconozco que una vez más he vuelto a fallar. A pesar de que a la ida me molesté en analizar todas las posibilidades, visualicé los días de asueto e hice un pequeño esquema en mi cabeza para no errar. Pero no falla, pasado el ecuador de las vacaciones, el número de atuendos que han cubierto mi «esbelto» cuerpo no han alcanzado el cinco por ciento de los que ocupaban las maletas. Y digo bien. En plural. Porque, una vez más, mi incapacidad a la hora de hacer el equipaje se ha multiplicado por infinito, y no solo llené mi maleta de sinsentido, sino que llené dos. Y al regresar me encuentras buceando en un mar de prendas que se mofan de mí limpias y planchadas, sabiendo que han

hecho un viaje inútil. ¡Si ellas supieran! Lo que significó para una mujer elegir las, el dramático momento que supone iniciar tan ardua tarea y la inflexión en el convencimiento de Él, año tras año, al decirme con una seguridad aplastante que me va a sobrar más de la mitad de lo que llevo. «Pues no, querido —hablo de nuevo en alto—, siempre te equivocas». Aunque no le falte razón, me suele sobrar el cien por cien de lo que llevo. Pero no sé por qué, he de analizarlo, al final siempre me pongo lo mismo. Y mi Él, con todas las de la ley, se mofa de mí. Y yo aguantando el tipo. Año tras año. O lo que va quedando del mismo. Que esto es otro cantar. Me tranquilizo.

Las cosas empiezan a hablarme. El móvil me anuncia que se aburre de tanto silencio. Me sorprende de nuevo de lo fácil que me ha resultado desengancharme de él. Que no de Él. El teléfono fijo que descansa en la mesilla junto a él hace volar mi desordenada imaginación para seguir añorando el pasado. Qué distinta mi infancia a la ya vivida por mis hijos. El teléfono atado frente al teléfono libre. Móvil. El del pasado, como siempre, marcado por el respeto. Esa palabra que tanto caracterizaba la educación de entonces. El que jamás rompería su silencio para

descubrir si estabas, dónde estabas o si querías o no querías que supieran de ti. El que preservaba la intimidad. Tanto que en sus inicios por no decir, no decía ni quién se hallaba al otro lado del aparato. El teléfono de sobremesa. Erguido y ausente, en sus ratos libres, tan escasos, en los que disfrutaba de su soledad. La numeración en ruleta. Tardabas tanto en marcar que sacaba a tu yo más impaciente al ver regresar los números a cámara lenta. ¿Y si la persona a la que llamabas se había ido cuando el timbre sonara? Aguantabas ansiosa. Pero nada comparable a cuando eras tú la que esperabas. Salto al pasado y me peleo con mis hermanos. «Cuelga, que me tienen que llamar». A veces ese

tienen era mentira. Significaba más bien «me muero porque me llame». Él. Tu Él de aquel momento. Los nervios te consumían. ¿Te llamaría? ¿Te habría llamado? ¿Te estaría llamando? Mientras, ese hermano hacía gestos para que le dejaras en soledad. Con su amor. Ese amor adolescente, probablemente el primero y ya considerado el amor de su vida. Cuánto sentimiento. Cuánta inocencia. Mientras, tú suplicabas para que colgara. Te tenían que llamar, o no, pero en tu ansiedad olvidabas las horas que tú también pasabas colgada de ese mismo teléfono cuando te llegaba el turno. Al que, si estaba libre, mirabas fijamente convencida de que así lograrías que timbrara. Y si lo hacía,

con el corazón en un puño susurrabas «dígame». Y si era Él, el rubor cubría tus mejillas. Cuántos sueños escondidos. Las horas se hacían segundos en conversaciones eternas mientras estirabas el largo cable enrollado y te alejabas para que nadie te escuchara. No querías descubrir el enigma de esas palabras tan repetidas. «Cuelga», «No, cuelga tú». Y en pleno proceso de imbecilidad transitoria, la línea se quedaba muerta. La clavija, la maldita clavija que alguien tuvo a mal descubrir, rompía la magia y permitía que otro hermano tramposo hablara desde ese nuevo fijo que colgaba en la cocina. El góndola. En marfil o rojo pasión. Más apropiado para el sentir de la época.

Añoranza. Añoranza en tiempos revueltos.

La vida se dirige a mí. Sin tapujos, claramente, directa. Me embiste como un toro. Me avisa. Nunca es tarde. Pero cada día que pasa es un día que no se puede recuperar. El verdadero lujo es el placer de una vida real. Lo has aprendido, acéptalo. Eso es la madurez. Aceptar, poco a poco, el mundo. Y el tuyo es maravilloso. Cojo el móvil y, sí, lo enciendo. Como si con este sencillo acto diera el pistoletazo de salida a la vida que de verdad me corresponde. Porque lo sé, sin atisbo de duda, que es la única que quiero vivir.

La pantalla del teléfono me llama a la realidad y cientos de números se

dibujan en la misma para indicarme que no he estado sola en mi soledad. Mensajes, chats, llamadas, mails. Los borro. Prefiero seguir en la ignorancia y reforzarme en mi decisión. No quiero que nada ni nadie interfiera en mi momento.

Me pongo unos vaqueros y una camiseta blanca y no sé por qué tarareo. «Sí... no... esa no soy yo. Sí... no... esa no soy yo. Sí... no... esa no soy yo». A modo Mari Trini pero en versión errónea. En mi confusión no he dicho lo que quería. Varío. La negación por la afirmación. «Sí... no... esa sí soy yo. Sí... no... esa sí soy yo». Vaqueros y camiseta. A gusto conmigo misma. Ya está bien de estupideces. Hoy sí me

merezco un *gin-tonic*. Mis propósitos son todos buenos. Lo juro. Me voy a ordenar.

Cojo el ordenador (qué gracia, nunca me había fijado, ordenar-ordenador) y me bajo directa al salón, que ya es como si fuera el de casa. Necesito dejar todo escrito. Lo primero, mis propósitos de enmienda. Plasmar con letras mis ideas. Ordenar, una vez más, el caos que se desenvuelve en mi interior. Poner las palabras que salgan directamente del corazón. Ordenar mis sentimientos y marcar mis prioridades. Empiezo a escribir como una poseída, traslado a toda velocidad las palabras que vuelan por mi mente a mis dedos, soy feliz al sentir de nuevo cómo la

escritura se convierte en mi mejor vía de escape, la aliada que nunca me va a fallar para bien o para mal.

Me concentro de tal manera que una fuerza superior me induce a alinear un término detrás de otro, sin importarme el tiempo ni el espacio, olvidándome de caracteres o tipo de letra, dejando fluir todo lo que necesita fluir. Por un momento me imagino escritora. A modo Diane Keaton en *Cuando menos te lo esperas*. Y si es posible en la misma casa. Si no, no pasa nada. Aunque, pensándolo bien, nunca sería capaz. Imagino. El duro esfuerzo. La disciplina de hierro. ¿Yo? Indisciplinada por propia naturaleza. Durante días, horas, escribiendo,

leyendo, releyendo, tachando. Con la soledad amenazando. Sin estar segura de nada. Haciendo de mi vida un puzle cada día más complejo. No. Yo no sé hacer literatura. No tendría capacidad para inventar personajes, mi inspiración solo me llega de las personas que configuran mi entorno, de los sentimientos, de las acciones, de la verdad, de la mentira, de lo real, de lo falso. Jamás podría hacer de la realidad ficción. No. No sé hacer literatura. Pero qué más da. Escribir da sentido a mi vida. Me basta y me sobra con ello. Las palabras me anuncian que estoy viva, que pienso, que sufro, que me cuestiono. Para bien o para mal, reflejan mi yo más interior y me hacen entenderlo de otra

manera. Porque nada es parecido a una palabra escrita. Aunque la tuya propia te indique que eres un ser frágil. A veces, sí, a veces, muchas, escribir puede ser muy doloroso. Es la soledad en su estado más puro. No querer contar a nadie lo que solo tú y tus textos sois capaces de entender. Por eso, también, sería absurdo publicar algún día un libro. ¿Cómo hacer públicos mis secretos escritos en compañía de la soledad? Imposible. Qué complicado y qué claro a la vez. Es como vomitar tu sinceridad sin enturbiarla con complejos. Tal cual. Como vomita un hombre envenenado por el odio de una traición. Es encontrar tu propia libertad con independencia de que esta pudiera o

pudiese ser tachada como correcta o incorrecta. Es estar solo ante el peligro sabiendo que solo tú eres tu propia tabla de salvación. Escribir. Más de lo humano que de lo divino. Porque de lo primero es fácil entender. Basta con ser una persona normal, sin más, para tener la capacidad de transcribir los contenidos que marcan una vida, cualquiera. A su manera. Bien o mal. Pero a su manera.

Divago y me desvío de mi relato. Presto atención y como si de una señal del destino se tratara, me encuentro con la esperanza. Lo percibo. En forma de canción. Una vez más la música escapa de mi control y me envuelve de emoción. Bruce, de nuevo Bruce. «Drive

all night». Lo dice. «*And I just wanna sleep tonight again in your arms*» («Y yo solo quiero dormir esta noche de nuevo en tus brazos»). La melodía me acerca a los recuerdos y mis sentimientos vuelven a su estado más puro. Evoco su aroma (el de mi Él, no el de mi otro Él) y cierro el ordenador.

En estado de imbecilidad total me sorprendo al descubrir a mi lado a una mujer imponente. Destila clase, tiene porte, es mayor, muy mayor, impecable. Magnética. Con el pelo tan blanco como la hoja de un escritor peleada con la inspiración. Una mirada transparente atraviesa limpia los cristales que ayudan a sus ojos a ver más allá de la vida. Esa vida que se ha quedado impregnada en

cada uno de los rasgos de ese rostro dulce y fuerte, marcado por profundas huellas ajenas al deseo de aparentar juventud. Intuyo un punto pícaro y divertido en esta anciana que viste su cuello con una estola de plumas negras y llega envuelta en una capa de pertinente impertinencia. Apta solo para personas como ella. Justa y necesaria para descubrir bajo su manto un ser inteligente que, probablemente, macerado por la vida, hace y dice lo que quiere. Con elegancia y precisión. Con respeto e ironía. Con gracia y encanto. Impone. A pesar de lo cual, soy incapaz de apartar mis ojos de ella. Empatía. Esta es la palabra que busco. Y sin quererlo, sin saber por qué, en un nuevo

ataque de imprudente naturalidad, sin ni siquiera intentar tranquilizarme —un estilo que estoy haciendo propio—, mi verborrea se olvida de que habla demasiado y fluye. Como un río. Que lo escribo y me emociono. Por bonito. Y la lloro. La lloré como un río. Como Maná. Dejé escapar mi desazón y las palabras orales sustituyen a las escritas para dejarse escuchar por una mujer. A la que no conozco de nada, la verdad, pero mujer. Y mayor. He perdido el sentido del pudor y hacerlo produce un efecto inmediato de liberación en mí. Me repito lo tantas veces leído. «En la juventud se aprende, en la madurez aceptas, poco a poco, el mundo. En la vejez, entiendes».

Me mira entre divertida y sorprendida y me dice:

—El único medio de saber cuánto amas a alguien es perdiéndolo. No te lo aconsejo.

No dice más. No hace falta. Mi corazón tocado, pero no hundido, dispara la señal de alarma. Una voz interior me advierte de que algo pasa y mi conciencia se convierte en la voz de mi alma. Vivo con intensidad los momentos vividos con mi Él. Mi Él. Mi Él. Mi Él. Las alegrías, los sufrimientos, las incertidumbres, la comprensión, la incomprensión, las ilusiones, las desilusiones.

Me voy al bar y me siento modelo barra película mujer mayor penosa

rozando el alcoholismo. Me hago una pantalla con el móvil. Que para eso lo he recuperado. ¿Por qué? ¿Para qué? Estoy peor. Que antes y que nunca. Miro hacia abajo y veo las lorzcas peleándose con mi camiseta. Yo que me prometí cambiar. Lo tenía clarísimo. Enloquecida en el gimnasio haciendo todo tipo de ejercicio y apuntándome a todas las clases. Separada pero con cuerpazo. Como todas. Que parece que se separan y recuperan el tono perdido. No me extraña. Lo del tono. Me refiero al físico. De la eli (la elíptica) a la máquina de correr y de las pesas a clase de *spinning* y después a la de zumba. Me veía así. Marcando abdominales y con el culo para arriba. Me pido un *gin-*

tonic. Doble. Observo la imagen de nuevo y con rabia le echo la culpa a mi Él. Que bastantes veces he llegado yo a casa y solo con verle sabía que la culpa era mía. De lo que fuera. Pero sí o sí ese día me la iba a cargar. Pues hoy se la carga mi Él. Por ser el culpable de mi deterioro físico. Irrecuperable e indescriptible. Y yo echándole de menos. Anda ya, hombre, anda ya. Que esto es un hecho. Por mucho que se empeñe Nietzsche en decir que no hay hechos sino interpretación de los hechos. Que también podía estar equivocado. Paso. De los hombres. Aunque me lo pidiera de rodillas jamás volvería con Él. Pensar en esos ojos que tantas veces me llenaron con su belleza

me inunda de dolor. Anda y que se busque a la novia de su padre. Que le voy a llamar solo para que venga a ver una representación de la obra y así sepa lo que tiene que hacer. A su edad. Que parecen tontos. Y de verdad que adoro a los hombres, que somos seres de la misma especie. Aunque de mundos tan diferentes. Y no lo digo yo. Lo dice la ciencia. La estructura del cerebro y el efecto de las hormonas determinan nuestra forma de pensar, nuestra conducta, y por eso actuamos de otra manera. Sin más. ¿Volver con Él? Paso palabra. Qué lástima, pero adiós. Querido. Que te vaya bonito.

En este momento, en este mismo momento, cuando doy por finalizada mi

vida conyugal, siento su mirada sobre mi nuca y sin pausa pero sin prisa, lo escucho:

—No hay nada más difícil en este mundo que vivir sin ti.

Me vuelvo. Caigo en sus brazos. «La felicidad tiene otra cara», pienso mientras le miro embelesada. Me siento más viva que nunca.

—Sé que nos espera algo mejor, mucho mejor —me dice mientras clava en mi pupila su pupila verde. Fallezco de emoción.

—Yo sigo tu luz aunque me lleve a morir —le susurro.

Nos vamos a la 412. Al dejar el salón, a la derecha descubro a la mujer imponente con el pelo tan blanco. Me

pregunto qué estará pasando por su cabeza en estos momentos. Una lágrima asoma por sus cansados ojos y me hace un gesto de complicidad. La felicidad existe. Traspasamos el umbral de mi hogar. Rehúyo cualquier pensamiento negativo. Con una noche estrellada y la luna de testigo de la que promete ser mi noche más dichosa. Miramos hacia delante con la promesa de no hablar de lo de atrás. Ya llegará. Pero algo me tiene que confesar. La voz que me calma me inquieta.

—Quiero que sepas algo que quizás te duela en el alma. Pero lo tienes que saber.

Su tono sombrío me preocupa. No lo dudo.

—Tienes novia, ¿no?

Pasa palabra.

—He puesto una chimenea en casa.

—¿Quééééé?

Una sola frase me devuelve a la realidad. Me revuelve comprobar que ha aprovechado mi corta ausencia para transformar mi hogar. Traidor. Rencoroso. Todavía no ha olvidado que guardé sus máscaras africanas en una caja de cartón.

Espera, tranquila, no empieces.

(Qué típico. No empieces. Qué razón).

—Cuando te fuiste pensamos que era otra más de tus excentricidades. Nos sorprendió que no volvieras. Nos enfadamos muchísimo ante tu falta de

noticias. Elito y Ellita decidieron que nos encerráramos durante el tiempo necesario, a modo cardenales, para meditar si te reelegíamos en caso de que aparecieras para ser la señora de la casa, la reina del hogar.

—¿Me estás vacilando?

—No, ni muchísimo menos — contesta con una calma que me hace sentir un escalofrío.

—¿Un cónclave? —No me extraña. No sé las veces que les he repetido lo acertado de la reunión para tomar la difícil decisión de nombrar un nuevo papa. Incluso en ocasiones, lo sé, propuse hacerlo para ver si volvía a salir como mama (sin acento). Me sumerjo en un ensimismamiento

espiritual y pienso en la fumata blanca. ¿Por qué elegirían este color? ¿Porque es el más protector de todo? Puede ser. O porque aporta paz y dicen, los que saben, que ayuda a limpiar y aclarar las emociones, los pensamientos y el espíritu. Además de aliviar la sensación de desespero y de *shock* emocional. A lo mejor por eso pinté yo mi casa de blanco nuclear. No sé, es una idea. O a lo mejor por eso Gregorio X —primer papa elegido de esta manera— decidió que la fumata de la concordia fuera blanca. Qué pena no habérselo preguntado. Sea como fuere, cuantas más vueltas le doy al tema más sentido encuentro a lo de poner chimenea en casa.

—Decidimos trasladar el momento cónclave —salvando las distancias por supuesto— al entorno familiar. Hubo de todo. Discusión, subida de tono, diferencia de opiniones, cónclave. Pero auténtico. Bajo llave. Que de ahí viene el término, querida. De la expresión latina *cum clavis* (bajo llave). Como nos dejaste tú a todos. Los de la casa. Encerrados. Desorientados. Sin saber qué hacer. Nos aislamos al máximo del mundo exterior para estar bien concentrados. Para darnos cuenta de lo que valías. De que sin ti, Marta, no podemos vivir. Sí, pusimos chimenea. Y no he venido antes porque dejé en manos de los niños la última decisión. Esperé impaciente en la calle hasta que una

intensa humareda blanca ha salido por la chimenea. Los niños se asomaron al balcón de la casa y me anunciaron. «*Habemus maman*». Y te reeligieron. Sus dudas duelen. Recupero mi tono de siempre y me siento dolida. Lo que no saben es que si acepto o no ya es otra cuestión. A consultar...

Cualquier parecido con la ficción es pura coincidencia.

Agradecimientos

Reconozco que este es un momento de alegría suprema. La emoción me embarga. He leído mucho en mi vida y cuando llegaba al apartado de Agradecimientos en el libro que tenía en mis manos, mi imaginación volaba y pensaba que era yo la que lo hacía. ¿A quién se lo agradecería? Ahora, increíblemente, soy yo la que lo debo hacer. Haciendo de lo imposible posible. Jamás pensé que llegaría este momento. Porque nunca se cruzó por mi mente. Les doy mi palabra de honor. Pero el destino se dibuja con los hechos y los detalles de tu existencia conforman

tu camino. No tengo ninguna duda. Y esta pequeña historia de agradecimientos —qué nervios— que ahora les relato, solo puede comenzar con un nombre, Mar. Sin ella nunca, jamás, hubiera puesto fin a estas páginas. Su alegría, su amor, su fuerza, su compañía (¿me perdonarás algún día?) han sido mi bastión para seguir adelante. El último mes, cuando tenía que entregar y pasé la fecha límite —no podía ser de otra manera, claro, una escritora con todas la de la ley—, fue tal el cúmulo de circunstancias negativas que me rodearon que sin su presencia nada habría tenido sentido. Jamás sabrá lo que la quiero.

Y ahora, la historia. De un largo

agradecimiento.

Agradezco lo que nunca le agradecí suficiente, a mi amado hijo Álvaro, ese despiste en los finales de primero de bachillerato que hizo que su padre y yo, en un momento sublime de mutuo acuerdo, decidiéramos que lo mejor era que se quedase en Madrid junto a mí, la primera parte del verano, y junto a Él, la segunda. Hecho que le comento en una conversación informal a Bieito Rubido, mi director de *ABC* en esos momentos, y él aprovecha al vuelo para proponerme un verano repleto de columnas. «Sola en la ciudad», me dijo. Ya está. Una mujer que se queda sola en la ciudad. Desde aquí mi agradecimiento eterno a Bieito por confiar en mí y darme la

oportunidad de escribir en el periódico algo radicalmente distinto a lo que hasta entonces había hecho. Fue apasionante, divertido, estresante y un motivo más para desestabilizar el equilibrio familiar.

De aquí surgió Él y de Él —santo varón, te quiero Mivi, de mi vida, que odio lo de Cari, cariño— una columna transformada en «A esta altura», en la que ya forjé la vida como base de mi inspiración. Cuando informé a mi familia del deseo del director de que continuara con las columnas bajo otro prisma, a mi marido, Álvaro, le salió del alma. Lo dijo. «Yo me voy de casa». Y mis hijos, Álvaro y María —gracias, gorda, por ser mi cómplice en los

momentos más difíciles—, al unísono confirmaron mis peores augurios: «Nosotros también». Sufrí infinito. Pero ni la mitad que ellos. A los tres, que gracias a Dios no cumplieron su amenaza, les agradezco su paciencia, su sentido del humor, su inteligencia y su amor. Todavía no sé cómo siguen aquí.

Bueno, ni ellos ni yo. Porque en realidad he sido una santa. Todavía no concibo cómo no acabé con alguno de ellos cada vez que me interrumpían sin considerar siquiera que yo, sí, estaba trabajando, estaba escribiendo, escribía un libro. EL libro. Pero yo también les perdono. Así nos mantenemos en tablas. No, no les guardo rencor. Hay que ver. ¡Lo que se hace por amor!

Gracias. Y lo escribo y sonrío. Las gracias más solemnes. A Ymelda Navajo, la directora de esta editorial, La Esfera de los Libros, por confiar en mí a pesar de mi íntimo deseo de que desconfiara. No sé si algún día me repondré de mi osadía. La culpa la tuvo Él. Como de casi todo. Que con su empeño en que lo escribiera hizo que hasta la admiración que siento por Ymelda (como por todas las Ymeldas a las que conozco, debe de ir con el nombre) se tambaleara cuando decidió darme esta oportunidad. Recuerdo cada palabra de nuestra primera conversación y todavía me río. Espero no defraudarla. En sus manos lo dejo, queridos lectores.

A mi editora y espero que ya

amiga, Berenice Galaz Villasante, por estar siempre a mi lado y compartir conmigo cada duda, cada instante de inseguridad, cada deseo de abandonar. Es una mujer alucinante, educada y cargada de sentido del humor que me ha aguantado sin un mal gesto durante este tiempo. A pesar de estar embarazada. A pesar de tener a su maravilloso hijo Jorge en mitad de mi propio parto. El de este libro. «A pesar de», nunca me ha dejado abandonada. Con ella, sin duda, me ha tocado la lotería. Gracias. De todo corazón.

Al hotel Only You por acogerme y a su maravilloso equipo, encabezado por Raquel, su directora. Lo viví menos de lo que hubiera querido pero jamás

olvidaré la primera noche que llegué allí. La guardo para el recuerdo. Como guardo los momentos allí pasados. Como en casa. No, mejor que en casa. Bueno, diferente. Que ahora voy y me la cargo.

A mi madre. Sin ella no estaría aquí. Su sacrificio ha sido el resultado de nuestra vida. El ejemplo. El único. Gracias, mamá. Por todo y por tanto a la vez. Y perdóname. Lo sé. Por tantas horas robadas. No te he hecho ni caso. Espero que ahora, al tener el libro entre tus manos, el esfuerzo haya merecido la pena.

A mis hermanos. Por lo que les quiero. A mis sobrinos. Por lo mismo.

A Ale, mi ahijado. Por enseñarme

que la discapacidad no existe. Y a su madre por todo.

Y a mis otros ahijados. Porque seguramente esta sea la única herencia que reciban de mí. Mis palabras.

A mi familia política. La mejor familia del mundo. Un cúmulo de amor y sonrisas imposible de superar. Sus palabras de aliento han sido mi motor constante. Sandra, siempre a mi lado. Junto a mis suegros, seguro. Por cierto, gracias por hacerle «casi» perfecto.

A Consuelo y a Ilio. Por sostenerme. Y quererme. Y a la Flora.

A mis amigas. A las dos primeras. Sus y Luli. A pesar de los pesares, siempre a mi lado. A mi otra mitad, Teresa. Por toda una vida compartida

juntas. A Belén, por ser la única de Ellas que se leyó hasta donde quiso y paró para decirme que siguiera. En el momento más difícil. A María, Leti, Llanos (medito), Bea. Que de una manera u otra han inspirado este libro. Mi núcleo duro. Mis amigas. ¿O se escribe AMIGAS?

A mis queridísimas amigas del cole. El disparate en su estado más puro.

Y a todas las demás. Con las que comparto esos chats tan especiales de los que nunca me voy a salir. Ellas saben quiénes son.

Mención aparte a ese grupo de Ellitas al que adoro y que se esconde bajo el extraño nombre de IIX. Son una fuente de inspiración —y amor—

permanente en mi día a día.

Y a todos los sobrinos putativos que he acumulado a lo largo de mi vida. Me encantan, les quiero y me enseñan mucho sobre lo que hay detrás de palabras tan importantes como adolescencia y juventud. Sencillamente maravillosos

A Gon. Con su permiso. De forma especial. Por lo que significa su familia para mí y por conseguir arrancar de mi alma las palabras más difíciles y sentidas de mi vida, cuando el cierre acechaba furioso. Aquí las he dejado plasmadas. Y a ti, Rafa, por la lección de vida que me diste. Tu sonrisa me persigue y me hace feliz cuando más lo necesito. A los dos, por protegerme

desde las alturas. Lo sé. Y a Leti. Porque no puede ser de otra manera.

A Blanqui y a Paco, por todo y por tanto a la vez. Y a Rodri y a Pancho. «La familia y una más».

A cada una de las partículas que forman esa superficie que se esconde bajo la palabra Arena. Con mayúsculas. Allí acudí para buscar refugio y allí encontré lo que más necesitaba.

A Pepe Medulón. Porque adoro su sonrisa. Porque él y su familia, con su actitud y serenidad, han conseguido hacerme ver la vida de una manera distinta ante un momento más que complicado y en plena creación de este libro. Las lecciones se enseñan en los momentos difíciles. Gracias. A todos.

A María Franco por hacerme aprender en la vida Lo Que de Verdad Importa. Y al Consejo de Jóvenes por nacer con una presidenta inexistente por culpa de un libro, este libro, que han sobrellevado como han podido.

A Javier, por hacerme entender que las lágrimas son palabras que necesitan ser escritas.

A Isa y a Martín. Por soportar mi exceso de caracteres. ¿O se dice mi exceso de carácter?

Gracias a Nacho y a Juan Antonio, los chicos de Apple del centro comercial de La Cañada de Marbella, que sin conocerme de nada salvaron el disco duro de mi ordenador, en el momento de máxima agonía cuando

escribía en soledad estas páginas y la entrega se acercaba a pasos agigantados. Me creyeron y me ayudaron. Sin ellos este libro no estaría aquí.

A María y a Pepe, que con su generosidad inmediata me dejaron su ordenador para acabar lo que ha sido esta locura. El libro se terminó en tu ordenador, Pepe.

Al Atlético de Madrid. Por enseñarme lo que significa sufrir con la cabeza bien alta. Y, por encima de mi equipo, a mi Peña atlética.

Al recuerdo de Santiago Castelo por empujarme a seguir escribiendo cuando mi autoestima rozaba los límites mínimos.

Al influjo de la Luna.

A mi menisco, por haber soportado el peso de la carga.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

© Marta Barroso Perales, 2015

© La Esfera de los Libros, S.L., 2015

Avenida de Alfonso XIII, 1, bajos

28002 Madrid

Tel.: 91 296 02 00

www.esferalibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2015

ISBN: 978-84-9970-492-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: J. A.

Diseño Editorial, S. L.